

«LA GANSADA»

NOVELA

R. FONTANARROSA



Lectulandia

Esteban de Montepío debe operar en Japón a su madre, que se está quedando ciega. Cuando la bella e inmensamente rica Amapola Vanderhoeven recibe la noticia de la presunta muerte de su marido, Esteban encuentra el modo de solventar la operación. Simulará amar a Amapola aunque en realidad esté enamorado de una joven obrera de la curtiembre de pieles de cerdo, que es la base de la fortuna de los Vanderhoeven: María, cuyo rostro quedó desfigurado en un accidente de trabajo del cual fue salvada por Esteban.

Un incendio en «La Gansada», la casa de veraneo de los Vanderhoeven, motivará una invasión del capitán Lemonade y su tropa de bomberos. Y además dará lugar a la tormenta que se desarrollará entre los habitantes de la mansión: un misterioso viejo encerrado en la buhardilla y los hermanos de Amapola; uno, producto de un embarazo psicológico, y la otra, una suicida frustrada.

Lectulandia

Roberto Fontanarrosa

La Gansada

ePub r1.0

lenny 14.07.2018

Título original: *La Gansada*
Roberto Fontanarrosa, 1985
Diseño de cubierta: Roberto J. Kitroser
Fotografía de cubierta: Norberto J. Puzzolo

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Liliana y Franco

Capítulo I

Un llamado nocturno para la perversa Amapola Vanderhoeven

Un recuerdo, impiadoso, volvía siempre a la memoria de la perversa Amapola Vanderhoeven: la noche en que la llamaron para informarle del accidente de su esposo, Itsván.

—¿Es la señora Vanderhoeven? —había dicho una voz masculina, contenida.

—Sí —acertó a decir Amapola, en tanto, con mano nerviosa procuraba arreglar su cabello, como siempre lo hacía ante una voz varonil.

—¿La esposa de Itsván Vanderhoeven, el célebre deportista millonario?

—Sí. Sí —urgió Amapola, encendiendo la luz del costoso velador de peltre y consultando su reloj pulsera. Eran las tres y media de la mañana y en el auricular se había hecho un silencio. «El silencio que precede a las grandes tempestades» cavilaría después Amapola, rememorando amargamente el suceso.

—¿La mujer del navegante solitario?

—Sí.

—¿Aquel que fuera ganador del rally París-Dakar en el año 75?

—El mismo. ¡El mismo!

—¿El vencedor del Grand Prix Testa del Gárgano Offshore del año 77?

—¡Sí, sí! —Amapola podía oír el retumbo de su propio y alarmado corazón.

—¿El digno segundo en la competencia de volovelismo «Alpes Lepontinos» 69?

—¡Sí, por Dios! ¡Soy la mujer de Itsván Vanderhoeven! —estalló Amapola—.

¡Dígame usted lo que ocurre, por favor!

—Señora... deberá usted ser fuerte...

—¡No olvide el récord de remo en Tokio durante las Olimpiadas!

—Caramba... sabía que...

—¡Hable ya! ¿Hasta cuándo piensa tenerme sobre ascuas?

—Su esposo ha tenido un accidente —la frase fue corta, módica. Estudiada, quizás. Amapola cesó de arreglarse el cabello y llevó la mano derecha sobre el pronunciado escote de su camisón de seda.

—¿Qué... qué le pasó? —atinó a preguntar.

—Su yate... el «Monocotiledón II»... Hubo una explosión a bordo...

—¿Una explosión?

—Como lo ha escuchado.

—No escuché ninguna explosión.

—Fue en el Amazonas, señora.

—¿Lograron rescatarlo?

—Ocurrió en una zona del río muy poblada, señora.

—¿Alguien pudo ayudarlo?

—Poblada de pirañas...

—Itsván... ¿ha muerto?

Otra vez se abrió un abismo de silencio.

—Su estado es serio... —informó, por fin, la voz.

—¡Quiero verlo! —gritó Amapola poniéndose de pie sobre la cama. El cordón del teléfono enredó el velador y éste cayó al suelo explotando su lámpara en mil chispazos—. ¡Quiero verlo! ¡Él puede necesitarme! ¿Dónde está?

—Morgue privada «Los Rábanos».

—Allí voy —sin vacilar, Amapola colgó el auricular y luego estrelló el aparato, destrozándolo contra la pared. Saltó, después, al piso, eludiendo las llamas que, debido al estallido de la lámpara, poco a poco, comenzaban a crecer con la propicia complicidad de la alfombra. Mas, de pronto, la bella mujer quedó como paralizada: estaba recapacitando sobre la última frase que había oído. De un brinco volvió a apoderarse del auricular, partido ahora en dos pedazos.

—¿Está usted ahí? —gritó—. ¿Puede oírme?

Hubo una serie de sonidos discordantes, un zumbido y luego un murmullo que parecía un quejido.

—¿Puede escucharme? —exigió nuevamente Amapola.

—La oigo —dijo la voz, quebrada.

—¿Cómo hago para llegar hasta allá?

—Tome la ruta de la costa hasta llegar a la Rotonda de Los Surgentes... Allí cualquiera podrá informarle.

—No soy de hablar con cualquiera a altas horas de la noche, y menos en la calle.

—¿Tiene algo con qué anotar?

A la vacilante y dramática luz de las llamas que ya habían alcanzado las cortinas de voile, Amapola, manoteando sobre la mesita de luz, se apoderó de un lápiz labial. Nerviosa, mantuvo oprimido el tubo del teléfono entre su hombro derecho y el cuello mientras giraba el cosmético hasta hacer aparecer la barra color rosa crepúsculo. Luego, estiró la revuelta sábana sobre la que se hallaba sentada.

—¡Dígame! —ordenó.

Diez minutos después, Amapola había dibujado sobre la sábana un paisaje de una complejidad y barroquismo que nada hubiese tenido que envidiar a los plasmados por los maestros del arte *naif*. Ocupando un espacio de tela de tres metros por tres, podía verse el camino que habría de llevarla hasta el accidentado Itsván. A los costados del camino, Amapola había pergeñado, con mano diestra, precarias chozas, plantíos de yuca, palmares, corrales poblados de animales domésticos, tomas de agua, manantiales silvestres, edificios municipales, las complicadas tolvas que se elevaban sobre el ingenio azucarero y todo detalle que pudiese significarle un dato relevante en el hallazgo de su ruta. Cuando hubo terminado no musitó ni «gracias».

Tras desembarazarse del cable que se había enredado varias vueltas en torno a su cintura y piernas, volvió a estrellar el teléfono contra la pared.

Luego, jadeante, arrancó a tirones la sábana de bajo el colchón. De un puntapié alejó la almohada presa de las llamas y con un salto ágil sobre el círculo de fuego escapó de la habitación lanzándose en busca de Berthold, su chofer. Las llamas ya lamían ávidamente las puertas de los placares donde se hallaba su colección otoño-invierno «Renzo Padovani», pero esa amenaza no la detuvo.

La morgue privada «Los Rábanos» había sabido de antiguos esplendores. Sucesivas malas administraciones, competencias desleales, algunos intentos de vaciamiento y la moda imperante entre la gente adinerada de terminar sus días en Europa, la habían llevado a un estado, si no ruinoso, triste.

Aquella fatídica noche, para colmo, caía una llovizna tibia y persistente y la congoja de Amapola Vanderhoeven se acrecentó apenas llegada a la recepción del edificio.

No había tardado más de veinte minutos, recordaba bien Amapola, en improvisar con la sábana que habría de guiarla, una suerte de sari hindú en torno a su armonioso cuerpo, ciñéndola levemente sobre sus caderas a fin de resaltar lo breve de su cintura. En otros quince minutos, Berthold, su chofer nocturno, la había trasladado en la limousine color sepia, hasta las puertas de la morgue. Berthold, un senegalés por adopción, nacido en Bélgica, había solicitado el turno de la noche, dado que, pese a que desde seis años atrás residía en el país, nunca había podido adaptarse al cambio del huso horario y continuaba siendo asaltado por el sueño a eso de la media mañana, cuando era noche en su lejana Tambacounda.

Amapola Vanderhoeven sintió el frío del ambiente en el rostro, como una bofetada. Nunca le habían pegado, aunque más de una vez se lo mereciese, y su primera reacción fue de enojo. Luego se aquietó, comprendiendo que la naturaleza misma de la morgue requería de esa particularidad climática.

—¿Dónde está mi marido? —casi gritó al empleado que, solícito, acudió a recibirla.

—¿Es usted la señora Amapola Vanderhoeven?

—Sí. La misma.

—¿La esposa de Itsván Vanderhoeven, el célebre deportista millonario?

—¡Sí, lo soy!

—¿Aquel que ganara el rally París-Dakar en su versión 1975?

—¡Sí, en efecto! —Amapola resoplaba a punto de perder los estribos.

—¿El mismo que tuviera 8 de hándicap jugando para el cuarteto «Los Zopilotes» en el Cirencester Park Polo Club, en 1980?

Amapola asintió enérgicamente con la cabeza.

—¿Aquel que obtuviera el récord en unir con ala delta la cima del monte Ixtaccihautl en la Sierra Madre, con el piso propiamente dicho?

—No —desestimó Amapola, casi con fatiga—. Ese fue el malogrado Eloy

Habermann.

—Oh... lo siento. Venga conmigo —sugirió secamente el empleado, abatido, girando sobre sus talones y echando a andar. Amapola y su chofer lo siguieron.

Afuera, sobre ellos, sobre la desesperación de aquella mujer perversa y poderosa, un trueno estalló con estruendo apocalíptico. Pasaron frente a la elegante confitería de la morgue. Apenas dos mesas estaban ocupadas y una música suave arrullaba a una pareja que se mecía en los almíbares de la danza en la pequeña pista.

—Su esposo está en el depósito —el tono profesional, distante, del empleado, estremeció a Amapola. El pasillo por el cual transitaban era larguísimo, con poca luz y carente de todo detalle distinguido. Apenas algunos retratos de muertos ilustres que habían honrado el establecimiento, como así también fotos de autopsias exitosas, las mismas que podían verse en la cafetería, animaban la severidad del corredor. Al final se divisaba una puerta iluminada. El corazón de Amapola se aceleró en su ritmo en tanto se acercaban. Hay momentos en que toda mujer necesita tener un hombre a su lado. Y era paradójicamente Itsván, con su inveterada manía de remontar el Amazonas, quien la había puesto en aquel desgraciado trance.

Cuando entraron al depósito, el frío era aún mayor. Amapola consideró que hubiese sido pertinente llevar con ella, junto a la sábana de ruta, alguna frazada liviana, al menos, pese a la pegajosa lluvia tropical que se abatía afuera. Un aullido animal la sacó de sus pensamientos congelándole la sangre en las venas.

—¿Qué es eso? —se alarmó.

—Perdone usted... —un hombre corpulento, de traje oscuro, que los estaba esperando a la entrada del depósito, le extendió la mano—. Soy el doctor Henry Mendoza de los Cobos. No se inquiete por lo que escucha. Es que tenemos perros en el parque que rodea el edificio. Hemos sufrido muchos robos y hasta profanaciones.

—Entiendo —dijo Amapola. Pero un nuevo coro de aullidos, aún más agudos y lastimeros, volvió a sacudirla. Un humo blanco, pesado, flotaba sobre el piso del depósito, producto de la condensación de la humedad.

—Se asustan con los truenos —indicó el doctor, que aún permanecía con la mano extendida—. Y, además, el olor... —frotó los dedos de su mano izquierda mientras olisqueaban el aire, graficando su explicación.

Los ojos de Amapola recorrieron aprensivamente el vasto y no muy bien iluminado depósito, en tanto estrechaba la mano del doctor. Apenas la hubo rozado, sin embargo, quitó la suya con un respingo.

—Disculpe... —se turbó el médico—... Olvidé quitarme los guantes de goma.

El penetrante olor a compuestos químicos y conservadores, la iluminación irreal de aquel sitio y el repentino romper de los truenos en la noche, provocaron, en ese momento, un principio de desvanecimiento en Amapola. Berthold tuvo que sostenerla para que no cayera. Pero Amapola Vanderhoeven era una mujer fuerte y al punto se repuso, fundamentalmente, al escuchar el chirrido acompasado y desagradable que producía una camilla con sus ruedas mal aceitadas al acercarse desde el oscuro y

remoto extremo de aquel recinto alucinante.

El pequeño grupo formado por la mujer, su chofer nocturno, el empleado de la morgue y el doctor Mendoza de los Cobos se mantuvo en silencio, en tanto la camilla cubierta por un lienzo blanco y empujada por una enfermera alta y delgada se iba acercando. Era como si nadie encontrara palabras para romper ese largo paréntesis de angustia y tensión que se acrecentaba. En un momento dado, cuando ya la camilla estaba a unos diez metros de ellos, Amapola giró su cuerpo, negándose a mirar.

—Hace usted bien —musitó, solícito, el doctor Mendoza de los Cobos—. Su esposo... está un tanto cambiado. Verá de él tan sólo una mínima expresión.

Amapola supo, entonces, que nunca antes había afrontado una instancia tan dura como ésa. Tal vez era sólo equiparable al de aquella tarde en que, debido al irresponsable sabotaje de una mujer que porque la envidiaba en grado sumo, le había serruchado el tacón de su zapato, lo que la hizo precipitarse desde la pasarela donde modelaba creaciones de «Mono Guglielmo» sobre la mesa del mismísimo agregado cultural francés y su señora, Gabrielle.

Sin girar la cabeza, Amapola advirtió que el insoportable chirrido de las ruedas de la camilla había cesado, tras escucharlo muy próximo.

—Deberá mirar ahora, señora. Es inevitable —oyó la voz del médico.

Amapola aspiró hondo y se dio vuelta. En ese momento la enfermera descubría lo tapado por el lienzo blanco. Sobre la camilla había tan sólo una mano, seccionada a la altura de la muñeca. Amapola cerró los ojos con fuerza y vaciló sobre sus esbeltas piernas. Berthold la sostuvo por la cintura. Ella volvió a abrir los ojos.

—Es él —dijo—. Es Itsván.

—¿Está segura? —preguntó el doctor.

—El anillo —dijo Amapola—. Ese es su anillo.

El doctor se inclinó sobre la mano y observó con detención el anillo que lucía en torno al dedo anular.

—Es una amatista diseño «Cruela Spack», que yo le compré en Viena —agregó Amapola en un hilo de voz.

—¿Podría darnos una información adicional, señora? —inquirió el doctor, comedido—. Y sepa usted disculpar si abusamos de su paciencia en momentos tan duros para su sensibilidad pero... nuestro médico forense se ha encontrado frente a una duda. Hemos alcanzado importantes conclusiones pero hay algo que nos intriga aún. Encontramos, por ejemplo, tierra y arena bajo una de sus uñas...

—Y eso... ¿Qué significa?

—Nos ha permitido inferir que la explosión se produce a eso de las ocho de la tarde. Antes de que su esposo se diera el baño crepuscular, previo a la cena. Además, no descartamos la posibilidad de que estemos ante un atentado. Hallamos rastros de piel bajo otra de sus uñas. Tal vez hubo lucha.

Amapola se inclinó a observar la mano.

—Ese rastro de piel pertenece a la encuadernación de su Biblia —dijo—. La

llevaba siempre junto a él. Sabrá que mi Itsván era muy católico. Estuvo una vez, incluso, a punto de tomar los hábitos.

—¿Qué lo detuvo?

—Su profundo ateísmo. O bien... es más complejo... Creía en Dios, pero no en Jesucristo, lo que ponía de manifiesto su marcado escepticismo. No creía en nada que pudiese comprobarse.

—De cualquier forma... —enarcó las cejas el doctor—... la duda que no han podido resolver nuestros adelantos técnicos, señora, es otra. ¿Piensa usted que ésta es la mano izquierda o derecha de su esposo? Así, separada del cuerpo, fuera de contexto, nos resulta dificultoso identificarla.

—Derecha —respondió Amapola, sin vacilar—. Porque habitualmente llevaba el anillo en la izquierda.

—¿Entonces...? —se turbó el doctor.

—En los viajes, solía cambiárselo de mano, cuando deseaba acordarse de algo...

—¿Como ser?

—De mí...

Amapola no pudo reprimir un sollozo. El doctor miró el anillo un instante más y luego hizo un gesto con la cabeza a la enfermera que permanecía esperando con el lienzo en alto. La enfermera cubrió la mano con el paño, eficientemente.

—Créame que lo siento —dijo el doctor Mendoza de los Cobos, dirigiéndose a Amapola. Amapola agradeció apenas. Luego miró a Berthold y se retiró presurosa de la morgue.

Capítulo II

El doctor Poenbioptal Drops emite un dramático diagnóstico

El rostro bello de Esteban de Montepío se tensó de pronto. Había detectado, en la expresión habitualmente adusta del doctor Sibelium Poenbioptal Drops, algo que no presagiaba nada bueno: los ojos del facultativo estaban llenos de lágrimas.

—Mi madre... —balbuceó Esteban—, ¿sanará, doctor?

El doctor Poenbioptal sostenía aún el resultado de los estudios en su mano derecha y su mentón temblaba levemente como si estuviera a punto de romper en sollozos. Esteban lo contemplaba con el corazón aterido.

Por último, el doctor aspiró hondo, se recompuso y lo miró largamente.

—¿Qué edad tiene, amigo Montepío? —dijo, al fin.

—78.

—Su madre no. Usted.

—36. Yo, 36.

—Es usted ya un hombre, mi querido Esteban, y puede afrontar este tipo de situaciones.

El doctor hizo un silencio, que aumentó la cruel expectativa de Esteban.

—Su madre irá perdiendo, poco a poco, la vista, hasta quedar completamente ciega.

El rostro noble de Esteban de Montepío tomó la rigidez de la piedra.

Tragó saliva.

—¿No...? —alcanzó a musitar—. ¿No hay ninguna posibilidad de curación o mejora?

El doctor Poenbioptal bajó la vista, meneando la cabeza lentamente.

—No... —dictaminó—. O, en verdad... Sí la hay... —el rostro de Esteban recobró algo de animación—. Pero su costo es francamente inalcanzable.

—¿Cuánto? —Esteban pareció querer encaramarse en el escritorio del médico—. ¿A cuánto asciende el costo de la operación?

—Un millón de dólares —disparó el doctor.

Como un pugilista que recibe un contragolpe fulminante, Esteban volvió lentamente a apoyar su espalda contra el mullido sillón, de cuero oscuro.

—Un millón de dólares... —repitió.

—Cada ojo. Son dos millones de dólares.

Esteban había quedado paralizado, su vista perdida sobre el blanco de las paredes del consultorio. Movía los labios, parecía hablar en voz bajísima.

—¿Qué le ocurre? —se alarmó el doctor.

—Estoy calculando —Esteban continuó sus operaciones en voz baja, el ceño apretado—. Creo que, de acuerdo a lo que gano... —dijo luego—... en cinco años podría pagar la operación de mi madre.

—En cinco años, mi querido muchacho... —el tono de la voz del doctor Poenbioptal era desalentador—... su madre podrá estar, ya no sólo ciega, sino además sorda y muda.

Esteban se puso de pie, como tocado por un rayo.

—¡Yo conseguiré ese dinero! —juró, apretando un puño—. ¡Yo puedo hacerlo!

Su convicción pareció fracturarse, de pronto. Se oprimió la cabeza con ambas manos.

—También hay otras posibilidades —informó el doctor al verlo tan desesperado—. Aquí mismo, hay quien puede llevar a cabo la operación por un costo más accesible.

—¿Quién? ¿Quién puede hacerlo? —Esteban se abalanzó sobre el escritorio.

—Está el doctor John Herrera Sotelo pero, claro, no es un cirujano oftalmólogo. No es un especialista.

—¿Qué es?

—Dentista.

Esteban se desinfló como un globo y cayó en el sillón, nuevamente.

—Por eso... —se apiadó Poenbioptal—... por eso le hablé de la posibilidad más costosa, la única, por otra parte. Por dos millones de dólares, el eminente doctor Kimmei Nobunaga, podría operar a su madre, en Tokio.

—¿En Tokio?

—Ajá.

—¿No atiende a domicilio?

—No.

—Mi madre jamás subió a un avión. Dice que ver las cosas desde tan alto le da vértigo.

—No verá mucho, después de todo. El doctor Nobunaga ha realizado muchas operaciones exitosas del mismo tipo de la que necesitaría su madre. Es el inventor de la «pupila neumática» que tanto diera que hablar en el Salón Anual de la Retina en Toulouse, donde yo estuve.

—¿Es un médico reconocido?

—Es fácil reconocerlo por sus ojos oblicuos. Es un japonés. Puedo explicarle en qué consiste la operación...

Esteban acercó su sillón al escritorio en tanto el doctor Poenbioptal sacaba de un cajón un block de hojas en blanco y una caja de lápices de colores.

—Este es el ojo de su madre... —dijo, dibujando un círculo con mano diestra—. Dígame la verdad, Esteban... —dejó de dibujar y miró al joven—. Su madre ha llorado mucho, ¿no es cierto?

—Sí, debo admitirlo —reconoció Esteban—. Mi padre solía volver borracho de la

sastrería y...

—No me importan los motivos... —lo cortó el médico, comprensivo—. Ha llorado mucho. El lubricante producido por las lágrimas... —distribuyó varias líneas en azul sobre el dibujo original—... ejerce una presión erosionante sobre la capa fluida que recubre el globo ocular, como así también sobre la esclerótica y el lóbulo adiposo, y le confiere el brillo con que se la ve. También actúa severamente sobre el músculo recto interno quitándole flexibilidad, el quiasma óptico y más que nada sobre el lagrimal —con un lápiz marrón el doctor Poenbioptal marcó un punto importante en el diseño—. Durante años, el lagrimal resiste la injuria contrayéndose en una palpitación retráctil como bien podría hacerlo un molusco... ¿conoce los moluscos?

—Los he visto.

—Es la palpitación que hace decir a la gente, al vulgo, equivocadamente: «Me late el ojo», y que se atribuye a deficiencias coronarias. Es la misma reacción que implementa la membrana de la pátina interior del párpado cuando se ve afectada por un cuerpo extraño, como ser, un grano de arena. ¿Conoce la arena?

—La conozco.

Poenbioptal surcó con flechas rojas la superficie dibujada del ojo.

—Pese a la flexibilidad —continuó— y capacidad de absorción, se produce entonces en el lagrimal un fenómeno químico similar al que sufren las babosas... ¿conoce las babosas?

Esteban vaciló. El doctor se puso de pie, recorrió por un instante su biblioteca y luego tomó un grueso volumen. Lo abrió por donde estaba marcado por un señalador y volvió a sentarse poniendo el libro ante la vista de Esteban. Golpeó un par de veces con el dedo índice una foto color.

—La babosa, como ésta que nos muestra la lámina, es un molusco gasterópodo de una consistencia molecular similar a la del lagrimal. El mismo efecto devastador que ejerce la sal —la sal fina común de mesa— sobre las babosas es el que produce la salobridad de las lágrimas sobre el lagrimal. El lagrimal, con el paso del tiempo, pierde morbidez, disminuye en su tamaño, se fosiliza y se convierte, prácticamente, en una partícula muerta que, a la par que hiere el iris por la dureza adquirida, deja de officiar como módulo de ajuste de la órbita ocular, lo que produce un movimiento algo alocado del globo, un desajuste en su movimiento, que puede llevar al estrabismo, la conjuntivitis o en casos más graves, como el de su madre, a la ceguera definitiva.

El doctor culminó su explicación y observó a Esteban pero éste parecía abstraído y pensando en otra cosa.

—¡Yo conseguiré ese dinero, doctor! —dijo el joven—. ¡Juro que lo conseguiré!

—Por ahora... —el doctor tomó uno de sus recetarios— simplemente voy a indicarle qué tipo de anteojos puede usar su madre, para hacer menos pesaroso su tránsito hacia la oscuridad total.

Pero Esteban no lo oía. Acababa de decidir que el dinero necesario para solventar

la operación de su madre iba a salir del bien provisto bolsillo de Amapola Vanderhoeven.

Capítulo III

Un reclamo imperioso de Amapola Vanderhoeven

Un estruendo confuso de latas y cajones cayendo desordenadamente sobresaltó a Esteban de Montepío. Asunta, su madre, había vuelto a caerse por las escaleras que daban al pequeño sótano. Presto y acongojado, el joven abandonó sus estudios de *backgammon* para lanzarse a salvar a su progenitora caída en desgracia. Minutos después la había rescatado de la oscuridad del sótano, la había llevado nuevamente a la modesta sala de estar de la casa y observaba con alivio que la noble anciana no había sufrido golpes mayores, salvo el mordisco artero de un roedor menor en una de sus pantorrillas.

—¿No se le rompieron los lentes nuevos, madre? —preguntó, ansioso, Esteban.

—No, hijo. Incluso el golpe fue más duro porque ocupé mis manos en protegerlos.

Los inmensos lentes de negros cristales empequeñecían aún más el de por sí magro rostro de la madre. Esteban se alejó unos pasos observando hacia el patio interior. Sufría enormemente sólo de ver a su madre en aquellos penosos momentos.

—Debe tener fe, madre —le dijo—. Yo conseguiré el dinero para esa operación.

—No debes preocuparte, hijo. Yo ya he visto demasiado en la vida. Y la televisión, con escucharla me basta.

—Usted volverá a ver, madre —tartamudeó Esteban.

—Si yo veo bien, hijo. Estos anteojos que me recetó el doctor me ayudan mucho.

La anciana tomó la solapa del saco de Esteban, como para demostrar la veracidad de sus argumentos.

—Te has puesto el traje blanco, hijo. Te queda muy bien.

Esteban, tres metros más allá, no pudo contestar. Su madre estaba palpando el saco sobre el maniquí que había pertenecido a su padre, el sastre.

Prefirió no mirar y volver a sus estudios. Apenas se sentó, un alarido de Asunta lo hizo saltar de su silla.

—¡Hijo! ¡Hijo! —doña Asunta, aterrada, tanteaba con mano temblorosa el cuello trunco del maniquí. Esteban corrió hacia ella, abrazándola.

—No te alarmes, no debes asustarte. Estabas tocando el maniquí de papá.

—¡No me hables de tu padre! ¡Ha muerto para mí! —la voz, habitualmente tierna, de la madre, adquirió la dureza del titanio.

—Para mí también, madre. Y para todos —condescendió Esteban.

El padre había fallecido hacía ya ocho años. Víctima de una intoxicación de tiza, el flagelo que diezma a los sastres.

—Madre —Esteban sentó amorosamente a doña Asunta en un sillón y luego se quedó hincado a su lado, tomándola de una mano—. En tanto yo consiga el dinero para la intervención quirúrgica en el lejano y exótico Tokio, trataré de aliviar sus inconvenientes. Compraré un perro lazarillo, madre.

—¿Un perro lazarillo?

—Sí.

—A mí siempre me han gustado los chihuahuas.

—No, madre. Será necesario un animal más corpulento. Que pueda contenerla. Que pueda guiarla.

—Estoy pensando en Tomás.

—¿Qué pasa con Tomás, madre?

—Pienso en él.

—Tomás es un gato, madre. No podría conducirla. No hay gatos lazarillos.

—Digo que pienso en Tomás, porque se iría de casa si trajeras un perro. El perro lo mataría.

—Son perros adiestrados.

—¡Adiestrados para matar gatos!

—No, madre. ¿Ha leído *El lazarillo de Tormes*? Se lo compraré —apenas terminada la frase, Esteban se percató de su torpeza. Se puso de pie, turbado. Asunta, quizás, nunca volvería a leer.

—Jamás conseguirás dos millones de dólares, hijo —la voz de Asunta reflejó un abatimiento repentino—. Nunca has sido bueno para el dinero.

—¡Lo haré, madre, lo haré!

—Siempre has sido demasiado blando, demasiado ingenuo para esas cosas.

—Es más... ¡Sé cómo conseguirlo!

—Has sido siempre algo tonto, un poco imbécil en esa materia.

—Lo obtendré de Amapola Vanderhoeven, madre —los ojos de Esteban miraban fijamente un punto elevado, inexistente, y parecía hablar consigo mismo.

—No sé si habrá sido aquella enfermedad que tuviste cuando niño... —Asunta interrumpió la frase, recapacitando sobre lo que había oído. Su rostro amable se contrajo—. ¿Amapola Vanderhoeven has dicho?

—Sí, madre.

—Esa mujer no te conviene, hijo. Es mala y procaz. Sus sentimientos son crueles y oscuros...

—Es inmensamente rica...

—¡Ella te usa, insensato! ¡Te maneja a su gusto y arbitrio, con una impunidad e impudicia que apesta! ¡Eres juguete de sus pasiones perversas!

—¡No es mala! —se ofuscó Esteban—. Es ambiciosa, lo sé... Puede llegar a arrancarle los ojos a una criatura o a cualquiera que se interponga entre ella y un mísero gramo de oro. ¡Pero no es mala!

—¡Te lleva de la nariz! —insistió la madre— ¡Te conduce con una correa, como

si fueses un perro, el mismo perro, ése, que tú quieres comprar para mi ceguera!

—¡Le tienes envidia! —bramó Esteban— ¡La misma envidia que te hizo alejar de mí a mis mejores novias o prometidas! ¡A mis amigas, a mis maestras de escuela...!

—¿Envidia? —Asunta se había puesto de pie con una mano apretada sobre el pecho—. ¿Envidia yo de esa puta indecente que piensa que todo puede comprarlo con su sucio dinero?

—¡No digas eso! ¡No digas «sucio dinero»!

—Pero... ¿Cómo piensas que puedo ver con buenos ojos que...?

Esteban lanzó una carcajada histérica.

—¿«Buenos ojos»? ¡Tú hablas de «buenos ojos»!

Estremecida por el impacto, Asunta se cubrió la cara con las manos. Esteban comprendió que había ido demasiado lejos, impulsado por el descontrol del momento. Abrazó a su madre, que había vuelto a sentarse, desplomándose sobre el sillón.

—Perdóname, madre —solicitó, sincero. Asunta meneó la cabeza, como queriendo escabullirse de su abrazo.

—Déjame... ¡Tomás! ¡Tomás!

—No quise decir eso.

—¡Tomás! ¡Tomás!

—¡No llates a Tomás!... Te digo que...

El teléfono sonó, inoportuno. En dos saltos atléticos Esteban levantó el tubo, procurando calmarse. Su madre, a sus espaldas, había vuelto a ponerse de pie.

—Yo siempre he querido lo mejor para ti, Esteban, no puedes decir, tan suelto de cuerpo que, por envidia... —comenzó a decir Asunta, entre sollozos sofocados.

—Hola —apuró Esteban.

—Soy yo —la voz profunda de Amapola Vanderhoeven llegaba desde el otro extremo de la línea. Esteban se crispó—. ¿Por qué tardaste tanto en atender?

—No... No tardé nada. Atendí enseguida.

—No atendiste enseguida. No me contradigas. Estuve llamando una eternidad.

—Vine corriendo.

—Una eternidad estuve llamando, Esteban. ¿Dónde estabas?

Esteban hizo unos gestos vagos con los brazos.

—... que por retenerte a mi lado... —proseguía su madre—... haya yo podido caer en la mezquindad y la bajeza de alejar de ti a todas aquellas mujeres que pudieron habérsete acercado. ¡Solamente una vez, solamente una vez de la cual no me arrepiento te advertí, me atreví a aconsejarte, empujada por mi sentimiento de madre! ¡Solamente una vez...!

—¿Dónde estabas Esteban? —reclamó, gélida, Amapola—. Escucho una voz de mujer, escucho claramente una voz de mujer.

—Es madre, Amapola... Está acá, diciendo...

—¡... abandoné mi proverbial discreción para alertarte sobre aquella loca que te

llamaba desde Asia con pago revertido, sólo esa! ¡Después, siempre me mordí los labios hasta hacérmelos sangrar con tal de no decir una sola palabra, ni un gesto, ni una insinuación, ni una mirada que pudiese herirte o molestarte! —el tono de Asunta crecía sostenidamente.

—No me mientas, Esteban, ésa no es tu madre —la voz de Amapola, en cambio, era firme, pero fría como un escalpelo—. ¿Con quién estás, Esteban?

—Es madre, es madre que... —el rostro de Esteban variaba su orientación desde el sitio donde su madre lo apostrofaba, al tubo del teléfono.

—¡Estás con una mujer, Esteban! —era notorio ahora que Amapola hablaba entre dientes—. ¡Por eso fue que no me atendiste enseguida! ¡Es por eso!

—¡... pese a que tuve que soportar ver a las arrastradas más siniestras y miserables revoloteando en torno tuyo deslumbradas por tu belleza y tu inteligencia! ¿Y todo para qué? ¿Para qué?

—Madre, madre, por favor... —rogó Esteban. Su madre ya lloraba desconsoladamente.

—¡No finjas, no finjas, gusano! —se escuchaba a Amapola.

—Amapola, por favor...

—¡Tomás! ¡Tomás!

—Amapola, por favor, déjame explicarte...

—Me explicarás luego. No pienses que me olvidaré fácilmente de esto.

—¡Tomás! ¡Tomás! ¿Dónde te has metido, querido? —la madre de Esteban se alejó hacia otras habitaciones, buscando—. ¡Siempre te ocultas cuando más te necesito!

—Te lo explicaré todo, Amapola, te...

—¡No me hagas perder el tiempo! ¡Es muy urgente!

—¿Qué pasa? —el rostro de Esteban palideció mientras su esbelto cuerpo se tensaba.

—Irene.

—¿Qué... qué pasa? ¿Se mató?

—No.

—¿Intentó suicidarse nuevamente?

—Peor.

—¿Qué...? ¡Por Dios, Amapola, dime!

—¡Está intentando suicidarse!

—¡Voy para allá!

Esteban colgó el teléfono, tomó un abrigo y abandonó la casa como una exhalación. Antes de cerrar la puerta, escuchó a su madre, que caía nuevamente por la escalera del sótano.

Capítulo IV

Esteban de Montepío salva la vida de la humilde María

Hubiese sido faltar a la verdad decir que María Bacharach era una mujer bella. Era, sí, uno de esos típicos casos donde la belleza fluctúa y medra, morosa, en las profundidades de una personalidad, con tanta discreción y modestia que nadie puede detectarla. Tampoco podía decirse que detentaba la peor de las fealdades, la que mueve a risa, pero, callada y tímida, se hacía dificultoso reparar en ella, mezclada entre las otras 745 operarias de la curtiembre. Sólo en sus ojos, unos ojos grandes y casi siempre asustados, podía apreciarse, muy de vez en cuando, un ligero brillo de picardía o astucia, especialmente cuando el día estaba nublado.

Para acrecentar aún más esa personalidad átona y descolorida María se comportaba como un animal frágil, evitando cuanto pudiera o pudiese ponerla en evidencia, destacarla entre sus semejantes, atraer la atención. Tal era su avidez de anonimato, su apetito de intrascendencia, que la cámara de televisión de circuito cerrado que paneaba sobre el enorme salón donde las operarias trabajaban, no la registraba. Más de una vez, los controladores de seguridad habían acudido prestos a su puesto de trabajo en la línea de montaje suponiendo que María había sufrido algún accidente o quizás, y peor aún, que se había retirado sin permiso al baño a desmayarse, descubriendo que ella se hallaba firme en su lugar.

Casi siempre lo habían atribuido, luego, a fallas en el sistema televisivo lo que obligaba a la empresa a gastar miles de dólares en reemplazo del circuito íntegro.

Para aquellos que lo conocían, fue entonces muy difícil de explicar cuáles fueron las razones para que Esteban de Montepío, en visita de capacitación a la moderna curtiembre, quedara absolutamente fascinado ante la imagen obrera de aquella muchacha. Años más tarde, nadie alcanzaría a entender qué fue lo que lo paralizó, dejándolo sin habla ni respiración frente a María Bacharach, en tanto recorría, acompañado de un séquito de obsecuentes, la sección «Purificación y Espulgue».

—En este tramo... —le estaba explicando el ingeniero jefe Elio Lara Loayza—... los cueros de cerdo llegan provenientes de la sección «Clasificación de pelaje», o sea, la planta que acabamos de visitar...

Las palabras del ingeniero se habían convertido para Esteban en sólo un zumbido vano, un ronroneo algo lejano y confuso que no alcanzaba a traducirse en sus oídos. El esbelto prometido de Amapola Vanderhoeven se había quedado inmóvil, la respiración agitada, contemplando la figura opaca de María Bacharach inclinada sobre la línea.

—... el visor computarizado de la sección anterior... —continuaba informando el

ingeniero, que no había reparado en la ausencia espiritual de Esteban—... ya ha separado, con precisión rigurosa, los cueros de pelo oscuro de los cueros de pelo claro, los bien llamados «cerdos ambarinos o bayos». Los cueros, identificados, clasificados, llegan hasta acá sujetos por medio de esos ganchos...

Una silenciosa cadena de ganchos, con la exacta pericia que brinda la técnica, iba recibiendo los cueros y enganchándolos por una argolla que cada uno lucía en el hocico.

—... los cueros, o pieles, o envoltorios naturales del paquidermo, llegan, entonces, a esta sección donde las señoritas proceden a revisarlos y quitarles toda excrecencia, dureza, anormalidad o ácaro que tengan adherido...

El discurso era inexistente para Esteban. Enfundado todavía en su traje de montar, golpeaba suavemente con la fusta la palma de su mano izquierda, sin quitar los ojos de María, que revisaba, con atención altamente profesional el intrincado pelaje de un cerdo marrón.

Pese a su habitual lejanía, la muchacha había experimentado también un pinchazo tibio en su corazón al advertir, desde su puesto de trabajo, la llegada de Esteban, acompañado de los auxiliares. Aquella figura alta y elegante, armoniosa pese a la corpulencia, lucía fantástica en el traje de montar, con la gorra negra, la chaqueta roja, las polainas blancas y las elevadas botas charoladas. Esteban era, dentro de la cotidiana parquedad de los colores grises y desaturados de la planta, una llamada de color, una luz resplandeciente que venía bajando las escaleras metálicas hacia la sección «Purificación y Espulgue». Hacia ella.

—¿Quién es? ¿Quién es? —había preguntado María, con voz sofocada, sin levantar la vista, a su compañera de línea.

—Es Esteban de Montepío, el novio de Amapola Vanderhoeven —le llegó la respuesta, siseante—. Ella lo manda a todas las plantas para que se vaya capacitando. Llegará un día en que él deberá hacerse cargo de la dirección de la empresa.

Fue entonces cuando María quedó paralizada. Esteban había clavado los ojos en ella, y ella lo supo aun antes de atreverse a elevar su vista y mirarlo. Sintió una sofocación en el rostro y el calor de la mirada del hombre recorriendo su cutis como la húmeda y tibia huella que puede dejar la lengua de un perro o mamífero similar en una demostración primaria de cariño.

—Preferimos contratar mujeres... —continuó explicando el ingeniero—... dado que son más pacientes y cuidadosas que los hombres. No deja de ser éste un trabajo casi de cosmética, después de todo —sonrió Lara Loayza en lo que era uno de sus chistes preferidos en las visitas guiadas—. Por aquí —señaló a Esteban el camino a seguir. Sin embargo, al intentar continuar con el recorrido, el ingeniero chocó contra el cuerpo de Esteban, que permanecía clavado en su sitio. Esto pareció despertar al joven de su ensoñación.

—¿Por qué...? —buscó dilatar la explicación, Esteban— ¿Por qué es que algunos de los ganchos no traen cueros?

Pese a que María había prácticamente hundido su nariz en el áspero pelaje del porcino, su mano izquierda, como actuando por sí sola, abandonó la pinza de depilación y buscó afanosa en uno de los bolsillos de su mameluco.

—Estamos trabajando a la mitad de nuestra capacidad —argumentó el ingeniero, quien, dada su fría condición de tecnócrata, no había advertido la particular predilección de su futuro patrón, por la operaria más intrascendente y sumisa de la planta—. No queremos, tampoco, inundar los mercados internacionales con pieles de cerdo, ya que bajaríamos sustancialmente su cotización. Un caso similar al de los diamantes.

El ingeniero intentó por segunda vez continuar la marcha y volvió a chocarse con Esteban. La muchacha aprovechó, con velocidad inusitada, ya que el choque había distraído a ambos hombres, para colocarse un aro colgante, una barata anilla dorada, en una de sus orejas. El viejo y ancestral llamado de la coquetería la reclamaba por primera vez, quizás, en su vida. Presintió que Esteban había vuelto a mirarla y detuvo el intento de colocarse el otro aro. Pero tuvo un raptó de valentía inusual. Levantó el rostro y sostuvo la mirada del muchacho. Fue un segundo tan sólo, pero bastó para acelerar los latidos de su corazón hasta extremos de alta peligrosidad. Y fue, también, en ese preciso instante, que comenzó a escuchar como una música, una música angelical y bella que la arrullaba. Lo que ella no sabía es que Esteban de Montepío también estaba escuchando la misma música, ese coral majestuoso que llenaba todos los rincones de la planta, apagando, incluso, el ronroneo de las maquinarias. Ambos, imbuidos en la contemplación amorosa, no pudieron observar que quienes cantaban, quienes integraban ese coro subyugante, eran las restantes operarias de la curtiembre.

—Nosotros somos grandes admiradores del sistema americano de trabajo —explicó elevando la voz, el ingeniero—. Y de ellos hemos tomado aquella sana, vieja costumbre, de los negros esclavos, que entonaban cánticos para acompañar sus labores. Las *labor songs*.

Esteban pareció salir de su letargo y miró a Lara Loayza. María aprovechó y se prendió el otro aro, inclinando su cabeza hacia un costado.

—Sigamos —fue más enérgico esta vez el ingeniero tomando a Esteban de un brazo—. Hay mucho para ver todavía.

Esteban ofreció aún cierta resistencia, pero un nuevo tirón en el brazo lo convenció de que hubiese sido sospechoso persistir en su porfía. Giró junto al ingeniero, que lo retenía por la manga. La prosecución de la visita, esos pasos que lo hicieron distanciarse de María, le impidieron observar el accidente. Tanto se inclinó la muchacha sobre la línea para ocultar que estaba prendiéndose el aro restante en su oreja izquierda, que uno de los ganchos, llegando vacío, se introdujo en el anillo de la pueril joya y arrastró su rostro, la cara, el cuello y el cuerpo, en suma, de María, sobre la cadena de montaje. Hubo un grito desesperado de la muchacha, de inmediato otro de su compañera cercana al observar el suceso y, al instante, aquella ordenada y disciplinada planta se había convertido en un escándalo de alaridos horrorizados.

—¡El ácido! ¡La arrastra hacia el ácido!

Ocho metros más allá del puesto del que había sido abruptamente arrancada María por el traicionero gancho, la línea iba sumergiendo los cueros en un inmenso recipiente de diez metros por diez, con una profundidad que no podía adivinarse por lo turbio y amenazador del líquido que contenía.

—¡El ácido! ¡Va hacia el ácido!

El primero en reaccionar fue Esteban. De un brinco formidable se lanzó hacia María, sin advertir que el ingeniero no lo había soltado del brazo. Esteban se estrelló contra el piso luego de dar una voltereta por el aire, desequilibrado ante la empecinada actitud de Lara Loayza quien, arrastrado, también fue a dar contra el suelo. Cinco o seis veces tuvo que golpear Esteban con su fusta la mano del ingeniero jefe para que lo soltara. Luego de haberlo conseguido, saltó hacia la fatídica maquinaria que arrastraba a la muchacha, sujeta por una oreja, hacia el inmenso piletón definitivo. En una fracción de segundo estuvo el joven sobre ella, atrapándola de los tobillos, cuando ya los brazos de María batían el aire buscando asidero ante la repentina caída en vertical de la cinta transportadora que iba a hundirse en la pileta. Por un instante pareció que Esteban lograría contener el empuje tremendo de la tecnología, pero, luego de un segundo de detención, la cadena de montaje retomó su ímpetu y el joven, aferrado aún con determinación bravía a los tobillos de ella, cayó también sobre la cinta. Un instante después, entre los gritos de horror, espanto y asombro, la pareja se sumía en el tenebroso líquido de la pileta.

Capítulo V

El capitán Abdellah Lemonade entra en escena

Un recuerdo impiadoso volvía siempre a la memoria de la perversa Amapola Vanderhoeven: la noche en que la llamaron a la morgue para informarle que su mansión, «La Gansada», estaba envuelta en llamas.

—Sí, soy yo —reclamó, fastidiada, Amapola, en el tubo del teléfono que le habían cedido en una de las cámaras frías de la morgue—. ¿Quién habla?

—Soy yo, señora Amapola, Maribel —pronunció la voz, exaltada, desde el otro extremo de la línea—. Tenemos fuego en la casa.

—¿No han llamado a los bomberos?

—Lo pensamos pero nos daba no sé qué molestarlos a esta hora.

Los nudillos de Amapola blanquearon sobre el tubo. Tal vez la culpa era de ella, que había inculcado a sus servidores un culto a la discreción y el respeto.

—Por otra parte —se apresuró a argumentar el ama de llaves— no sabíamos si usted quería darle tanta difusión a los acontecimientos.

—Oye, imbécil —masticó su odio Amapola—. Llama de inmediato a los bomberos, pide que te manden los más caros, no te fijas en precios.

—No quería hacerlo sin contar con su autorización, señora Amapola —insistió en explicar el ama de llaves.

—Es más, pide directamente hablar con el jefe de bomberos y dile que hablas de parte mía. ¿Qué esperas para hacerlo?

—Que usted corte, señora.

Amapola Vanderhoeven, en un rasgo que le era característico, estrelló el tubo contra el aparato y dejó la morgue.

Diez minutos después, la limousine color sepia corría por la carretera como un proyectil. Al volante Berthold, los ojos claros clavados en el camino, no podía apartar su pensamiento de la figura de Itsván Vanderhoeven, su antiguo patrón. Había sido él, el famoso deportista, cuyos someros despojos acababan de abandonar sobre la gélida superficie de una camilla, quien lo arrancara de una mísera tienda de camelleros, en Tidjikdja, en el desierto de Djouf, en Mauritania. Se habían conocido en forma accidental, ya que Itsván Vanderhoeven, el ciudadano del mundo, el cosmopolita aventurero, había atropellado la tienda con su formidable camioneta carrozada a no menos de 230 kilómetros por hora. Toda la familia que se había hecho cargo de Berthold había hallado la muerte bajo los neumáticos radiales y el blindaje implacable de aquel bólido de acero, salvándose sólo Berthold de la magnitud del impacto, ya que, en ese momento su cuerpo se hallaba cubierto por uno de los

camelleros que lo estaba sometiendo sexualmente, una vez más. En la memoria de Berthold no podría borrarse jamás el súbito estruendo de la tienda al ser reventada, destruida y arrancada en vilo por la mole mecánica en medio de la noche. El alarido de los frenos intentando lo imposible, los gritos de las mujeres, el salpicar de la sangre mezclada con la gasolina, el tufo ardiente del aceite al incendiarse, el aliento fétido y familiar del camellero sobre su nuca por última vez. Luego, ya días después, el interés del célebre deportista sudamericano por su suerte, la oferta de viajar a América, la nueva vida.

En el asiento de atrás, Amapola Vanderhoeven mordisqueaba nerviosamente una de sus bellísimas uñas, atormentada por las imágenes vistas en la morgue. Una débil luz interior en el techo del coche la iluminaba, otorgando reflejos dramáticos a su anguloso rostro. Ella también pensaba en su desafortunado esposo. Esa mano, esa misma mano laxa y cadavérica que había contemplado horrorizada sobre la camilla rodante de la morgue, había paseado una y mil veces sobre su piel trémula. Esa misma mano que ella había podido apreciar, cual un animal desarticulado, un crustáceo exánime y descolorido bajo las luces difusas del depósito frigorífico, era la misma que había hollado, febril y curiosa, sus partes pudendas.

Aquel anillo de amatista, diseño Cruela Spack, que atrapaba el resplandor apagado del depósito de cadáveres, era el mismo anillo que ella, Amapola Vanderhoeven, había comprado para su marido durante un viaje a Viena, capital de Austria y de la *Sachertorte*.

El sonido del teléfono la arrancó brutalmente de sus cavilaciones. Berthold se apresuró a atender, ya que el aparato se hallaba a su lado, atrás de la palanca de cambios.

—Es para usted —indicó a Amapola, tras breve pausa, acercándole el auricular.

—Dile que no estoy —se ofuscó, fría, Amapola—. Que he salido. Que he salido a dar una vuelta en auto.

—Es la señora Maribel —recomendó Berthold—. Parece asustada.

—Oh, cielos... —maldijo Amapola, tomando el aparato—. ¿Qué quieres, Maribel?

—Perdone usted, señora Amapola... Es que no podemos localizar al jefe de bomberos...

—¿Para qué quieres al jefe de bomberos?

—Por el incendio.

—Ah... ¿Siguen con eso? —el fastidio oscureció el rostro de Amapola.

—Sí, señora, y está sin control. Al parecer el jefe de bomberos se niega a atendernos. Hace decir que está durmiendo.

Amapola dio un brinco en el asiento, presa de furia.

—¡Llama de inmediato al diputado Córcega Diamante! —ordenó con la precisión y premura de un militar en operaciones—. ¡Dile que hable con el general Policarpo Cajas Schettina, que éste llame a ese imbécil del jefe de bomberos y lo conmine a

acudir, en persona y con sus mejores hombres a sofocar el incendio de mi mansión! ¡Sin una excusa! ¡Los quiero allí en menos de cinco minutos! ¡Y que ni se le ocurra ir con esos inútiles bomberos voluntarios! ¡Un incendio en casa de los Vanderhoeven no es cosa de voluntaristas o de dilettantes, es cosa de profesionales!

Cortó sin dar más explicaciones. Encendió luego un cigarrillo con mano diestra. La acción había rescatado a la mujer impetuosa y dura.

—No iremos a lo del padre McAvennie, Berthold —ordenó—. Vamos directamente a casa. Temo que esa imbécil de Maribel no sepa manejar lo del incendio.

El giro que imprimió el chofer belga al volante fue diestro pero violento. La limousine color sepia, con un chirrido angustiante de sus cuatro ruedas se cruzó sobre la ruta. Lanzado a más de 200 kilómetros por hora, incluso un coche dotado de un diseño tan inteligente y equilibrado, no pudo mantener su habitual postura. Las dos cubiertas de su flanco izquierdo se elevaron en el aire y, por una fracción de segundo, pareció que la suntuosa máquina se quedaría así para siempre, como un monumento a la fractura de la gravedad. Luego, con estrépito, volvió a caer sobre sus cuatro ruedas rebotando un par de veces. Los neumáticos gimotearon cruelmente sobre el mojado pavimento, dado que no habían dejado de girar a velocidad de vértigo y el coche, tras describir varios trompos, salió disparado como un obús en dirección contraria a la que traía antes del giro.

—¿Tienes fuego? —preguntó Amapola.

Eficientemente, Berthold le acercó el encendedor.

—Uno de los amortiguadores debe estar dañado —dictaminó la mujer—. Salta mucho.

Berthold desestimó la observación, con un meneo de su cabeza.

El padre Pedro León McAvennie era el confidente de Amapola Vanderhoeven.

Se trataba de un hombre sabio y comprensivo, de edad madura, pero el peso de los pecados que, con el tiempo, había ido confiándole la poderosa mujer, poco a poco, logró desequilibrarlo. La complicidad, la culpa, la responsabilidad de callar el cúmulo de aberraciones y maldades que Amapola le confiaba habían empujado al canónigo a buscar en otras disciplinas lo que no hallaba en la religión. Era así que, por las noches, lejos ya del silencio del templo y la oración, ocupaba su tiempo como *disc-jockey* en «Génesis 51», el clubailable de moda. Allí, incluso, de tanto en tanto, acudía Amapola para volcar sobre él, como un vómito redentor, nuevas tropelías, nuevas traiciones, nuevos engaños. Pero esa noche, al menos, el padre McAvennie se vería libre de renovados acíbares, dado que el suntuoso coche de Amapola ya atravesaba, ansioso, los parques de la mansión.

Un tumulto de autobombas, bomberos, carros de la división explosivos y poderosos focos de defensa antiaérea la recibieron. Bajó del coche entre una maraña de mangueras que se entrecruzaban y penetró en el amplísimo *hall* de la casa, poblada de sirvientes despavoridos y bomberos que iban y venían con hachas en la mano.

—Ya está todo dominado, señora Vanderhoeven —la tranquilizó un sargento acercándosele—. No pasó de ser sino un principio de incendio.

Amapola no le contestó. Permaneció quieta, observando con expresión dominante ese maremágnum de gente y vehículos en movimiento. A su lado, Maribel, el ama de llaves, sollozaba quedamente.

—Allí viene el jefe —anunció el sargento, sin desalentarse—. Hable con él.

Una racha huracanada de viento anunció a Amapola que un helicóptero estaba descendiendo enfrente mismo de la mansión. Enfundado en un clásico capote encerado, con el reluciente casco de bombero calado hasta las cejas, el jefe de bomberos estuvo de inmediato frente a Amapola.

—No tengo nada que hablar con usted —lo recibió la mujer, cortante—. Han hecho su trabajo y ya pueden irse.

—No es lo aconsejable, señora —desestimó el veterano luchador de mil siniestros—. El fuego es un elemento traicionero. Ahora da la impresión de estar vencido, pero tal vez su actitud es sólo una trampa para que nosotros bajemos la guardia. Entonces podría reaparecer, más virulento, más despiadado, más dañino, como lo ha hecho tantas veces —Amapola lo midió con desprecio—. ¡Cuántas veces en mi carrera han ocurrido cosas como ésta! —prosiguió el capitán—. En una oportunidad creímos extinguido un incendio en un depósito de pintura, en el puerto. Desmovilizamos nuestra gente, arriamos nuestras escaleras y enrollamos nuestras mangueras en la estúpida creencia de que habíamos terminado con el flagelo. Y... ¿para qué, señora, para qué? Para que cuatro años después, en el mismo sitio, con las mismas características, volviese a reaparecer. No puede confiarse usted de un elemento tan artero.

Amapola lo miró y podía escucharse el rechinar de sus dientes.

—¿Sabe de qué tamaño es una llamita, señora? —entrecerró sus ojos el capitán—. ¿Sabe de qué tamaño es? —el jefe estiró su brazo y entre el dedo pulgar y el dedo índice de su mano derecha, dejó apenas una luz de dos centímetros—. Así. Así es. Puede ocultarse bajo una baldosa, bajo un armario, detrás de una maceta ínfima, y permanecer allí, acechante, durante horas.

Amapola continuaba mirándolo con desprecio.

—No se inquiete usted, señora —sonrió el jefe de la brigada contra el fuego—. No les molestaremos. Mis hombres podrán pasar la noche en las caballerizas, o envueltos en sus capotes. Están acostumbrados a las privaciones. Muchos de ellos se han forjado en la dura lucha de los incendios forestales. Un día más nos bastará para asegurarnos de que el insidioso fuego no reaparezca jamás. No dejaremos piedra sobre piedra buscando su rastro.

—Muy bien —los ojos de Amapola Vanderhoeven relampaguearon—. Pero que sea por esta noche, no más.

Años más tarde, Amapola Vanderhoeven recapacitaría sobre lo torpe y apresurada que había estado al conceder ese permiso.

Capítulo VI

Los fantasmas de Lieja atormentan a Irene nuevamente

Cuando Esteban de Montepío, aquella terrible noche, llegó a la mansión de Amapola Vanderhoeven, el hermoso rostro de ésta se hallaba distorsionado por la tensión. El joven había escuchado los gritos de su madre cayendo al sótano, pero el imperioso llamado de Amapola había sido más fuerte.

La premura también modificaba el noble semblante de Esteban, que llegaba empapado por la lluvia torrencial.

—¡Irene! —reclamó Esteban—. ¿Dónde está Irene?

—¿Qué te ha retrasado tanto? —lo frenó Amapola, tajante. Esteban quedó perplejo.

—Vine lo más rápido que pude —reaccionó.

—Mientes. Has tardado años.

—Amapola... por favor... Apenas corté contigo busqué un...

—¿Con quién hablabas en tu casa?

—Oh, cielos, no empecemos de nuevo...

—Escuché perfectamente una voz de mujer hablándote mientras...

—¡Era mi madre!

—¡Mientes! ¿Quieres hacerme creer que una madre, una mujer decente, recibiría a un hijo adulto, en su propia casa, a solas? —bramó Amapola—. ¿Me consideras tan estúpida?

—Amapola, puedo explicártelo... —Esteban se oprimió la frente, aturdido.

—¡Puedes explicármelo! ¡Puedes explicármelo! —le gritó Amapola casi tocando la nariz del joven con su propia nariz—. ¿Podrías explicarme también por qué estás tan nervioso que transpiras así? ¿Podrías hacerlo?

—No es transpiración... Está lloviendo —Esteban señaló hacia la puerta con gesto vago.

—Claro... háblame del tiempo ahora... —se replegó Amapola adoptando un tono dolido—. Háblame del tiempo, de la lluvia, de si hace calor o no lo hace. Yo no podría sostener una conversación más interesante. La imbécil de Amapola Vanderhoeven no podría sostener una conversación más inteligente.

—Amapola —rogó Esteban—. Déjame explicarte. Por teléfono...

—Lo único que me falta es que quieras explicármelo por teléfono estando en mi casa... ¡Oh Dios, es un demente!

—Digo que por teléfono no pude hacerlo...

—¡Claro! ¡Claro! ¡Yo con mi pobre hermana tratando de matarse y tú pretendes

perder tiempo en estúpidas explicaciones!

—No... ¡No es eso! No soy yo quien...

—¡Yo sumida en un drama familiar y él —Amapola parecía hablar a un testigo invisible—, el hombre en quien he depositado mi confianza, pretende ponerse a hablar de si llueve o deja de llover! ¡No puedo creerlo!

—Fui con mi madre a lo del médico, Amapola. El oculista...

—¡Qué me importa tu madre ahora, Esteban! —estalló Amapola—. ¡Tengo a mi pobre hermana al borde mismo de la muerte y a ti, con un egoísmo propio de una alimaña miserable, lo único que se te ocurre es contarme de tu madre!

Esteban la miró con expresión perdida, fluctuando entre el desconcierto y la desesperación. Suspiró de pronto, como vencido.

—¡Vamos a donde está tu hermana! —exclamó, resuelto.

—Claro... —Amapola se cruzó de brazos—. ¿Y piensas que así me olvidaré tan fácil de esa voz de mujer que escuché en tanto hablaba por teléfono contigo?

Esteban desestimó el reproche. A grandes zancadas trepó por las escaleras en procura de las habitaciones de Irene.

—¡No está en su habitación, imbécil! —lo detuvo Amapola, reaccionando—. ¡Se ha encerrado en el baño! ¡Se ha tomado ya dos frascos de barbitúricos!

Esteban, seguido ahora por Amapola, atravesó pasillos a toda carrera.

Comprendió que se estaba acercando al lugar donde se desarrollaban los dramáticos sucesos cuando sus pies chapotearon agua sobre el suelo.

—¡La niña Irene ha inundado el baño! —la alertó Maribel, el ama de llaves, quien, junto a una docena de sirvientes, estaba intentando abrir la pesada puerta de madera. Esteban llegó hasta la puerta y comenzó a golpearla salvajemente con un puño.

—Está ocupado —le informó, discreto, un sirviente. Un trueno sacudió la mansión entera.

—La llave. ¿Dónde está la llave? —preguntó Esteban, con tono enérgico. Le hacía bien sentirse a cargo de la situación, en medio de aquellos serviles empleados de Amapola que lo miraban esperando de él un milagro.

—La niña Irene la tiene —informó Maribel.

—Es más —agregó otra mucama, llorosa—, nos dijo que se la tragó.

—¡Oh, Dios! —Amapola se apoyó desfalleciente sobre el marco de la puerta—. Esa llave en el estómago le caerá pésimamente mal.

—Pensar que de pequeña no comía nada —desaprobó con la cabeza Maribel.

—¡Irene! ¡Irene! ¿Estás bien? —Esteban volvió a golpear la puerta—. Debes salir, mujer, acá hay gente que necesita el baño.

Quedaron todos esperando que tan infantil recurso diera algún resultado.

Nadie contestó desde adentro. De repente, el alarido desgarrador de una de las mucamas sacudió a Esteban. La joven señalaba con horror hacia el suelo. Por debajo de la puerta y, mezclado con el agua jabonosa que por allí fluía desde adentro, salía

ahora un líquido espeso y rojo.

—¡Sangre! ¡Sangre! —ululó el grupo.

—¡Se ha cortado las venas! ¡Se ha cortado las venas!

—¡Ha roto el frasco de barbitúricos y con uno de los vidrios se ha cortado las venas! —imaginó Amapola.

Esteban la emprendió a puntapiés y nuevos trompis contra la puerta. Luego sacudió histéricamente el picaporte.

—¿No hay otra llave? —interpeló, fuera de sí.

—¡Sí, hay una copia! —gritó un mucamo.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—¡En el mismo llavero donde estaba la original! —explicó el hombre señalando hacia la puerta del baño—. ¡La niña Irene también se la debe haber tragado!

—¡Le hará mal! —se desesperó Amapola—. ¡Dos llaves en el estómago le harán muy mal!

—¡Apártense! —pareció tomar una decisión, Esteban—. ¡Tiraré la puerta abajo!

Todos se corrieron hacia ambos flancos. Esteban se quitó el saco y luego procuró hacer lo mismo con la camisa. Pugnó unos segundos tercamente con uno de los botones.

—¡Déjate esa camisa, Esteban! —lo apuró Amapola.

Esteban le hizo caso. Miró por un instante la puerta como midiendo el grado de resistencia que podía oponer a su embate. Luego, sin dejar de mirarla, retrocedió a la carrera. Sus piernas golpearon contra la baranda de la escalera que estaba a sus espaldas y el empujón lo hizo pasar por sobre ella. Se vieron sus pies describir un arco en el aire y desapareció rumbo a la planta baja, sin un grito.

—¡Esteban! ¡Esteban! —se espantó Amapola corriendo hasta inclinarse por la baranda—. ¡No te vayas ahora!

Un grupo de sirvientes se lanzó escaleras abajo en auxilio del malogrado joven. En ese instante hubo un trueno más estremecedor aún que los anteriores y un relámpago iluminó crudamente la macabra escena. Los cristales de una ventana situada al extremo del corredor estallaron en mil pedazos.

—¡Es un ciclón! ¡Un verdadero ciclón! —vociferó alguien. Pero, cuando aún los ojos dilatados por el temor de Amapola no se habían apartado de la ventana, una sombra simiesca se recortó en el marco contra la claridad de la noche surcada por rayos y centellas. El cuerpo de un hombre corpulento, enfundado en un encerado capote por donde resbalaba copiosamente el agua, saltó al corredor venciendo la resistencia de los últimos cristales intactos. El relumbrón furibundo de un relámpago hizo refulgir el acero de un hacha en su mano enguantada. Un clamor horrorizado se elevó entre el grupo de sirvientes que rodeaba a Amapola, ante lo amenazador y siniestro de la figura ingresada.

—Capitán Lemonade —musitó entre dientes Amapola. El voluminoso comandante de bomberos se acercó entonces, ensombrecido el rostro por el ala de su

casco reglamentario.

—Señora Vanderhoeven —dijo el uniformado, cuadrándose frente a Amapola—. Le dije que no se arrepentiría de que permaneciéramos acá, tras aquella noche del incendio.

Amapola no se dignó a contestar, sólo el desprecio más químicamente puro se atisbaba por las rendijas en que se habían convertido sus ojos.

—Permítame —requirió el capitán y elevó el hacha del mismo modo con que Ivanhoe hubiese blandido su arma alistándose para la justa. Todos los sirvientes se apartaron, abrazados entre sí. En tres golpes formidables del pesado acero la puerta se despedazó lanzando trozos de madera hacia los cuatro puntos cardinales. Luego, el capitán, ni lerdo ni perezoso, penetró al baño por el agujero practicado, ya que, de la puerta, sólo había quedado indemne el reborde, aún aferrado a sus empecinados goznes. Amapola se lanzó tras el capitán, apartándolo incluso, con un empujón irrespetuoso de su rango.

La escena que se presentó ante sus ojos despavoridos era sobrecogedora.

Su hermana Irene, su conflictuada hermana Irene, se hallaba sumergida a medias en la bañera que rebalsaba de agua a torrentes. El agua era casi roja y el rostro de Irene tenía la blancura de los azulejos. Junto a la bañera podían verse dos frascos vacíos de barbitúricos «Morpheus 305/KN». Irene, prácticamente exánime, abría su boca hacia una última píldora que sostenía en su mano derecha cual una uva apetecible. Los casi 150 kilos de la hermana de Amapola semisumergida en aquel líquido de angustiante escarlata, le hacían parecer un cetáceo luciendo su vientre pálido rasgado por los arpones asesinos.

—¡Irene! —gritó Amapola, abalanzándose hacia la bañera, seguida por los sirvientes. El capitán Lemonade, entretanto, la había emprendido a hachazos contra el inodoro, impedido, al parecer, de contener sus ansias por superar los obstáculos.

—¡Debemos sacarla de allí! —pudo detectarse la voz de Berthold, el chofer, entre la confusión de órdenes y sugerencias.

—¡Las venas! ¡Se ha cortado las venas! —insistió Amapola buscando la muñeca de la mano izquierda de Irene, oculta bajo el agua. Cuando pudo hallarla, comprobó, con sorpresa, que no había allí herida alguna.

—¡Tal vez se ha abierto el estómago, como los japoneses! —aportó alguien, lo que erizó la piel de los presentes.

—¡Saquémosla de aquí, pronto! —Amapola se puso de pie, empapada.

—¡No podremos hacerlo nosotros solos! —le notificó el ama de llaves—. ¡No podremos levantar 150 kilos de peso muerto! —y antes de terminar la frase se tapó la boca, arrepentida de haber articulado esta última palabra.

—¡Capitán Lemonade! ¡Capitán Lemonade! —solicitaron varias voces, a gritos.

Pero el capitán la había emprendido ahora contra el lavabo y el botiquín levantando y dejando caer su hacha en mandobles destructivos, como un poseso.

—¡Déjenme a mí! ¡Déjenme a mí! —tronó una voz conocida, desde la puerta

hecha añicos. Al volverse, todos vieron, emocionados, cómo la figura castigada de Esteban volvía a la carga. El joven, que no quería perderse el papel protagónico, llevaba su cabeza envuelta en un mantel ensangrentado al estilo arábigo. Apartando a los trémulos servidores, Esteban se ubicó junto a la bañera, procurando no resbalarse en las aguas que cubrían el piso, alcanzando los diez centímetros de altura. Con un esfuerzo titánico atrapó uno de los voluminosos brazos de Irene y, girando, procuró que los inmensos senos de la muchacha, se apoyaran sobre su propia espalda, en una posición que parecía el comienzo de una toma de yudo. Sentado sobre el borde de la bañera, indicó a Amapola que pasase el otro brazo de Irene sobre su hombro restante, al punto que la suicida quedó aferrada por la espalda, del cuello del muchacho. Esteban, entonces, aspiró hondo, se concentró, y con un envión formidable de sus músculos dorsales tensados al límite de la explosión, se puso de pie arrastrando la mole sumergida. Desempantanar un búfalo apresado en el fango hubiese sido más fácil. Con un rugido de animal salvaje, Esteban logró ponerse totalmente de pie, ante los ojos admirados de los sirvientes. Luego se inclinó levemente hacia adelante, para balancear el peso de aquella masa desnuda, flácida y altamente impúdica. Fue cuando el kilaje desmesurado lo venció por completo y cayó de boca, aplastado por Irene, sobre el piso del baño. Los bramidos de Esteban eran estremecedores, entre la barahúnda de los demás que procuraban ayudarlo.

—¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí! —clamaba Esteban—. ¡Oh, Dios, no podré soportarlo!

Casi no se veía al esbelto prometido de Amapola Vanderhoeven, comprimido contra el suelo como si hubiese caído sobre él un inamovible bloque de granito.

—¡Se ahogará allí abajo! —gimió Berthold— ¡El agua terminará con él!

El chofer había localizado una de las manos de Esteban que se agitaba locamente y el color de esa mano se iba tornando velozmente violeta.

—¡Capitán Lemonade! ¡Capitán Lemonade! —reclamaron varios. El capitán ahora la había emprendido contra un placard, reduciéndolo a astillas. Uno de los anónimos sirvientes fue más práctico, tomó un cubo plástico, lo llenó de agua y lo arrojó sobre el rostro congestionado del bombero. El capitán Lemonade boqueó, absorto, y pareció recobrar el dominio de sus actos.

—¡Aquí, capitán, aquí! —imploró Amapola, arrodillada junto a los dos cuerpos caídos. El capitán pegó un salto hacia el promontorio cárneo que representaba la humanidad sufriente de Irene sobre Esteban y elevó su hacha como para atacar de nuevo. Mil alaridos frenaron su acción.

—¡No, capitán! ¡Ayúdenos a levantar a Irene! —le espetó Amapola. El capitán, reaccionando, arrojó su hacha dentro de la bañera y tomó con energía a Irene por uno de los brazos. Luego, no sin esfuerzo y frente a la admiración general, logró levantarla, la cargó entre sus brazos y la sacó del baño no sin antes estrellar la cabeza de la muchacha contra el marco de la puerta. Todos, en tropel, se lanzaron tras él. Sobre el piso del baño, quejándose amargamente, tosiendo por el agua que había

invadido sus pulmones, recuperando poco a poco la curvatura original de sus costillas, quedó Esteban de Montepío, en completa soledad.

La caravana salvadora, tras los pasos esforzados del capitán, condujo a Irene hasta una de las amplias salas de la casa, en la planta baja, depositándola pesadamente sobre un sillón de dos cuerpos.

—¡Traigan algo para secarla y cubrirla! —gritó Amapola rechazando, enérgica, la oferta de uno de los sirvientes que procuraba cubrir a Irene con un cuero de buey que oficiaba de alfombra.

—¡Llaman a un médico!

—¡Traigan cognac!

—¡Nada de alcohol! —dijo Amapola—. ¡Le hará muy mal mezclado con los barbitúricos!

—¡Habla! ¡Quiere hablar! —gimoteó el ama de llaves, quien había ubicado su cara muy junto a la de Irene. Irene, en efecto, parecía articular palabras inconexas. Amapola saltó junto a su hermana y la miró como bebiendo su expresión yerta.

—¡Irene! —reclamó, aplicándole un leve cachetazo—. ¡Irene! ¡Habla! ¡Dime!

Irene meneaba suavemente la cabeza, como negando. Amapola le asestó entonces otro sonoro cachetazo, y luego otro.

—¡Habla! —gritó Amapola, descargando una vez más su mano sobre las ya rojas mejillas de la inconsciente—. ¡Vas a hablar o no vas a hablar!

Las cachetadas continuas y cada vez más violentas sacudían la cabeza de Irene al punto que podía llegarse a pensar que la desprenderían de su implantación sobre los hombros, y sonaban como pistoletazos repetidos.

—¡Vas a decirme todo lo que sabes, miserable, o no me lo vas a decir! —el tono de la voz de Amapola se había tornado rabioso y despiadado, paralizando a quienes la rodeaban.

—¡Contrólese, señora! —gritó el capitán Lemonade saltando sobre ella y sujetándola por los brazos—. ¡Debemos saber controlarnos!

No le fue sencillo arrancar a Amapola de al lado de Irene. Amapola llegó a arrojar incluso un puntapié contra la cabeza de su hermana, sin dar en el blanco.

—¡Acá está! ¡Acá está el arma! —se oyó entonces una voz estentórea y triunfal, desde atrás de la escena. Esteban, con un aspecto lamentable, mojado por completo, sus ropas en desorden, casi desarmado el turbante que le había sido colocado para detener la sangre que manaba de su cuero cabelludo llegaba bajando las escaleras blandiendo el hacha de Lemonade, en alto—. ¡Dentro de la bañera encontré esto! —continuó explicando, excitado—. ¡Es con lo que Irene se ha cortado las venas!

Lo miraron con una suerte de conmiseración. El capitán, soltando a Amapola, caminó hacia Esteban y con un gesto rudo, le quitó el hacha de su pertenencia.

—¡No! ¡Era esto! ¡Era esto! —otra voz, menos conocida, llegó entonces desde lo alto de la escalera. Un sirviente bajaba sosteniendo un frasco plástico vacío, de champú—. ¡El champú colorante «Rosso Pomeriggio»! —asesoró, con un inesperado

conocimiento del tema.

—¡Debemos hacerla vomitar de inmediato! —reclamó Maribel, el ama de llaves, a Amapola—. ¡Ha consumido dos frascos de barbitúricos y su estado parece empeorar!

Se abalanzaron entonces sobre Irene, rodeándola. En efecto, la inane muchacha sufría ahora permanentes convulsiones y bajo los párpados podía adivinarse el ir y venir de las pupilas enloquecidas.

—¡Que alguien le meta los dedos en la garganta! —sugirió Berthold.

—¡Traigan leche!

—¡Llamen a un médico! —se elevó una voz, anónima, con desacostumbrado criterio.

—¡No! —tronó Amapola, decidida—. Conozco algo más rápido —dicho esto, se arrodilló junto a su hermana y la tomó bruscamente por los cabellos mojados. Un trueno interminable recordó a todos que el tiempo era malo—. ¡Irene! —reclamó Amapola, enérgica—. ¡Es tu hermana mayor quien te habla! ¿Me oyes? ¿Me oyes? —sacudió la cabeza de Irene un par de veces, con violencia. Irene entreabrió los ojos, llamada, tal vez, por un ancestral hábito de hermana menor y obediente—. ¿Me oyes, Irene?

Los ojos de Irene se fijaron en los de su hermana y, aún algo extraviados, reflejaron un atisbo de entendimiento.

—Escúchame bien —deletreó Amapola—. Quiero que recuerdes algo... Escúchame bien, Irene, quiero que recuerdes algo... —Amapola aguardó un instante, estudiando el efecto de sus palabras en Irene. Esta no quitaba los ojos de los ojos de Amapola—. Escucha, Irene... ¿Recuerdas cuando tenías cinco años? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas cuando tenías cinco años? —el silencio había caído sobre la sala como un sudario. Todos estaban pendientes de aquella extraña requisitoria de la dueña y señora de la mansión—. ¿Recuerdas en Lieja, Irene, cuando tú tenías cinco años, cuando vivíamos en la casa del níspero en Lieja, Irene, y tú tenías cinco años? —Irene pareció asentir con la mirada—. ¿Recuerdas aquella noche en que entraste sin avisar a la pieza de papá y mamá, Irene, lo recuerdas? —los ojos de la hermana de Amapola parecieron agrandarse con un destello de pánico—. ¿Recuerdas Irene que, en Lieja, en la casa del níspero, entraste durante la madrugada, sin avisar, en la pieza de papá y mamá? ¿Y qué viste allí, Irene, qué viste? —la pregunta de Amapola había ido tomando cada vez un tono más elevado, hasta convertirse casi en grito imperativo—. ¿Qué viste allí, Irene, en la cama de papá y mamá, cuando entraste aquella vez sin avisar en la habitación de ellos, allá en Lieja, Irene? —la voz de Amapola era un alarido, en tanto sacudía por los cabellos la cabeza de su hermana. Los ojos de Irene habían adoptado una expresión de espanto, su frente se había cubierto de sudor y comenzó a agitar la cabeza como queriendo alejar una imagen tremendamente dolorosa.

—¿Qué viste, Irene? —reclamó por una última vez, Amapola, soltando los

cabellos de su hermana y echándose un poco hacia atrás. Casi podía advertirse una sonrisa en sus labios crispados. Irene, jadeante, convulsa, se incorporó a medias, apoyó un codo temblequeante sobre el flanco del sillón, abrió la boca y los ojos en forma desmesurada, se volcó sobre un costado y vomitó un chorro generoso y repugnante que parecía despedido por una bomba hidráulica.

Capítulo VII

Esteban rescata a María de los peligros de la medicina

Amparado en un par de lentes casi tan oscuros y enormes como los de su pobre madre, Esteban de Montepío se deslizó sigilosamente por la puerta del hospital municipal. Toqueteándose nerviosamente la nariz para evitar que lo reconocieran, se acodó en el mostrador de la recepción.

—Escúcheme —consultó a la adusta mujer de guardapolvo blanco que allí atendía—. ¿Se encuentra hospitalizado aquí un señor apellidado Sempurum? ¿Jesús Tovar Renfigio Sempurum?

La mujer consultó un grueso libro que se hallaba a su lado.

—No —dijo—. No hay ningún Sempurum.

—Es extraño —se rascó la barbilla Esteban—. Este hombre es un corredor de Bolsa, tendrá aproximadamente unos 54 años, es de estatura mediana, cutis claro, cabello castaño y acredita una curiosa desviación en uno de sus ojos. Me dijeron que se hallaba internado, aquí, luego del accidente que sufriera en el día de ayer, en la plazoleta 11 de Agosto, muy cerca de la curtiembre Vanderhoeven.

La mujer parpadeó un instante, en un atisbo humano.

—No hay ningún Sempurum —reiteró.

—Y... de la curtiembre Vanderhoeven... ¿No hay nadie internado aquí?

La mujer frunció el ceño, pensando.

—Sí. Hay una joven a la que trajeron días atrás. Tenía unos problemas faciales.

—¿Podría visitarla? —consultó Esteban, con ademán distraído—. Quisiera asesorarme sobre un negocio de importación de pieles.

—¿Es usted amigo o pariente?

—Soy su hermano. Pero hace años que no nos vemos.

La cara de la mujer se endureció.

—Está en la habitación 305. Desde que llegó aquí se encuentra sola como un perro.

—Ya no estará más sola, se lo... —comenzó a explicar Esteban, pero la mujer prestaba ahora atención a unos papeles, al parecer, ofuscada. Esteban optó por ir en busca de la habitación 305. Pero, tras unos pocos pasos, tornó al mostrador.

—Una pregunta... —requirió a la misma empleada, acomodándose los anteojos oscuros—. ¿Venden flores acá?

—No, señor. Esto es un hospital.

—Pago buen dinero por ellas.

—No vendemos.

Esteban sacó a relucir su billetera y, con dedos ágiles, mostró a la empleada las puntas de tres o cuatro billetes.

—Dólares —musitó Esteban. La mujer miró hacia otro lado. Esteban de Montepío, a través de su relación con Amapola, sabía que el dinero todo puede comprarlo.

—No vendemos, señor.

Esteban guardó su billetera y amagó abandonar el mostrador, pero pronto volvió a acodarse en él.

—Joyas... ¿No tienen?

—No. No vendemos joyas —la boca de la mujer apenas se abría para contestar.

—Fantasías, digo. No pretendo que sean joyas de primer nivel.

—No tenemos.

—Pago buen dinero por ellas —Esteban estuvo a punto de repetir el lance de la billetera, pero el brillo helado de los ojos de la empleada lo contuvo—. Es que no quiero presentarme con las manos vacías.

Persuadido de que nada obtendría de aquella mujer de frío profesionalismo, Esteban optó por marcharse. No había hecho dos pasos cuando volvió.

—No piense que yo pretendía las flores para la joven de la 305 —aclaró sonriente—. Es que al salir de aquí debo visitar a mi madre y nunca lo hago sin llevarle un ramo de flores o una joya. No quisiera que usted interpretara mal mi consulta.

La mujer lo miraba en silencio. Esteban, ahora sí, se marchó en busca de la habitación de María. Cada persona, cada médico que se cruzaba en su camino, lo inquietaba sobremanera. Simulaba entonces sonarse la nariz con un pañuelo, tomarse el rostro con las dos manos como si se tratase de un paciente con sarna o fingía llorar, quedamente, cubriéndose la cara. Por fortuna, en el tercer piso casi no había nadie. Observando la numeración de las puertas, advirtió que una de ellas estaba abierta, y dentro de la habitación podía verse un ramo de flores sobre un armario. Esteban vaciló un instante. Luego asomó su varonil rostro por el hueco de la puerta. En la habitación había un anciano, solo, tendido en la cama. Sería un hombre de unos 90 años y miró a Esteban con ojos pequeñísimos, el único detalle móvil en su cuerpo inerte. De una de las fosas nasales escapaba una cánula que iba a perderse detrás de la cama. De sus oídos, boca y garganta, también salían infinidad de cables y finísimos tubos que lo ligaban a conexiones en la pared a sus espaldas. Otro cable, pendiendo de un sostén elevado, bajaba desde un recipiente conteniendo un turbio líquido amarillo, hasta el antebrazo derecho del anciano, ocultándose bajo un apósito adhesivo.

—Perdón... —dijo Esteban con una sonrisa, señalando las flores—. ¿Las vende?

El anciano no dijo nada, pero su respiración se agitó.

—Le pregunto si las vende —insistió Esteban. Tampoco obtuvo respuesta—. ¿Son suyas?

Las pupilas del viejo se dilataron.

—Quisiera comprárselas —argumentó Esteban, mundano—. ¿Cuánto pide por ellas?

La respiración del viejo se hizo más entrecortada. Levantó trabajosamente una mano surcada de venas azules, señalando hacia Esteban.

—Sí, estas flores —repitió Esteban—. Pago buen dinero por ellas —sacó su billetera y extrajo dos billetes crujientes que mostró en el aire—. Con este dinero puede usted pagarse el tratamiento completo, quizás, abuelo.

Esteban depositó, sonriendo, los dos billetes sobre el armario y sacó las flores de su florero. El viejo despidió como un rebuzno gutural, su rostro cambió de color y el líquido amarillo que encerraba el contenedor plástico de suero pareció entrar en ebullición.

—¿No es suficiente? —se sorprendió Esteban—. ¿No es suficiente lo que le dejo? Muy bien —volvió a sacar la billetera y depositó un nuevo billete junto a los otros dos—. Ahí tiene. Creo que es mucho más de lo que valen pero no me voy a poner a discutir con usted.

Esteban dejó gotear un poco los mojados tallos de las flores y luego procedió a envolverlos en una servilleta. Otro rebuzno del anciano atrajo su atención. El enfermo estaba casi incorporado en su lecho, procurando articular alguna palabra, un dedo acusador tendido hacia Esteban, el suero hirviente y enloquecido en su cubículo colgante.

—¿Acaso quiere más dinero, viejo avaro? —se contrarió Esteban—. ¿Es que no le basta todo lo que le dejo, miserable? ¿Cuánto pretende ganar por un puñado de flores asquerosas, mi estimado amigo? ¿Es que, acaso, su enfermedad lo ha llevado a un punto de codicia tal que no hay nada que lo conforme?

Esteban dejó nuevamente las flores sobre el armario, sacó otro billete de la billetera y lo aplastó con fuerza sobre los demás.

—Gente que ha vivido toda su vida en una pocilga —farfulló— y apenas atisban la posibilidad de explotar el sentido de la solidaridad ajena se convierten en hienas ambiciosas. ¡Ahí tiene!

Prestamente tomó las flores, dijo un parco «Buenas tardes» y salió de la habitación cerrando de un portazo. La premura no le permitió ver cómo el anciano, en un esfuerzo titánico que lo tornó de color violáceo, se incorporaba, arrastrando tras sí una maraña de cables, cánulas, caños y cañitos que arrancaron a su vez trozos de mampostería de la pared y gran parte del empapelado con motivos floreados.

Esteban se detuvo frente a la habitación 305 y, con excitación propia de un adolescente, firme el ramo de flores frente a su pecho, golpeó un par de veces.

—Adelante —le contestó una voz pequeña y con un exótico tinte sofocado.

Al abrir la puerta y entrar, Esteban de Montepío se encontró con un cuadro que lo llenó de aflicción y sorpresa: María Bacharach se hallaba casi sentada en la cama, apoyada su espalda sobre las almohadas, pero su cabeza estaba cubierta por una bolsa de cartulina satinada, invertida, que hacía las veces de capucha. A la altura de los

ojos. Algún comedido había practicado dos agujeros que le permitían ver a la muchacha. La bolsa, que lucía el impreso «Pino Firenze», certificando su pertenencia a la afamada marca de ropa femenina, tenía, en su abertura, una cuerda rústica que servía para cerrarla y, ésta, estaba ceñida sobre el cuello de María.

Por un momento muy largo ambos jóvenes se miraron sin poder articular palabra.

—María —rompió el silencio, Esteban.

—Usted —se escuchó la voz apagada de ella.

—He traído esto para usted —se apresuró a señalar Esteban—. No quise llegar con las manos vacías.

Sobre la mesa de luz había una bandeja con una jarra de agua y un vaso. Esteban distribuyó las flores dentro de la jarra. Tomó luego un inhalador bucal que encontró junto al vaso y roció las flores con una casi impalpable lluvia color naranja. Después, algo envarado, se sentó en una silla, junto a la cama.

—¿Cómo está, María? Se la ve bien.

María meneó la bolsa de «Pino Firenze».

—Estoy bien, aunque tuve menos suerte que usted. Mi cara raspó contra el fondo de la pileta de ácido y quedó despellejada. Deberán hacerme un injerto.

—¡Cuánto lo siento!

—Dicen que no es nada demasiado complicado —tranquilizó la muchacha—. Deberán sacarme trozos de piel de otras partes del cuerpo e insertármelas en el rostro. Eso es todo.

—¿De dónde deberán sacársela? —inquirió, desaprensivamente, Esteban. María vaciló, la bolsa parecía cubrirse de sudor.

—No puedo... —dijo—. No sé... No sé de dónde la sacarán. Le ruego que no me pregunte más al respecto.

—No abundaré sobre ese tópico, María —prometió Esteban—. Pero me sentiría muy honrado si usted aceptase partes de mi piel, de ser necesario y si no provocase rechazo.

—Nada suyo podría provocar rechazo, señor De Montepío. La curtiembre también se apresuró en ofrecirme ayuda. El jefe y el director de control me daban a elegir entre pieles de pecarí, jabalí o tapir, pero no quiero nada de ellos.

—Hace usted bien. Son animales despreciables.

—No. El director de control no es tan malo. Pero no quiero deberles nada.

Las últimas palabras de María revelaban una arista de rencor. Esteban bajó la cabeza.

—Oh... —se alarmó María, observando la tribulación del joven—. No tome esto como algo dirigido hacia su persona, por favor...

—No pertenezco aún a la empresa, María —aclaró Esteban.

—Pero pertenecerá —en las palabras de ella no había reproche pero sí congoja.

—María... —en un raptó de valor, Esteban tomó las frágiles manos de la muchacha—. María... sobre eso, precisamente, quería hablarle...

—Esteban, por favor... Puede entrar alguien...

Como si las palabras de María fueran premonitorias, la puerta se abrió con estrépito dando paso a una figura fantasmal: el anciano de la habitación donde Esteban consiguiera las flores apareció vacilante, tomado con desesperación del picaporte, palpitantes las venas de su cuello escuálido, colgando de todos los orificios de su cuerpo un sinnúmero de cánulas y conexiones, arrastrando una red de cablecitos que lo hacían parecer el cadáver de un buzo devuelto a la superficie cubierto de algas y sargazos.

Antes de que María y Esteban alcanzaran a emitir un grito sofocado de temor, el viejo cayó sobre su rostro. Esteban, de un salto, llegó junto a él y logró levantarlo.

—¡Llévelo al baño y mójele la cara! —ordenó María con rara lucidez—. Parece que se ha desvanecido.

Así lo hizo Esteban, pero apenas hubo depositado al viejo sobre el piso del baño, lo dejó allí, cerrando luego la puerta. Después fue hasta la puerta de la habitación y la cerró con llave.

—Es un enfermo que me confundió con su médico —aclaró Esteban, restregándose las manos y apresurándose a sentarse nuevamente junto a María—. Fue cosa de verme pasar por el pasillo y comenzar a perseguirme. Me viene siguiendo desde la planta baja. Me apena contrariarlo pero no puedo atenderlo.

—¿Es usted médico?

—No.

—Yo soy huérfana. Quedé sola desde muy pequeña.

—Sus padres murieron...

—¿Cómo lo supo?

—Usted me lo dijo.

—Es raro. Hablo muy poco sobre ese asunto. Es usted un hombre de gran percepción, de enorme sensibilidad humana.

—No crea, puedo ser cruel si me lo propongo.

—Lo dudo. Días pasados, cuando sus manos ciñeron mis tobillos procurando que yo no fuese arrastrada por la cadena de montaje, me dije: «Estas son las manos de un hombre bueno, de un hombre comprensivo». Esas manos no mienten, Esteban.

—Le aseguro, María, que lo que hice en la fábrica fue movilizado por mi intención de salvarla. No quisiera que piense que deposité mis manos sobre usted con una finalidad pecaminosa o perjura.

—¡No lo pienso, Esteban! ¡No lo pienso!

Esteban acercó más su cara hacia la bolsa de «Pino Firenze», trémulo. De pronto, un estruendo en el baño lo sacó de su ensoñación. Se oyeron golpes contra la puerta. Esteban se levantó, airado.

—¡Llamaré a la enfermera! —dijo María—. Tal vez ese anciano necesita ayuda.

—No lo haga —la detuvo Esteban—. Yo sé cómo tratarlo —entró al baño, se escucharon nuevos golpes y luego el sonido de la ducha al abrirse. Un minuto

después Esteban salía arreglándose el pelo, secándose unas gotas de agua sobre la cara, quitándose una cánula que había quedado enredada en su cuello y acomodando su corbata.

—María... —dijo, sentándose nuevamente—. Debo confesarle algo, algo que experimenté aquella tarde cuando la vi por vez primera en la fábrica —y otra vez tomó delicadamente una mano de María, tibia como un gorrión.

—Esteban... mire si entra...

La muchacha no pudo terminar la frase. El picaporte de la puerta que daba al pasillo crujió con fiereza y luego la puerta tembló ante el empuje de un cuerpo que suponía hallarla abierta.

—¡Abran! ¡Abran en nombre de la ley hipocrática! —volvió a rugir la voz.

Esteban encontró la llave y abrió la puerta recibiendo el golpe de la misma sobre la boca cuando, del otro lado, un empujón enérgico pretendió abrirla del todo. Dos médicos, con uniformes verdes de quirófano, los pies envueltos en botas descartables, los rostros semicubiertos por barbijos, entraron en la habitación.

—¿Por qué estaban encerrados? —preguntó, cortante, casi en tono militar, el que había entrado primero, al parecer, el jefe. Esteban no contestó, se tocaba la sangre que le salía del labio superior partido—. ¿Qué le pasa a usted?

—Me sangra el labio —masculló Esteban.

—Hemofilia —clasificó el jefe—. Anote —indicó al subalterno que portaba unas hojas de papel sujetas a un pequeño tablero—. ¿Quién es María Bacharach? ¿Usted? —María asintió con una inclinación de la bolsa de «Pino Firenze»—. ¿Cómo? —se ofuscó el médico acercándose a la cama—. ¿No la han preparado todavía?

—¿Preparado? —se interesó Esteban—. ¿Para qué?

—Trepanación —dijo el médico.

—¿Trep...? —barbotó Esteban, sin poder dar crédito a lo que oía.

—Acá lo dice, ¿no es así? —el médico sacó de su bolsillo un papel, al parecer una receta, que volvió a guardar de inmediato.

—Pero, ocurre... —insistió Esteban—... que ella fue internada por un problema de escoriaciones en el rostro. ¡Eso no tiene nada que ver con una trepanación!

—¿Usted es médico? —inquirió el médico, fastidiado.

—No. No lo soy, pero...

—Entonces hágame el favor de callarse la boca.

—¡Usted cometerá uno de los consabidos errores quirúrgicos! —se exaltó Esteban—. ¡Y yo seré el primero en denunciarlo!

—Nosotros cumplimos órdenes, señor —dijo el otro médico y optó por callarse de inmediato, ante un gesto de su compañero.

—¿Le han cortado ya el cabello? —se dirigió el que daba las órdenes a María. La bolsa de «Pino Firenze» negó con un vaivén—. Llamaremos a los asistentes para que lo hagan de inmediato.

—¡Tendrán que pasar sobre mi cadáver si lo intentan! —rugió Esteban. El médico

principal lo miró largamente y pareció adivinarse una sonrisa amarga bajo su barbijo.

—No nos asustará a nosotros un cadáver más, caballero —acotó, con un rasgo de cortesía.

Sin agregar nada, ambos facultativos se marcharon. Antes de cerrar la puerta, el que aparentaba menor rango se volvió para recordarles.

—Nosotros cumplimos órdenes.

Esteban se quedó contemplando la puerta, atónito. Pero se volvió al escuchar los sofocados sollozos de María.

—Nunca pensé que la cirugía plástica incluyese trepanación —gorgoteaba.

—¡Yo no lo permitiré, María! —saltó a sentarse a su lado, Esteban—. ¡Sin duda se trata de un error burocrático! ¡La computación ha traído, con sus fallas, el pánico a los institutos sanitarios!

—Pero... ¿Qué haremos? ¡Ellos vendrán por mí!

Esteban recorrió con su mirada ansiosa la habitación.

—¿Tiene otra bolsa de éstas? —preguntó, de repente, señalando la que cubría el rostro de María.

—Sí —vaciló ella—. Alcancé a traer algunas cosas más en un par de estas bolsas antes de que me...

—¿Dónde está? —urgió Esteban, levantándose.

—En el armario... pero... —María señaló hacia un ropero empotrado, mas de pronto pareció sobresaltarse—. ¡No lo toque!

—¿Por qué? —se detuvo en el momento de abrir el armario, Esteban.

—Es que... hay cosas más ahí dentro... ¿Cómo explicarle?... Cosas que pertenecen a mi privacidad, a mi intimidad de mujer...

—¡Oh, tonteras! —desestimó Esteban buscando entre los estantes—. ¡No interponga una tonta cuestión de pudor cuando está en juego su cabeza, María!

De un tirón, Esteban sacó del ropero una bolsa idéntica a la que lucía la muchacha a modo de capucha. Con presteza la volcó hacia abajo y el contenido cayó al piso. María se cubrió la parte frontal de su «Pino Firenze» sobre los ojos, al ver sobre el suelo su ropa íntima, en impúdica confusión.

—¡Levántese, María, levántese! —ordenó Esteban, acudiendo de nuevo a su lado.

—¿Qué...? ¿Qué va hacer?

Esteban no le contestó. Tras perforar con su mirada los ojos de ella, que podían adivinarse a través de los dos umbríos agujeros de la bolsa, la atrajo hacia sí y buscó sus labios con su boca. La satinada cartulina de la bolsa crujió ante el impulso varonil de Esteban.

—No haga preguntas —indicó después el joven, tomando a María por un brazo.

Diez minutos más tarde, un grupo de tres enfermeras entró a la habitación 305. Cuando quitaron la bolsa «Pino Firenze» que cubría la cabeza del solitario paciente, se hallaron con un anciano de unos 90 años, todavía surcado y penetrado por conductos de goma y caños plásticos.

—¿Es usted María Bacharach? —preguntó una de las enfermeras. El viejo no contestó, pero intentó señalar hacia las flores que se veían en la jarra de agua.

—Agua ahora no, abuelo —dijo la enfermera—. ¿Piensas que es María Bacharach? —se volvió la mujer preguntando a una de sus acompañantes. Esta se encogió de hombros.

—Todos los viejos se parecen —dijo luego.

—Acá dice «María Bacharach» —se cercioró la tercera, consultando una planilla.

—No sé para qué quieren que la rasuremos —se quejó la que parecía conducir el terceto—. Esta mujer es casi calva.

—¿No será una operación de hernia inguinal? —preguntó la que sostenía un fuentón con las tijeras y una brocha.

—Ah... —aprobó la principal—. Eso debe ser... —y comenzó a destapar al anciano, que seguía señalando, con desesperación, la jarra.

—Déjese de joder con el agua, abuelo —lo reprendió, amable, la más joven—. Ya tendrá toda el agua que quiera cuando traigamos el enema.

Capítulo VIII

Zina Eastern expone su novio a la codicia de Amapola

Un recuerdo impiadoso volvía siempre a la memoria de Amapola Vanderhoeven; el día en que le notificaron que había sido elegida como una de las diez mujeres peor vestidas del año. Esto provocó un monumental ataque de ira en la despótica mujer que llegó a pensar en suicidarse. Luego, racional, llegó a la conclusión de que en aquella familia los roles se hallaban bastante bien repartidos y el rubro del suicidio estaba a cargo de su hermana Irene, si bien con no mucho éxito, al menos con entusiasmo. Optó, entonces, por llamar a Bernuncio Zenga, un hombre de su confianza. Amapola había tenido bajo su mando a Zenga, años atrás, cuando ingresara como jardinero de su mansión. Pero el empeño puesto por aquel hombrón rústico y corpulento en acabar no sólo con las hormigas, sino también con las babosas, gorgojos, caracoles, grillos, grillos topo, gorriones e, incluso, toda suerte de vegetación, indicó a Amapola que Zenga estaba para cosas mayores. Esa tarde Amapola Vanderhoeven fue rápida y concisa: ordenó a su ex jardinero que hallase a Máximo Cenderelli y le quebrara los dedos pulgares.

Máximo Cenderelli era el afamado estilista que había diseñado su vestuario íntegro aquel último año, desde el corte de sus zapatos hasta el formato de los espejos. Cenderelli sostenía, en una teoría que lo había convertido en uno de los más discutidos pensadores de la década, que toda mujer evalúa su imagen a través del espejo y, por ende, el diseño de éste debe responder a un sesudo estudio previo. No obstante algo sucedía con los espejos que Cenderelli diseñaba para Amapola, ya que, frente a la figura espigada y elegante de la antojadiza mujer, se empañaban empecinadamente.

Cuando Máximo Cenderelli escuchó el ominoso crujir de sus huesos carpo y metacarpo al ser retorcidas sus manos por el ex jardinero de Amapola Vanderhoeven, se arrepintió de haber abandonado a Zina Eastern, su anterior cliente.

Zina era la peor amiga de Amapola. Competían ferozmente por deslumbrar al resto de los mortales, por determinar quién acumulaba más riquezas terrenas y por ver cuál de las dos se llevaba a la cama los mejores machos de la especie. No obstante las atrocidades e infamias que cada una de ellas podía deslizar sobre la vida de la otra, se las podía ver muy a menudo juntas, sonrientes y deslumbrantes como arrancadas de las más elegantes revistas de modas. Pero, en los últimos tiempos, Amapola había sacado ventajas sobre Zina, en parte por su obsesiva contracción a la codicia y, en parte, porque Zina se empeñaba en perder gran parte de su fortuna en el juego. Se decía que había resignado dinerales en las riñas de gallos. Era así, entonces,

que Amapola abundaba en invitaciones para que Zina fuese a visitar la mansión Vanderhoeven, consciente de que cada mejora introducida en la terraza de baile o cada ampliación en su campo de golf, producían un acceso de envidia en su peor amiga.

—Para jugar al tenis —solía apuntar Amapola— siempre he preferido la cancha dura.

Y Zina observaba con una sonrisa helada el mármol de Carrara empleado en el piso del *court*, sin poder evitar que el jugo gástrico, trepándole por su interior como una tarántula, le cambiase la coloración de las mejillas.

Y fue, pese a todo, gracias a Zina Eastern, que Amapola Vanderhoeven conoció a Esteban de Montepío. Zina había accedido por primera vez a ir a la piscina de «La Gansada» luego que Amapola le hubiera robado, pues no podía calificarse el hecho de otra forma, su modisto personal. Pero Zina había aceptado compartir el mismo sol y las mismas aguas con su peor amiga dado que guardaba en su manga, ahora de distinto diseño, una carta de real magnitud.

—He traído algo para mostrarte —siseó Zina esa soleada mañana, apenas Amapola se acostó sobre la reposera contigua. Había muchos invitados aquel día, incluso un hindú, diseminados en torno a la pileta y Amapola, como era habitual, se había hecho esperar lo suficiente antes de bajar a compartir un momento con ellos.

—¿Un nuevo modisto? —preguntó Amapola, mordaz, mientras deslizaba una mano por debajo de uno de los breteles de su bikini, que Cenderelli había urdido, en un desplante de genio, anudando dos fundas de almohadas.

—No. Un nuevo amante —dejó caer Zina haciendo caso omiso a la alusión.

—¿No me digas? —Amapola no pudo reprimir su curiosidad y se reincorporó en la reposera, oteando en torno a la piscina—. Pensé que tu libido se había agotado hace ya tiempo.

—Nada de eso. Aún sé distinguir el calor del sol de la menopausia. Déjame que te lo muestre.

Zina también recorrió con su vista el lugar, buscando su flamante favorito.

—Allá está —señaló, de pronto, hacia el extremo más lejano de la piscina.

Amapola no alcanzó a verlo, pues precisamente en ese momento el amigo de Zina se arrojaba a las cristalinas aguas en una perfecta zambullida. Pero alcanzó a ver el manchón de un pelo renegrado extendiéndose en el aire, y el brillo del sol relumbrando en unas pantorrillas musculosas y húmedas. Entrevió, en suma, lo suficiente como para que la adrenalina se distribuyera torpemente por su sangre y una sequedad inquietante le invadiera el paladar.

—Espera que salga —recomendó Zina—. Es un toro. Su nombre es Esteban. Y tú no sabes lo que es en la cama. Seis, siete, ocho veces. No sabe de límites cuando comienza. Hay veces en que temo que sea un adicto, un vicioso.

Zina había percibido, con una intuición hija del odio y la competencia, el impacto que sus palabras causaban en Amapola.

—Espera que salga —volvió a aconsejar.

—Tarda mucho. ¿Es buzo táctico? —preguntó Amapola, decidiendo recurrir a la siempre eficiente ironía.

—Ocurre que es un deportista cabal. Puede estar el tiempo que quiera bajo el agua. Dice que allí, en ese silencio, en esa quietud, piensa mejor. Ya lo verás. Sin duda se hará muy amigo del Almirante.

El pronóstico de Zina era, sin duda, un estiletazo para que Amapola comparase mentalmente la figura del Almirante con la de Esteban.

El Almirante era el nombre técnico que se le daba al caballero que había acompañado a Amapola en las últimas reuniones y en los últimos escándalos.

Se trataba de un *playboy* que no sólo había entrado en años, sino que lo había hecho por la puerta de servicio. Poseía un maravilloso yate, el «Eskaramanga II», y su piel había recibido el castigo de los vientos y soles marinos durante lustros. Cuando su rostro se distendía, podía apreciarse la piel replegada en el interior de sus arrugas, y era una piel pálida, que resaltaba en el bronceado del contexto, como resalta la pulposidad blanquecina interna de un trozo de carne extremadamente asado por fuera, ante el tajo del cuchillo que lo investiga. Aún se lo podía admirar, imponente, cuando lucía su vestimenta naval: pantalón blanco de sarga, saco azul con escudo bordado, pañuelo al cuello y gorra. Pero se adivinaba que, bajo todo eso, habitaba un cuerpo empequeñecido y magro.

Escaso rédito podía lograr Eneas «Bobby» Knickerbocker, tal era su nombre, en una comparación atlética con las espaldas anchurosas de Esteban y su estatura que rondaba el metro noventa.

—El Almirante ha naufragado, querida —mordisqueó las palabras, Amapola.

—¿No me digas?

—Y espero que, como digno marino, se haya hundido con su nave.

—¡No me digas que has roto con él para siempre! —Zina mostró un atisbo de alarma.

—Es muy difícil, querida, estar con un hombre luego de haber pasado tanto tiempo con Itsván —el tono de Amapola era reflexivo sin llegar a lo plañidero.

—Oh, Amapola... Tal vez sea sólo un enojo pasajero. Verás como luego volverás al Almirante. Ese hombre reúne cuanto tú necesitas. Yo siempre lo pensé.

—Bien sabes que no soy de las que van a revolver en la basura, querida —fue tajante Amapola—. Nunca retomo algo que tiré.

Zina se quedó pensando, mordiéndose una uña. De haber sabido aquel triste fin de la relación de su amiga con el Almirante, tal vez no se hubiese arriesgado a traer a Esteban y exponerlo a la rapiña de la dueña de casa.

—Oye... —se interesó, para colmo ésta—. ¿No está pensando mucho tu amigo?

Zina miró las aguas con preocupación. Se puso de pie.

—¿Es, acaso, muy tímido, y no se anima a salir? —hirió nuevamente Amapola.

—Ya saldrá —Zina oteaba la profundidad, parada en el borde de la piscina—.

Adora la vida submarina.

Se quedaron allí, esperando. Zina volvió a su reposera y Amapola hojeó una revista. Veinte minutos más tarde, Zina se puso de pie, como impulsada por un resorte.

—Oh, Amapola... Me estoy preocupando —gimió.

Amapola no se hizo esperar. Parándose también, buscó con la vista a Berthold.

—¡Berthold! —gritó, localizándolo, profundamente dormido, con su uniforme de librea, bajo una sombrilla— ¡Berthold!

Pero, para el chofer, la mañana era plena noche en Tambacounda y su sueño, por lo tanto, profundo como el de un niño. Otros invitados, divertidos y más cercanos a él, lo zamarrearon brutalmente hasta despertarlo.

—¡Berthold! —reclamó Amapola, a los gritos, desde el otro lado de la piscina—. ¡Arrójate al agua y acompaña al amigo de la señora Zina a la superficie!

El chofer no vaciló, lanzándose, ante la tribulación general, de cabeza en la piscina. Un par de minutos después, bajo la mirada despavorida de Zina, emergía sosteniendo a Esteban por debajo de uno de los brazos. Otros concurrentes lo ayudaron, entonces, presurosos y, pronto, Esteban de Montepío yacía a uno de los costados de la piscina, boca arriba, mostrando un rojizo raspón en la nariz y la frente. Entre órdenes y contraórdenes, alguien, un médico quizás, se sentó sobre el estómago del muchacho y comenzó a presionarle el abdomen y a darle golpes en el pecho. Zina, de pronto, como logrando salir de su pánico, se arrodilló junto a Esteban y comenzó a practicarle respiración boca a boca.

—¡Déjame a mí, Zina! —la apartó, imperativa, Amapola—. ¡Fui niña exploradora de pequeña!

Antes de que su peor amiga pudiera reaccionar, Amapola se inclinó sobre el joven y unió sus labios a los de él, en un acto que fluctuaba entre la solidaridad y la lujuria.

—¡Suéltalo, Amapola! —Zina la tomó del cabello, tirando hacia arriba, hasta despegarla de Esteban. Fue cuando éste hipó, devolvió una bocanada de agua, luego otra bocanada de un líquido verdoso que revelaba lo que había estado desayunando y, finalmente, abrió los ojos ante la algarabía general.

Una hora después, el animado grupo de visitantes ya se había olvidado de la cuasi tragedia, aunque Zina mantenía abrazado a Esteban, todavía impresionada por el suceso. Sólo un instante se apartó de él y fue para acercarse a Amapola.

—¿Lo has visto? —le susurró por lo bajo, triunfante—. ¿No es una maravilla?

—Parece algo rústico —mintió Amapola.

—Es un diamante en bruto. Sólo le hace falta pulirse.

—Hay tiempo para ello —sonrió sardónicamente, Amapola—. No era necesario que empezara a hacerlo con el fondo de mi piscina.

Luego, Amapola se retiró a ordenar el almuerzo. O, al menos, eso dijo. En verdad, corrió a encerrarse en su habitación, presa de la exaltación y el deseo. Había palpado la piel de ese adonis, había percibido la dureza de su lengua, había apreciado

la firme y armónica curva de sus muslos y sabía que no descansaría hasta tenerlo encima de ella.

Capítulo IX

Irene

El primer intento de suicidio de Irene, quizás por inexperiencia, terminó en una tragedia. El disparo, hecho con mano temblorosa y apresurada, abrió un feo costurón rojo en el cuero cabelludo de la muchacha y fue a dar, 50 metros más allá, en plena nuca del doctor Talent. La bala, para llegar hasta la zona occipital del ex analista de Irene, debió atravesar la ventana de la habitación de ésta, romper los cristales de otras dos puertas internas y perforar un costoso *vitraux* que daba sobre el parque de la piscina. El doctor Kerry Talent sorbiendo su pipa, realizaba su habitual caminata en torno a la pileta, y cayó a las aguas sin un quejido y se lo encontró flotando, a la mañana siguiente, como una flor de loto.

Desde aquel ya lejano día, Irene usaba peluca. Incluso, para disimular que aquél no era su pelo verdadero y consciente de que su intento de suicidio había trascendido, la primera semana llevó un apósito sanitario prendido a la peluca, como si estuviese ahí en función de la herida que había sufrido su real cuero cabelludo.

Tampoco fue fácil convencer a la policía sobre la desgraciada muerte del doctor Talent. El inspector Víctor Acevedo Diogo no creyó en la teoría de la muerte por inmersión, de la cual procuró convencerlo Amapola, ya que era notoria la falta de gran parte de la bóveda craneana en la parte posterior de la cabeza del prestigioso psicoanalista, y Acevedo Diogo sostenía que él había conocido al profesional con esa parte incluida.

Para agravar la situación, algunos sirvientes habían escuchado decir a Irene, días antes, que su analista «sabía demasiado». Pero no era nada fácil involucrar a un miembro de la familia Vanderhoeven en algo turbio y el celoso inspector abandonó el caso cuando recibió algunas amenazas anónimas junto a un reloj Rolex de oro con una inscripción que decía: «Víctor Acevedo Diogo - 1934- ». El sugestivo espacio en blanco tras el año de su nacimiento y el guión, llenó de emoción al detective, quien siempre había sentido predilección por los espacios libres. Meses más tarde, se retiró a vivir a la campiña.

El inspector había argumentado que era sospechoso que alguien eligiese una pistola de competencia olímpica, con mira telescópica, para suicidarse. Amapola defendió a su hermana rebatiendo que aquella pistola había pertenecido a Itsván, el célebre deportista y que, Irene, dada su ignorancia, no sabía diferenciar una pistola con mira telescópica de una cafetera eléctrica y había tomado lo primero que encontrara a mano. Por otra parte, ironizó Amapola, aun con mira telescópica, dificultaba que la cándida Irene pudiese acertar un plomo del 38, desde 50 metros, en la nuca de su víctima y que, de ser así, dejaría de llamarla por su nombre para

bautizarla «Sundance Kid».

Desde aquel trágico suceso, los casi 150 kilos de la hermana de Amapola repetían cuatro veces a la semana el ritual de decirle «Buenas tardes» a la señorita Donovan.

—Buenas tardes, señorita Irene —contestó la señorita Donovan.

—¿Ya llegó el doctor?

—Acaba de llegar. Entrégueme sus cordones y su cinturón, por favor.

—No uso cordones en mis zapatos.

La señorita Donovan se inclinó para observar el calzado de Irene. Luego recorrió toda la vestimenta de la muchacha.

—El cinturón, por favor —indicó.

Irene se quitó el cinturón y lo puso sobre el escritorio.

—El prendedor y el collar, por favor —ordenó, con amabilidad, la secretaria.

—¿El collar también?

—Puede ajustar su cuello, ¿no es cierto? —la convenció la señorita Donovan.

Irene arrojó las joyas despectivamente sobre el escritorio.

—Veamos ahora la cartera.

Irene resopló. Luego, vació el contenido completo de su enorme bolso sobre el escritorio. La señorita Donovan, con la pulcritud de un cirujano, comenzó a separar la multitud de objetos.

—¿Qué son estas pastillas? —preguntó.

—Menta.

—¿Lleva siempre esta navaja?

—A veces.

La secretaria iba colocando los artículos conflictivos en un cajón.

—Recuerde pedírmelos cuando salga —recomendó, cuando hubo terminado, y cerró el cajón.

Cinco minutos después, Irene, apoltronada en un cómodo sillón, la vista perdida en un punto invisible, mordisqueándose una uña, hablaba en tono monocorde.

—... Yo sabía que no tenía que mostrarle a Itsván a mi hermana Amapola. Sabía que debía ocultarlo a su conocimiento, preservarlo de su ambición. Aunque Amapola, para ese entonces, se hallaba en pareja con un magnate del bronce, yo estaba segura de que ella no podría soportar verme con alguien tan conocido y brillante como Itsván. Fue trabajoso estar de novia dos años con él y evitar que Amapola lo conociese personalmente. Para que no fuese a mi casa, para justificar el hecho de que yo no lo invitase a «La Gansada», le dije a Itsván que yo era casada, que lo nuestro no podía ser público, manifiesto. Nos encontrábamos clandestinamente en el *stand* de tiro, o bien en el planeador de Itsván.

Cada cinco minutos, Irene detenía su relato y Roger, el intérprete, traducía su discurso al doctor Etienne Rocheteau, quien, sentado metros más allá, sorbía concentradamente su pipa. Tras la muerte de Talent, Amapola había decidido que su hermana necesitaba tratamiento psicoanalítico de primer nivel y que la familia no

debía detenerse en gasto alguno con tal de conseguir un profesional más eficaz y, de ser posible, reputado. Así fue como lograron traer desde Limoges al doctor Rocheteau, creador de la teoría sobre la impermeabilidad del ego y galardonado, en el quinto simposio sobre «Neurona única y giratoria» de Rotterdam, como «Doctor Simpatía». La dificultad surgida porque el analista no entendía una palabra de castellano, había sido rápidamente resuelta con la contratación de un experto en traducción simultánea, Roger Sánchez Ayache, que había sabido de días de gloria en las Naciones Unidas.

—Un momento —interrumpió el traductor, ante un gesto de Rocheteau—. ¿Ha dicho usted un planeador?

—Sí, Itsván era un campeón de vuelo a vela. Había veces en que hallábamos corrientes favorables, térmicas, y nuestros encuentros resultaban placenteros y felices. En otras, cuando los vientos no nos favorecían, tocábamos tierra aun antes de que Itsván pudiese quitarse el buzo de vuelo. Y allí de nuevo a empezar, enganchar el planeador, aguardar el avión de remolque, elevarse otra vez.

—¿Cuánto pesaba usted, señorita Irene? —consultó, cauto, el traductor, ante una consulta al oído del doctor Rocheteau.

—Yo era delgada —musitó Irene, y las lágrimas enturbiaron sus ojos—. En esa época yo era delgada. Me di cuenta de que empecé a engordar cuando Amapola se enteró de mi romance con Itsván.

—¿Cómo se enteró?

—Por una foto en una revista del corazón. Itsván salió fotografiado junto a sus compañeros de polo. Siempre quería llevar algo mío cuando disputaba algún partido importante; una media, una liga ceñida al brazo, un zapato, mi secador de cabello. Hubo un encuentro, sin importancia, que lo jugó conmigo en ancas, ocurrencia que no quiso repetir, porque su caballo se sintió de uno de los remos. Aquella tarde de la foto, yo le había dado a Itsván mi lápiz de labios, un Serie 2 de «Telmo Paparazzi». E Itsván se había pintado los labios con él. No era color por supuesto, era un brillo, un reflejo. Pero fue suficiente como para que Amapola lo descubriese. «¿Qué tal tu relación con el polista?», me preguntó una tarde, despreocupada, y yo supe que se había enterado de todo. Ella me había traído ese lápiz labial de Europa. Se hace sólo por encargo, a pedido, de acuerdo a las medidas antropométricas del solicitante y, por lo tanto, no mucha gente lo tiene aquí.

—Usted lo sabía.

—¿Que poca gente lo tiene? Sí, lo sabía.

—¿No piensa que usted, de una manera u otra, quería que su hermana se enterase de su relación con Itsván?

Irene quedó en silencio. Una lágrima se balanceaba en la punta de una pestaña.

—Puede ser. Lo cierto es que Amapola comenzó a decirme que no me veía bien. Que me notaba demacrada y muy débil. Que, sin duda, yo estaba anémica. Que era una pena que, habiendo encontrado el amor de mi vida, mi aspecto no fuese vital y

saludable. Un día apareció con una dieta vitamínica. Dijo que se la había recetado un especialista, especialmente para mí. Desde ese día, cuando puse en práctica la dieta, comencé a engordar...

—¿En qué consistía esa dieta?

—Se basaba en la ingestión permanente de helados, más que nada, después del postre. Amapola sostenía que el organismo, en procura de combatir el rigor del frío de los helados, recurre a las reservas grasas, que se van consumiendo en su lucha contra el congelamiento y, de esa forma, una adelgaza.

Irene aspiró hondo, tratando de contener el llanto.

—A todo esto... —consultó Roger, también con los ojos brillantes, dado que no soportaba ver a alguien lloroso— ¿Su hermana había conocido personalmente a Itsván?

—No, que yo supiese. Pese a que ya se había enterado de nuestra relación hice lo indecible para evitar que se encontraran. Daba direcciones falsas, violaba correspondencia, fingía viajes, interceptaba invitaciones de Amapola a Itsván... Por supuesto, esas invitaciones me incluían, pero yo sabía que apenas Itsván apoyase sus pies en nuestra casa, Amapola caería sobre él como una araña. Ya conocía esas inclinaciones de mi hermana. De pequeñas, en la escuela primaria, en Lieja, se ganó la amistad de mi mejor amigo, Jan Vercauteren, comprándolo con un crucifijo de plata que robó a mis padres.

Irene volvió a callar, cavilando.

—Siga usted —dijo Roger.

—Lo cierto es que empecé a engordar. Engordé 27 kilos en una semana. Amapola me dijo que el mío era un problema de ansiedad y que era común en las mujeres que se iban a casar. Itsván y yo ya habíamos fijado fecha de casamiento. Amapola sostenía, incluso, que los veinte kilos de más me quedaban bien, que me sentaba mejor la ropa, que se me veía más aplomada. Cuando llegó el día de la boda, Itsván me dijo que él quería llegar a la iglesia en su auto de competición.

—¡Ah! —se asombró Roger— ¿Llegaron a la iglesia?

—¿En el auto de competición?

—No. Digo si usted e Itsván llegaron a la iglesia. Si no rompieron el compromiso mucho antes de la boda.

—No. Llegamos a la iglesia.

—¿En el auto de competición?

—No. Yo le digo que llegamos al día de la boda. No rompimos el compromiso antes.

—Está claro. Llegaron a la iglesia.

—En el auto de competición. Así quería llegar él a la iglesia. Era un deportista de fama internacional y solía acometer ese tipo de extravagancias, como cuando se arrojó en paracaídas disfrazado de oso panda. Pero yo me opuse firmemente a esa idea, a la que él había denominado «Rally del Himeneo», y que quería comenzar

desde «Piedrecillas» terminando frente a las escalinatas de la iglesia. Me opuse porque sabía que él siempre llegaba retrasado en todas las competencias. Cambió de parecer, entonces, y me pidió llegar a la iglesia a caballo, en compañía de su cuarteto de polo, vistiendo sus compañeros atuendos deportivos. Yo no pude negarme, él tenía 8 de hándicap, lo que era mucho para un hombre soltero. Pero ya allí debí darme cuenta de que estaba poniéndome trabas, inventando obstáculos, argumentando excusas. Yo estaba tan enamorada que le hubiese aceptado cualquier cosa, incluso que llegase a la iglesia con su equipo de caza submarina.

Irene volvió a suspirar. Sin duda aquel recuerdo le quemaba como un hierro al rojo. Ni Roger ni el doctor Rocheteau dijeron nada, temerosos quizás de romper esa suerte de encantamiento que había tornado tan locuaz a Irene.

—Contra lo que sucede habitualmente —prosiguió ésta— aquella mañana fui yo la que debí esperar en el atrio la llegada del novio. Había un mundo de gente y los fotógrafos y cronistas de todas las revistas frívolas estaban allí, ametrallándome con sus cámaras. Una hora estuve esperando, ante la angustia y el nerviosismo de todo el mundo. Mucha gente, gente mayor, comenzó a sentarse en la escalinata y los niños que debían sostener la cola de mi vestido ya se corrían entre ellos, se tiraban barro y se ensuciaban las ropas. Todos mirábamos con desesperación hacia la esquina por donde debían llegar los jinetes, con sus tacos en alto. De repente... ¡oh!... no podré olvidarlo jamás...

Irene inclinó la cabeza hasta sostenerla con una de sus manos. Estuvo unos instantes así, aspirando entrecortadamente.

—... De repente... —se animó a continuar—... escucho gritos. Un gran revuelo, la gente señalaba hacia la esquina. Mi corazón se llenó de gozo... Y apareció sólo un caballo, un caballo blanco, «Tancredo», el caballo de Itsván, al galope, sin jinete... El animal corrió como si supiera, hasta el pie de la escalinata y allí lo detuvieron. Tenía una flecha clavada en la montura. «Indios», escuché a mi lado murmurar a Amapola, aparentemente en serio, mientras yo me sentía en medio de una espantosa broma macabra. No apareció Itsván ni los otros tres jinetes a quienes muchos, para esa hora avanzada, ya llamaban «Los cuatro polistas del Apocalipsis». Pero yo aún aguardaba un milagro, atesoraba en mi pecho la esperanza de que aquello no fuese más que una chanza de Itsván. Pensaba que él llegaría finalmente y que la ceremonia se llevaría a cabo como estaba previsto. Muy perturbada, recuerdo que entré a la iglesia, la semipenumbra de la iglesia, para consultar al sacerdote. Quería preguntar hasta cuándo podía él esperar. El sacerdote me dijo que había quince minutos de tolerancia y que si, pasado ese lapso, el cuarteto de polo no se presentaba, perdía los puntos. Fue entonces cuando elevé mi vista y reparé en el rostro del sacerdote...

Irene abrió otro espacio de silencio, los ojos vidriosos perdidos en un punto lejano.

—Era Itsván... El sacerdote era Itsván... Me dijo que había decidido tomar los hábitos. Que era aquélla su verdadera vocación, que había sentido el llamado del

Señor y que no estaba dispuesto a cejar en su empeño hasta ingresar como monja de clausura en las Carmelitas Descalzas. Comprendí que mi esfuerzo sería en vano. Que por más grande que fuese mi amor, nunca podría luchar contra el poder de la Iglesia, contra el poderío económico del Vaticano, el Banco Imbrosciano, la siempre latente amenaza de la Inquisición. Me volví a casa. Y eso fue todo...

El analista y su traductor mantuvieron por unos minutos, un mutismo respetuoso.

—Ya me contará usted... —dijo, al fin, Rocheteau, a través de Roger—... cómo prosigue la historia entre Itsván y su hermana Amapola. Pero, ahora, y gracias a la magia del psicoanálisis, hagamos de cuenta que iniciamos un largo viaje y que aterrizamos en otra edad, en otro tiempo... Cierre los ojos, Irene, e imagínelo...

Irene cerró los ojos.

—Ahora hemos dejado atrás... —continuó Roger—... aquel desagradable episodio de la iglesia, del caballo «Tancredo» y estamos en Lieja. Allí, y siempre gracias a la magia del psicoanálisis, nos hallamos en la casa donde viven usted, Irene, su hermana Amapola, y sus padres. La casa del níspero. Usted y su hermana, Irene, son muy pequeñas y están durmiendo, ya que es entrada la noche. De repente usted, Irene, se despierta, escucha el ruido de la tormenta y decide acudir a la habitación de sus padres...

El entrecejo de Irene se frunció profundamente.

—Usted atraviesa corredores oscuros... —prosiguió Roger—... sube escaleras, llega frente a la puerta de la habitación de sus padres y decide no golpear, quizás, por temor a despertarlos... Usted entra, entonces y... ¿Qué ve usted, Irene? ¿Qué ve cuando entra a la habitación de sus padres?

Irene se llevó la mano al pecho y desorbitó sus ojos, mirando con fijeza al doctor. Abrió luego la boca y vomitó con violencia y estrépito sobre la alfombra color habano.

Capítulo X

Una noche inolvidable en el restaurant «Le Voyeur»

Llegó el día, o para ser más exactos, la noche, en que la perversa Amapola Vanderhoeven consideró que el tiempo de la discreción había tocado a su fin. No había querido presentarse en público acompañada de Esteban al día siguiente de habérselo birlado a Zina, por un mero prurito ético. Después de todo, Amapola no deseaba herir a Zina. Deseaba matarla.

Había tenido la oportunidad, sólo dos días después de la rapiña, de llevar a Esteban a la Gran Cena Anual de Criadores de Cerdos, pero las turbulencias que su actitud había desatado entre la gente de su clase se hallaban en su máxima estridencia. No obstante, una semana después, Amapola llegó a la conclusión de que podía lucirse en público con su nuevo acompañante.

—La envidia... —solía pontificar la poderosa mujer de tanto en tanto—... la envidia nuestra hacia los demás es un sentimiento ruin y ponzoñoso. Pero la envidia de los demás hacia nosotros se convierte en una energía exultante y maravillosa.

—Iremos a cenar a «Le Voyeur» —dijo entonces aquella noche, Amapola a Esteban, apenas subió éste a la limousine conducida por Berthold.

—¿Es una orden?

—De ninguna manera. Es una sugerencia que detestaría no aceptarlas.

—Pensé que, al menos, me consultarías —Esteban no quería aparecer demasiado rudo en la primera salida formal de la pareja. Pero su madre le había recomendado que presentase un frente sólido ante cualquier avasallamiento de mujeres como Amapola Vanderhoeven.

—Muy bien —se endureció el tono de ella—. ¿Adónde quieres ir?

Esteban se sintió atrapado. Eran muy pocos los lugares elegantes que conocía.

—Quisiera ir a un lugar nuevo. Algo que esté a tono con una relación flamante como la nuestra —arguyó.

—«Le Voyeur» inauguró hace cuatro días —sonrió Amapola, comprendiendo que dominaba la situación y en tanto quitaba una pelusa de la solapa de Esteban.

—Preferiría ir allí, entonces.

—Como tú quieras —volvió a sonreír ella y se escuchó un pequeño crujido cuando lo hizo. Tras sucesivas operaciones de cirugía plástica, cada vez que Amapola estiraba sus labios en demasía, podía escucharse un pequeño crujido similar al que suelen producir las maderas de un barco ante la presión del agua—. En estos momentos «Le Voyeur» es el lugar de moda. Absolutamente todo el mundo va allí. Financistas, estrellas de cine, deportistas famosos, petroleros, capitanes de la

industria. Y creo que su éxito obedece no sólo a su excelente comida francesa sino también a un detalle novedoso que han incluido...

—¿De qué se trata? —se interesó Esteban sobresaltándose cuando Amapola pugnó por acomodarle un rebelde mechón de su pelo oscuro caído sobre la frente.

—La gente de clase media —prosiguió Amapola, acomodando el nudo de la corbata del muchacho— pagando una entrada no muy costosa, puede acceder a un piso alto, un piso que se asoma en balcón sobre el salón principal, y ubicarse allí en las graderías.

—¿Para qué?

Ahora Amapola acomodaba, prolija, la patilla derecha de Esteban.

—Para mirar. Para mirar cómo comen las clases pudientes, simplemente. De allí el nombre del restaurante.

—¿Ellos solamente miran? ¿No pueden comer? —Esteban estaba un poco nervioso pues ella continuaba con ese toqueteo minucioso y obsesivo, en procura de corregir toda arruga de la ropa fuera de lugar, toda hebra de cabello que se hubiese apartado de su doctrina.

—¡Oh, Esteban! Sería inalcanzable para ellos. Pero les enloquece observar quién va a comer allí y con quién, o cómo está vestida Fulanita o Menganita. Qué come, cómo come.

—¿Has ido tú?

—No —dijo Amapola, quitando de la manga de Esteban unas máculas invisibles—. Me contó una prima mía, que estuvo. Me dijo también que en la Edad Media era absolutamente habitual este tipo de público en las cenas de los poderosos.

—¿Qué edad tiene tu prima? —se sobresaltó Esteban.

—¿Por qué preguntas eso?

—Es que... habla con tanta familiaridad de la Edad Media.

El rostro de Amapola se tensó. Aquella duda de Esteban sobre la edad de su prima lo ponía al borde de la curiosidad sobre su propia edad. Esteban también advirtió que se había adentrado en terreno peligroso.

—¿No es incómodo... —se apresuró, entonces, a continuar—... comer con tanta gente observándolo a uno?

—La nuestra es una clase muy observada, Esteban —suspiró casi con resignación, Amapola—. La prensa, las revistas del corazón, los mercenarios de noticias. Por otra parte —continuó en tanto procuraba quitar una excrecencia de la nariz del joven— ese público del que te hablé, casi ni se alcanza a ver. Está en un nivel superior al de las luces que iluminan el salón. Tú sólo puedes escuchar, de tanto en tanto, un murmullo, una corta ovación, un clamoreo, cuando entra alguien muy conocido o cuando llega a una mesa algún postre muy impactante. Como el que pidió mi prima: una nata acaramelada, llameante, que cubre un ananá entero, sirope y dos luces de bengala.

Y fue, precisamente, esa noche, al entrar del brazo Amapola y Esteban, que pudo

escucharse el murmullo más enfático e intenso de cuantos se habían percibido desde la inauguración. Por un instante muy largo, los ojos de aquellos que llenaban por completo el amplio salón, se clavaron en la pareja que bajaba lentamente por la escalinata de acceso. Amapola, como distraída, saludaba aquí y allá, con cortos movimientos de sus manos, sonrisas desdeñosas, leves inclinaciones de cabeza.

—Señora Vanderhoeven... —se acercó presuroso el *maître*—. Nos tenía usted abandonados.

—No me pareció prudente venir antes de que inauguraran.

—¿Cuántos son? —se aturulló el *maître* consciente de su torpeza.

—Por suerte no es usted adicionista. Somos nada más que dos, como puede verlo.

—Por cierto, por cierto —se agitó el hombre, volviéndose hacia el salón y observando, inquieto, la totalidad de las mesas ocupadas. De pronto llamó a uno de los mozos con enérgicas palmadas y le susurró unas palabras al oído en tanto señalaba, con disimulo, una mesa ocupada por dos jóvenes, en apariencia nórdicos.

—Enseguida tenemos el sitio para ustedes. Pasen por aquí.

Seguidos por el interés general, los cuchicheos, los perceptibles codazos, Amapola y Esteban circularon, entre las mesas, tras el *maître*. Eran en verdad una pareja perfecta y la esbelta figura de Esteban, tostado por el sol, opacaba cualquier tipo de competencia.

—¡Oh! ¡Amapola! ¡Mi querida! —se elevó, de pronto, una voz chillona de mujer y Amapola se sintió sujeta por un brazo al pasar junto a una de las mesas.

—¡Ethel! ¡Tesoro, eres tú! —ensanchó su sonrisa, Amapola, inclinándose a saludar a su amiga mientras registraba, de un veloz vistazo, quiénes flanqueaban a Ethel en la mesa—. ¡Estás tan joven que no te había reconocido!

Ethel era una mujer madura en la cual los años habían producido un efecto similar a los causados por el holocausto nuclear en Nagasaki.

Varios metros más allá, un grupo de mozos, algunos corpulentos, se habían acercado a la mesa de los dos jóvenes nórdicos y procuraban convencerlos de algo.

—Veo, mi querida —Ethel atrajo hacia sí a Amapola y bajó su tono de voz a un registro socarrón y confidente— que le has quitado el novio a esa rata de Zina Eastern.

Amapola no pudo evitar un estremecimiento de gozo que recorrió su cuerpo.

—Oh no, Ethel —pareció amoscarse—. Yo sería incapaz de hacer una cosa así. Tú sabes lo mucho que quiero a Zina. Ocurre, simplemente, que Esteban ya no la soportaba más.

—Zina es francamente insoportable.

Ajenos a la charla, los mozos que rodearan a los nórdicos habían levantado a uno de ellos sosteniéndolo por los cabellos y el otro se disponía a seguir el mismo camino aceptando la persuasión de un tenedor que se le había hincado en la nuca.

—Zina no lo comprendía —se condolió Amapola—. Ella es muy buena, pero Esteban necesitaba a su lado una mujer más vital, más alegre, alguien no tan

sombrío...

—Alguien como tú.

—Sabrás que Zina está pasando por graves problemas de orden económico.

—Todo el mundo lo sabe.

—Por otra parte, y no creo cometer ninguna infidencia al contártelo, debes saber que sufre de una brutal halitosis que alejaría a un buitre de su lado.

Ethel puso una expresión de congoja y se tomó el pecho.

—No lo sabía. Me has consternado.

—No se lo digas a nadie. Debo dejarte, Ethel. Esteban no soporta que lo haga esperar.

Minutos después, Esteban y Amapola estaban en su mesa. Con premura, los mozos habían hecho desaparecer los vestigios de la sorda lucha sostenida con los jóvenes extranjeros y revoloteaban, ahora, en torno a los recién llegados. Amapola ordenó un vino Mosela Bernkasteler Doktor, el preferido de Konrad Adenauer, y un pavo con trufas para ella. Esteban pidió una *mousse* de rodaballo con la secreta esperanza de que no se tratase de pescado.

—Al fin solos —musitó Amapola cuando los mozos se fueron.

—Amapola... —se ensombreció el rostro de Esteban—... Debo hablarte de algo muy importante...

—Este lugar me recuerda, en parte, al Café Hungarian, en Budapest —observó ella, contemplando a su alrededor y sin reparar en el tono severo de Esteban—. El salón propiamente dicho se halla en un nivel al que debes bajar por unas escaleras de mármol y, desde la planta alta, se asoman grises ancianos comunistas que observan cómo los turistas y los burócratas del régimen cenan entre los acordes de violines gitanos.

—Conoces mucho de los países del Este.

—Tengo ambiciones políticas, Esteban. No pensarás que seguiré siendo siempre una simple capitana de la industria.

—Es agobiante la vida en los países de la órbita socialista. Un primo mío fue a Yugoslavia a disputar una competencia náutica y le obligaron a desinflar el salvavidas cuando se volvía. No está permitido sacar aire socialista de aquellos países. El aire es algo de vital importancia para ellos y lo consideran de altísimo valor estratégico.

No había sido nunca un mitómano, Esteban, pero la inseguridad de tener que desenvolverse en un mundo que no le resultaba familiar, lo llevaba a urdir ese tipo de historias.

—Yo mismo —continuó— he viajado en aviones de la Lot, polaca, y son tan antiguos que en lugar de dar cine, dan títeres.

—Y mi interés por venir esta noche aquí se relaciona, mayormente, con esas ambiciones políticas —retomó Amapola, como si no lo hubiese oído—. Quiero demostrarle al mundo que siempre consigo lo que deseo.

—Amapola —volvió a la carga, Esteban—. Quisiera hablarte de algo muy

importante...

No pudo continuar. El *maître* se había acercado a ellos depositando sobre la mesa un voluminoso libro con tapas de cuero.

—Ya hemos elegido —se ofuscó Esteban.

—Perdón —indicó el *maître*—. Es el libro de firmas de invitados importantes. Quisiera que nos hicieran el honor de firmarlo.

Abrió entonces el libro frente a Amapola extendiéndole una estilográfica. Amapola repasó, con gesto distante, las dedicatorias dejadas por visitantes anteriores.

—Ha estado Ezequiel Cruz de Andagoya —exclamó. El *maître* aprobó, cerrando los ojos, complacido—. Y Nadhoum Alí Ablanado... Es extraña esta frase, entre signos de admiración: «¡No pidan lenguado a la pimienta verde!», firmado: doctor Olaf Ortega Manzo.

—Un bromista —se sonrojó el *maître*.

—¿A qué precio está la contratapa? —consultó Amapola, con la pluma en alto.

—Tendría que consultarlo —dudó el *maître*.

—¿Y la página impar?

—¿Desea una página entera? Puede tomarla sin inconvenientes.

Con un movimiento veloz y elegante Amapola escribió un mero formulismo y estampó su firma. Luego alargó el libro hacia el *maître*.

—Perdón —insistió éste, colocando el libro frente a Esteban—. Si al señor no le es molestia...

La expresión de Amapola se hizo dura. Esteban, no obstante, tomó la pluma, decidido.

—Siempre suelo escribir un poco, antes de cenar —dijo. Se quedó observando con fijeza el papel en blanco. Frunció en varias ocasiones los labios, pensativo. Un par de veces dio la impresión de que comenzaría a escribir pero se retrajo. La respiración de Amapola se hizo agitada.

—Si al menos se callara la orquesta —dijo Esteban, entonces. El *maître* hizo un gesto con la mano y los músicos dejaron de tocar.

—No sé... Quisiera... —dudó Esteban.

—Tal vez yo pueda ayudarlo... —sugirió el *maître*.

—Quisiera escribir algo que colabore a la unión y la paz entre todos los seres de la Tierra...

—Sería maravilloso...

—Una encíclica —silabeó Amapola.

—Un llamamiento... —propuso el *maître*—. Algo que sirva a las generaciones futuras...

Esteban meneaba la cabeza.

—Algo testimonial —susurró un mozo que se había mantenido, anónimo, tras el *maître*—. Escrito en tercera persona, en un estilo informativo, periodístico quizás...

Esteban se oprimía la frente, confuso.

—No es necesario abordar nada revulsivo —acotó el *maître*. Amapola fue más práctica. Cerró el libro ante los ojos de Esteban, sin demasiados preámbulos.

—Llévelo —ordenó al *maître*—. Nadie podría escribir nada demasiado bueno en un lugar tan poco apto para la concentración.

El *maître* retiró el libro junto con la estilográfica, con un gesto ordenó a la orquesta que continuara su rutina, y se marchó.

—Existe una explicación científica —argumentó Esteban—. «El miedo al papel en blanco» creo que se llama. Algo así como el «miedo escénico». ¿Me entiendes?

Amapola asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Cuando llegaron los platos, comenzaron a comer en silencio, arrullados por el ronroneo de las conversaciones y el tono melódico de la música que desgranaba la orquesta. Esteban abandonó su plato prácticamente sin tocarlo ya que resultó, como lo temía, pescado. Y todo fruto de mar despertaba en el muchacho una incontenible erupción urticante en las ingles apenas superado el primer bocado.

—No has probado lo tuyo —reprochó Amapola.

—Siento alergia por los peces...

—¿Y qué pensabas que era «*mousse* de rodaballo»? ¿El nombre de una escritora portuguesa?

—Es que estoy muy preocupado...

—¿Qué te ocurre? —dejó de saborear su comida, Amapola.

—Se trata de mi madre.

Amapola dejó caer sus manos con los cubiertos estrepitosamente sobre el plato.

—Esteban —masculló—. ¡Estamos comiendo!

—¿Acaso te molesta que mencione a mi madre?

—Perdona. Perdona. Ocurre que siento celos de cuanta mujer pueda estar cerca de ti. ¿Qué le ocurre a tu madre?

—¿Recuerdas que te pregunté, días atrás, si conocías algún médico especialista en ojos? —Amapola asintió con la cabeza. Había vuelto a comer—. Correcto. Tú me recomendaste al doctor Poenbioptal Drops. Una eminencia, sin duda. Bien, revisó a mi madre... Amapola... —Esteban estiró una pausa efectista... Mi madre se está quedando ciega.

Amapola giró el rostro mientras cruzaba con estrépito los cubiertos sobre su plato, nuevamente.

—Oh, Esteban... ¿Te parece que la oportunidad es propicia? —dijo.

—Amapola, ninguna oportunidad es propicia para quedarse ciego.

—Te pregunto si piensas que una cena en un lugar como éste es ocasión propicia para hablar de estas cosas...

—Es que estoy muy angustiado... —inclinó su noble frente, Esteban. Había acusado la dureza del reproche de ella. De pronto, un rumor efervescente, que crecía en el salón, le hizo levantar la cabeza. Amapola se volvió a mirar hacia la escalinata y no pudo creer que el Destino le reservara una noche tan dichosa: acompañada de una

mujer madura, por los peldaños de mármol, bajaba Zina Eastern.

Capítulo XI

María cuenta un sueño desconcertante mientras caminan por la playa

Esteban y María caminaban a orillas del mar. El rumor de las olas parecía sumirlos en un estado de ensoñación, especialmente a ella que por momentos se bamboleaba como a punto de perder el equilibrio.

La playa estaba desierta en kilómetros y kilómetros y sólo el graznido áspero de alguna gaviota o el correteo lateral de algún diminuto y traslúcido cangrejo acompañaba a la pareja. De lejos, ofrecían una imagen extraña, aquel alto y elegante muchacho bronceado y la menuda pero grácil figura de ella. Esteban vestía un amplio traje blanco de tela liviana y su cabeza estaba tocada por un sombrero Panamá de ala generosa. María lucía su clásico mameluco de trabajo y aún conservaba cubriéndole el rostro, la bolsa de «Pino Firenze». Hacía dos horas que Esteban procuraba arrancar alguna palabra de la muchacha, pero la timidez de ésta sólo le devolvía mutismo y ensimismamiento.

—Me encanta su silencio, María.

—...

—Me hace suponer una persona profunda, memoriosa, poco dada a las exteriorizaciones violentas, las palabras fatuas, las declaraciones vacías de todo contenido.

—...

—Adivino un ser misterioso. Un cofre hermético que encierra tesoros nunca contemplados. Durante este corto tiempo que hemos compartido aquí, junto al mar... ¿Sabe qué me pregunto, María?

María meneó la bolsa de «Pino Firenze».

—Me pregunto si el accidente en la pileta de ácido no habrá afectado también sus cuerdas vocales —dijo Esteban con un atisbo de desaliento.

—¡Oh, no! —musitó, con alarma, la joven, por vez primera, apoyando su mano derecha sobre el brazo de Esteban—. No diga eso.

—Si al menos se quitase esa máscara que cubre su cabeza —pidió Esteban en tanto, con disimulo, frotaba la manga tocada por María, consciente de que ella venía del trabajo.

—No es posible.

—¿Por qué?

—No puedo hacerlo hasta que no me fragüe el injerto. Me han dicho que una lluvia, por ejemplo, podría arruinarlo todo. Aflojaría los trozos de piel implantados y debería repetirse la operación.

—¿De dónde sacaron la piel para el injerto?

María se detuvo un instante y la cartulina de la bolsa que cubría su cabeza se coloreó de rubor.

—Le ruego que no me lo pregunte.

—Por supuesto que no lo haré —se apresuró a enmendar su error, Esteban, sabiendo que su excesiva curiosidad podía empujar a la muchacha hacia otro insondable pozo de silencio—. En realidad quería preguntarle sobre su familia, sobre sus padres.

Nuevamente María se detuvo un instante, volviendo a tocar a Esteban sobre el brazo.

—Oh, Esteban... No quisiera hablar de eso...

—Jamás me atrevería a preguntárselo —exclamó Esteban, volviendo a observar si no había quedado mancha alguna sobre su brazo—. No la pondría jamás en el aprieto de recordar cosas del pasado que la suman en la tristeza. Haga de cuenta que no me ha escuchado. Olvídelo.

—Fui separada de mis padres siendo aún muy pequeña —el relato de María comenzó en un hilo de voz—. Ellos siempre me habían advertido sobre el peligro de los gitanos, sus robos, sus engaños, sus tropelías. Cuando yo tenía tan sólo cinco años era una niña rubia, de grandes ojos, que me aventuraba sin temor por las calles de mi barrio pese a las advertencias de mis parientes. Un día se me acercó un hombre mayor, de voz ronca y aspecto extraño. Nunca podré olvidarlo. Recuerdo que me miró largo rato y me dijo: «Tus padres han sido robados por los gitanos». Corrí a mi casa y era cierto. Los gitanos se habían llevado a mis padres. Nunca más volví a verlos.

La voz de María se quebró. Bajo la cobertura de la bolsa, Esteban advirtió que lloraba.

—No quise que llegara a esto... —se condolió Esteban, tentado de pasarle el brazo por sobre el hombro.

—No es nada —gimoteó ella—. Me hace muy bien contarlo. Es usted la primera persona a quien se lo cuento.

—¿La primera? ¿Desde los cinco años?

—Tardé en hablar. Lo habrá notado —María continuaba sollozando y una mancha húmeda se iba extendiendo por la cartulina satinada, oscureciendo la bolsa de «Pino Firenze».

—Y... ¿Qué le decía a la gente que preguntaba por sus padres?

—Que se habían separado. Que habían discutido por mi tenencia y que el juez, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, les había quitado el derecho de posesión. Nunca quise contar lo de los gitanos.

—¿Por qué?

—Temí represalias. Son tribus que se hallan diseminadas por el mundo. Podrían hacerme un daño muy grande. Venderme un auto usado, por ejemplo.

Siguieron caminando, lentamente.

—Y... ¿Y qué la llevó a contármelo a mí, por ejemplo? —requirió Esteban.

—No sé... No sé... —María aún lloraba y la bolsa de cartulina había adquirido un aspecto deforme y contrahecho—. Será que, quizás, usted representa para mí algo irreal, algo que no pertenece al mundo terreno, algo que entra en el mundo de mis sueños... No me explico por qué ha posado, usted, sus ojos en mí. No sé qué ha visto usted en mí...

—La pureza, María. Eso he visto. Un alma simple y bondadosa, cristalina. Algo tan alejado de las tenebrosas personalidades que me rodean en el mundo artificial en que me muevo. Es sólo eso. Además... no es mucho lo que puedo ver, cubierta como está usted por esa bolsa en la cabeza.

La bolsa mojada era ahora un guiñapo despelusado, que había perdido su antigua dignidad comercial.

—María —aconsejó Esteban, firme—. Debe quitarse eso —y tomó la bolsa.

—¡No! ¡El injerto!

—Su llanto ha convertido la bolsa en un reservorio de humedad —elevó su tono Esteban mientras, con movimiento enérgico quitaba la improvisada máscara de María—. Mantenerla, sería peor que la lluvia.

Convencida, María no opuso resistencia, pero se cubrió el rostro con las manos, deslumbrada por el sol. Pero pronto descubrió su cara, pestañeando en repetidas oportunidades. Esteban pudo apreciar, entonces, y con un ligero sobresalto de rechazo, unas mejillas informes y violáceas, las ojeras verde amarillentas, con derrames que alcanzaban las sienes y una boca amorfa y ajada. Entre las protuberancias de los pómulos se alcanzaban a ver los extremos enhiestos del hilo de sutura, marcando los límites de la piel injertada.

—Se ve magnífica —tragó saliva, Esteban, estirando una mano como para tocar la barbilla de ella pero deteniéndola de inmediato.

—¡No me toque, por favor! No me toque.

—Será mejor que se ponga la bolsa de nuevo —recomendó Esteban, procurando restituir la forma original de la máscara y advirtiéndole lo dificultoso que le resultaba contemplar, sin una mueca, el rostro de ella—. El aire salobre puede perjudicarla.

Rápidamente, la bolsa «Pino Firenze» volvió a cubrir la cabeza de María. Ella la acomodó sobre el cuello ajustando la cuerda trenzada y, pronto, ambos continuaron caminando junto al mar.

—No piense que traté de tocarla con una miserable intención de extralimitarme, María —se apresuró a aclarar Esteban—. No piense que intento aprovechar su convalecencia para avanzar torpemente sobre la confianza que usted me ha dispensado.

—...

—¿O, acaso, esa piel que luce ahora en, las mejillas proviene de una zona que...?

—Por favor —bajó la voz, rogando, ella—. No quiero hablar de eso...

De nuevo el muchacho comprendió que se hallaba ante una criatura frágil y huidiza, y que cualquier movimiento brusco podría ahuyentarla. Optó otra vez por cambiar de tema.

—¿Por qué me considera usted irreal, María? —preguntó—. ¿Qué le hace pensar que sólo pertenezco a un reino de sueños? ¿No me ve, acaso, como un ser humano? ¿No estoy caminando a su lado, sintiendo lo mismo que usted, aspirando este mismo aire salobre del mar, recibiendo el mismo sol sobre la piel?

—No es eso... Será que soy demasiado... soñadora...

—Soñadora.

—Sí.

—¿Se animaría, María, a contarme alguno de sus sueños?

El rostro de la muchacha se ensanchó en una sonrisa silenciosa, bajo su cobertura.

—Oh no —se disculpó—. No me atrevería...

—Apuesto a que no se los ha contado nunca a nadie. Me encantaría entrar en ellos, María.

—Oh no... Son pavadas. Son sueños...

—Tampoco usted había contado a nadie lo de sus padres, María. Y sin embargo le hizo bien contármelo. ¿No es cierto?

—Es cierto... Pero aquello fue un suceso real. Pese al secreto que yo tendí en torno del caso, fue algo público. Mucha gente lo supo. Esto es algo absolutamente privativo de mi vida interior. Algo propio de mis ensoñaciones y de mis fantasías. Confesiones que una tiene con la almohada. Locuras, quizás...

—Entiendo, María —suspiró Esteban—. No quise forzarla. Comprendo que fui demasiado lejos con mis requerimientos. En mi curiosidad por conocer su alma, no vacilé en pretender entrar en regiones vedadas, en regiones reservadas a lo más recóndito y personal de cada uno. Perdóneme. Olvide para siempre lo que le he pedido y disculpe si suelo ser reiterativo en mi insistencia.

—Hay un sueño que se repite a menudo —dijo María, pensativa, y se detuvo.

—Recurrente.

—¿Cómo?

—Que... que se repite a menudo.

—Eso, recurrente... —María se sentó en una roca y Esteban hizo lo propio en otra, frente a ella. Hubo una pausa de silencio. Llegaba el rumor del mar produciendo una suerte de encantamiento.

—En el sueño... —María habló con la vista perdida en el vacío—... yo voy caminando por una playa como ésta. Una extensa playa desierta, larguísima. Es un día nublado y ventoso pero el mar es de una belleza sobrecogedora. De pronto, ante mí, tirada sobre la arena, advierto una estrella de mar. Una hermosa estrella de mar. Me acerco a tomarla. Me agacho y cuando la tengo en la mano, la estrella me habla...

—¿Le habla? —la miraba arrobado, Esteban.

—Me habla... Me dice: «No puedes llevarme. Pertenezco a una princesa. A una

princesa de las profundidades marinas». Entonces, como si la hubiese llamado, aparece, surgiendo de las aguas, una sirena. Es una sirena que lleva una corona de corales y madréporas sobre sus cabellos rubios. Es hermosa. La sirena también me habla y me dice: «Deseo que conozcas a unos amigos míos». Y es cuando aparece, también del mar, un grupo de marineros. Tienen aspectos rudos y feroces pero algunos son bellos como faunos. Ninguno de ellos habla pero, en el sueño, sé que son marineros griegos. Se acercan a mí y comienzan a tocarme, lentamente. Luego me desvisten...

—Interesante —tragó saliva Esteban, serio.

—... me quitan la ropa y me tienden sobre la arena. Luego, uno tras otro, me hacen el amor. Son quince o dieciséis, según el sueño, no todas las noches es el mismo número. Cuando el último de los marineros ha abusado de mí, la sirena hace un gesto y de la profundidad abisal aparece un pulpo. Se acerca a mí, que aún permanezco jadeante y sudorosa, tirada sobre la arena, y me posee...

—Caramba, María...

—Pero me posee en forma más bien extraña, no sabría cómo explicarlo: con dos de sus tentáculos realiza una suerte de nudo y me abraza con los restantes y...

—María, por favor... —procuró detenerla Esteban, levemente transpirado.

—... y eso no es todo, pues cuando el pulpo finaliza su tarea, siento algo húmedo y pringoso que se deposita con un peso fenomenal sobre mis muslos desnudos... Es una morsa. El marfil de sus colmillos es el más blanco de cuantos yo haya visto jamás... La morsa lame la sal de mi cuerpo mojado por las olas y luego, con un movimiento de una de sus aletas me obliga a darme vuelta. Yo quedo boca abajo, entonces la morsa...

—¡María, basta! —Esteban se puso de pie deteniendo el relato con gesto enérgico. Su camisa estaba empapada en transpiración y su rostro mostraba un extraño desasosiego—. ¡No tiene por qué contarme todos sus...!

—Usted me lo pidió —María parecía volver de un estado de enajenación.

—Es cierto... Es cierto... Pero no tiene usted por qué aceptar la totalidad de mis pedidos. Es tarde, por otra parte.

Esteban guardó sus nerviosas manos en los bolsillos y comenzó a desandar el camino realizado por la playa. De inmediato, María marchó detrás suyo.

Capítulo XII

Amapola exige más cosas en la intimidad del sauna

Cuando Amapola Vanderhoeven recibió la noticia de que su amado Esteban se había precipitado al tanque de ácido prúvínico, estaba rodeada de sus asesores programando el lanzamiento de la campaña política.

Habían tratado ligeramente el problema que representaba ese insidioso crujido de la piel de su rostro cada vez que sonreía, dado que podía ser percibido por los micrófonos. Jerry Sierra Quintero, el publicitario, le había recomendado que sonriese apenas subida a los estrados, lejos de los amplificadores y luego, ya frente al micrófono, adoptase una actitud adusta, reconcentrada, propia de una persona que está dispuesta a decirle a su pueblo sin tapujos de ningún tipo, la cruel verdad. Luego habían pasado al tema que más complacía a Amapola: la elección de la ropa que debía usar en los mitines populares. Allí se había acentuado la controversia ya que, en tanto sus seguidores más jóvenes abogaban por la adopción de una línea suelta y desenfadada, los estratos más conservadores del movimiento reclamaban una imagen elegante, discreta, de real distinción. Tal punto había puesto el partido al borde del cisma, ya que se habían patentizado dos ramas claramente diferenciadas: la «largofaldista» o conservadora, que pugnaba por faldas largas y colores recatados y la «casual», que congregaba a quienes pretendían una simbología más vital y atrayente.

Cuando Amapola recibió la noticia del serio percance sufrido por Esteban tuvo un ataque de nervios y golpeó con una regla a Jerry Sierra Quintero. Entre cuatro de sus más fieles y corpulentos operadores políticos debieron contenerla soportando sus alaridos desgarradores y sus arañazos.

Cuando, una hora después, Esteban de Montepío llegó a «La Gansada», sin un solo rastro del accidente ni señas visibles de herida alguna, Amapola, tendida cuan larga era en un diván, rodeada de sus ayudantes y consejeros, recién estaba saliendo del estado de *shock*. Le habían dado de beber media botella de ron para calmarla y, si bien lucía más relajada, su aliento olía a zoológico.

Cuando vio a Esteban, hermoso, indemne, de pie frente a ella, saltó del diván y corrió a abrazarlo. Su entorno político, unas quince personas que se hallaban en la suntuosa sala, respetó el momento silenciosamente.

—Oh, Esteban, no puedo creerlo... —sollozó Amapola.

Esteban le palmeó la nuca, procurando tranquilizarla.

—Estoy bien, estoy bien —dijo.

—Es terrible lo que ha sucedido.

—No ha pasado nada, por suerte —Esteban observó a los circundantes, con una

mirada cómplice, ante el estado de excitación de Amapola.

—¿Cómo que no ha pasado nada? —rugió, de pronto, Amapola, desprendiéndose de los brazos del joven. Su rostro había recobrado su habitual gesto iracundo—. ¡Esteban, me están sabotando!

Todos se miraron.

—No... no entiendo —balbuceó Esteban.

—¿No te das cuenta, Esteban? —lo miró fijamente, Amapola—. ¡En la fábrica me están sabotando! ¡No podrías haber salido con vida si el tanque hubiese estado realmente lleno de ácido! ¡No estarías vivo ahora ni hablando conmigo!

—¡Pero lo estoy! —se enojó Esteban.

—¡Eso es lo grave! ¡Ahora entiendo todo! ¡Ahora entiendo el por qué del rechazo de nuestras pieles en Europa! —Amapola, siempre con la regla que no habían podido quitarle de la mano durante la crisis, comenzó a caminar en círculos—. ¡Por eso, en junio, el Mercado Común Europeo nos envió de regreso un cargamento de bolsos de cuero de tapir, aduciendo que tenían aftosa! ¡Primero pensé que era sólo otra burda maniobra proteccionista europea, pero ahora comprendo la verdad!

—Amapola, por favor... —procuró calmarla Esteban.

—¡El porcentaje de ácido que colocan en ese tanque es mínimo! —rugió la mujer—. ¡Lo que hay en ese tanque es agua, solamente! ¡Ni una pizca de ácido hay allí dentro! ¡Eso es lo que ocurre!

—Pero... —Bruno Maxwell, su nuevo modisto, se atrevió a intervenir—. ¿Por qué habrían de hacer una cosa así? ¿Quién se beneficiaría con eso?

Amapola golpeó amenazadoramente con la pesada regla en la palma de su mano izquierda.

—En la curtiembre hay infiltrados que desean represalias... —silabeó, observando a cada uno de sus ayudantes—. Eso es lo que pretenden. Sabotean mi producción, saben que yo tomaré medidas correctivas y eso es lo que desean. Lo que están buscando...

—Pero... —se encogió de hombros Esteban, confuso.

—¡Están buscando que yo despida personal, Esteban! ¡Eso están buscando!

—¿Para qué? —intervino Jerry Sierra Quintero, aún ofuscado por el golpe de regla que le había abierto el cuero cabelludo.

—Para que una medida de tal naturaleza tome estado público y yo aparezca como enemiga del pueblo trabajador —explicó Amapola con una sonrisa que atemorizaba. ¡Eso es lo que desean! ¡Que en vísperas del lanzamiento de mi campaña, mi propia curtiembre deje en la calle a una multitud de operarios! ¡Vean ustedes qué bonita manera de comenzar una campaña, de captar votos, de acercar simpatías!

Se hizo un silencio. Amapola elevó la pesada regla y luego la bajó con fuerza incontenible, pulverizando una mesita de cristal que sostenía un terceto de jarrones chinos. El estrépito de los costosos adornos, al hacerse añicos contra el piso, acentuó lo opresivo del momento.

—Bueno... —se atrevió a balbucear Bruno Maxwell—. Lo importante es que Esteban haya salido con vida.

Amapola observó a Esteban como si lo viese por primera vez, dejó caer la regla y corrió a refugiarse entre sus brazos.

—¡Oh! Es cierto, es cierto —gimoteó, estrujando a su amado. Hubo algunas sonrisas y suspiros de distensión entre aquellos que integraban el grupo.

De pronto Amapola se zafó de los brazos de Esteban y enfrentó a los presentes con la fiereza de una pantera.

—¡Pueden irse inmediatamente de acá! —tronó—. ¿O es que, acaso, no saben respetar la intimidad de dos seres que se aman? ¿O acaso, yo, por el hecho de ser una figura pública no tengo derecho a una vida privada?

En tropel, los consejeros y referentes políticos de Amapola abandonaron el recinto alarmados ante el ademán de Amapola de hacerse de nuevo de la regla caída. Cuando quedaron solos, Amapola se desplomó en el diván, como vencida.

—Estoy destrozada —musitó, frotándose la parte posterior del cuello con la mano—. Son demasiadas tensiones.

Esteban la miró serio, en silencio.

—Pensé que te alegrarías de verme vivo —dijo, por fin.

—Perdóname. Este asunto del sabotaje me tiene histérica. No es la primera vez que ocurre algo así.

—¿Viene de lejos?

—¿De otro país, tú dices?

—No, pregunto si hace mucho están sucediendo estas cosas.

—Se han repetido. Es un complot contra mi persona. Pero tomaré medidas urgentes. En principio con el Jefe de Control Químico, Zenga.

—¿Zenga no era tu jardinero? ¿Lo has ascendido?

—Digo que Zenga, Bernuncio Zenga, se ocupará de él. Del Jefe de Control Químico...

—Amapola —insistió Esteban—. Estuve a punto de morir...

—Esteban... —desde el sillón, Amapola estiró la mano hacia él—. Creo que ambos necesitamos relajarnos. Han sido momentos muy tensos. Tanto tú como yo hemos vivido momentos muy difíciles en un corto lapso. Nos merecemos un relax. ¿Sabes hacer masajes?

—Fui masajista, durante la guerra —informó Esteban.

—Hazme masajes aquí —señaló Amapola sus clavículas, apoyando su recta espalda en el respaldo del sillón. Esteban se ubicó tras el sillón y comenzó a presionarle rítmicamente el esternocleidomastoideo.

—Conocí a alguien mejor que tú —dijo, poco después, Amapola, con los ojos cerrados.

—¿Quién?

—¿Has oído hablar del «Estrangulador de Boston»?

—No puedes decirme eso. Mira...

—Hazme aquí... —desestimó Amapola, frotándose el esternón—. Tengo allí un nudo de nervios.

Esteban vaciló. Tragó saliva. Luego posó sus manos sobre el pecho de ella y comenzó a presionar. Amapola ronroneó.

—Aquí, más aquí —indicó luego y, tomando con sus manos las manos del joven, las obligó a depositarse sobre ambos senos. El movimiento de las manos de Esteban se hizo más lento y giratorio. Amapola levantó el rostro y quedó su nariz a pocos centímetros de la de Esteban, que se hallaba inclinado sobre el sillón. Una gota salobre cerró un ojo de la mujer. Esteban transpiraba copiosamente. Amapola elevó sus brazos y lo ciñó por el cuello. Se oyeron unas voces, entonces, y el paso de unos mucamos detrás de una de las puertas. Amapola aflojó la presión sobre el cuello de Esteban y estudió las puertas y ventanas.

—Creo que nos merecemos un baño sauna, querido —musitó. Volvió a atraer a Esteban hacia sí y lo besó apasionadamente. El contacto de los labios fue corto pero húmedo, ávido y caliente, culminando con un mordisco con el que Amapola lastimó la boca de Esteban. El muchacho se debatió como un pez atrapado por las fauces voraces de un escualo.

—Sí, vamos, vamos —aceptó, aliviado, irguiéndose y palpándose el labio sangrante con el dorso de su mano derecha. Amapola se puso de pie de un salto, se limpió también un hilo de la sangre de Esteban que había mojado su propia barbilla y lo condujo hacia la sala de sauna. Urgidos por la excitación de Amapola, pronto llegaron al hermético cubículo, en el piso superior.

—Quítate la ropa —ordenó Amapola apenas entraron y mientras cerraba la mampara corrediza de vidrio opaco.

—¿Toda? —dudó Esteban.

—Allá tienes toallas para cubrirte.

Amapola oprimió un botón, junto a la mampara y, a poco, el reducido lugar se vio invadido por un vapor denso y blanquecino, lo que Esteban aprovechó para quitarse la ropa velozmente. De inmediato cubrió su cuerpo, de la cintura hacia abajo, con una inmensa toalla blanca.

Amapola se había quitado la falda y lucía ahora sólo un breve *slip* negro.

—Alcánzame una toalla, Esteban —pidió, cubriéndose apenas la perfecta redondez de sus pechos.

—¿Dónde hay otra?

—Allí, al fondo —Amapola señaló hacia un extremo oscuro, donde se formaba una suerte de ángulo muerto, dada la pronunciada inclinación del techo forrado en madera. Esteban arriesgó unos pasos, tanteando entre las nubes de vapor. De pronto, su mano tocó algo sólido, que brincó ante el contacto.

—¡Amapola! —bramó el joven—. ¡Hay alguien aquí!

No había alcanzado Esteban a proferir el aviso cuando dos oscuras figuras

emergieron entre los cálidos vapores.

—¿Quién anda allí? —gritó Amapola, tapándose con la toalla y con voz que procuraba ser enérgica, distorsionada por el terror.

—Somos bomberos, señora —procuró calmarla uno de los hombres. Y su explicación sonaba, ahora, un tanto infantil, dado que eran evidentes los cascos sobre sus cabezas, las pesadas chaquetas plastificadas, las hachas relucientes en sus manos.

—Y... ¿Qué hacen aquí? —estalló, Amapola, furiosa.

—Órdenes del capitán Lemonade —explicó el que parecía detentar mayor grado—. Debemos estar atentos ante cualquier amenaza de fuego.

—Y aquí se percibe un calor sospechoso —concluyó el otro.

—¡Por supuesto que hace calor aquí! ¡Esto es un sauna!

—Vimos el humo y temíamos un nuevo foco de incendio.

—¡Retírense inmediatamente! —aulló Amapola.

—No debe usted tomar tan a la ligera el peligro del fuego, señora —procuró persuadirla el bombero con mayor mando—. En cualquier momento vuelve a aparecer con una intensidad inusitada.

—¡Les repito que se vayan de inmediato de aquí!

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre, señora Vanderhoeven? —tronó, entonces, una voz de reconocida autoridad.

—¡Capitán Lemonade! —se volvió Amapola hacia el recién llegado—. ¡Ordene a sus hombres que se retiren de inmediato!

El capitán, impecable en su uniforme de fajina, hizo un gesto y los dos bomberos, con una venia corta, se retiraron del sauna.

—Debe usted perdonar a mis muchachos —pidió el capitán—. Hemos perdido muchos camaradas en la lucha contra el fuego y están un poco sensibilizados.

—Capitán —sonó cortante la voz de Amapola—. Me había usted prometido que se marcharía con sus hombres apenas superado el peligro de un rebrote del incendio.

—Mi querida señora —procuró ser cordial, el capitán—. Las llamas pueden esconderse en sitios pequeños y miserables, endemoniadamente complicados de detectar. ¿Sabe usted de qué tamaño puede ser una llamita?

—¡Sí! —gritó Amapola—. ¡Así! —y extendió su mano mostrando un espacio ínfimo entre sus dedos pulgar e índice—. ¡Ya me lo ha dicho usted la vez pasada!

—Me alegra que lo recuerde.

—¡Como también recuerdo que le pedí que se marchara con los suyos!

—Señora —el tono del capitán era severo ahora—. Si el peligro de un incendio se circunscribiera sólo a su finca y a sus posesiones yo podría decir, contrariando el decálogo del buen bombero: «Bien, que se incinere la señora Vanderhoeven y toda su familia si es que le place». ¡Pero un incendio en su finca, señora, amenaza a la comarca entera, nadie quedaría ajeno al riesgo de morir horriblemente entre las llamas, si es su hermosa mansión la que se quema, señora!

—Y... ¿Entonces?

—Mal que le pese, no retiraré a mis hombres hasta no tener la más profunda e incontrastable convicción de que todo vestigio de fuego o peligro de combustión ha sido descartado.

—Y... ¿Cuándo será eso? —la voz de Amapola dio signos de desfallecer.

—Tenga confianza. No tomará mucho tiempo. Mis hombres son eficaces y darán a la brevedad con cualquier posible foco de combustión.

Amapola quedó en silencio. El capitán inclinó su cabeza a manera de saludo y se marchó. Detuvo su paso, no obstante, a la puerta del sauna, volviéndose.

—No sabe usted, señora —se compungió—, el deseo que tienen mis muchachos de volver a sus cuarteles. Ellos son los que más ganas tienen de irse de esta casa.

El capitán Lemonade terminó su discurso y, como si no lo hubiese visto antes, dejó caer su mirada sobre Esteban quien, unos metros más atrás, sosteniendo la toalla sobre la cintura, asistía a la escena. Un brillo de desaprobación cruzó por los ojos del bombero. Luego, el capitán se marchó.

Amapola se aseguró de que la mampara de vidrio estuviese bien cerrada y se dejó caer sobre una de las banquetas de piedra. Esteban, con un nudo en la garganta, pudo comprobar la perfecta curva de los muslos de la mujer, asomando bajo la toalla.

—¿No hace demasiado calor aquí dentro? —preguntó Esteban, dándose algo de aire agitando una mano frente a su rostro.

—No te inquietes —respondió Amapola con los ojos cerrados—. Andoni controla la temperatura.

—¿Quién es Andoni?

—El jefe de cocina. Nadie mejor que él para saber a qué temperatura debe estar un cuerpo.

—Sin embargo, me dijiste que noches atrás se le quemó un pavo en una cena importante.

—Es cierto. Pero nunca le ocurrió nada similar con el sauna. Esto es muy bueno, Esteban. Elimina impurezas, quita los pecados.

El episodio con los bomberos parecía haber disminuido, en Amapola, la excitación sexual. Se encontraba ahora relajada, tendida cuan larga era sobre el camastro de piedra. Estuvo así unos veinte minutos.

—Oye, Esteban —dijo, por fin, en tanto se daba vuelta poniéndose boca abajo y ofreciendo al joven el espectáculo de su tersa espalda desnuda—. Toma aquella vara de fresno y pégame.

Esteban la observó con expresión desconfiada.

—Amapola... No sé por quién me tomas...

—Está allá arriba, tómala.

—Mira, no sé cuáles serán tus costumbres. Pero si acaso necesitas de eso para...

—Escucha, Esteban —Amapola giró la cara para mirarlo—. La vara de fresno es sólo para activar la circulación de la sangre. Tómala y pégame unos golpes en la espalda.

Esteban, aún en duda, se puso de pie, cuidando de que no se le cayese la toalla y tomó, de un estante alto, una flexible vara de fresno de casi un metro de longitud.

—Vamos, Esteban —apuró Amapola, volviendo nuevamente el rostro hacia la pared—. No muy fuerte pero rítmicamente.

Esteban alzó la vara y la dejó caer sobre la ancha espalda de la mujer, sin demasiada violencia. Ella ronroneó.

—Eso. Así. Apenas un poquito más fuerte.

Esteban aplicó otra docena de golpes sobre Amapola, hasta que ella dijo que ya estaba bien.

—Déjame ahora a mí —pidió Amapola mientras se ponía de pie—. Acuéstate.

Esteban se recostó, de bruces, sobre el mismo camastro en el cual había estado ella.

—Oye —dijo Amapola en tanto dejaba caer el primer varazo débil sobre los generosos omóplatos del muchacho—. Al final no me contaste cómo es que fuiste a dar dentro del tanque con el ácido.

—¿No te han contado?

—Sí, algo me dijeron, pero me desmayé antes de que terminaran de explicarme.

—Procuré salvar a una operaria que se había enganchado en la línea de montaje.

—Caramba... Un gesto muy valeroso de tu parte.

—Nada especial. Pienso que cualquiera lo hubiese hecho de estar en mi lugar...

—Y ella... ¿Era linda?

—¿Linda? ¿Quién?

Esteban percibió, por primera vez, que los varazos habían aumentado sensiblemente su violencia.

—¿Cómo «quién», Esteban? ¡La operaria! ¿Era linda la operaria?

—¡No, Amapola! Bah... no lo sé... No tuve tiempo de verle el rostro. Apenas...

—¿Y su nombre? ¿No sabes ni siquiera su nombre?

—¡Amapola, por favor, más despacio! ¡Yo...!

Los varazos estallaban sobre la piel de Esteban como pistoletazos.

—¿Cómo se llamaba ella, Esteban, cómo se llamaba?! ¡No vas a decirme que no sabes cómo se llamaba!

—¡Amapola, por favor!

—¡No me digas que pones en juego tu vida por una sucia operaria de la cual no sabes ni siquiera el nombre!

Ya los golpes de la vara eran verdaderos fustazos y Esteban, de un brinco, alcanzó a sentarse sobre el camastro, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¡Amapola! ¡No pude verla, ella se caía al tanque, fue lodo tan rápido!

—¡Mientes, basura, mientes!

Finos hilos de sangre habían aparecido en el rostro y en el pecho del muchacho. La blanca pared y los listones de madera clara habían recibido densas gotas de sangre roja.

—¡Te vas detrás de cualquier buscona que quiera provocarte! —Amapola estaba fuera de sí y su brazo armado parecía no cansarse jamás. Esteban comprendió que su situación era angustiosa. Con un último impulso de bravura, ardiendo su cuerpo por el castigo y el odio, pegó un salto e inmovilizó a Amapola, aferrándola por las muñecas. Con una torsión enérgica la obligó a soltar la enrojecida vara de fresno y, por último, la arrojó hacia el otro camastro de piedra. Amapola lo observó, como volviendo de un mundo de pesadillas.

—¡Por Dios, Esteban, te he lastimado! —gimió, lanzándose sobre él—. ¡No quise hacerlo!

Con sus manos y sus labios comenzó a recorrer los surcos ensangrentados que cruzaban la piel del muchacho, mientras mascullaba, jadeante, palabras de disculpa. Pronto la boca de la mujer se depositó, más que nada, sobre la de Esteban en un beso apasionado, de loco desenfreno, como si tratase de succionarle las entrañas en una única aspiración febril. Esteban manoteó el aire, desesperado, buscando escapar, pero Amapola lo retenía, estrangulándolo prácticamente con su brazo derecho en tanto su mano izquierda tanteaba torpe y ávidamente bajo los pliegues de la toalla, en las inmediaciones de la entrepierna. No obstante, el cuerpo de Esteban, lubricado por la transpiración y el vapor, ayudado también por el ímpetu desesperado de cualquier animal acosado, logró zafarse de los lúbricos brazos de ella.

De un salto, Esteban, cegado por las nubes de vapor, atravesó la cerrada mampara destrozando el vidrio esmerilado con estrépito ensordecedor. No se detuvo a contemplar el daño que había causado. Aún envuelto en la toalla, mojado y sangrante, se perdió por un dédalo de corredores alfombrados. Debía esconderse hasta dar con algún sitio donde recomponer su imagen y vestimenta. Advirtió, entonces, una escalera que nunca había visto y que iba hacia el tercer piso. Trepó por ella con paso cauto. Llegó a una suerte de buhardilla y quedó frente a una puerta de madera, pintada de amarillo.

—La entrada a un desván, quizás —supuso Esteban. Giró el picaporte pero la puerta estaba cerrada con llave. Miró hacia abajo y vio un rayo de luz escapando por la rendija.

—No debes entrar allí —escuchó una voz aflautada, a sus espaldas. Giró velozmente y no vio a nadie. Se asomó entonces a la escalera y descubrió a un joven rubio, regordete, de prolijos bigotes, parado al pie de los escalones, en el piso de abajo. El joven llevaba un revólver en la mano.

—No debes entrar allí. Nadie debe abrir jamás esa puerta —repitió el muchacho como en un rezo, mirándolo con sus grandes ojos azules.

—Y tú... ¿Quién eres? —preguntó Esteban. El muchacho no contestó, elevó lentamente el arma y encañonó a Esteban. Esteban tragó saliva y aguardó el disparo definitivo. El muchacho imitó el sonido de un disparo sofocado con la boca y luego, también lentamente, dejó caer el revólver junto a su rodilla. Después, sin decir una palabra, se marchó sigiloso. Esteban, aliviado, se secó la frente con la toalla, pero de

inmediato la volvió a su función cobertora sobre su cintura. No obstante, en aquel sector de la mansión, no había nadie. Pegó una última ojeada a la puerta amarilla y bajó las escaleras para rescatar su ropa.

Capítulo XIII

La misma noche inolvidable en el restaurant «Le Voyeur»

Aquella recordada noche de la cena en el restaurant «Le Voyeur», Ethel Olaguer Apamates, la amiga de Amapola, había escuchado el murmullo de inquietud reptando entre las mesas y había vuelto la cabeza hacia las escaleras con la presteza de una víbora.

—Oh, Dios —se tapó la boca con las manos—. ¡Es Zina Eastern!

—Sí, es ella —acordaron algunas de sus compañeras de mesa—. Y está con su madre.

—La pobrecita Zina está gravemente enferma —informó, bajando la voz, Ethel—. Me lo ha dicho Amapola recién.

—¡Cielos, Ethel, no puedo creerlo!

—¡No digas! ¡Ella luce espléndida, sin embargo!

—¡Nadie podría suponerlo!

—Es el canto del cisne, Petunia —se acongojó Ethel—. Les ruego por favor que no comenten con nadie lo que les estoy contando. Amapola me pidió que fuese reservada.

—Pero... ¿Qué tiene? —indagó la señora del congreso Princeton.

—Sufre una enfermedad horrenda... No recuerdo ahora el nombre, pero Amapola me confió que ya los buitres siguen su rastro.

—¡Qué horror!

—No viene a mi memoria el nombre de la enfermedad, pero era algo terminado en «osis»...

—¡Qué espanto terminar así! ¡En «osis»!

—¿«Virosis», tal vez? —sugirió el escribano Asdrúbal Cuero y Caicedo.

—No... No...

—¿Escoliosis?

—¡Eso! ¡Eso! —pareció alegrarse Ethel—. Escoliosis... ¿De qué se trata, doctor? El doctor Edison Putumayo dejó de comer, enarcó las cejas y frunció los labios.

—Se trata de una torsión caprichosa de la columna vertebral —dijo— que presiona perversamente sobre las vértebras obligándolas a adoptar posturas forzadas y dañosas. La columna adquiere, entonces, curvaturas arbitrarias que, para ser balanceadas, originan nuevas curvaturas compensatorias al punto de deformar un cuerpo hasta límites de la monstruosidad.

—Ohhh... —un quejido comunitario acompañó la explicación científica del facultativo.

—Observen —alertó la esposa del congresal—. ¡Si es notorio a simple vista!

Zina bajaba los peldaños inclinando su rostro hacia la escasa estatura de su anciana madre, a quien cuchicheaba algo al oído.

—La sangre —continuó el médico— debe aprender entonces nuevos circuitos con lo que genera un cultivo de pequeños coágulos, con el peligro que eso representa.

—No sigas, querido —le pidió su esposa—. Ya es suficiente.

—Se llevará un buen disgusto cuando vea a Amapola junto a su ex novio —se condolió Ethel—. No es un trago fácil para una moribunda.

—¡Hola, Zina! —exclamaron todos al unísono cuando Zina Eastern pasó junto a la mesa, radiante en su traje púrpura ceñido al cuerpo.

Mesas más allá, Amapola saboreaba con morosidad un sorbo de *champagne*, mirando fijamente a los ojos a Esteban.

—No le prestes mucha atención, querido —recomendó al muchacho, que se había puesto notoriamente nervioso con la llegada de Zina—. Salúdala cordialmente, como si fuese cosa de todos los días.

Esteban saludó con una inclinación de cabeza a Zina, quien, imprevistamente adusta al descubrir la pareja, tomaba ubicación junto a su madre en una mesa no muy lejana.

—Temo que Zina origine algún escándalo —silabeó Esteban—. Para colmo la han ubicado en una mesa que es un verdadero puesto de observación hacia la nuestra.

Amapola, con una sonrisa inmensa, giró su cuerpo y agitó una mano hacia Zina.

—Sigamos con lo nuestro, Esteban —invitó—. Actuemos como seres civilizados.

—Te estaba contando de mi madre...

—¿Qué me decías de tu madre?

—¡Amapola! ¿Cómo puedes haberte olvidado? Te dije que mi madre quedará inexorablemente ciega...

—¡Por Dios, Esteban, eso es terrible! —Amapola dejó sus cubiertos y cubrió con sus manos las manos del muchacho. Este miró de reojo hacia donde estaba Zina, que no les quitaba la vista de encima.

—El doctor Poenbiopital me ha dicho —continuó Esteban— que sólo una operación detendría el proceso maligno. Pero esa operación únicamente puede ser llevada a cabo en Japón... Estoy desesperado, Amapola.

—Te comprendo. Advierto que te unen vínculos familiares muy estrechos con tu madre.

—En una palabra, Amapola... —Esteban hizo un paréntesis dubitativo—. Necesito dinero...

—¿Cuánto?

—Dos millones de dólares.

Los nudillos de Amapola, sobre la mano de Esteban, se pusieron blancos.

—¿Dos millones?

—Dos millones.

—¿Quién hará la operación? ¿Salvador Dalí?

Esteban quitó sus manos de abajo de las manos de ella y se cubrió el rostro.

—No sé cómo conseguir ese dinero... —gimió.

—Escucha, Esteban... Escucha —Amapola obligó a Esteban a descubrir su bronceado rostro—. No te inquietes. Yo podré darte ese dinero.

—¿Lo tienes acá? —la cara del muchacho se iluminó de repente.

—No ahora. No dispongo de una suma así en este momento.

—Amapola... a riesgo de aparecer como insolente... te recuerdo que la enfermedad que afecta la vista de mi madre es progresiva. Cuanto antes pueda atacarse, tanto mejor.

—Presta atención, Esteban... Estoy a la espera del dictamen sobre la desaparición o muerte de Itsván. Desde el momento en que su cadáver completo nunca fue hallado, debe aguardarse un tiempo prudencial para considerarlo jurídicamente muerto. Este dictamen debe salir en un breve lapso. Apenas esto suceda, el dinero que me corresponde por su seguro de vida, me será entregado.

—Ese pago... ¿No es automático?

—La compañía de seguros guarda aún ciertas dudas con respecto al hecho.

—¿Por qué?

Amapola se mordisqueó, pensativa, una uña larga y cuidada.

—Tal vez sospechan de mí —dijo, por fin.

—¿Por qué? —pareció ofenderse Esteban.

—Primero: yo fui quien insistió e insistió en convencer a Itsván para que se hiciera un seguro de vida conmigo como principal beneficiaria. Y estoy hablando de varios millones de dólares. De todos modos, no era una decisión sospechosa ni extemporánea. Sabrás que Itsván era un deportista que arriesgaba día a día su vida tan sólo por placer. No era descabellado que yo pensara en un posible accidente como el que, finalmente, ocurrió.

—¿Por supuesto! Y... ¿entonces?

—Tal vez la gente de la compañía de seguros se inquietó con una disputa que yo mantuve con Itsván poco antes de la firma de las pólizas, en las oficinas de la compañía. No nos poníamos de acuerdo en el monto total. Yo pretendía casi el doble de lo que decía él. Tuvimos un cambio de palabras algo fuertes en ese momento. Sabes que soy una persona de carácter difícil. Los agentes de la compañía fueron testigos de aquello. Reconozco que fue algo un poco tenso para ellos.

—Es cierto. Pero todo hombre de mundo sabe que las rencillas no son nada extrañas en una pareja.

—Es verdad, Esteban. Pero yo me exalté, admito que lo hice. Le grité a Itsván que lo mataría. Que no descansaría ni un solo instante de mi vida con tal de verlo muerto a mis pies. Juré degollarlo mientras durmiera. Eso, a la gente del seguro, no le cayó bien. Lo entiendo ahora.

—Ellos deberían saber que no se puede dar crédito a las cosas que dice una

persona en estado de excitación emocional...

—Lo saben. Lo saben. Pero también yo tomé un cortapapel que estaba sobre el escritorio y se lo arrojé a Itsván. Por fortuna no hice blanco. Sus reflejos de deportista le permitieron esquivarlo...

Esteban tragó saliva.

—Por lo tanto —prosiguió Amapola— la compañía aseguradora, apenas ocurrido el accidente de Itsván, comenzó a remover cielo y tierra buscando alguna prueba en mi contra. Sospechaban de mí. Tal vez yo les di motivo, lo reconozco, pero también ellos se tomaron de eso para no pagarme. No vacilaron en enlodar mi nombre o en echar sobre mi honor todo tipo de sucias suspicacias buscando el resquicio legal que les permitiera eludir el pago. Pero ahora ya no tienen excusas para hacerlo. No han encontrado nada de qué acusarme. Tengo entendido que el caso está cerrado. El pago se demora sólo porque está a la firma del director de la compañía.

—Y... ¿Por qué no lo firma?

—Tiene para un tiempo más de recuperación. Fue a él que se le clavó el cortapapeles en la mano derecha cuando se lo arrojé a Itsván. Pero cuando el pago se realice, podré darte el dinero. Y anunciar incluso nuestra boda sin el riesgo de escandalizar a nadie.

—¡Oh, Amapola! ¡Me harías muy dichoso! —aflojó su tensión Esteban.

—Brindemos por eso —dijo Amapola, tomando su copa. Esteban hizo lo propio—. Un momento —pidió ella, y pasó su mano por detrás del antebrazo de Esteban en procura de entrelazar el brindis. Quedaron así sus rostros muy cercanos el uno con el otro y la escena se convirtió en cuadro de una finura y belleza casi patéticas. Se mantuvieron así largos minutos, como aguardando que los fotógrafos, discretamente ocultos tras las columnas, realizaran su anónima tarea. Se escuchó el neumático chasquido de los obturadores y hasta hubo un par de relampagueos de *flashes*.

—Salud —musitó Amapola estirando su sonrisa. Pero no llegó a tocar el dorado líquido con sus labios. Algo cayó dentro de su copa, salpicando su cara y la de Esteban, lo que provocó el respingo de la pareja.

—¡Han tirado algo! —se ofuscó Esteban buscando al agresor desconocido.

—Un camarón —detectó, con odio, Amapola, rescatando un carnososemicírculo rosado del fondo de su copa—. ¡Ha sido Zina!

Esteban miró hacia la mesa de su antigua novia y recibió el brillo asesino de los ojos de ella, subrayado por una sonrisa sardónica.

—No le hagas caso —urgió Amapola, sin darse vuelta—. Está tratando de provocarnos. No le hagas caso. Sigamos con lo nuestro.

—Nunca pensé que ella hiciera algo así —dijo Esteban, palmeando suavemente sus solapas alcanzadas por la salpicadura.

—No le prestes atención. Vigila sólo si no rompe un vaso o una botella.

Amapola se abocó, entonces, a acomodar prolijamente la solapa de Esteban, reincidiendo en su obsesivo hábito de ordenar y atildar la ropa ajena.

—Cuando anunciemos nuestra boda —continuó, sonriendo forzosamente—, cosa que no creo que se demore más allá de quince días, también podré lanzar mi campaña política. Sería una magnífica oportunidad de aprovechar al máximo una misma ocasión.

—¿Te parece pertinente?

—Esteban... ¿Qué mejor oportunidad que el lanzamiento de una campaña política para anunciar que la candidata ha decidido emprender una nueva empresa matrimonial, fundando una familia, procurando el respaldo emocional que ofrece un hogar estable y constituido?

—Perdón... —un mozo, sigiloso como un leopardo, se había corporizado junto a la pareja—. Desde aquella mesa... —realizó un gesto vago hacia las espaldas de Amapola—... le envían a usted este mensaje... —y extendió hacia Amapola una bandeja pequeña, de plata, donde podía verse una prolija hoja de papel plegada en dos. El rostro de Amapola se endureció. Agradeció con un movimiento de cabeza y esperó que el mozo se retirase. Luego lentamente, como quien atisba entre sus naipes la carta ganadora, desplegó el papel. Esteban la vio ponerse pálida primero y violentamente violácea después.

—¿Qué te ha mandado?

Amapola oprimió el papel en un puño como para disolverlo.

—Perra hija de puta —masculló entre los dientes apretados.

—Dame ese papel —se reveló Esteban.

—¡No! —transpiraba Amapola—. ¡No puedes verlo!

—¿Qué te ha escrito?

—No ha escrito nada. Ha dibujado algo de una grosería y una bajeza inimaginable...

—No puedo creerlo. Ella nunca me dijo que le gustase dibujar.

Amapola arrojó con furia el bollo de papel al suelo. Esteban se inclinó sobre el costado de la mesa y alcanzó a ver, entre los pliegues apretados, un fragmento del tosco dibujo realizado con el trazo grueso de un lápiz delineador de cejas; algo así como el extremo de un cilindro surcado de otros trazos más pequeños, como pelos.

—Sigamos con el proyecto —recomendó Amapola, procurando retomar su apostura. La sonrisa, esta vez con un crujido más audible que en otras ocasiones, le ensanchó el rostro—. Ya hablaré yo con Bernuncio Zenga. Ni mires a esa bastarda. Tenemos mucho que conversar sobre nuestro próximo compromiso y el lanzamiento de mi candidatura. No mires hacia la mesa de ella.

—Yo no miro, Amapola... —se entrecortó la voz de Esteban—. Pero es que ella viene hacia acá...

Amapola se envaró y pudo apreciarse una contracción en los músculos de su cuello. Tomó su copa de *champagne*.

—Quédate tranquilo —asesoró, en tanto advertía cómo un oprimente silencio iba ganando el local—. Déjame manejar esto a mí. En nada me favorecería un escándalo.

Un segundo después, la esbelta figura de Zina estuvo junto a ellos. Paseó una larga mirada silenciosa sobre ambos, apretando una sonrisa falsa y respirando aguadamente. Una de sus manos se había posado sobre la mesa de Esteban y Amapola y la otra descansaba, desafiante, sobre la cadera. Amapola la miró largamente a los ojos, también, con la copa de *champagne* detenida junto a sus labios. En un par de ocasiones Zina hizo amague de comenzar a hablar pero, notoriamente, las palabras justas se negaban a acudir a sus labios. No tuvo tiempo para intentarlo una tercera vez. Como un rayo, Amapola le arrojó el contenido íntegro de la copa a los ojos en tanto se ponía de pie como disparada por una ballesta. Con un alarido bestial saltó sobre su enceguecida rival y, mientras con la mano izquierda la aferraba del cabello, con la otra descargaba una trompada de infernal violencia sobre la nariz de Zina. Una barahúnda ensordecedora estalló entre las mesas acompañando la respuesta de Zina que no se hizo esperar disparando hacia su atacante un puntapié en el bajo vientre. En medio de un remolino de mozos que pugnaban por separarlas, Amapola quedó por un instante paralizada, con la peluca de Zina presa en su mano izquierda. Esa vacilación fue aprovechada por su peor amiga, quien le descargó sobre la mandíbula un derechazo voleado que hubiese puesto en la lona a un profesional. Pero Amapola, con un nuevo rugido animal, se abalanzó sobre su enemiga y ambas, trenzadas en duelo salvaje, fueron a dar contra el carrito de los postres. Como un bólido, impulsado por la espalda de Zina que se había sumergido en una fuente de gelatina frutada, el carrito se estrelló contra una mesa de catorce personas. Entre la batahola, Esteban procuró, sin éxito, contener a Amapola, pero sus desesperados manotazos sólo encontraban el aire o las blancas chaquetillas de los mozos que intentaban lo mismo que él. En un instante, ya con las mujeres combatiendo en el piso, bajo la mesa tumbada, sobre una resbaladiza pasta de salsas combinadas, logró apresar a Zina por el cuello. Fue cuando sintió que el mundo se oscurecía definitivamente para él. Un botellazo, aplicado sobre su parietal derecho por la madre de Zina, lo tumbó sobre el piso. Antes de perder el conocimiento alcanzó a ver cómo la anciana lo insultaba, con la botella aún en la mano. Un segundo después, caía apresada por el *maître* del restaurant, quien la retenía por el cuello mediante una llave Nelson de rudimentaria factura.

Cuando Esteban fue devuelto a su sitio, tras recuperar el conocimiento sobre una de las mesadas de la cocina de «Le Voyeur», lucía sobre su frente un ancho vendaje blanco. Estaba aún aturdido, a pesar de que el frío al que había sido sometido durante un corto período en la cámara frigorífica a los efectos que no se le hinchase demasiado el hematoma lo había despejado bastante. Le sorprendió observar que el salón del restaurant se hallaba de nuevo impecable, la orquesta continuaba con su rutina y nada hacía suponer que media hora antes se había desarrollado allí mismo una verdadera batalla campal. Incluso Amapola, que sonreía frente a él, presentaba el mismo aspecto radiante que tuviera al llegar al salón y parecía recién salida de un salón de belleza. Esteban recorrió los alrededores con la mirada temiendo un nuevo

ataque de Zina Eastern.

—Se la han llevado, querido —se apresuró a tranquilizarlo Amapola, advirtiéndole su desasosiego—. Y no creo que le hayan quedado ganas de reincidir en su conducta.

Esteban asintió.

—Y debo advertirte, cielo —se inclinó hacia el muchacho Amapola— que reaccionaré de la misma manera ante cualquier zorra que pretenda rondarte —la mano derecha de Amapola se extendió procurando acomodar la venda que lucía Esteban sobre la frente—. Y ten la seguridad de que conozco infinidad de mujeres que se mueren por compartir algo contigo.

Esteban retiró un poco su cabeza procurando evitar la mano de ella que intentaba ahora alisarle una ceja. Él era consciente de que aquella advertencia lo comprendía.

—Oh, Amapola... ¿Cómo piensas...?

—No comparto nada con nadie —sonrió Amapola, tratando de quitar una partícula de corteza de pan adherida a la barbilla del muchacho. Esteban, molesto, atrapó en el aire la mano de Amapola, pero luego optó por mantenerla sujeta, en un gesto que podía interpretarse como afectuoso.

—No podría fijarme en ninguna otra mujer —dijo.

—Lo sé, pero sucede que soy muy insegura. Y esa inseguridad me hace actuar así. Cualquiera podría decir equivocadamente que soy un tanto posesiva.

—No tienes apariencia de insegura.

—Es sólo un mecanismo de defensa, Esteban. A veces me siento como una pequeña niña huérfana.

Quedaron un momento en silencio, mirándose, tomados de las manos.

—Tienes las manos frías —dijo ella.

—Es que estuve en la cámara frigorífica.

—No. Ocurre que no piensas en mí. Las personas que tienen las manos frías es porque no piensan en los seres que tienen al lado.

Esteban parpadeó, impactado por lo estrafalario del aserto.

—Desconfías de mí —musitó, compungido.

—Es que pides mucho. Y aún no me has dado nada.

—¿Lo dices por el pedido que te hice con respecto a mi madre?

Amapola calló.

—¿Lo dices por eso? ¿Es que piensas echarme en cara esos dos millones de dólares que te he pedido sólo con fines humanitarios? —se ofuscó Esteban, advirtiéndole que la presión de la mano de ella se acentuaba en su mano derecha—. Olvídalo, Amapola. Olvida entonces que te los he pedido.

Quiso retirar su mano pero el apretón de ella era firme. Ambos tenían apoyados los codos de sus brazos derechos sobre el mantel, por lo que su posición semejava, paradójicamente, a la de dos contendientes a punto de iniciar una pulseada.

—No seas tonto, Esteban —suavizó el tono, Amapola—. Te he dicho que no puedo dártelos ahora. Debemos esperar que se resuelva lo de Itsván, lo que será

pronto.

—Pero desconfías de mí —continuaba fastidiado Esteban. Los brazos diestros de ambos permanecían tensos.

—Debes comprenderme —Amapola estiró una crujiente sonrisa dado que había advertido la presencia de un par de fotógrafos merodeando—. He conocido montones de hombres que se me acercaron atraídos sólo por mi fortuna. Aventureros despreciables.

—Ninguno de ellos te habrá solicitado dinero para costear una operación ocular para su madre.

—¡Esos no tenían madre! Pero, muchos de ellos —el esfuerzo resaltó las venas en el dorso de la mano derecha de Amapola— supieron darme algo.

Esteban transpiró. Era notorio que Amapola estaba tratando de vencer la verticalidad de su brazo. El muchacho galvanizó el empeño desde su hombro y vio cómo el cuello de ella se tensaba por el impulso, dificultando su voz.

—¿A qué te refieres cuando me dices eso? —logró articular Esteban, con los labios casi cerrados por la determinación titánica de no dar su brazo a torcer—. ¿Qué quieres insinuar cuando me dices eso?

Amapola trabó sus pies bajo la mesa, contra las patas de ésta, buscando un mayor afianzamiento de su postura. Gruesas gotas de transpiración surcaban su frente.

—Que ninguno de esos hombres —refunfuñó, tratando de no perder concentración—, hombres despreciables, reconozco, dejaron pasar tanto tiempo antes de complacerme. Antes de satisfacerme.

Esteban advirtió, atribulado, que iba perdiendo el combate. El dorso de su mano derecha estaba casi a punto de tocar el mantel blanco y le sorprendía la fuerza inaudita de aquella terrible mujer, cuya apariencia era la de una madura beldad frágil y espigada. Trató de no distraerse ante el relampagueo de *flashes* y las miradas curiosas desde las otras mesas, donde se cruzaban cuchicheos y apuestas.

—¿Satisfacerte? ¿Qué quieres decirme?

—Has rehuido los contactos físicos, Esteban. Eso es lo que quiero decirte.

—No es cierto, Amapola. Eso que dices no es cierto.

—¿Lo niegas? ¡Sé darme cuenta cuando un hombre me desea o no!

Esteban buscó energía en lo más recóndito de su ser. Su madre le había repetido una y mil veces que no se dejase avasallar por esa peligrosa mujer. Apretó los dientes y, con un esfuerzo mayúsculo, logró revertir la inclinación de su mano pasando a volcar la situación a su favor.

—Te deseo como el que más —masticó, furioso—. Pero tengo convicciones religiosas. Y te estoy preservando hasta después del compromiso.

—Si tratas de preservarme —bufó Amapola, tal vez consciente de la cercana derrota— has llegado tarde, mi querido.

—¡Tendrás lo tuyo! —rugió Esteban y con un último empuje, logró estrellar el dorso de la mano de ella contra el mantel.

Un murmullo admirado se elevó en el salón.

—Tendrás lo tuyo —repitió Esteban, más tranquilo.

—Así lo espero —logró sonreír Amapola, masajeando su muñeca dolorida.

—Pide la cuenta —ordenó Esteban. Aquel triunfo sobre Amapola había sido significativo. Su madre se hubiese sentido orgullosa de verlo, de haber estado en aquel lugar, y de haber tenido sus ojos en condiciones. Allí había quedado demostrado claramente quién llevaba la voz cantante en la pareja.

Unos minutos después, uno de los mozos se acercó con la cuenta discretamente plegada sobre una bandeja.

—Déjame pagar a mí —dijo Esteban. Amapola lo miró, asombrada.

—¿No tienes dos millones para tu madre... —infligió, sarcástica— y pretendes pagar esta cena?

—Estoy educado a la antigua usanza, Amapola. Cuando los hombres pagaban las cuentas de sus mujeres.

—Me asombras.

—No me humilles.

—Hazlo, entonces.

Esteban tomó la cuenta de manos de Amapola y se quedó aguardando. El mozo, que había sido testigo de la corta discusión, miraba a ambos, alternativamente.

—¿Qué pasa? —repreguntó Amapola al ver que Esteban no realizaba movimiento alguno.

—Amapola... —susurró el muchacho, inclinándose hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—Es obvio que yo no tengo dinero para pagar esta cuenta. Tú lo sabes. Lo que quiero decirte es que tú me pases, disimuladamente, el dinero, y yo se lo entrego al mozo. No quiero que sea tan evidente mi dependencia económica.

—Te doy la tarjeta.

—La tarjeta tiene tu nombre —se enfadó, siempre en voz baja, Esteban—. Sería muy notorio que no es mía. Dame efectivo.

Amapola buscó en su cartera, Esteban simuló saludar a alguien y cuando el mozo giró la vista hacia la supuesta saludada, Amapola deslizó un rollo de verdes billetes en la mano del joven. Esteban contó los billetes apresuradamente y los depositó entre los pliegues de la cuenta doblada. Luego hizo un gesto generoso hacia el mozo. Se habían ya levantado cuando volvió el mozo acompañado por el *maître*.

—Deberá usted disculparnos, señor —se dirigió el *maître* hacia Esteban, confuso—. Pero debe haber una equivocación. Nos ha dado usted billetes falsos.

Esteban sintió que sus mejillas enrojecían. Desde las mesas vecinas todo el mundo miraba sin mayor disimulo.

—¡No es posible! —optó por ofenderse—. ¿Qué está usted diciendo?

El *maître* le mostró uno de los billetes.

—Es más... —dijo—. Estos billetes tienen, en el reverso, impresa una publicidad

de una cadena de supermercados.

Esteban experimentó un temblequeo en las rodillas. Efectivamente, aquellos billetes mostraban en una de sus caras un anuncio publicitario.

—Oh... —sonrió Amapola aflojando el clima—. Esteban debe haberse confundido. Es muy disperso, como todo artista. Suele ocurrirle a menudo —y, ante la complacencia del *maître*, extrajo de su cartera la tarjeta de crédito. Era aquélla una tarjeta recamada en oro, que destelló en el salón como un cartel de neón, a punto tal, que el *maître* debió taparse los ojos por un momento.

Una hora después estaban en el parque de «La Gansada». Amapola se había negado a dejar a Esteban en casa de su madre aduciendo que deseaba tomar una última copa de *champagne* en la mansión. Pero, ahora, la limousine se hallaba estacionada en uno de los caminos laterales del acceso a la puerta principal de la casa, en un sitio apenas iluminado por uno de los focos a gas de mercurio y Berthold, al volante, fumaba pacientemente. El mismo chofer, a sugerencia de su ama, había colocado en el pasacasete una selección de música suave y percibía, pensativo, los sacudones irregulares que le llegaban desde el asiento de atrás. Apenas hubieron estacionado en el penumbroso sitio, también a instancias de Amapola, ésta había saltado sobre Esteban como una leona en celo, cubriéndolo de apasionados besos rebosantes de lascivia.

—No, Amapola, no... —procuró contenerla, Esteban—. Tuve una mala experiencia hace ya mucho, cuando también una muchacha me pidió que pasáramos al asiento de atrás...

—¿Qué te ocurrió? —se contuvo, a duras penas, ella.

—Era en una moto. Tuve, por meses, la cintura que...

Amapola no lo dejó continuar. Saltó de nuevo sobre él procurando desprenderle, con mano diestra, el cinturón. El forcejeo se hizo intenso y desesperado. Hubo un instante en que ambos quedaron tendidos sobre el asiento de atrás pero, pronto, la resistencia opuesta por Esteban hizo que ella acentuara sus impulsos y, a continuación, ambos cayeron hechos un confuso manojito de piernas, jadeos y brazos, sobre el piso del coche, en el espacio que media entre el respaldo del asiento delantero y el comienzo del asiento de atrás. Fue cuando Berthold, a la sazón con la vista perdida en las ondulaciones del escasamente ondulado parque, advirtió que tres sombras fantasmales se acercaban al coche. Estuvo tentado de avisar a su ama, pero la intensidad de las imprecaciones y gemidos que llegaban desde la parte trasera lo contuvo. Extendió su mano, entonces, hacia la guantera, donde se encontraba la pistola Browning, de 9 milímetros, pero antes de abrirla, se detuvo. Había reconocido, por el casco, la pesada figura del capitán Lemonade entre los hombres que se acercaban. Berthold oprimió el botón que abría el vidrio de su lado. El capitán se paró junto al coche e inclinándose, apoyó sus brazos en la abierta ventanilla, asomando su rostro de poblados bigotes. Sonrió a Berthold. Era evidente que no había reparado en la pareja que se debatía sofocadamente sobre el piso del sector

posterior del coche.

—Vi el fuego de su cigarrillo desde cincuenta metros, Berthold —dijo el capitán.

—¿Desea usted fumar? —inquirió el chofer, inadvertido.

—No es eso, Berthold —desestimó el capitán, paternal—. ¿Acaso no conoce los peligros de dejar fuego encendido en un bosque?

Berthold quitó el cigarrillo de su boca apresuradamente.

—Perdone, capitán, no lo había notado —dijo, en tanto lo apagaba en el cenicero del auto.

—¿Sabe usted cuál es el tamaño de una llamita, Berthold? —preguntó Lemonade.

—Así —gráfico Berthold.

—Así —empequeñeció aún más Lemonade—. Son endemoniadamente peligrosas. No hemos dormido desde que estamos aquí buscando día y noche, día y noche... —el capitán dejó de hablar y frunció el ceño. Escuchaba unos quejidos ahogados—. ¿Qué es eso?

—La música moderna, capitán —Berthold se apuró a señalar el pasacasete, aprovechando para elevar el volumen del sonido. El capitán retiró un tanto la cabeza que había procurado otear, sin fortuna por el impedimento del casco, dentro del coche.

—Bueno, amigo —palmeó el brazo del chofer—. Si quiere fumar... espere a viajar fuera del país —se irguió—. Ahora, yo seguiré con mis hombres en esta vigilia procurando detectar cualquier amenaza de fuego. Es mi deber.

Los dos bomberos, que habían estado caminando en torno del coche, admirando lo estilizado de sus líneas, se unieron al capitán. Fue cuando desde el Mercedes escapó un resoplar más audible, una protesta varonil estentórea.

—¿Qué dijo? —se volvió Lemonade hacia Berthold, que ya estaba cerrando la ventanilla.

—Nada, nada —balbuceó Berthold. Pero, en ese momento, hubo otro gemido más intenso. Uno de los bomberos corrió hacia el auto y limpió con su mano enguantada uno de los empañados cristales traseros.

—¡Hay alguien allí! —gritó hacia Lemonade. Lemonade saltó hacia el auto y la emprendió a hachazos contra la puerta.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —chilló Berthold—. ¡No me explico cómo pueden haber entrado!

En un instante los bomberos abrieron la puerta y, con movimientos precisos y veloces, lograron sacar del auto esa maraña de extremidades y ropas en total confusión. Lo que no les resultó tan fácil fue despegar a uno del otro. Por último lograron hacerlo y se abocaron, entonces, con la ayuda de Berthold, a ponerlos de pie y acomodar las ropas de ambos, desordenadas y revueltas.

—¿Está usted bien? —encandiló Lemonade con una enorme linterna el rostro de Amapola, a pesar de que había suficiente luz.

—Sí, lo estoy. ¡Quíteme esa luz de la cara! —apartó con violencia la linterna

Amapola, aún jadeante.

—¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó el capitán, dirigiéndose a Berthold. Éste se encogió de hombros.

—Creo que nos desvanecemos —arguyó Esteban, tocándose los labios con una mano.

—Eso explicaría el golpe que tiene usted ahí —señaló Lemonade la venda sobre la frente del muchacho.

—Debo habérmelo hecho al caer sobre el piso del coche —dijo Esteban.

—¿Tenía usted el motor del auto encendido? —preguntó Lemonade a Berthold, señalándolo con la linterna.

Berthold pensó un momento la respuesta conveniente.

—Sí. Sí lo tenía.

Lemonade clavó la linterna a escasos centímetros de la cara del chofer.

—Cuando yo me apoyé en la puerta, mirando hacia adentro —fue filosa la voz de Lemonade— no me pareció que estuviese encendido. No percibí ninguna vibración.

—No se advierte ninguna vibración en estos coches —señaló el auto, Berthold—. Son como los Rolls Royce. Usted no podría oír el ronroneo del motor ni siquiera apoyando su oreja sobre el capot.

Uno de los bomberos aprobó con la cabeza, admirado.

—Eso lo explicaría todo —admitió el capitán—. Han sido víctimas del monóxido de carbono. ¿Estaban con las ventanillas cerradas?

—Sí. Se pone fresco a esta hora.

Lemonade meneó la cabeza, como quien se halla ante un chico imprudente.

—Han cometido ustedes una verdadera torpeza —exclamó—. Podían haber muerto de no mediar nuestra llegada providencial.

—Nos habíamos detenido a mirar el parque —explicó Esteban—. Amapola quería mostrarme el nuevo plantío de nipas y masapé. Berthold mantuvo el motor encendido porque pensábamos que no nos demoraríamos demasiado. Pero usted sabe que las conversaciones suelen prolongarse cuando uno habla de plantíos de nipas y masapé.

—Lo sé. Vaya si lo sé —acordó el capitán.

—Si usted nos disculpa —cortó Amapola, dirigiéndose hacia el coche—. No quisiéramos acostarnos demasiado tarde. Mañana debemos ir temprano a trabajar.

—Dichosos ustedes que pueden acostarse —sonrió Lemonade—. Nosotros debemos seguir con nuestra ronda de prevención.

Amapola hizo caso omiso de las palabras del capitán. Tras porfiar un momento con la puerta abollada a hachazos, se metió en la limousine, seguida por Esteban, quien saludó con un sobrio «buenas noches» a los bomberos.

El Mercedes se marchó. Lemonade lo miró alejarse, mordisqueando su labio inferior.

—Son soberbios —dijo amargamente—, torpes y soberbios. Y todavía pretenden

que nos marchemos, cuando, en corto tiempo hemos impedido ya dos o tres tragedias. Yo no pido que me elogien —terminó— pero, al menos, que me reconozcan ciertos méritos.

Y, a un gesto del capitán, los hombres continuaron con su patrulla.

Capítulo XIV

Un encuentro furtivo en los corrales de los cerdos

—Hoy nos iremos a la planta, Berthold.

Esteban de Montepío impartió la orden en tono quedo y el chofer lo atisbó brevemente por el espejo retrovisor.

—¿Prefiere usted dar un paseo, tal vez?

—No. Iremos a los criaderos. Si es preciso que me compenetre con el funcionamiento de la empresa, se hace imprescindible que lo conozca desde sus orígenes. Desde el lugar donde nacen y se desarrollan los cerdos.

—No es un lugar agradable —opinó Berthold, modificando el trayecto de la poderosa máquina alemana. Esteban no contestó, sólo giró la cabeza para cerciorarse de que nadie los siguiese.

—Escucha, Berthold —dijo luego—. Tú hace mucho que trabajas para los Vanderhoeven.

—Sí. Desde que me trajo el señor Itsván.

—¿Luego de aquel rally París-Dakar?

—Sí. El señor Itsván me propuso venir apenas nos conocimos. Él era un hombre impetuoso. Lo supe desde el mismo momento en que atropelló la tienda donde yo vivía, en Tambacounda.

—¿Te costó venir? ¿Dejaste muchos afectos allá?

—La familia que me había hospedado, más que nada. Gente de origen bereber que hablaba dialecto soninke y fulbé. Pero no fue tan terrible. Ellos ya habían muerto cuando me vine.

—¿Todos?

—Sí. Estaban dentro de la tienda, durmiendo, cuando Itsván la atropelló con su *jeep* carrozado. También murió otra persona, con la que yo mantenía una relación muy estrecha.

—Pero... tú... no eres senegalés.

—¿Cómo se dio cuenta?

—Eres rubio, de ojos claros. Se me antoja que no son así los senegaleses.

—¿Se fijó usted en mis ojos? Sí, son claros. Y yo soy belga. Llegué a Senegal para correr el rally. Soy conductor profesional.

—¿Cómo? ¿Competías en el mismo rally en el que participaba Itsván Vanderhoeven?

—No. En el del año anterior. Pero mi coche tuvo un serio desperfecto al estrellarme contra una palmera. La palmera es un árbol traicionero. Crece a gran

velocidad. No puede registrarse en las hojas de ruta. Uno nunca sabe por dónde van a aparecer o cuándo se trata de un espejismo o no. Poco después del choque pasó una moto de auxilio y me dijo que me conseguiría ayuda. Tras varios meses comprendí que ya no vendrían por mí. Esta familia de senegaleses me hospedó en su tienda, una tienda miserable. Eran los únicos que vivían por esa zona. El resto de la población se había ido alejando de la región, asolada por el hambre, las sequías y las carreras de autos, que las devastaban.

—Y... ¿conoces bien la mansión «La Gansada»? —la pregunta de Esteban fue cautelosa.

—Sí. Bastante.

—Dime... —Esteban adoptó un tono confidencial, inclinándose hacia adelante y apoyando sus brazos en el respaldo de Berthold— ...¿Quién es ese adolescente, rubio, de bigotes, levemente gordo, que suele andar armado? ¿Es alguien de la custodia? ¿Un detective privado?

—Es Sergio, el hermano menor de la señora Amapola.

—¿Amapola tiene un hermano menor? Nunca lo había mencionado.

—No es un tema que se toque mucho en esa casa. El chico no es normal.

—¿Qué le pasa?

—Tiene un retraso. Fue producto de un embarazo psicológico. Así le dijo el médico a la madre. Que lo de ella no era un embarazo real, sino sólo psicológico. La madre, entonces, nunca le dio demasiada importancia, tanto que el chico, me parece, no está ni siquiera anotado. Es como una alucinación colectiva. Eso no le hace nada bien al pobrecito. Creció en una suerte de vacío de afecto. Los primeros tiempos, en sus estudios, pareció ser un niño normal, pero ya en segundo grado, cuando el nivel de exigencia es mayor, evidenció serios retrasos.

—¿Como ser...?

—Llegaba muy tarde, por ejemplo. Hoy por hoy se trata de un muchacho robusto pero su psiquis está detenida en la infancia. Tiene el comportamiento de un niño de cinco años.

—Y... ¿cómo le permiten andar armado?

—¿Lo vio usted con un Smith & Wesson 38, Terrier, modelo 32?

—Pienso que sí.

—Conoce usted de armas. Es de juguete.

Esteban resopló y volvió a recostarse contra el asiento trasero. Pero, de inmediato tornó su aproximación hacia Berthold.

—Y dime, Berthold... ¿qué hay en ese cuarto del tercer piso? —moduló, cuidadoso—. ¿Esa suerte de buhardilla, cerrada herméticamente por una puerta amarilla?

Esteban notó que el cabello de la nuca del chofer, entre la gorra y el cuello de la camisa, se erizaba.

—Nada —negó enfáticamente Berthold—. No hay nada allí. No sé nada.

—Pero... —insistió Esteban—, algo habrás oído, algún comentario...

El coche pegó un par de bandazos y el volante pareció escapar al control del belga.

—¡Le digo que no sé nada! ¡No hay nada allí adentro! —hubo un atisbo histérico en la respuesta de Berthold que a poco estuvo de atropellar un camión.

—Cálmate, Berthold. Cálmate y conduce con cuidado —reclamó Esteban y puso su mano derecha sobre el hombro de Berthold. El conductor estaba tieso ahora en su puesto, fijos los ojos en la ruta. Esteban mantuvo allí su mano aguardando que se calmara y, cuando ya iba a retirarla, Berthold alejó su propia mano izquierda del volante y la depositó sobre la del muchacho.

—Es usted muy bueno conmigo —dijo el chofer. Esteban tragó saliva, sin atreverse a retirar la mano— y debo pedirle disculpas por no haberlo ayudado la otra noche.

—¿Cu... cuándo?

—Cuando la señora Vanderhoeven procuró abusar de usted dentro del auto. Yo me sentí tentado a intervenir pero...

—Ella no intentó abusar de mí. Lo que...

—... yo soy un simple empleado de la señora. Me hubiese despedido.

—No era eso. Se trataba, simplemente, de algo normal en cualquier pareja y...

—Yo sé lo que es no sentirse atraído por una mujer, Esteban, ¿me entiende? —La mano de Berthold sobre la de Esteban se tornó más pesada y húmeda.

—Es que no...

—Yo lo comprendo perfectamente. También para mí hubiese sido una situación muy violenta —prosiguió, ya lanzado, Berthold—. Cada uno es como es. Porque yo también... ¿Cómo decirle?

—¿Qué?... Oye, Berthold... ¿No puedes conducir con las dos manos? —habían estado a punto de atropellar a un ciclista—. ¿Tú qué?

—Yo... Creo haber sido explícito... No soy de aquellos que ven una mujer y...

—¿Y?

—Prefiero otro tipo de relación... —Berthold transpiraba—. Se lo comento porque tal vez usted algún día necesite alguien en quien confiar... Yo prefiero una persona que sea como yo... ¿Cómo decirle?... No confío en alguien que sea de un sexo extraño, diferente... me considero...

—¿Está usted tratando de decirme...?

—No lo interprete mal... No interprete mal mis palabras... Suelo ser más claro con mis gestos que con las palabras... Por ejemplo, esa relación que le mencioné, en Senegal... Bien... aquello era difícil, complicado, sinuoso, pero atrayente...

—¿El rally?

—¡No! La relación le digo... Por ejemplo... A mí tampoco me hubiese gustado que una mujer se me echase encima... Por eso comprendo su actitud... Creo que aquella noche sobraba Amapola. ¿Me explico? No sé si usted me entiende, Esteban...

—¿Quiere usted decir...? —Esteban lo señaló, atónito, con su dedo índice. La mano izquierda de Berthold volvió a dejar el volante y tomó el dedo extendido del muchacho.

—Sí... Pero no me malinterprete... El señor Itsván me comprendía perfectamente.

—¿Él también era...? —Esteban retiró el dedo, con más asombro que enojo.

—¿Chofer? No. Él sabía conducir, pero conducía sus propias máquinas...

—¡No! Te pregunto si él también era...

—¿Belga? No, el señor Itsván...

—¡No me entiendes!

—¡Sí lo entiendo, Esteban! —Berthold soltó definitivamente el volante y giró procurando tomar entre sus manos el rostro de Esteban, que saltó hacia atrás. El Mercedes torció el rumbo con violencia y las gomas chirriaron en forma aguda. Esteban pegó un alarido que se mezcló con el bocinazo estentóreo de un camión doble remolque que alcanzó por milímetros a esquivarlos. Berthold volvió a apresar el volante con la velocidad de un simio y controló el coche. Esteban se hallaba casi despatarrado en el asiento trasero, respirando agriadamente y se mantuvo así durante varios kilómetros.

—Comprendo lo que me has querido decir, Berthold —exhaló, finalmente, con voz pausada— te agradezco tu interés pero... no cuentes conmigo. No tengo tus mismos gustos.

Advirtió una sonrisa amarga en el rostro del chofer, a través del espejo.

—Hay diferencias sociales... ¿no es cierto? —dijo Berthold.

—¡No es eso! ¡Nada de eso! —se enojó Esteban.

—Siempre las diferencias sociales —pareció hablar consigo mismo el chofer—. Llegaré un día en que todo cambie. Habrá un nuevo orden en el mundo.

Esteban optó por callarse. Un fuerte olor acre y desagradable le indicaba que habían llegado al criadero.

Todavía algo confuso y molesto por el incidente con Berthold, Esteban había buscado un sitio medianamente limpio donde sentarse sin manchar su impecable traje blanco. Frente a él, María, enfundada en un mameluco gris, una gorra de trabajo raída sobre su cabeza, llenaba con marlos una bolsa de arpillera.

—Me siento ahogado, María. Sofocado —dijo Esteban, sacando un cigarrillo de su cigarrera.

—No me extraña. El olor, aquí, apesta —explicó María, frunciendo la nariz.

—No. No me refiero a esto. Me siento ahogado dentro del sofisticado mundo de Amapola. Es todo tan sucio, tan ruin, tan complejo... Aquí me siento bien —Esteban abarcó los chiqueros con un ademán—. La vida al aire libre, la gente sencilla...

—¿Le dice usted... —vaciló María, bajando la vista— Amapola, a la señora

Vanderhoeven?

—Es su nombre. Al menos, es lo que ella me ha contado.

—No lo digo por eso... Es que parece tener usted mucha confianza con ella...

—María... —Esteban estiró su mano procurando acariciar la mejilla ya lozana y recuperada de la joven—. Usted conoce bien la situación. No me lo haga tan difícil.

María asintió con la cabeza y siguió echando marlos dentro de la bolsa.

—Bastante tengo ya con el clima rarificado que se vive en esa casa —se puso de pie, Esteban—. La hermana de Amapola... de la señora Vanderhoeven... con sus permanentes intentos de suicidio... Sergio, el otro hermano, oculto, subnormal... Esa habitación sellada a cal y canto... Aquí todo es más noble, más limpio... —Esteban metió un pie en un charco y lo retiró mascullando.

—Usted dice eso pero... —comenzó a cerrar la bolsa, María—... no hace nada por escapar de allí. Se queja, sí, pero acepta esa situación...

—¡María, por favor! Lo hago por mi madre. Mi actitud es vil y miserable, lo admito. Estoy especulando con los sentimientos de un montón de gente, con los de usted, incluso, y es lo que más lamento... Pero sólo lo hago obligado por la cruel realidad. Necesito casarme con Amapola Vanderhoeven para conseguir ese dinero, María.

La muchacha giró velozmente la cabeza, rehuendo mirar a Esteban, como si hubiese recibido una cachetada.

—Lo sé, María... —dijo, compungido, Esteban— soy un gusano. No valgo más que ninguno de estos cerdos que nos rodean. ¡Este sería mi lugar, rodeado de podredumbre!

—No es tan despreciable —pareció ofenderse, María—. Mis jefes decidieron cambiarme aquí, quizás pensando que me castigaban por mi descuido al caer dentro del tanque del ácido. Pero me han hecho un favor...

—No quise decir eso, María... Yo...

—Prefiero este lugar, a la cadena de montaje de la fábrica y al trato de algunos de mis compañeros. Aquí trabaja muy poca gente, es tranquilo...

—La mandaron aquí para que yo no volviese a verla. Y para degradarla.

—No son tan duros conmigo. Me han dado un uniforme nuevo. Estos guantes... —María tocó la punta de unos guantes de cuero que asomaban por uno de sus abultados bolsillos—... para protegerme las manos.

—¿Por qué no los usa?

—Me gusta apreciar la textura de las cosas —sonreía la muchacha, dulcemente. Se agachó, recogiendo una mazorca de maíz caída—. Tocarlas. Sentir con el tacto los relieves —fue deslizado sus dedos sobre la mazorca— estas protuberancias...

Esteban tragó saliva.

—La Naturaleza, en suma —arrojó la mazorca al suelo, María— la belleza de lo natural...

Esteban la miró, absorto. María, con un movimiento grácil, pese al esfuerzo, se

cargó la pesada bolsa a las espaldas quedando doblada bajo su peso. Comenzó a caminar hacia la salida del establo. Esteban la acompañó con las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Escribe poesía? —preguntó.

—A veces —confió ella, con la voz aflautada por el esfuerzo.

—¿Me la mostrará algún día?

—Nunca... Es algo que pertenece a lo más privado mi ser. Me moriría de vergüenza. No lo haría nunca.

—No quiero parecer insistente. Es que me gustaría desentrañar los ocultos aspectos de su personalidad fascinante...

—Jamás se las mostraré a nadie.

Siguieron caminando en silencio. Salieron del establo.

—Pero se las puedo recitar... —dijo María—. Hay una que se llama «*Junto al mar*». Relata un encuentro con una sirena. Es así...

—¡Oh, no, María! —se sobresaltó Esteban, deteniéndose, en el momento en que ella, con un resoplar enérgico, dejaba la bolsa en el suelo—. Me muero por escucharla... pero no puedo quedarme demasiado —miró el suelo—. Es increíble cómo vuela el tiempo a su lado, María. Debo marcharme.

María pareció desolada.

—¿Ya se va?

—Me esperan.

—¿Ella?

Esteban la tomó de las manos. María transpiraba por el esfuerzo que le había insumido cargar la bolsa. El sol del mediodía brillaba deslumbrante sobre la pareja.

—María —musitó Esteban—, mi compromiso con Amapola será sólo una parodia de mi parte. Apenas me haga de ese dinero, huiré con usted y con mi madre hacia Japón. Luego que ella haya recobrado la vista, nosotros nos iremos a alguna isla del Pacífico, a vivir lejos de este infierno.

—¿Con qué dinero? La operación de su madre se llevará íntegramente la suma que Amapola le entregue.

El rostro de Esteban se ensombreció.

—Lo he estado pensando, María... Tal vez podamos operarla de uno solo de los ojos. De esa forma, ella no estaría impedida de ver y nos quedaría un millón de dólares para nuestro futuro. Viviríamos bien con eso. Usted no tendría que vestir ya estas ropas. Yo podría comprarme una limousine, ¡María...! —se entusiasmó Esteban — ¡Deberá usted habituarse a lucir vestidos caros, a relacionarse con gente de verdadero nivel, a dominar idiomas...!

—¡Me han llamado de la dirección! —acompañó ella en el entusiasmo, con los ojos brillantes—. ¡Alguien me ha dicho que quieren ascenderme! ¡Tal vez llegue a manejar el chiquero!

—Se ve usted maravillosa, María —Esteban deslizó las yemas de sus dedos por

las mejillas de ella—. Su piel ya no tiene rastros de la operación.

María cerró los ojos y su respiración se hizo pesada. Esteban retiró de pronto su mano del rostro de ella.

—No piense que intento propasarme —advirtió Esteban—. Yo la respeto, María, pese a su condición de humilde obrera de una curtiembre. Sería incapaz de tocarle un cabello antes de que lo nuestro se formalice. Soy un creyente convencido.

María se apartó de él, suavemente.

—No creo que se comporte igual con la señora Vanderhoeven —musitó, con rencor no disimulado.

—¡Se equivoca usted! —juró Esteban—. Confieso que ella ha intentado un par de locuras. Aproximaciones equívocas producto del alcohol, pero yo he sabido contenerla.

—Perdóneme, Esteban. Pero no puedo creerle.

—Le diré algo que ningún hombre le confiaría, María... —Esteban volvió a tomarla de una de las manos—. Temo que Amapola me abandone si logra algo de mí antes del matrimonio. Temo que ella, saciado ya su deseo, hastiada en su placer, me deje de lado como a un trasto inútil. Usted no puede saberlo, María, pero el atractivo físico nos hace ver cosas, virtudes, que luego, satisfecho el apetito carnal, desaparecen.

María lo miró.

—Entonces... ¿Tanto desea usted casarse con ella?

—¡María! ¿Cómo puedo explicárselo? ¡Es sólo para obtener esos dos millones de dólares que rescatarán a mi madre de la ceguera! ¡Es sólo por ese dinero que nos hará felices a los cuatro, mi madre, usted y yo y el doctor japonés!

La muchacha apoyó su cabeza sobre el pecho amplio de Esteban. Éste depositó sus labios sobre los cabellos de ella.

—Es maravilloso poder verla así —murmuró Esteban— sin esa odiosa bolsa sobre la cabeza.

—Yo también la detestaba.

—Poder apreciar sus ojos, su boca, sus pómulos, sus cabellos...

El momento era mágico.

—María... sus cabellos...

—Sí...

—¡María!

—¿Qué pasa?

—¡Sus cabellos! —Esteban la apartó un tanto—. ¡Sus cabellos despiden humo!

De repente, como si alguien hubiese echado un fósforo encendido sobre un manojo de paja seca, una llamarada brotó de la cabeza de ella. María gritó. Todo fue muy rápido. Esteban se quitó en un segundo su saco y cubrió con él la cabeza de la muchacha, con el cabello preso de las llamas. Mantuvo así su costosa prenda, ajustada sobre la cabeza y hombros de ella, en tanto los envolvía un humo

blanquecino. Dentro del espanto que le provocara el inusual suceso, otra alternativa sacudió a Esteban: a unos cincuenta metros desde la entrada principal, vio acercarse a Berthold, atraído sin duda por la demora.

—¡Es mi maldito pelo! —escuchó sollozar Esteban a la muchacha desde abajo del saco—. ¡Es una verdadera estopa! ¡Apenas recibe un poco de sol se enciende como yesca!

Berthold ya estaba próximo a ellos y, a pesar de que parecía acercarse dispuesto a decir algo, calló al observar lo extraño de la situación. Esteban no estaba dispuesto a descubrir a la muchacha.

—Son esos malditos años trabajando en la curtiembre —continuó María, desde su forzado refugio—. Utilizan compuestos químicos que arruinan la salud de los operarios.

—Está usted bien, señorita —dijo Esteban procurando no revelar, ante Berthold, la verdadera identidad de María—. Todo no pasó de un susto.

—Esteban... —sonó angustiada la voz de ella bajo el saco— ¿qué pasa con usted?

—Debo irme —soltó su abrazo Esteban, dejando el saco cubriendo la cabeza de ella—. Ya es tarde. Ha venido a buscarme el chofer.

Esteban comenzó a alejarse hacia la entrada principal. Berthold no lo siguió. Señaló el saco, que aún tapaba la parte superior del torso de María.

—¿Deja usted su saco? —preguntó.

—¿Qué saco? —se detuvo, confuso, Esteban—. Ah, sí... Es cierto. Déjalo. Se ha quemado un poco.

—Es una pena. Es una prenda costosa —insistió Berthold apreciando un agujero del tamaño de un puño que el saco mostraba en la espalda.

—Compraré otra. Tengo suficiente dinero para eso —urgió Esteban, procurando retomar su rumbo.

—Déjeme que se lo lleve —uniendo la acción a lo dicho, Berthold descubrió el rostro de María. Al verla se sobresaltó. Su cuero cabelludo humeaba y densas columnas de humo blanco escapaban de los manchones de piel donde el cabello se había incinerado. María, como en cámara lenta, paseó su mano derecha sobre su cabeza. Había lágrimas en sus ojos. Esteban, decidido, quitó el saco de las manos de Berthold y, luego, ambos hombres se marcharon hacia el auto.

El trayecto de regreso a «La Gansada» lo hicieron en completo silencio.

Capítulo XV

Esteban ofrece su pecho a las balas

Al llegar esa noche Esteban de Montepío a «La Gansada», la mansión ofrecía un aspecto casi de fiesta. La oscuridad del cielo y los pesados nubarrones que presagiaban una tormenta formidable no lograban ensombrecer las luces que despedían las ventanas de la finca, iluminadas en su totalidad.

Esteban se hallaba con su madre cuando recibió el llamado de Amapola, a través de su intercomunicador personal. A Esteban no le complacía demasiado el uso permanente de ese adminículo, pero Amapola había insistido en que lo llevara siempre consigo, a los fines de mantenerse contactados.

La precariedad de la visión de su madre angustiaba a Esteban ya que, cada vez con mayor frecuencia, la anciana caía por las escaleras del sótano o tropezaba con los muebles. Por otra parte, la decisión de Esteban de cambiar permanentemente los muebles de lugar, en procura de una más armónica disposición, conspiraba contra la estabilidad de su madre quien, día a día, hallaba nuevos obstáculos a su paso. Esteban argumentaba frente a los lamentos y quejas de su progenitora, que debían conseguir una decoración más elegante para la sencilla casa ya que Amapola podía hacerse presente en cualquier momento y el contraste con la suntuosa finca «La Gansada» podría impactarla malamente.

—Esteban —se le acercó exultante Amapola apenas el muchacho hizo su entrada en el *living* espacioso—. ¡Al fin has llegado! ¡Tengo algo muy importante para contarte!

Esteban besó a Amapola en la mejilla y paseó su mirada por el salón. Sentada en uno de los amplios sillones, algo distante, se hallaba Irene. En otro sillón, como abstraído, luciendo un particular sombrero tipo rancho, blanco, de telgopor, estaba Sergio. Algunos sirvientes traían y llevaban bandejas con bocadillos y una media docena de operadores y consejeros políticos de Amapola completaban la escena.

—¡Se ha solucionado todo lo referente a Itsván! —le dijo Amapola a Esteban alisándole una de las solapas del saco—. ¡Ya no existen trabas para que podamos casarnos!

Los ojos de Esteban se humedecieron.

—La gente del seguro se ha cansado de buscar estúpidas excusas para no pagarme —continuó Amapola, constatando la eficacia del rasurado en la barbilla de Esteban.

—Mi madre...

—Sí... Yo también dije lo mismo cuando me avisaron. Esperaba la noticia, pero no pude dejar de asombrarme... No obstante, estoy...

—Mi madre podrá ver, entonces...

—... preparada para afrontar el futuro, Esteban. Ven —Amapola tomó de un brazo al muchacho y lo condujo hacia una mesa baja, rebosante de copas—. He decidido brindar junto a los que me rodean. Quiero que sea todo alegría.

—No le veo muy buena cara a tu hermana Irene, sin embargo —susurró Esteban al oído de Amapola. Sin soltarlo del brazo, ésta lo alejó hacia una de las ventanas. Vibrantes relámpagos anunciaban la tormenta.

—Está muy deprimida —dijo Amapola—. De algún modo organicé este pequeño ágape procurando levantarle el ánimo. Las tormentas, por otra parte, la ponen peor aún.

Por la memoria de Esteban pasó la imagen de la noche en que Irene había procurado matarse en la bañera ingiriendo barbitúricos. También había sido una noche borrascosa.

—Podríamos cerrar las ventanas, al menos —sugirió Esteban, pero su gesto demostrativo quedó trunco. Las cortinas brillaban por su ausencia—. ¿Qué se ha hecho de las cortinas?

La bella cara de Amapola se contrajo.

—El imbécil de Lemonade ordenó quitarlas —dijo—. Aduce que son de fácil combustión. Que, cualquiera, sin quererlo, puede prenderles fuego con un cigarrillo.

—Amapola... —Esteban se mostró sorprendido—. Lemonade... ¿lo ordenó?

—No pienses que le estoy concediendo demasiadas atribuciones. Es que deseo mantenerlo satisfecho, simplemente. Ya hablaré con el senador Osvaldo García Conde para que lo encarrile. En tanto, los hombres de Lemonade me están ayudando bastante en mi campaña. Son disciplinados. Y mis sirvientes, puedo decirte que nunca han sido más educados ni cuidadosos que desde que está el capitán y los suyos.

—Pero... Amapola...

—No te inquietes. Apenas haya yo conseguido lo que deseo, echaré a la calle a Lemonade y su gente. Es un hombre muy primario. No tiene nada debajo de ese ridículo casco.

Un trueno estremeció la casa, arrancando un ulular entre divertido y temeroso de los concurrentes. Amapola miró a Irene.

—Era una noche así, la de Lieja... —musitó, como para sí...

—¿Cómo?

—Nada —Amapola volvió a tomar al joven del brazo y lo condujo, lentamente, hacia la mesa donde dos sirvientes se hallaban invitando con *champagne*—. Deberemos vigilar a Irene. Anteayer intentó nuevamente matarse.

—¡Otra vez! —se alarmó Esteban.

—Su peso la tiene muy deprimida. Dijo que estaba muy gorda. Intentó colgarse de una soga desde la galería del segundo piso.

—¿Y?

—La soga no resistió su peso. Esa evidencia la puso peor.

—Me sorprende, también, ver a tu hermano menor.

Sergio se había puesto de pie. Lucía garboso, enfundado en un impecable traje oscuro. Cada tanto, inflaba sus carrillos y luego expulsaba el aire, lentamente.

—Pobre Sergio... —masculló Amapola.

—No podría decirse de él que padece de infantilismo, viéndolo así. A no ser por ese ridículo rancho blanco de telgopor.

—¡Esteban! —aulló Amapola, en uno de aquellos estallidos de furia que la hacían tan temible—. ¡Ese es el sombrero que usarán mis hombres en la campaña! ¡Son bonitos y es una buena manera de identificarnos!

Ante los gritos de Amapola, varios de sus consejeros políticos se acercaron sonriendo.

—Esos sombreros llevarán, asimismo... —informó a Esteban Jerry De Lía, el director creativo—... una cinta ancha con nuestros colores distintivos.

—Y habrá muchachas y muchachos con camisetas con frases alusivas impresas —dijo otro publicitario, desconocido para Esteban.

—Recuerda que, además de anunciar nuestro compromiso —se había suavizado nuevamente Amapola— lanzamos, simultáneamente, mi campaña política.

—Las frases en las camisetas dirán... —escribió en el aire Jerry De Lía— «Amapola no está sola».

—Eso... —dudó Esteban—. ¿Será para la boda o para la campaña?

Todos rieron, dejando más confundido a Esteban. Amapola batió palmas, anunciando que estaban listas las copas para brindar. En medio del revuelo general, levantó su copa y pidió silencio con la mano, para improvisar unas palabras. Pero, de pronto, su rostro se ensombreció y sus ojos se clavaron más allá, a espaldas de los presentes, sobre la ancha puerta de entrada al salón. Se hizo silencio y todos se volvieron hacia allí, curiosos. En el marco de la puerta había aparecido la figura elevada del capitán Lemonade, cubierto por su capote encerado, chorreando agua.

—Llueve —dijo, quitándose la capa con movimientos ampulosos.

—¿Qué desea? —preguntó Amapola, aún con la copa en alto y, al parecer, procurando mantener inmóvil en la puerta al recién llegado, con el tono hostil de sus palabras.

—Caramba —el capitán paseó sus ojos penetrantes por la escena—. Creo que he llegado en un buen momento. ¿Qué estamos celebrando?

—Yo... estoy celebrando... —recalcó Amapola—... rodeada por un pequeño círculo de amigos íntimos, algo muy especial que no deseo compartir con cualquiera.

—No se inquiete —sonó irónico el tono del capitán Lemonade—. No soy afecto a las bebidas alcohólicas. Es otra cosa lo que me trae por aquí...

Dicho esto, el capitán elevó su nariz y olfateó el aire como un perro sabueso. Repitió la operación varias veces, en tanto se acercaba hacia el grupo. Sus aspiraciones se hicieron más breves y profundas a medida que se aproximaba bajo las miradas entre curiosas y espantadas. El capitán llegó prácticamente junto a Esteban y, con un movimiento veloz, casi un zarpazo, lo tomó del cuello.

—Algo huele a quemado aquí, señor De Montepío —le musitó al oído, pero en forma audible para el resto de los presentes. De un rudo enviñón, hizo girar al muchacho, quedando a la vista general, en la espalda de su saco, un oscuro agujero de bordes chamuscados, de unos diez centímetros de diámetro.

—Se me cayó una brasa del cigarrillo —dijo Esteban, palideciendo.

—Y... —inquirió Lemonade—. ¿Cómo hizo esa brasa para caérsele allí? ¿Es usted contorsionista, señor De Montepío?

—Me quedé dormido... —arguyó Esteban, congratulándose de que hubiese acudido a su mente una de sus habituales mentiras—... y me había cubierto con el saco. Estaba fresco y me puse el saco sobre el pecho.

—De todas maneras —Lemonade se desinteresó por Esteban y pareció hablar para el resto del grupo— no me importa de qué forma quemó usted su saco. Fíjese que ni siquiera me interesa averiguar qué clase de cigarros fuma usted, que producen una quemadura de casi doce centímetros de diámetro... ¡Si desde La Habana le envían esos cigarros, no me extrañaría que fuese una nueva forma de terrorismo! —se solazó el capitán por su humorada—. Pero... lo único importante es comprobar, una vez más, lo peligroso del uso de ciertas ropas en relación con la causa de los incendios. ¡Y ya se lo advertí a usted —Lemonade señaló teatralmente a Amapola—, mi querida señora, en ocasión del siniestro que terminó con su vestuario! Deben emplearse nuevas telas en la confección de modelos. El amianto, por ejemplo, que no tendrá ni la tersura ni la caída del *broderie*, pero que es insensible a las tentaciones del fuego. Las pieles, por ejemplo...

—Capitán... —lo cortó Jerry De Lía, advirtiéndole que Amapola estaba lo suficientemente lívida de furia como para hablar—... le ruego que deje para después sus instrucciones sobre prevención de incendios. Estamos celebrando...

—Después ya es muy tarde —no se resignó Lemonade.

—... y deseamos festejar. Tome usted una copa y únase al brindis.

El capitán aceptó. Se suscitaron, entonces, una serie de cortas e informales conversaciones hasta que Amapola, otra vez, solicitó silencio. Un amplio círculo se formó en torno suyo.

—Hoy... —comenzó Amapola, con tono ameno cuando se hubo logrado el silencio—... quiero agradecerles a muchos de ustedes... A ti, Jerry —buscó con la vista a su jefe de publicidad— a ti, Esteban... —le arrojó un beso con la mano libre lo que provocó las sonrisas y bromas de los demás—... que pronto serás de la familia... A mi familia... Sergio... —giró buscando, hasta localizar al adolescente que continuaba inflando los carrillos—... a ti, Irene... ¿Dónde estás, Irene? —buscó con sus ojos a su hermana y, sorpresivamente, hubo pánico en la mirada de Amapola. Aspiró profundamente y la copa estalló ante la presión de su mano. Todos giraron sus cabezas hacia donde se hallaba clavada la mirada de Amapola y la vieron: Irene, de pie sobre un sillón algo separado del grupo, se introducía en la boca el oscuro caño de un revólver al que sostenía con ambas manos.

—¡Quietos! ¡Quietos todos! —rugió Lemonade— ¡Nadie se le acerque!

Era vana la orden. El grupo parecía paralizado y nadie había intentado moverse de su sitio, inmovilizados por el terror. Un trueno restalló con la fuerza de una salva de artillería.

—¡Irene! —imploró Amapola, recobrando en parte su ánimo. Irene, sin dejar de sostener el revólver con su mano izquierda, agitó la derecha hacia Amapola e intentó una frase explicatoria. Sin embargo, el peso del caño sobre su lengua generó una retahíla de sonidos irreconocibles.

—¿Cómo? —jadeó Amapola—. ¿Qué dices?

—¡Dice que nos acerquemos! —avisó alguien.

—¡Dice que nos mantengamos tranquilos! —arriesgó otro.

—¡Me parece que pretende explicar algo relacionado con la tormenta! —pudo argumentar un tercero.

—¿Qué quieres decirme? —apremió Amapola, intentando adelantarse. La jerigonza de Irene creció de volumen y sus gestos con la mano fueron más enérgicos.

—¡Nos advierte que el revólver está cargado!

—¡Aduce que el *champagne* no está a su correcta temperatura!

—¡Insiste en que no nos acerquemos!

—¡Quiere recitar algo!

—¡Pide que le mandemos un intérprete!

Irene continuaba desgranando una serie de sonidos ahogados.

—¡Explicate, Irene! —se enojó Amapola—. ¿Es que, acaso, no has aprendido a hablar? ¡Pareces Sergio!

Esteban buscó con la vista al menor de los hermanos. Lo detectó más atrás, con ambas manos sobre el rostro, como quien desea taparse los ojos pero no se anima. Había lágrimas sobre sus mejillas.

—¡Quítate ese revólver de la boca! —gritó, entonces, Esteban, saliendo de su mutismo—. ¡No podemos entenderte así!

Para sorpresa general, Irene aceptó la sugerencia de Esteban, lo que provocó miradas de admiración de los demás hacia él. El muchacho, animado, se adelantó un par de pasos hacia Irene, seguido de cerca por Lemonade, que no deseaba perder el papel protagónico.

—¡Quietos! —tronó la desdichada obesa—. ¡Quietos o me mato! —Irene mantenía el caño del revólver apuntando a su boca.

—Oye... Irene... —Esteban, bañado en sudor, arriesgó otro paso hacia la torturada hermana de Amapola—... acá está el doctor Etienne Rocheteau... Tal vez pudieras hablar con él...

Metros más atrás, el doctor Rocheteau, quien había mantenido una actitud prudente hasta ese momento, comenzaba a ganar espacio entre el grupo.

—¡No te acerques, Esteban, o me mato! —rugió Irene, y el dedo pulgar de su mano izquierda echó hacia atrás el percutor del arma. Hubo un estremecimiento de

espanto en el grupo—. ¡No intentes nada, sucio cazador de fortunas!

Esteban se sintió golpeado. Procuró una sonrisa torva.

—Irene... —pidió.

—¡Ni me hables, miserable trepador! ¿Crees que no sé reconocer a un oportunista como tú, que sólo buscas el dinero de mi familia? ¿Piensas que no me he dado cuenta de que eres tan sólo un ambicioso ladrón que busca un casamiento afortunado para hacerse de dinero? ¿Supones que somos tan estúpidos como para no descubrir a los aventureros de tu calaña?

—Oye, Irene... —Esteban dejó caer sus brazos sin abandonar la posición de desafío—. Pégate un tiro, y acaba con esto...

—¡Un muerto de hambre como tú, que te aprovechas de la necesidad sexual de una enferma como Amapola, capaz de arrastrar por el fango su reputación de mujer con tal de retozar como una yegua junto a alguien quince años más joven que ella!

—¡Pégate un tiro, Irene! —tronó Esteban—. ¡Pégatelo, si te atreves y termina con esta extorsión permanente! ¡No tienes valor para matarte, muchacha, lo tuyo es todo una mentira!

—¡Te aprovechas de una menopáusica como mi hermana!

—¡Mátate, Irene! —la que se desgañitaba, ahora, era Amapola—. ¡Vuélate la cabeza de una buena vez, cerda mentirosa!

—¡Quieres mantenernos a todos en ascuas con tus amenazas! —continuó Esteban—. ¡Pero jamás serías capaz de tocarte un pelo de tus cabellos!

—¡Eres un muñeco en manos de mi hermana, miserable trepador! ¡Tú y esos babosos obsecuentes que la rodean!

—¡Mátate, Irene! —gritaron, esta vez todos a coro—. ¡Mátate de una buena vez!

—¡No te acerques! —el revólver, en la mano de Irene, giró hacia la posición de Esteban, que había amagado adelantarse—. ¡No te acerques o me darás la enorme satisfacción de alojarte un plomo en el cerebro!

—¿Has visto? —sonrió, dominando la situación, Esteban—. ¿Has visto cómo no eres capaz de matarte? ¿Has visto que no eres sino una torpe simuladora que pretende extorsionarnos con sus histerias?

—¡Pero sí puedo dispararte sin contemplaciones, basura! —el revólver, con su prolongado caño acerado apuntando a la cabeza de Esteban, no temblaba.

—¡Dispara! —ofreció Esteban, abriendo la pechera de su camisa, como tantas veces lo había visto hacer en películas soviéticas—. ¡Puedes disparar si lo deseas!

Un murmullo de temor y admiración se elevó del grupo. Un nuevo trueno aumentó el dramatismo del momento. Irene tragó saliva y los nudillos de su mano derecha blanquearon sobre la empuñadura del arma.

—Dispara —volvió a reclamar Esteban, con increíble prestancia—. Estoy esperando —apoyó los puños en su cintura y echó la cabeza hacia atrás, sacudiendo el cabello largo. Se hizo un silencio que pareció durar siglos. Esteban levantó una de sus manos y señaló a Irene—. ¿Sabes por qué no disparas? ¿Sabes por qué no

disparas, como no disparaste tampoco contra ti misma? ¿Sabes por qué?

Hubo una nueva pausa de silencio que prolongó el suspenso.

—¡Porque esta vez has llevado demasiado lejos tu simulación, Irene! —gritó Esteban—. ¡Y lo comprendí con claridad meridiana cuando vi llanto en los ojos de tu hermano Sergio! ¡Ese revólver con que me amenazas es de tu hermano! ¡Ese revólver es de juguete, Irene!

Un ulular de asombro cubrió, incluso, el sonido tamborileante de la intensa lluvia sobre los cristales.

—¡Terminemos ya con esta farsa, Irene! —concluyó Esteban, triunfal, avanzando a grandes pasos hacia la hermana de Amapola. Fue cuando ésta apretó el gatillo. El estampido del balazo sacudió el salón y hubo un aullido sofocado. Esteban, helado, llevó sus manos hacia la frente, donde un raspón sangriento revelaba el roce del plomo. A sus espaldas, entre gritos e imprecaciones, el resto de los presentes procuraba auxiliar al doctor Rocheteau, que había caído como fulminado por un rayo.

—¡Lo mató! —gritaba Amapola—. ¡Ha matado al doctor Rocheteau!

El balazo había perforado la frente del facultativo francés y no tenía orificio de salida.

—¡Atrápenla! ¡No la dejen salir! —reaccionó el capitán Lemonade, pero Irene, sin soltar el arma humeante, de un salto por sobre el respaldar del sillón, emprendió la huida. Sus 150 kilos dieron de lleno contra los cristales de una de las puertas e Irene se perdió en el parque, en la negrura de la noche tempestuosa. Esteban también había emprendido carrera, pero en otro sentido. Trémulo, palpándose incrédulo la frente lastimada, corría ahora por los pasillos de la mansión, sin rumbo cierto.

—¡Enciendan las luces del parque! —ordenó Amapola a sus sirvientes—. ¡Debemos detener a mi hermana, puede cometer una locura!

En desordenado tropel, todos salieron de la casa, donde las rachas de viento les azotaron los rostros con la lluvia.

Hubo un trueno más sonoro que los demás y, de pronto, las luces de la mansión y el parque se apagaron.

—¡Un corte! ¡Un corte de luz!

El viento inclinaba las palmeras como si fuesen de goma. El capitán Lemonade extrajo de entre sus ropas una voluminosa linterna, la encendió y luego, soplando como un enloquecido con el silbato reglamentario, convocó a sus hombres. Pronto, corriendo entre las sombras, emergiendo entre las tinieblas, relucientes sus cascos bajo los relámpagos, los bomberos rodearon a su jefe.

—¡Los demás vuelvan a la casa! —ordenó Lemonade a los civiles—. ¡Quiero aquí solamente a mis hombres! ¡Esa mujer está armada y sabe tirar!

Amapola, empapada, enronquecida de tanto llamar a su hermana, se acercó al capitán.

—¡Debemos hallarla de inmediato, capitán! —le gritó al oído en medio de la tempestad—. ¡Temo que procure ahogarse en la piscina!

—¡No interfiera nuestro trabajo, señora!

—¡Soy la hermana, capitán, debe recordarlo!

—¡Desplegarse en semicírculo! —ordenó Lemonade a sus hombres, convencido, al parecer, por el argumento fraternal de Amapola—. ¡No quiero menos de diez metros entre un hombre y otro! ¡No quiero que nadie fume! ¡Traigan más luces y equipos de rescate!

Amapola se enjugó el agua de la frente, tirando hacia atrás su cabello mojado. Fue allí, al echar hacia atrás la cabeza cuando, a la luz de un relámpago, la vio.

—¡Irene! —gritó, atrayendo la atención general—. ¡Allá!

Todos miraron hacia lo alto de la casa, hacia donde miraba, aterrada, Amapola. Los relámpagos, casi ininterrumpidos, les permitieron verla. Irene, fantasmal con su vestido blanco al viento, se hallaba en el vértice más alto del techo a dos aguas, agarrada firmemente al pararrayos.

—¡Quiere electrocutarse! —gimoteó Amapola, provocando un estallido de espanto entre quienes la rodeaban.

—¡El primer rayo que caiga la reduce a cenizas! —gritó De Lía. Como certificando lo dicho por el publicitario, una víbora eléctrica acompañada de un bramido estremecedor cruzó el cielo verticalmente, lejos, en el horizonte.

—¡Las escaleras! —solicitó Lemonade—. ¡Traigan las escaleras! ¿Dónde están las escaleras?

Pero, cuando ya los bomberos corrían presurosos en distintas direcciones buscando las escaleras reclamadas, una nueva figura espectral hizo su aparición en el techo, surgiendo de una mansarda, una puerta-ventana, a pocos metros de Irene.

—¡Esteban! —reconoció Amapola, con estupor. Esteban, en efecto, mareado, aturdido y atemorizado por la cercana presencia de la muerte que había silbado junto a su parietal derecho, había deambulado por pasillos y escaleras oscuras, hasta dar con aquella última y pequeña salida, ignorante de que se trataba del acceso al inclinado techo de chapa. El sorpresivo viento huracanado, el fresco de las ráfagas de lluvia sobre la cara, los gritos desgarradores que le llegaban desde abajo, las luces que corrían a diestra y siniestra sobre el parque y la figura esperpéntica de Irene, aferrada al pararrayos a pocos metros de él, lo despejaron.

—Irene... —comenzó a silabear, perplejo, al mismo tiempo que la hermana de Amapola lo descubría. El piso, inclinado, pareció desaparecer bajo los pies de Esteban y resbaló. No tuvo casi tiempo de asustarse ya que su entrepierna golpeó contra un caño de ventilación que sobresalía en la línea misma donde el techo se convertía en abismo, lo que impidió su caída definitiva. Sentado sobre el mojado techo de chapa, con los pies colgantes en el vacío a ambos lados del descendente tubo metálico, Esteban se curvó de dolor ante el fuerte golpe en los testículos, quedando abrazado al caño. De reojo, vio cómo Irene intentaba acercarse a él, con ojos alucinados, pero sin animarse aún a soltar el pararrayos. Finalmente, y siempre entre los gritos horrorizados que llegaban desde abajo, Irene se dejó caer de rodillas y

comenzó a gatear en dirección a Esteban, procurando no resbalar hacia el vacío. Apenas la obesa mujer se hubo soltado del pararrayos, un serpenteo eléctrico de restallante luz rasgó el aire con un crujido espantoso y fue a sumirse en la punta del asta de metal saturando el espacio con aroma a azufre. Irene no pareció percatarse de la segura muerte que le hubiese tocado de permanecer aferrada al hierro del techado. Seguía aproximándose al muchacho con expresión alucinada.

—¡No te acerques, Irene, no te acerques! —gritó Esteban, comprendiendo que la hermana de Amapola no se había desalentado al errar el disparo que le magullara la frente y que, ahora, se acercaba para culminar su obra. Irene, iluminada por los relámpagos estaba ya casi a medio metro y estiraba hacia él una mano pesada como una tortuga. Esteban, aún abrazado a la chimenea giró sobre ésta, evitando el acoso, y su cuerpo encontró el vacío, quedando sus piernas colgando en el aire ante el griterío espantado que llegaba desde abajo. Irene llegó hasta la chimenea y se enjugó la lluvia que empapaba su frente con el dorso de la mano derecha. Luego, observó las crispadas manos de Esteban enlazando el caño que lo sostenía.

—¡Irene! —alcanzó a tartamudear Esteban—. ¡No quise herirte cuando te dije eso, allá abajo...!

Irene estiró su mano hacia la cara del muchacho. Había optado sin duda por golpear con ella la recta nariz del prometido de su hermana, hasta que éste se precipitara a tierra, desde los 35 metros de altura.

—¡Jamás pensé seriamente que tú eras una simuladora, Irene! ¡Son cosas que se dicen cuando uno ha tomado una copa de más! —jadeó Esteban, contemplando cómo ese manojito de dedos regordetes se acercaba a sus ojos. Pero, la mano de Irene se ciñó al cabello de Esteban y, luego, con un impulso titánico, comenzó a izarlo.

—¡Lo salva! —anunció alguien, abajo.

—¡Lo está sacando de allí! —se alegró otro.

Sin soltarlo del pelo, Irene depositó al joven sobre el empinado techo de lata acanalada, evitando que Esteban volviese a resbalar hacia el abismo. Después, firmemente, con tres o cuatro tirones enérgicos, lo arrastró hacia la puerta ventana que comunicaba con el interior de la mansión. Pronto ambos desaparecieron a los ojos del capitán Lemonade, Amapola y el resto de los demudados asistentes.

—¡Rápido! —rugió el capitán a sus hombres—. ¡A la casa! ¡No sabemos qué puede intentar ella con ese desdichado!

—¡Recuerden que está armada! —advirtió Amapola.

Sin embargo, las manos de Irene no esgrimían arma alguna, en tanto hurgaban entre las ropas de Esteban. Con la paciencia y el empecinamiento de un oso transportando a su madriguera el cuerpo exánime de una foca atrapada, había conducido a su presa, siempre aferrado por el cabello, hasta un pequeño y oscuro depósito de artículos de limpieza, en el entretecho. Pese a la falta de energía eléctrica, Irene lo había

arrastrado con paso decidido y ágil, por largos y sinuosos pasillos del último piso de «La Gansada», hasta dar con aquel desván. Luego había arrojado a Esteban al suelo, para, finalmente, alumbrar escasamente el lugar encendiendo un encendedor de la línea «Emanuelle Onassis». Ahora, Irene, con expresión afiebrada, daba fuego a un cabo de vela, hallado en el suelo y aguardaba con escasa paciencia que goteara el suficiente sebo como para adherir la vela a un estante de madera.

—Gracias... Gracias por sacarme de allí... —musitó Esteban, con expresión dolorida.

—Pesas una barbaridad. ¡Y luego hablan de mí!... Parecías una roca.

—Es que... estaba paralizado. Había golpeado contra ese caño de la ventilación.

—¿Dónde? ¿Dónde te habías golpeado? —Irene había logrado, por fin, dejar vertical el trozo de vela. Arrojó el encendedor y se volvió hacia Esteban.

—Este... No es nada... Ya está pasando...

—¿Dónde te golpeaste, Esteban? —gritó Irene, impresionante con su cabellera desgreñada—. ¡Dime dónde te golpeaste!

—Caí con las piernas abiertas... —justificó el muchacho, señalando vagamente las inmediaciones de su bajo vientre—, el caño me golpeó, justo en...

Irene se lanzó sobre él.

—¡Déjame masajearte! —propuso—. Soy buena para eso...

—¡No! —aún acostado de espaldas, Esteban recibió el golpe de los 150 kilos de Irene sobre su humanidad y le pareció que la noche entera había caído sobre él. Comenzó un forcejeo desesperado, con Irene buscando alocada el cierre del pantalón del muchacho.

—¡Soy buena para esto y para muchas cosas más! —procuró mordisquear Irene una oreja de Esteban—. ¡Déjame que te muestre!

—¡Irene! ¡Irene! ¡Puede entrar Amapola!

La lucha en la semipenumbra se hizo angustiosa. Esteban no podía zafarse bajo aquel peso insoportable que procuraba someterlo.

—¡Déjala que entre! ¡Déjala que entre! —rió burdamente Irene procurando trabar con sus rollizos muslos las piernas de Esteban—. ¡Así podrás comparar las carnes de una mujer joven como yo con las de esa vieja de 62 años!

—¡62...!

—¿Cuántos pensabas que tenía esa bruja?

—¡No puede ser!

—¿Cuántos años piensas tú que han pasado desde que esa puta me quitara mi novio?

La sorpresa había paralizado unos instantes a Esteban y esto fue bien aprovechado por Irene, quien intensificó sus manoseos frenéticos por la zona erógena del muchacho. Esteban notó que algo caliente le correteaba por la sangre, que su virilidad se empinaba y que el aire no llegaba con facilidad a los pulmones.

—¡Irene! ¡Basta! ¡Por favor, basta!

Pero Irene estaba descontrolada. Ansiosa por llegar a la consumación de su frenesí, comenzó a quitarse, a manotazos, el empapado vestido blanco, sin dejar de aprisionar a Esteban bajo su peso.

—¡Irene! ¡Por favor!

—¡Así es como quería matarte, Esteban! ¡Así!

De pronto, un rayo de lucidez inundó a Esteban.

—¡Irene! —alertó—. ¿Oyes la tormenta? ¿Qué te hace recordar la tormenta?

Irene quedó petrificada, congelando su gesto de quitarse el voluminoso sostén.

—¿Qué te hace recordar la tormenta, Irene? —repitió Esteban, advirtiéndole que había dado en el blanco. Los ojos de la mujer se dilataron, con la mirada perdida en un punto lejano—. ¡Lieja! ¡La noche de Lieja, Irene!

Irene comenzó a balancearse hacia atrás y hacia adelante como si fuese a caer. Tragó saliva con esfuerzo un par de veces.

—¿Qué viste aquella noche en Lieja, Irene? —continuó, inflexible, Esteban—. ¿Qué viste? ¿Qué viste aquella noche en que entraste de improviso en la habitación de tus padres, Irene?

Irene, siempre encaramada a horcajadas sobre el cuerpo de Esteban, se cubrió los ojos con sus manos.

—¿Qué fue lo que viste aquella noche de Lieja, aquella noche tormentosa como ésta, cuando fuiste a la habitación de tus padres, Irene?

Esteban sintió sobre su cuerpo cómo el generoso volumen de la obesa humanidad de la mujer se contraía en una arcada. Atinó a protegerse la cara con ambos brazos. Irene, descubriendo el rostro que había estado tapado por sus manos, le vomitó encima. Esteban no se animó a descubrir su cabeza pero advirtió que Irene se ponía de pie, trabajosamente, respirando con dificultad y se apoyaba contra el estante donde se encontraba la vela.

La vio, entonces, vomitar de nuevo sobre la vela, apagándola. En su espanto, desagrado y confusión, Esteban dedujo que había llegado su momento. Con un arranque de velocista atravesó la oscuridad hacia el vano de la puerta que había recortado la luz de un relámpago. Abandonó el desván y corrió a tientas por los pasillos, desesperadamente. Detrás suyo, escuchó maldecir a Irene. Dos o tres veces chocó contra paredes, se cayó por unas escaleras y trepó precipitada y torpemente por otras. De improviso, dio contra una puerta. Por debajo de ella escapaba un amarillento retazo de luz. Tomó el picaporte y lo sacudió con fiereza. Pero era inútil, la puerta estaba cerrada. Lo volvió a sacudir y luego golpeó la puerta con ambos puños. Escuchaba, en la oscuridad, los bufidos e imprecaciones de Irene, buscándolo, cada vez más cerca. Volvió a golpear la puerta, el mentón y el pecho apoyados contra ella. La puerta se abrió de golpe y Esteban cayó de bruces dentro de la habitación.

Escuchó que la puerta se cerraba a sus espaldas y pronto vio, frente a sus ojos, un par de botas rústicas de impecable lustre. Fue levantando lentamente la mirada para reconocer a aquel que le había franqueado el paso y un respingo de espanto lo

sacudió.

—¿Quién es usted? —gritó, poniéndose de pie de un salto.

Enfrente suyo, a unos prudentes tres metros de distancia, apuntándole con los sobrecogedores dos caños de una vieja escopeta, se hallaba un anciano de expresión demencial. El viejo, orlada su cabeza por una fantasmal e hirsuta cabellera y barba blanca, no le quitaba los ojos de encima. Esteban paseó la vista por el cuarto, iluminado por un farol de querosén. Aquella buhardilla era bastante amplia y se hallaba atestada de libros. Cuando giró su rostro para completar la revista advirtió algo que le explicó todo.

—¡La puerta amarilla! —dijo, como para sí—. ¡El cuarto prohibido!

Una orden emitida a través de una voz que era casi un graznido, pero en un idioma extraño lo hizo volverse hacia el viejo. Este le estaba hablando en una lengua ignota, con un tono que emanaba autoridad y enojo.

—Perdone usted... —se justificó Esteban— pero no le entiendo...

Otra vez comenzó el anciano a hablarle en aquel idioma impenetrable, señalándolo, con gestos hostiles, ahora. Esteban abrió los brazos, en señal de incompreensión, pero el anciano continuó con su perorata, cada vez más imperiosa, cada vez más airada.

—Escúcheme... No se ponga así... Es que... —argumentó Esteban, viendo, con inquietud, que el anciano rebuscaba algo bajo su ancho cinturón de cuero. Lo vio extraer un par de cilindros rojos. Luego, con movimientos diestros, abrir la escopeta e introducir ambos cilindros, uno en cada caño.

—Un momento... ¡Un momento, señor! ¡Un momento! —Esteban buscó la huida. El viejo arreció en su parlamento intraducible, señalando caóticamente hacía él mismo, hacia la puerta y hacia la ventana de la buhardilla. Luego levantó la escopeta hasta apoyársela en el hombro. Esteban no esperó más. En un arranque desesperado, se arrojó sobre la puerta manoteando el picaporte. Aferrándose a él, lo sacudió con violencia, pero fue inútil. Aquel endemoniado anciano había cerrado con llave. Volvió a girar hacia el viejo y quedó apoyado contra la puerta, esperando el final. De pronto, y simultáneamente, la luz eléctrica volvió y la habitación se iluminó a pleno en tanto una voz enérgica, se oyó, tonante, allí mismo, a espaldas del anciano.

—... «también se calcula, para mañana, que los vientos provenientes del Golfo...» —dijo la voz. El anciano giró con la velocidad de un rayo y descargó uno de los cañones de su escopeta contra el origen de la voz. Una radio vieja, de madera, voló destrozada ante el impacto de los perdigones. Esteban aprovechó la desatención de su atacante y se arrojó a un costado bajo una mesa. El viejo, volviendo a girar, furioso por su confusión, disparó casi sin mirar haciendo volar astillas de la puerta. Entre el humo, Esteban vio cómo la cerradura había estallado bajo la descarga y la puerta se abría unos centímetros. Sin pensarlo dos veces se lanzó hacia ella y salió al pasillo. El viejo, que había recargado con la premura de un profesional, tiró por tercera vez al bulto. Esteban cayó por las escaleras, rodando como una pelota y,

cuando llegó al piso de abajo, la oscuridad lo había atrapado nuevamente.

Cuando Amapola escuchó el informe del bombero no pudo evitar prorrumpir en amargo llanto.

—Lo encontramos al pie de la escalera, en el segundo piso —repitió, excitado, el cabo—. Presentaba dos impactos. Uno en la cabeza. El otro en la espalda.

—Sea quien fuere el que lo hizo —agregó su acompañante—, ese tipo sabe tirar.

—Se escucharon tres disparos, sin embargo —reflexionó el capitán Lemonade.

—Es cierto —acordó el cabo— pero el tercer estampido pudo provenir del cuerpo del señor De Montepío al dar contra el suelo.

Lemonade lo señaló repetidamente con su índice extendido.

—Excelente apreciación, cabo —aprobó—. Conoce usted de armas.

El llanto desgarrador de Amapola cortó la charla. Inconsolable, se hallaba tirada cuan larga era sobre un sillón y su imagen, ahora, muy poco mostraba de la persona habitualmente poderosa y decidida. Lemonade chasqueó velozmente los dedos de su mano derecha dirigiéndolos hacia ella.

—Sales. Traigan sales —ordenó—. ¿Qué han hecho con el cuerpo? —consultó luego al cabo.

—Un grupo de mucamas se hizo cargo de él. Son encargadas de la limpieza. Dijeron que no pueden dejar nada tirado en el piso.

—Ese hombre no me gustaba —frunció los labios como un conejo, el capitán, bajando la voz—. Lo vi en el sauna con la señora. Sus costumbres dejaban mucho que desear.

Lemonade giró sobre sus talones y, enérgico, se acercó hacia el sofá donde varios hombres, entre bomberos y sirvientes, procuraban reanimar a Amapola.

—Señora Amapola... —reclamó, suave, Lemonade, arrodillándose junto al sillón y tomándole una mano—. Señora Amapola...

Amapola giró la cabeza hacia él y su expresión, aún desolada, se endureció.

—Señora Amapola...

—Puede decirme «Ama», no más... —musitó ella.

—A... —inició Lemonade antes de caer en la cuenta—. Señora Vanderhoeven —se rehízo—... debe usted ser fuerte. Ha sido un duro golpe. Comprendo su congoja.

Los ojos de Amapola se dilataron, adquiriendo un matiz extraviado.

—Esteban... —dijo.

—Sí... —asintió Lemonade—... El señor Esteban era una gran persona. Pero su actitud no fue prudente. Yo lo había visto arrojar colillas desaprensivamente...

—Esteban...

—No obtendrá nada llamándolo, señora. Es duro, pero debe habituarse a lo definitivo de la muerte. Él era joven y agraciado, pero su misma juventud lo hacía por demás impulsivo, casi irreflexivo, tonto, imbécil en ocasiones.

—¡Esteban!

—Ese muchacho no le convenía, señora Vanderhoeven. Usted necesita a su lado a alguien más maduro, más reposado. Con don de mando, incluso. Alguien que...

—¡Esteban! —esta vez el grito de Amapola fue más agudo, estremeciendo al grupo. El capitán consultó con sus ojos al cabo.

—Me confunde con Esteban —supuso—. En su aflicción ve en mí el rostro de la desgraciada víctima. ¡Señora Amapola! ¡Amapola! —Lemonade volvió a mirar con intensidad los hermosos y húmedos ojos de la mujer.

—Esteban —repitió ésta y atrapó, irguiéndose apenas, la cara de Lemonade entre sus dos manos, la retuvo así un instante y luego, con un movimiento violento e inesperado, empujó hacia atrás al capitán, incorporándose con el mismo empujón—. ¡Esteban! —volvió a gritar corriendo con los brazos abiertos hacia la escalera. Todos volvieron sus miradas ansiosas hacia allí. Por las anchas escaleras de madera, airoso, elegante, impecable en su traje blanco, lustroso y tirado hacia atrás su cabello aún mojado, bajaba Esteban, con una sonrisa. Saltó con elasticidad los últimos ocho escalones y corrió a abrazar a su prometida.

Cuando cesaron los abrazos y besos apresurados y torpes, Lemonade se atrevió a acercarse a la pareja.

—Me alegra que esté usted vivo —dijo, sin lograr ocultar su disgusto—. Sin duda, el informe que brindara uno de mis hombres, no era exacto. Afortunadamente.

—¿Qué le informaron?

—Que había sido usted muerto de dos impactos de escopeta.

—¿Quién de sus hombres se lo dijo?

—No sería el más listo, sin duda alguna.

—Sin embargo, ya me ve, con perfecta salud. Salvo esta marca, obviamente.

Esteban se señaló el raspón que lucía sobre su frente.

—¿A eso obedecía el vendaje que llevaba usted, noches atrás, cuando les salvé la vida en el auto?

—No. Esta es la marca que me dejó el disparo de Irene, esta misma noche. Me extraña que no se acuerde.

—Lo que a mí me extraña —se ofuscó Lemonade— es que tenga usted la necesidad de hacerse el muerto con fastidiosa frecuencia.

—¿Fastidiosa frecuencia?

—¿No se cayó una vez en un tanque con ácido? ¿No simuló esta noche haber recibido un par de escopetazos?

—Aquello fue sólo un acto heroico, capitán —dominó la situación, Esteban—. Como tantos otros que llevé a cabo en mi vida. Y esta noche no recibí ningún escopetazo. Me desvanecí al caer por las escaleras. Eso fue todo.

—¡Me dijo el cabo que había recibido usted un disparo en la cabeza! ¡Que su bóveda craneana presentaba un aspecto espantoso, y el cabo ha visto cosas que congelarían de horror a un chacal!

Esteban se deshizo suavemente de los brazos de Amapola que insistía en corregir la orientación de las puntas del pañuelo carmesí que asomaba por el bolsillo superior de su saco. Frotó las puntas de los dedos sobre las palmas de cada mano como si estuviese manipulando una sustancia leve y desagradable.

—No quisiera hablar de eso, capitán... No quisiera abundar en detalles que podrían...

—¡Debe hacerlo! ¡En esta casa suceden cosas muy extrañas!

—Me ha ocurrido algo con Irene... ¿Cómo explicarle? —pareció abatido, Esteban.

—¿Qué le ocurrió?

—¿Qué te ocurrió? —gritó Amapola.

—En un momento ella... me... En fin... ella... —supo que el silencio unánime lo obligaba a seguir—. Digamos, todo lo que ella había comido... Ella me...

—¿Qué te hizo ella? ¿Qué te hizo? —lo sacudió por un brazo, Amapola.

—Bien... Tú... tú sabes lo que le sucede a tu hermana cuando le hablan de Lieja...

Todos callaron, aceptando.

—¿Y el orificio en la espalda, señor De Montepío? —atacó nuevamente Lemonade—. ¿Piensa usted que me he olvidado de ese orificio con rastros de deflagración, que presentaba en su espalda, según me informó el cabo aquí presente?

—Creo habérselo explicado con claridad, capitán, antes del brindis. Quemé mi saco involuntariamente con mi cigarrillo.

El capitán registró el impacto. Aspiró hondo, los ojos clavados en Esteban.

—Debería consultar a su médico, capitán —sonrió, irónica, Amapola—. Está usted comenzando a perder la memoria inmediata. Se acuerda de cosas que han ocurrido hace ya algún tiempo y se olvida de sucesos recientes. Le ocurre a la gente de cierta edad.

—Recordaba el hecho perfectamente, señora —replicó Lemonade—. Sólo quería someter al señor Esteban a un careo con él mismo. Sospecho que tiene cierto facilismo para la falsedad. Eso es todo.

—¡Capitán! —se escuchó, de pronto, una voz proveniente de arriba, desde la galería del primer piso. Un bombero estaba inclinado sobre la baranda—. ¡Hemos encontrado una vela sin desactivar!

—¿Dónde?

—¡En un desván del tercer piso!

—¡No toquen nada! —rugió el capitán, corriendo hacia la escalera—. ¡Llamen al experto! —había subido la mitad de los escalones cuando se detuvo, volviéndose hacia el grupo que se había lanzado detrás suyo—. ¡Nadie se mueva! ¡Un solo movimiento en falso puede ocasionar el incendio!

Todos, obedientes, quedaron con sus gestos congelados, como figuras de cera. Al pie de las escaleras, renuentes a seguir al capitán, quedaron Amapola y Esteban. La

mano diestra de ella, detenida inquietamente cerca de la hebilla del cinturón del muchacho, a la que había estado acomodando.

Capítulo XVI

Esteban y María son perseguidos por los perros

Esteban intuyó la proximidad de María por el olfato. Ansioso, sentado en la semipenumbra de la sala cinematográfica, anónimo tras sus lentes oscuros, había ya empezado a desesperar pensando que ella no acudiría a la cita, cuando un penetrante olor a chiquero le llenó de alegría el corazón. Pronto vio la silueta frágil de la muchacha desplazándose por uno de los pasillos laterales del cine, buscando. Iba a levantar una de sus manos para llamarla, cuando advirtió, desolado, que la joven se deslizaba por entre una de las filas de butacas, hacia un desconocido, más adelante. Se había equivocado, aquella no era María. Mas de pronto, vio a la misma joven levantarse como impulsada por un resorte y correr, casi hacia el otro pasillo. La que se había equivocado era ella. Esteban se puso de pie y agitó su brazo. María, entonces, se acercó, rápida, sentándose a su lado. Cuando lo hizo, el muchacho pudo apreciar más de cerca el insidioso aroma nauseabundo que escapaba de su mameluco. María cubría su cabeza, asimismo, con un pasamontañas de cuero raído pero, a título de toque sofisticado, lucía un pañuelo de seda fucsia, ceñido al cuello.

—Pensé que no venía —dijo Esteban, tomándola de las manos.

—Fui a la Administración.

—¿Del cine?

—No, de la curtiembre. Se me hizo tarde.

—No sé siquiera cuál es la película que están dando. Pero eso es lo de menos. Lo importante es poder encontrarnos lejos de las miradas de la gente.

—Está muy oscuro acá...

—Es un cine. Sáquese el sombrero, por favor.

—Oh, Esteban, no quisiera pensar que me ha traído a este lugar oscuro para decirme que comience a sacarme la ropa...

—¡No! No es eso...

—Me parecería ruin de su parte.

—No es así. Le digo del sombrero porque...

—Lo haré... Y también me sacaré el mameluco si me lo pide, pero... —María tomó el extremo superior de su cierre relámpago, decidida.

—¡No, María! No. Es que no se puede entrar al cine con sombrero.

—Es una gorra, Esteban. Y no me la puedo quitar. ¿Recuerda que se me quemó el cabello, la vez pasada? Estoy semicalva —una lágrima brilló en las pestañas de María—. Además, no hay casi nadie aquí.

—Déjeselo, entonces, María. Lo importante es que pueda contarle mis planes. He

estado pensando mucho en cómo llevar a cabo lo nuestro. Y he conseguido algo muy valioso, María... he convencido a mi madre que debe operarse de un solo ojo...

—¿De un solo ojo?

Se oyeron varios chistidos. Esteban bajó la voz.

—De uno solo. Ella vería lo mismo de esa forma, y nosotros nos quedaríamos con un millón de dólares. Los suficientes como para establecernos y...

—¿Un solo ojo, Esteban? Eso es terrible...

—¿Para qué necesita más, María? Mi madre es una mujer grande. No le atrae la lectura.

María se tapó un ojo con una mano y observó la pantalla. En la escena se veía un enorme primer plano con gran detalle de pliegues de carne, rincones húmedos y pilosos.

—¿Qué...? ¿Qué es eso? —preguntó María, absorta.

—No lo sé —desestimó Esteban, sin mirar—. Nos quedará dinero suficiente para comprar una limousine. Y bellos vestidos para usted. Y una casa realmente confortable. Ese es el nivel que usted se merece. ¡No se imagina, María, las cosas terribles que he debido sufrir en la mansión de Amapola Vanderhoeven! ¡Cómo anhelaba estar de nuevo junto a la sencillez, la modestia, la sensatez de ese mundo que usted representa! ¡Cómo quisiera poder escapar ya mismo de ese círculo frívolo y enfermo de los Vanderhoeven!

Un hombre cercano, dos filas más adelante, que se había vuelto a mirarlos un par de veces, se levantó molesto y, encorvado, marchó a sentarse más cerca de la pantalla donde ahora se veía una boca generosa recorriendo un trozo de piel perlado por gotas de sudor.

—En usted, María, yo veo... —continuó Esteban, contemplando con fijeza a la muchacha que no podía quitar de la pantalla la vista de su único ojo destapado. Fue cuando comenzó a sonar el llamado obsesivo, imperioso e impertinente del radio-llamada en la cintura de Esteban. Varias personas se volvieron, chistando hacia ellos. Esteban manoteó el aparato que también despedía destellos azulados, de una luz intermitente y procuró desconectarlo con prisa febril.

—¿Qué es eso? —se había sobresaltado, María. Esteban procuró sofocar el sonido colocando el aparato bajo su saco, pero fue inútil.

—Mensaje para el señor Esteban de Montepío —se escuchó con claridad una voz femenina—. Comunicarse de inmediato con la mansión Vanderhoeven. Repito. Comunicarse de inmediato con la mansión Vanderhoeven.

La voz cesó. Esteban respiró, aliviado pero, de pronto, otra vez tornó el reclamo persistente e insidioso de aquella suerte de ululante sirenita portátil.

—Es que... —pugnó por detenerla, Esteban, transpirando—... tiene una perilla para apagarla... —varias personas los insultaban y les arrojaban paquetes de caramelos—... pero yo... —tiró por último el radio-llamada al piso y comenzó a golpearlo con el taco de su zapato, en forma débil primero, encarnizadamente luego.

El radio varió su modulación, hipó un par de veces, despidió después una suerte de quejido casi animal y, al fin, se llamó a silencio.

—Perdone usted... —se disculpó Esteban ante la mirada atribulada de María. Ella dejó de observarlo, dirigiendo su vista a la pantalla y frunciendo el ceño bajo la visera de la gorra.

—¡Es esa mujer que lo domina como a un títere! —barbotó, furiosa.

—No diga eso, María. Ya vio cómo...

—¡Lo controla hasta en sus más mínimos movimientos!

—Ya vio cómo destrocé ese miserable aparato, María... Escuche, escuche, preste atención... —Esteban extrajo un abultado fajo de papeles de entre sus ropas—. Mire, mire, aquí está anotado cómo será nuestro itinerario de viaje, luego de Japón... —María no se dignó a mirar. Había comenzado a interesarse de nuevo con la película, que se había tornado muy oscura y la banda de sonido dejaba escapar gemidos de frecuencias insospechadas.

—Acá no se ve nada —dijo Esteban—. Aguárdeme, María. No se vaya. —María no le prestó atención. Con el respirar levemente irregular, se hallaba empecinada en mordisquear una de las puntas del pañuelo que tenía al cuello. Pronto volvió Esteban, presuroso, con una linterna encendida en la mano.

—Me la prestó el acomodador —informó, satisfecho, en tanto se sentaba de nuevo—. ¡Ya verá usted, María! ¡Tendremos mucho dinero! ¡Podremos tener nuestra propia mansión! ¡Podremos tener nuestra propia linterna! —dirigió el haz de luz hacia los papeles y los acercó a la indiferencia de María—. Observe, María... De aquí, de Nagoya, tenemos línea directa a Kaohsiung, en Taiwán, la isla de Formosa, por la Yal, los miércoles. En Kaohsiung nos quedaríamos sólo unos días, hasta que mi madre consiga combinación para el regreso y, de paso, tenga oportunidad de contemplar esos maravillosos paisajes. Ya que verá nada más que la mitad, al menos que esa mitad sea linda. Luego, desde Kaohsiung... —Esteban miró a la muchacha buscando su aprobación, pero ésta estaba fascinada con lo que le mostraba la pantalla y su aliento se entrecortaba—. María... —Esteban buscó entonces el motivo de la alienación de la muchacha y lo que vio lo sumió en el desconcierto. Aquellos 17 cuerpos entrelazados, aquella caótica mole de miembros y gemidos, gritos de placer o de asombro le quitaron el habla. Sintió cómo sus papeles caían al suelo y la mano que los había sostenido buscaba colarse a través de la cremallera del mameluco de María, que se había deslizado, misteriosamente, casi hasta la cintura. Allí comprobó que ella no llevaba nada debajo. Al contacto con la fría mano de Esteban, la muchacha dio un brinco y lo miró como si recién lo descubriera a su lado.

—¿Qué es eso? —preguntó, con los ojos desorbitados.

—Una mano —aclaró Esteban.

—No... No... —insistió, con rostro de temor, ella.

—¡Es una mano! —Esteban sacó la mano de donde la había depositado y la iluminó con la linterna, para que no quedasen dudas.

—¡No! ¡No! —María señaló con su dedo índice hacia arriba, los ojos fijos en un punto vago. Estaba escuchando. Esteban también lo hizo, frunciendo el ceño. María se levantó una de las orejeras del gorro pasamontañas. Fue cuando ambos escucharon con claridad. Desde la bandeja superior del cine llegaba el sonido de un tropel de patas pequeñas y acolchadas.

—¡Son ellos! —gimió María.

—¿Quiénes?

—¡Los perros!

—¿Qué perros? —se oían, ahora, también, con mayor nitidez, gruñidos, cortos aullidos, ladridos sofocados.

—¡Los mastines de la fábrica! —María parecía a punto de llorar—. ¡Debemos escapar! —sin hesitar, la muchacha se puso de pie, tomó de la mano a Esteban y corrió arrastrándolo hacia el pasillo central. Como una exhalación dejaron la sala, cruzaron el *hall* del cine y salieron a la calle. Era ya de noche y, sin dudar, María se zambulló en un centro comercial, casi desierto.

—¡Me han olfateado! ¡Sin duda me han olfateado! —gritaba la muchacha sin dejar de correr.

—¿Por qué la persiguen? —jadeó a su lado, Esteban, procurando alcanzarla.

—¡Me deben estar rastreando desde que salí de la fábrica!

—¿Por qué?

La respuesta de María no llegó nunca. Aún lejos, pero perfectamente audibles los ladridos lastimeros comenzaban a escucharse en el acceso de la galería por el que habían entrado.

—¡Debemos confundir su olfato! —gritó la muchacha, deteniéndose, al parecer confusa. De pronto, reaccionó. Tomando a Esteban de la mano, volvió a correr zigzagueando entre los locales centrales de la galería. Como una tromba, ambos se precipitaron dentro del baño para hombres. Adentro había un solitario señor, orinando con displicencia, que los miró como si aquello fuese lo más natural del mundo. El olor, allí adentro, en efecto, era una puñalada de amoníaco. María no supo de vacilaciones. Moviéndose con la familiaridad de quien ha nacido en un baño de caballeros, se abalanzó sobre uno de los mingitorios, hundió sus frágiles manos en el escaso líquido amarillento que había en la enlozada base cóncava y se refregó con él el rostro, enérgicamente. Luego, y siempre ante la mirada asqueada de Esteban, se echó más de esa agua repugnante sobre el mameluco. Un par de bolitas de naftalina, incluso, rebotaron contra sus muslos cayendo al suelo.

—Ya está bien —exclamó, frente a la curiosidad del solitario señor que la contemplaba. Sin esperar más, salió a escape seguida por Esteban. Apenas dejaron el baño, se estremecieron ante la proximidad de los ladridos. Tras correr unos veinte metros, María se zambulló en un pequeño bar americano, aún abierto.

—Esperemos acá —le dijo, agitada, a Esteban—. Veremos qué hacen.

Pronto escucharon el estruendo del tropel de animales abandonando el baño y el

estampido de la puerta al ser atropellada por los mastines.

—Confío que allí pierdan mi rastro.

—¿Por qué la persiguen?

A espaldas de la pareja, un trasnochado comensal comenzó repetidamente a olfatear el aire. Había percibido el agrio olor emanado de la muchacha.

—Esa mujer que ha de casarse con usted... —silabeó María con odio—... nos trata como a esclavos.

El hombre sentado en uno de los taburetes de la barra olía, ahora, cuidadoso, la salchicha atrapada dentro de su pan.

—Controlan a todos los trabajadores a la salida. Tienen detectores de metales por si alguien roba algo y, además, esos horribles perros adiestrados en detectar pieles de cerdo...

—Lo mismo que los perros que detectan drogas.

—Lo mismo... Los perros olfatean los bolsos de los operarios y eso les basta para determinar si se han llevado algún trozo de cuero de chancho.

—Pero... usted... —Esteban la recorrió con la mirada—... no lleva ningún bolso... No tiene nada que...

El comensal de la barra había llamado al dueño del pequeño bar, que se hallaba en una ínfima cocinita trasera, señalando su sándwich con expresión de náusea.

—Es eso lo que me sorprende... —María hurgó dentro de sus bolsillos superiores y luego hizo lo propio con los de las perneras. Sostuvo en una mano los ajados guantes de trabajo que encontró en uno de ellos y continuó rebuscando en el bolsillo ya vacío. Fue cuando volvieron a oírse los perros, más próximos.

El cuerpo de María se crispó. Esteban atisbó por una angosta pared lateral de vidrio hacia los locales centrales de la galería.

—Veo bultos solamente —informó—. Bultos que van y vienen. Parecen estar desconcertados ¡Creo que hay un hombre con ellos!

—¡Bernuncio Zenga! ¡Debe ser Bernuncio Zenga! ¡El jardinero de Amapola Vanderhoeven! ¡Es el encargado de los trabajos sucios!

María señalaba hacia el lugar de donde provenían los ladridos con el índice de la mano con que sostenía los guantes.

—María... —señaló, de pronto, Esteban, hacia los guantes—... esos guantes están forrados en su interior...

—Sí... Sí lo están...

—Es pelo de...

María rozó con sus dedos el interior de uno de los guantes.

—Oh Dios... —cayó en la cuenta—. ¡Son pelos de cerdo! ¡No me había dado cuenta!

—¡Eso es lo que los mastines persiguen!

—¡Huyamos!

Nuevamente María salió disparada, seguida por Esteban, al tiempo que los

ladridos reanudaron sus furiosos estallidos, cada vez más cerca.

—¡Por acá! —gritó María y, de un brinco, cayó dentro de una gran fuente central de la galería. Antes de que Esteban tuviese tiempo de recapacitar ya estaba también con sus dos piernas metidas hasta las rodillas en el agua.

—¡Creo haber leído, en *La cabaña del Tío Tom*, que esto les hacía perder el rastro! —se esperanzó María.

—¿Cuándo?... ¿Cuándo estuvo allí?

María no contestó. Habían dejado atrás la circunferencia central de la fuente eludiendo luces bajo el agua y flores de loto y ahora pisoteaban unos canteros sobreclavados repletos de helecho. Finalmente, saltaron fuera de la fuente y se hallaron frente a una escalera mecánica que subía. Treparon a los peldaños metálicos y recién se volvieron a mirar hacia la planta baja de la galería, al llegar arriba. Los ladridos se escuchaban lejos.

—Los engañamos —musitó María—, creo que esta vez los engañamos... —se apoyó sobre la baranda terminal de la escalera y, cansada, se quitó el gorro. La visión de aquel cuero cabelludo descampado en parcelas, con hirsutos penachos de cabello calcinado, llenó a Esteban de congoja y le recordó alguna vieja foto de los lacerados campos de batalla de Verdún.

—Pero... —atinó a dudar, pasando su mano por sobre la cabeza de ella—. ¿Por qué huimos? ¿Por qué escapar?

María lo miró, sin comprender.

—¿Acaso ellos mismos no le dieron esos guantes? —insistió Esteban tocando los guantes que aún María apretaba en su puño derecho.

—Sí, son los que me corresponden por mi trabajo.

—¿Entonces?

—Entonces... —se sulfuró María—. ¡Que me han dado guantes de piel de cerdo a propósito! ¡Esto no es más que otra sucia tramoya de la mujer con quien piensa usted casarse!

—¡La mujer que nos permitirá juntarnos con dos millones de dólares para que usted no tenga que usar nunca más este tipo de guantes, sino de seda, de seda recamada en oro! —se ofendió Esteban—. ¡Parece mentira que no entienda mi sacrificio! Además... —Esteban retomó el tema—... ellos le dieron estos guantes. ¡Puede demostrarlo! ¡Usted no es culpable!

—¡Explíquesele a los perros, Esteban! —estalló María en el momento en que volvían a escucharse, nítidos, amenazadores, los ladridos desesperados de los mastines arrojándose a la fuente decorativa. Esteban hizo caso omiso del reproche de la muchacha. Se agachó atisbando hacia abajo.

—¡Viene un hombre con ellos! —indicó—, ¡Ahora sí puedo verlo! ¡Yo conozco a ese hombre!

—¿Es Zenga, el jardinero de Amapola? ¿Es Zenga?

—No... No... Es un hombre de uniforme...

—¿De uniforme? ¡Han echado a la policía tras de mí!

—No lo creo. Amapola no arriesgaría un escándalo por...

—¿Será el capitán Lemonade, del que tan poco me ha usted hablado?

—No... No... ¡Oh Dios!... Ya sé quién es...

—¿Quién?

—¡Es el acomodador del cine! ¡Olvidé devolverle la linterna!

—Esteban —lo tomó del brazo la muchacha—. ¡Debemos separarnos!

—¿Qué dice, María? ¿Sigue enojada por lo de Amapola? ¿No le expliqué, acaso...?

—¡Le digo que debemos separarnos!

—¡Piénselo, María, piénselo bien! Tal vez podríamos dejar de vernos por un tiempo...

—¡Le digo que debemos separarnos ahora! ¡Marcharnos cada cual por su lado para desconcertar a los mastines! ¡Ya están sobre nosotros!

María corrió hacia el otro extremo del pasillo superior de la galería, hasta llegar adonde bajaba la otra escalera mecánica. Allí se detuvo, tomó uno de los cuestionados guantes y se lo dio a Esteban, que la había seguido.

—Téngalo —dijo.

—María... ¿Por qué? Esto me suena a separación definitiva...

—No le doy el guante como recuerdo. Es para dividir el rastro de los perros.

Esteban oprimió el guante contra su boca. María se montó en el pequeño descanso acanalado de la escalera descendente.

—Suerte —dijo, y depositó un beso breve sobre la boca de Esteban. Esteban, en silencio, sólo se limpió los labios con el revés de la mano. El ladrido de los perros era imperioso y cercano. María se deslizaba sobre uno de los escalones móviles y comenzó a descender. Esteban sólo atinó a estirar un brazo hacia ella, que se alejaba. Había experimentado el recóndito temor de que ese adiós era definitivo. Y no sabía lo cercana a la verdad que estaba aquella desconsolada sensación suya.

Capítulo XVII

Amapola Vanderhoeven brinda una fiesta que termina mal

En la noche, «La Gansada» resplandecía como una diadema de piedras preciosas. Una suave música escapaba por los ventanales abiertos a la brisa cálida que llegaba del río. Amapola Vanderhoeven iba de un grupo a otro de invitados intercambiando saludos y cumplidos.

—Oye, Amapola —la detuvo el senador Walter Macaño Arrúa—. Esto que te ha mandado tu amiga Zina Eastern es maravilloso.

—¿Has visto, Walter?

—También me ha parecido fantástica la obra del plástico catalán, la que está a la entrada del salón. Pero aquello es demasiado de avanzada para mi gusto. Pero esto no sólo es de exquisito buen gusto, sino también de gran originalidad. ¿Lo hizo ella?

—Oh, no. Tú bien sabes que Zina es capaz de muchas cosas, pero su inutilidad con las manos es hartamente conocida. Sabrás que se ha agravado su Parkinson.

—¿Quién lo ha hecho, entonces? —se interesó Linda, esposa del senador.

—Lo debe haber encargado a algún escultor amigo suyo y le debe haber costado mucho dinero. Lo que valoriza aún más el gesto de Zina: ella no está pasando por un buen momento económico.

—Lo lamentable —terció Geraldine Firschauer, la afamada diseñadora— es que esta maravilla tendrá una vida bien corta, supongo.

—No lo creas, Geraldine —Amapola pasó su mano por uno de los muslos de la estatua de hielo—. La gente que me la trajo, gente especializada en la conservación de los fiordos nórdicos, me aseguró que puede durar años, si se la mantiene en un lugar fresco. Tú sabes bien que es un recurso habitual para decorar centros de mesas, postres...

—Un trabajo, de cualquier manera, efímero —aseveró el padre Pedro León McAvennie.

—Es el más bonito e impactante de todos los regalos de compromiso que has recibido, Amapola. Y el parecido contigo es francamente conmovedor.

—De perfil es aún más perfecto, Geraldine.

—Había visto muchos de estos trabajos —exclamó el senador Macaño Arrúa—. Pero ninguno representando una figura tamaño natural y sobre un modelo vivo.

—Ha sido un verdadero gesto de grandeza de parte de Zina —acotó el padre McAvennie—. Ustedes saben bien que ella tendría más de una razón para estar resentida con Amapola.

—Oh, no, padre —pareció ofenderse, Amapola—. Ella es incapaz de guardar un

sentimiento tan bajo hacia mí. Ella, incluso, es incapaz de guardar nada. Ella es incapaz. Lo que ocurre es que Zina sabe conservar su lugar. Discúlpenme.

Diciendo esto, Amapola tomó con suavidad al padre McAvennie por un brazo y lo alejó del grupo.

—Una estatua de hielo —dijo Geraldine Firschauer, observando la escultura que brillaba sobre una mesa—. No sé si a mí me gustaría recibir semejante homenaje.

—¿Piensas que Zina ha querido decirle a Amapola que ella es una mujer fría? —se le acercó la señora Macaño Arrúa—. Cualquiera que conozca bien a Amapola sabe que es un volcán.

—No sé —dudó Geraldine—, no creo que Zina esté en condiciones de pensar demasiado bien sus actitudes. Me han dicho que está gravemente enferma.

—¡Cielos! Es cierto... Me han dicho que tiene brucelosis, la enfermedad de los pelícanos.

—Peor que eso —deslizó entre sus labios casi cerrados, Geraldine Firschauer—. Tiene micosis.

—¡Por favor! —se oprimió la frente con una mano la señora Macaño Arrúa, bajando la cabeza—. Pobrecita... ¿Qué es eso?

—No lo sé muy bien. Pero es definitivo.

—Escucha, Walter... —la señora Macaño Arrúa atrajo la atención del senador, ocupado en palpar las protuberancias de la escultura gélida—. ¿Qué tipo de enfermedad es la micosis?

—Hay muchos niveles de gravedad. Puede ser micosis de primer, segundo o tercer grado. Se trata de un hongo que se deposita y crece en zonas vitales del cuerpo humano. Forma colonias. Puede ser mortal o no, de acuerdo si se trata de un hongo común, comestible, o un hongo venenoso. Si se radica en la implantación nasal, donde se ramifican las llamadas «vegetaciones», la humedad de la zona los hace reproducirse en forma pavorosa.

—¿Es operable?

—Depende...

—¿De dónde se halla ubicado?

—En parte. Y en parte depende de las posibilidades económicas del enfermo.

—Pobre Zina —se condeolizó la señora Macaño Arrúa.

Algo iba a agregar Geraldine Firschauer cuando un reclamo altisonante de Amapola atrajo la atención de todos. La dueña de casa no había cesado un instante en su permanente atención de la enorme cantidad de invitados, pero, ahora, se había puesto de pie sobre la tarima de la orquesta y, haciendo detener la música, exigía silencio a los presentes.

—¡Un momento, por favor! —reclamó, elevando los brazos—. ¡Apenas un momento para hacer un anuncio!

Hubo aplausos y los invitados se fueron acercando a la tarima.

—Acércate, Esteban, por favor —pidió Amapola. Esteban comenzó a

aproximarse, pujando entre la gente, recibiendo a su trabajoso paso bromas y palmadas. Pero antes de que él pudiera acceder a la escalerilla lateral, otro robusto joven con el uniforme de gala de la Brigada de Persuasión y Lucha contra el Fuego trepó a la tarima y se acercó a las espaldas de Amapola, reclamando su atención con un sobrio toque de uno de sus enguantados dedos sobre el antebrazo de la anfitriona.

—Queremos compartir algo con ustedes... —anunció a viva voz, gozosa, Amapola, abrazando sin mirar al recién llegado en la creencia de que era su prometido— ya que hemos tomado una determinación de suma importancia y... —en ese preciso momento giró sus ojos ensoñadores hacia su acompañante, descubriendo su real identidad. Amapola pegó un brinco, gritando, y soltó al hombre con expresión de asco. Hubo un murmullo confundido entre la gente.

—¿Quién es usted? —se indignó Amapola, rechinando los dientes.

—Soy uno de los hombres del capitán Lemonade.

—¿Y quién le ha autorizado a subirse a este pedestal? —rugió sofocadamente Amapola.

—El capitán Lemonade quiere hablar con usted, de inmediato.

—¡Dígale al capitán Lemonade que esta vez ha ido demasiado lejos! ¡Que puede meterse su apuro en el culo y que deberá esperar a que finalice la fiesta!

La orden, susurrada, había llegado al público a través del micrófono que aún mantenía Amapola en su mano. De inmediato, ella dejó de prestar atención al bombero y, dando nuevamente la cara a la gente, procuró recuperar su sonrisa. El bombero, con la abnegación propia del oficio, volvió a acercársele.

—Dice el capitán —le musitó al oído— que si usted no va, hará cortar las luces de la mansión.

Amapola lo miró como quien mira a un insecto espantoso. Resopló un par de veces y su rostro cambió de coloración. Luego, sin aclarar nada al público, marchó tras el bombero que había emprendido la retirada. Al descender de la tarima, ambos tropezaron con Esteban, que recién llegaba.

—¡Llegas tarde, como siempre! —le espetó Amapola.

—Tus amigos no me dejaban pasar —se disculpó Esteban, siguiéndola.

—¡No cometas la baja de echar la culpa a mis amigos! ¡Bien sé que no te gustan mis amigos, pero no culpes a ellos de tu propia imbecilidad!

Cuando abandonaron el salón principal, la actividad de invitados y mozos se había reanudado. Al entrar al jardín de invierno, Esteban percibió cómo la música que se había reiniciado con la salida de Amapola, se apagaba tras la puerta al cerrarse.

En medio del jardín de invierno, el capitán Lemonade, sin su casco, con la calva expuesta, los aguardaba con las piernas bien afirmadas sobre el suelo, las manos entrelazadas sobre sus glúteos. Contraatacó con firmeza apenas estallaron los primeros alaridos salvajes de Amapola.

—¡Esta vez soy yo el que haré las preguntas, señora Vanderhoeven! —gritó, deteniendo el avance de la enardecida mujer—. ¿Qué oculta usted en el altillo de

puerta amarilla?

Amapola quedó petrificada, observando el extendido brazo del capitán que señalaba hacia arriba.

—¡El cuarto amarillo, señora! —repitió el capitán—. ¿Qué oculta usted dentro de él?

—¡Esas son cosas mías, capitán! ¡Ha ido usted demasiado lejos con...!

—No son cosas tuyas, señora... —se adelantó el capitán Lemonade, apuntando con su aguileña nariz al entrecejo de Amapola—. ¡Hemos visto humo escapando por debajo de la puerta! ¡Toda la casa corre peligro de quemarse! ¡Si no nos dice usted qué hay allí, en dos minutos ordenaré a mis hombres que tiren la puerta abajo y descarguen dentro catorce toneladas de agua!

Amapola pareció desarmarse. Retrocedió unos pasos y cuando sus piernas hallaron la oposición del borde de uno de los sillones se dejó caer en él.

—¡Yo también quiero saberlo, Amapola! —exigió Esteban, sentándose frente a ella.

—Parece mentira —musitó Amapola, hablando al parecer consigo misma—. Nunca ocurre nada destacable en esta casa... y justo hoy... el día elegido para anunciar mi casamiento, sucede este tipo de cosas...

—¿Qué hay allí dentro, señora Vanderhoeven? —reclamó Lemonade, no permitiendo que Amapola se fuese del tema. Sin embargo, un sonido muelle, un súbito acrecentarse del volumen de la música, indicó que la puerta se había abierto. Aparecieron Sergio, comiendo un helado, e Irene.

—Un momento... —los detuvo Lemonade.

—Déjelos... déjelos... —indicó Amapola—. Ellos son de la familia. También deben saberlo.

Se hizo un silencio en tanto los hermanos entraban y el bombero que había marchado a llamar a Amapola se apoyaba sobre la puerta como para impedir nuevos ingresos.

—La persona que está viviendo en esa buhardilla desde hace diez años es mi padre —dijo, con firmeza y voz clara, Amapola.

—¡Oh! —el asombro fue general.

—¡Nuestro padre! —se tapó la boca con una mano Irene.

—¡Su padre!

—Así es —dijo Amapola—. Es ya un hombre muy grande. Casi un anciano. Está cómodo allí. No se sentiría a gusto viviendo entre nosotros, a nuestro ritmo. Su mundo ha cambiado totalmente. Está feliz allí. Por otra parte...

—Mi padre —repetía alelada Irene—. Pensé que había muerto en la guerra.

—Por otra parte, digo, él es un hombre con muy poca cultura. Muy rústico. Fue labriego cuando joven, en Italia. Aquí, recién llegado, fue zapatero remendón. A causa de su oficio empezó a interesarse en cueros y esas cosas. A vislumbrar que en el cuero podía estar el futuro de la familia.

—¿Quieres decir... —se asombró Esteban—... que fue él quien inició la fortuna de los Vanderhoeven?

—No es ese nuestro apellido, por cierto. Yo tomé el de Itsván para reemplazar nuestro original italiano, de musicalidad tan burda. Y yendo a tu pregunta... sí, en cierta forma sí. Pero, pese a los millones de dólares que pudo ganar a través de treinta años de trabajo, encorvado en su sillita de sol a sol, no supo forjarse una cultura, adquirir roce suficiente como para moverse en la sociedad, como para saber mantener una conversación. ¡Nunca ha querido abandonar su dialecto greco-bizantino del extremo de Apulia!

—¡Con razón...! —se abismó Esteban—. Eso era lo que él... —pero se detuvo antes de terminar la frase.

—Papá nunca supo ponerse a tono con el imperio que estaba forjando —continuó Amapola.

—Y papá... —se oyó la voz diáfana y casi desconocida de Sergio, sentado más lejos del resto. Todos callaron, expectantes— ...¿es más rápido que una bicicleta?

Amapola lo contempló unos instantes.

—Sí, Sergio, es más rápido que una bicicleta —ilustró, para continuar luego—. Fue un fenómeno de inadaptación a las circunstancias. Los hechos lo rebalsaron. No podría estar, por ejemplo, en una fiesta como ésta —Amapola se puso de pie y comenzó a caminar por el recinto, severa y animada—. Come con las manos, con la boca abierta... Fuma unos apestosos cigarros que se hace traer de...

—¡Fuma! —la señaló Lemonade—. ¡Esa es la causa del humo!

—Por supuesto.

—Nosotros pensábamos que estaban quemando un animal muerto.

—¡Ese hombre no puede estar entre nosotros! —se sulfuró Amapola—. ¡Todo el esfuerzo que hago para ofrecer una imagen límpida de mi familia se iría al demonio en una fracción de segundo si mi padre se apareciera en sociedad apenas una hora! ¡Es impresentable!

—Y... papá... —volvió a escucharse la voz de Sergio—... ¿puede ganarle una carrera a una motocicleta?

—Sí, Sergio, sí —le informó Esteban.

—No puede estar entre ustedes, señora... —avanzó el capitán Lemonade— pero tampoco puede permanecer sin control en esa buhardilla. Es una persona mayor, de salud quebrantada quizás, manipulando con manos temblorosas elementos de altísima combustión como son los cigarros y, lo que es peor aún, los yesqueros. ¿Sabe usted, señora Vanderhoeven, de qué tamaño es una llamita?

Amapola asintió con la cabeza, resignada.

—¡Así! ¡Así, señora Vanderhoeven! —el capitán Lemonade estiró hacia Amapola su mano diestra mostrando los dos dedos en el gesto conocido. Luego paseó esa postura frente a cada uno de los presentes, siempre con el brazo extendido—. Así era la dimensión de la llama que comenzó el incendio de Georgetown, en 1945. Así era el

tamaño de la llama que redujo a Oslo a cenizas en 1624, debiendo ser reconstruida con el nombre de Cristianía. Así era el tamaño de la primera llama que llevó a San Francisco a su destrucción total. ¡Su padre no puede continuar atentando contra la seguridad general abroquelado a esa altura, señora Vanderhoeven!

—Lo pensaré, capitán.

—¡Debe decidirlo ahora, señora! —apuró Lemonade con un tono que sobresaltó a Esteban—. Estas cosas no pueden dejarse para más adelante. Tome usted una decisión y mis hombres desalojarán a ese peligroso individuo en cinco minutos.

—No me pida que tome decisiones a cada instante, capitán. Son muchas responsabilidades para una persona tan joven como yo —pareció a punto de llorar, Amapola—. Por otra parte, mi padre no está allí sólo por su voluntad. Fui yo la de la idea de que ese cuarto sería lo más conveniente para su salud.

—Y... papá... —insistió Sergio con expresión madura y reconcentrada—. ¿Es más rápido que un avión?

Nadie le contestó. El clima en el salón de invierno era tenso.

—Comprendo, señora Vanderhoeven... —el capitán Lemonade varió el ángulo de su carga y optó por la persuasión— pero usted inicia una carrera política con aspiraciones elevadas. ¿Ha pensado cuál sería el comentario de la prensa si descubriera que mantiene a su propio padre prácticamente prisionero en una buhardilla? ¿Duda acaso de que los periodistas especializados la destrozarían con verdadero deleite?

—¿Es papá más rápido que un avión? —insistió Sergio.

—Concédame un poco de tiempo, capitán —pidió Amapola—. Antes de la fiesta de boda le prometo que mi padre habrá desalojado ese sitio.

—Hay asilos en los que puede estar maravillosamente bien —señaló Lemonade—. Y de los cuales no podría escapar fácilmente. Hasta tanto llegue ese momento en que asaltemos ese puesto y lo devolvamos al normal funcionamiento de la casa permítame solicitarle una cosa, señora Vanderhoeven...

—Puede llamarme Ama... —la voz de Amapola recuperó su dureza.

—No lo deje solo. Permítame designar a uno de mis hombres, tal vez disimulado como camarero, para que lo controle y lo acompañe en su reducto.

—¡Ni lo sueñe, capitán! Seré yo la que busque la persona que acompañe a mi padre hasta el momento en que lo derive a un asilo.

—Digo yo... —casi gritó Sergio—. ¿Es papá más rápido que un avión?

—Sí, Sergio, sí —lo tranquilizó Esteban—. Termina ya con eso.

—No quiero terminarlo —respondió Sergio observando su plato con helado. Y lo arrojó al suelo.

—Y le digo más... —continuó Amapola, quien parecía dispuesta a recuperar puntos frente a la arremetida del capitán de bomberos—. ¡No permitiré en adelante este tipo de planteos o de interrupciones como...!

En ese momento, el cabo que había permanecido apoyado sobre la puerta vio

volcarse el pocillo de café que se había servido subrepticamente, al ser violentamente empujado hacia adelante. Alguien pugnaba por entrar. Maribel, el ama de llaves de la mansión, asomó su rostro de expresión desolada.

—¿Qué ocurre, Maribel? —se molestó Amapola.

—Debe usted venir urgentemente, señora. Algo sucede con uno de sus regalos.

—¿Me han robado? —se horrorizó Amapola—. ¿Es que estoy rodeada de ladrones? ¿Son acaso éstos mis amigos?

—¡Que no salga nadie! —vociferó Lemonade intentando sacar su hacha—. ¡Cierren todas las puertas!

—Papá... —insistía Sergio—. ¿Corre más rápido que un avestruz?

Amapola, Lemonade, el cabo e Irene se lanzaron tras el ama de llaves. Esteban procuró hacer lo propio pero resbaló en el helado arrojado por Sergio y cayó de bruces sobre la alfombra.

Maribel no los condujo al salón de entrada, donde se hacía la exhibición de los regalos recibidos por la rutilante pareja, sino que corrió al salón principal donde los invitados se congregaban en torno a la estatua de hielo que representaba, con fidelidad asombrosa, los rasgos y proporciones de la dueña de casa en actitud altiva. Con la decisión de un agente de policía experto en revueltas callejeras, Maribel se abrió paso entre la gente con enérgicos codazos y empleando sus hombros como arietes.

—¡La estatua! —señaló, cuando hubo llegado frente a la gélida obra de arte—. ¡Se está derritiendo!

Amapola no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Aquella obra excelsa que apenas horas atrás relucía en la perfección y pureza de sus líneas, se estaba convirtiendo, lentamente, en un objeto deforme y delicuescente que perdía su armonía segundo a segundo, ante las miradas interesadas, alarmadas o socarronas de todos.

—¡Parece el retrato de Dorian Gray! —escuchó decir Amapola.

—¡Es como asistir a la putrefacción de un ídolo! —aventuró alguien.

—¡Esa puta de Zina! —apretó un puño Amapola, volviéndose, impotente, hacia Esteban, que llegaba rengueando.

—¡No debiste haberle puesto tantas luces en torno!

—¡Es así como se exaltan los buenos cuadros, ¿no?! Por otra parte, esa miserable de Zina me indicó en la tarjeta que este hielo podría durar meses. ¿Cómo pude haber sido tan imbécil de creer en esa alimaña?

—¡Déjame sacarla de acá y meterla en el freezer! —solicitó Irene.

—¡Tú ni te acerques al freezer!

—¡Oh, Dios! —oyó Amapola comentar a una mujer a sus espaldas—. ¡Mira cómo se le están cayendo las nalgas!

Amapola giró para abalanzarse sobre la responsable de tales palabras, pero sólo se dio de bruces con Berthold, que había llegado hasta ella, no sin esfuerzo.

—¡Debe usted venir enseguida a la galería cubierta! —jadeó el chofer—. ¡Hay un joven tirado allí, que parece muerto!

Amapola se cubrió los ojos con una mano.

—Pienso que voy a volverme loca —musitó. Pero Lemonade, que había escuchado la inquietante nueva de Berthold, la tomó del brazo y la arrastró hacia el lugar indicado.

—¡No dé muestras de pánico! —le recomendó, en tanto la guiaba—. Debemos procurar que esta gente no se entere de nada.

—No se enterarán. Están más que divertidos asistiendo a mi destrucción paulatina.

Cuando llegaron a la galería cubierta, no había allí demasiada gente. Un par de bomberos con uniforme de gala mantenía apartados a los curiosos y, en el suelo, boca abajo, como un guiñapo de ropa sucia, se veía a un joven desgredado, mostrando las suelas casi arrancadas de sus zapatos toscos y raídos. Amapola se detuvo en seco a unos cinco metros de distancia.

—Oye, Amapola... —se acercó, cuchicheante, Irene—. ¿Quieres decirme quién invitó a este menesteroso? ¿Es que te has volcado decididamente por el populismo?

—Esta clase de gente... —aportó Esteban—... no está habituada a beber. Apenas toma un par de copas de *champagne*, se emborracha y cae en ese estado.

—¿Es acaso alguno de tus poetas amigos? —insistió Irene, sarcástica.

—Me temo algo peor, señora Vanderhoeven —dijo Lemonade, que se había acercado cauteloso al caído—. Este hombre puede haber sido envenenado. Tal vez ha comido alguno de los canapés y ahora yace intoxicado. —La voz del capitán se tornó grave—. Me pregunto si no será éste otro atentado como los tantos que viene usted sufriendo en su empresa.

—Nada de eso —lo miró como para lacerarlo, Amapola—. Este hombre es parte de la obra plástica que me enviaran de regalo. ¿Te acuerdas que te hablé de ella? —se dirigió a Esteban—. Es de un artista catalán, Xavier Fabregat, enrolado en las corrientes más encarnizadas de la vanguardia. Se trata de un pintor que, por supuesto, abomina de los límites que pueden marcarle la tela y el caballete. El resto de la obra está con los otros regalos en el *hall* de entrada y consiste en una mesa cubierta por cáscaras de nueces, un perro embalsamado y una salamandra oxidada que significa la muerte del fuego que alimentara las artes de antaño. Así dice el folleto. La obra se titula «Bodegón IV» y, con el paso del tiempo, su restauración no será tan costosa como su mantenimiento. El galerista me dijo que a este muchacho le diese de comer tres veces por día.

—¿Cómo es que ahora está tan alejado de su encuadre? —preguntó Esteban—. Recuerdo que el conjunto se hallaba sobre una tarimita, en el salón de entrada.

Amapola miró a su prometido con expresión desdeñosa.

—Es el arte que escapa a sus propios contornos —dijo.

—Sin embargo... —aventuró uno de los bomberos—... este hombre no tiene para

nada buen color.

—No hay un regodeo con el color. No hay una masturbación hiperrealista — descartó Amapola. De repente, un quejido escapó del joven caído.

—¿Qué es eso? ¿Se lamenta! —todos se acercaron.

—Ahhh... Ahhhh... —articuló dificultosamente el trozo de aquella obra de vanguardia, moviendo una mano.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Ahhhh... Amapola...

—¡Amapola! —repitió uno de los bomberos que se había inclinado, solícito, hacia el desdichado—. ¡Llama a la señora!

Amapola sorteó con premura el espacio que la separaba del caído e inclinó su rostro hasta pegarlo casi a los enhiestos y pegoteados cabellos del joven. Este olía a alcohol, betún de lejía y aguarrás. El muchacho pronunció una corta frase, como un estertor, que los demás, fuera de la dueña de casa, no alcanzaron a escuchar.

—¡Pronto! —ordenó Amapola a los bomberos, poniéndose de pie—. ¡Lleven a este hombre a mi escritorio!

Como puede izarse una bolsa de papeles viejos, los bomberos levantaron al muchacho y lo llevaron, bajo la conducción de Amapola, por largos pasillos, evitando pasar frente a los salones ocupados por los invitados. Lemonade, Irene y Esteban acompañaban más atrás.

Minutos después llegaron a una pequeña oficina donde los bomberos depositaron al hombre de las ropas miserables sobre un sillón de tres cuerpos.

Lemonade intentó entrar al pequeño despacho pero Amapola lo contuvo con gesto enérgico.

—Quiero hablar a solas con él —dijo, drástica.

—¿Cree que está en condiciones de hacerlo? —dudó el capitán.

—He bebido muy poco.

—Lo digo por él.

—Sé cómo hacer hablar a una persona —Amapola vaciló ante la cara de confusión del capitán—. Deseo hablar con él porque hay algo raro en esa obra de arte. No me extrañaría que fuese falsa. Hay un par de Fabregat falsos dando vueltas.

—¿Quiere que le deje esto? —el capitán amagó sacar su hacha. Amapola negó con la cabeza y el capitán se retiró. Quien se acercó entonces fue Esteban, contrito.

—No me hace feliz que te encierres a solas con otro hombre, Amapola — exclamó. Amapola soltó el borde de la puerta y se acercó a él. Lo tomó de la mano mirándolo a los ojos. Luego le asestó un sonoro cachetazo. Esteban, sobresaltado, rozó la mejilla enrojecida con el dorso de su mano izquierda.

—Perdona —se lamentó Amapola—. Soy una persona de imprevistos cambios emocionales.

Esteban seguía penetrándola con la mirada, respirando agitadamente.

—De veras, perdóname —pidió de nuevo, dulce, Amapola—. Vuelve a la fiesta,

que yo voy enseguida. Diviértete. Está muy animada.

Dicho esto cerró la puerta. Esteban permaneció un par de segundos mirando la puerta cerrada y luego se marchó buscando el origen de la música.

El rostro que mostraba Amapola Vanderhoeven al regresar a la fiesta, media hora después, no auguraba nada bueno. Esteban lo notó enseguida, al ver cómo Amapola se desembarazaba, con un empujón destemplado, de una vieja tía suya que se acercó a felicitarla.

—Ven conmigo —ordenó Amapola a Esteban, tomándolo de un brazo—. Tenemos que hablar.

—¿Dejarás de nuevo a tus invitados?

—Son una sarta de imbéciles —maldijo ella— y en definitiva, esto se ha ido al demonio...

—¿Por qué? —se alarmó Esteban.

—Señora Vanderhoeven —se acercó el capitán Lemonade, como corroborando lo expuesto por Amapola— la conducta de la gente dista mucho de ser la correcta. Han bebido mucho y se hallan en un estado de alegría peligroso.

Rubricando las palabras severas de Lemonade, un estallido de risotadas estentóreas atrajo la atención de la dueña de casa. Sin prestar atención a la rítmica música brasileña, sin sumarse al baile que ya tomaba características de desenfreno, un nutrido grupo de invitados permanecía, bullanguero, en derredor de los restos acuosos de la estatua de hielo. Amapola se lanzó entre ellos para comprobar con sus propios ojos la ignominia. Varios de los huéspedes estiraban sus copas hacia las cercanías de la estatua para recibir dentro de ellas los trozos de hielo que se caían. Otros, más audaces, golpeaban la escultura con tenedores para desprender pedazos que luego se metían, groseros, en la boca o en los escotes. Había un exaltado, incluso, que deslizaba la lengua por una zona de redondeces de la obra, ante la risa del conjunto.

Amapola, en tres pasos enérgicos, llegó hasta este último y, de un golpe en la nuca, le estrelló el rostro contra el sufrido hielo.

—¡Basta! —tronó la mujer—. ¡Ya han tenido bastante, bestias miserables! ¡Váyanse de aquí!

Tomó, entonces, del interior de un recipiente que contenía ensalada de frutas, un pesado cucharón y comenzó a castigar con éste los restos de la estatua, ya casi irreconocible y deforme aunque aún conservaba la armonía del cuerpo desde la base hasta la cintura. Entre astillas de hielo que se disparaban en todas direcciones, Amapola comprendió que no terminaría con lo que quedaba de aquel tramposo regalo sin esfuerzo. Volcó entonces con movimientos exasperados dos o tres vasos de *whisky* sobre el mantel de la mesa, en torno de la base de la estatua y luego se acercó al demudado Esteban. Le sacó de un bolsillo interno del saco un encendedor, lo prendió y lo arrojó sobre el *whisky* derramado. Una llamarada salvaje se levantó de inmediato.

La gente que colmaba el salón, incluso la que bailaba, se volvió a mirar. Hubo un murmullo de asombro. La estatua comenzó a disolverse precipitadamente. Todos comenzaron a aplaudir.

—¡He dicho que se vayan! —aulló Amapola al parecer más enojada aún—. ¡Váyanse todos de esta casa!

En ese momento, y con la violencia que le daba el impulso formidable de una bomba impulsora hidráulica, un chorro de agua dio por el suelo con la mesa y cuanto había sobre ella.

—¡Capitán Lemonade! —gritó Amapola, quien había escapado por pocos centímetros al embate de la tromba líquida—. ¡Arrójeles a ellos! —señaló Amapola a los invitados—. ¡Eche a estos fariseos de aquí, ahora mismo!

—¡No nos iremos! —ululó el senador Walter Macaño, quitándose con gesto dramático el moñito del cuello y procediendo a abrir la pechera de su camisa y ofrecer su tórax escuálido a la manguera agresora—. ¡Es muy temprano y aún no nos han servido los helados que nos prometieran! ¡Disparen! ¡Disparen, sicarios!

La respuesta de los hombres del capitán Lemonade no se hizo esperar y la fuerza demoníaca del chorro de agua levantó prácticamente el cuerpo del promisorio político arrojándolo como un despojo contra una mesa repleta de comida. De allí en más, aquello fue caótico. La masa de invitados, aquella heterogénea agrupación de personas que, hasta ese momento, había mostrado un comportamiento de puro regodeo entre la gula y la frívola figuración social, adoptó un espíritu de cuerpo loable e inesperado. Una y mil veces, jóvenes en traje de noche, hermosas señoritas, venerables damas y hasta catatónicos ancianos se lanzaron sobre el quinteto de bomberos que manipulaba la manguera, procurando quitarle su control. Y una y mil veces, el proyectil líquido, con la potencia de un obús, los desparramó por el piso, los desarticuló contra las paredes, los entremezcló bajo las mesas arrasadas por el empuje irresistible. El capitán Lemonade, transfigurado por la tensión de la pelea, estaba rojo de ira bajo su bruñido casco plateado indicando, con la precisión de un artillero, hacia dónde debía dirigirse el chorro de la manguera. Una lluvia impresionante de toda clase de objetos, platos, bandejas, cuchillos, ceniceros, canapés, trozos de pastel caía sobre los abnegados servidores públicos al punto que, por un momento, pudo pensarse que los invitados lograrían salirse con la suya. Más de una vez, otros bomberos debían acudir en reemplazo de un compañero caído al servicio de la manguera, cuando algún pesado vaso de *whisky* o alguna hirviente cazuela de mariscos acertaba en el blanco buscado. El griterío era ensordecedor y la orquesta había aumentado ocho veces su volumen procurando mantener un fondo musical digno del evento, aunque había trocado la música brasileña por un fragmento wagneriano. Y aquel fue el acierto de Amapola, clarividente por un instante en ese imperio de pasiones desaforadas. Saltando sobre mesas y comensales caídos logró llegar hasta Lemonade y le señaló repetidas veces la tarima de la orquesta. Giró entonces el brazo omnipotente de la manguera y el chorro vindicatorio cayó sobre los

músicos logrando el mismo efecto que hubiese podido conseguir una granada. En dos segundos, los 23 intérpretes volaron por los aires en una barahúnda de instrumentos, atriles y partituras. El repentino silencio al que se llamó la agrupación musical pareció indicar el camino a los invitados. Irguiéndose trabajosamente del suelo, empapado su ralo pelo rubio, el congresista Alan Diodemes Pascuas levantó una mano hacia el cielo.

—¡Retirarse! —gritó—. ¡Retirarse en desorden!

Como si en lo más recóndito de sus almas los huéspedes hubiesen estado esperando aquella indicación ante lo desperejo de la lucha, un tropel de desharrapados personajes de la política y la alta sociedad abandonó el salón que se había convertido en un desorden inenarrable. La manguera, implacable, los castigó con su azote hasta expulsarlos a los jardines, hasta sus propios autos, hasta las verjas que delimitaban los parques. Luego fue el silencio.

Una hora después, ya muy atenuadas las luces del salón principal, aún podía verse la delgada silueta de Amapola Vanderhoeven, caminando errática entre una despereja maraña de los más disímiles objetos que alfombraban el piso, sorteando distraída los cuerpos de algunos caídos que aún no habían logrado recuperarse. Llevando en una de sus manos un zapato con el taco quebrado, calzado el otro, escudriñaba el suelo en procura de hallar un aro que se le había perdido en la porfía. En su paso desperejo, en sus dedos que apretaban el lóbulo de la oreja vacía, podía leerse el disgusto ante el fracaso del lanzamiento de su carrera política y la amenaza que se cernía sobre su futuro matrimonio.

La luz plena de la mañana sorprendió a Amapola en el mismo salón. Sentada en una silla plegadiza que aún se hallaba húmeda, revolvía lentamente un pocillo de café negro que uno de sus sirvientes le había acercado. Se mostraba pensativa y con la vista perdida en los abundantes charcos que todavía relumbraban entre las alfombras. Frente a la luminosidad de la mañana, el infernal desorden que mostraba el enorme salón principal de «La Gansada» podía apreciarse en toda su perturbadora magnitud. Daba la impresión de que un terremoto había sacudido fieramente el recinto. No obstante, sólo una solitaria mucama, en uno de los extremos del área castigada, había comenzado a recoger los millares de objetos destrozados. En las primeras horas de la madrugada, piquetes de bomberos habían retirado los cuerpos de aquéllos que, borrachos o con principio de asfixia por inmersión, no habían podido marcharse por sus propios medios.

Esteban llegó cuando Amapola, finalizado su café, depositaba el pocillo cuidadosamente en el suelo, como procurando no ensuciar.

—Has tardado mucho —dijo Amapola levantando apenas la vista.

—Vine en cuanto terminé de cambiarme —indicó el muchacho, señalando su traje blanco de hilo.

—Te llamé por el radio-llamada.

—No funciona. Se llenó de agua.

—El otro se te cayó bajo un autobús. Este se te llena de agua. ¿Qué pasa contigo? Pese al reproche, el tono de voz de Amapola era mustio, opaco.

—Deberías ir a descansar, Amapola —recomendó Esteban, advirtiéndolo— y permitir que el personal limpie y arregle esto. Deberías poner más gente a trabajar. — Esteban observaba a la alejada mucama, quien, con un estropajo embebía el agua acumulada en el piso para luego estrujarlo en un bote plástico. Amapola, como aceptando la sugerencia, se puso de pie.

—¿Qué apuro hay? —suspiró—. Todo ha salido mal.

Esteban le acarició el mentón. Se miraron un momento largo, a los ojos. Luego, Amapola descargó sobre el rostro de Esteban una sonora cachetada.

—¿Qué...? ¿Qué haces? —retrocedió, enardecido, Esteban.

—Oh... Perdona... Perdona... —volvió a sentarse, Amapola—. Soy muy inmadura emocionalmente. Creo que ataco las cosas que quiero. Soy de una personalidad difícil.

—Lo sé —se quejó Esteban— pero no me gusta nada esta costumbre que has tomado ahora de pegarme sin razón alguna.

—Disculpa, Esteban. Te lo pido de corazón. Son las nuevas facetas que se van descubriendo día a día en una pareja. Eso es lo que hace a una relación compleja y fascinante.

—No vuelvas a hacerlo.

—Esteban... Debo hablar contigo. Ha ocurrido algo muy grave que debo contarte. Siéntate.

Esteban tomó una de entre los cientos de sillas caídas en derredor, la secó con un mantel igualmente húmedo y se sentó junto a su prometida.

—Nuestro matrimonio corre serio peligro, Esteban —dijo Amapola. Y su voz había recobrado firmeza.

—¡Dios! ¡No me digas! —el rostro bello del muchacho adquirió una coloración similar a la blancura de su traje.

—Itsván Vanderhoeven está vivo, Esteban —los ojos de Amapola asaetearon a Esteban—. Itsván Vanderhoeven no ha muerto.

—Pero... ¿Cómo puede ser? ¡Tú misma me contaste que habías reconocido su mano derecha en la morgue! ¡Y ésa era la mano de un muerto!

—Se puede sobrevivir sin una mano, Esteban —bajó la voz, Amapola, instando a hacer lo mismo al muchacho—. Hay miles de ejemplos en la historia universal. Mira el caso de Cervantes, sin ir más lejos. Y era escritor.

—¡Tú misma me dijiste que enterraste la mano! ¡Que hay un mausoleo que guarda esos restos! ¡Un mausoleo pequeño, pero sentido!

—Él está vivo, Esteban. En algún lugar del mundo Itsván Vanderhoeven está vivo y riéndose vilmente de todo esto.

—Pero... —se tomó la cabeza, Esteban— ...¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Fue él mismo quien te habló?

—Anoche. El muchacho zaparrastroso que hallamos tirado en la galería de la entrada.

—¿El que forma parte de la obra del plástico catalán?

—El mismo. Cuando se quejaba, llamándome, me acerqué y me dijo al oído que deseaba hablar conmigo, a solas... Al quedar solos, en mi estudio, me dijo que él era integrante de un grupo de secuestradores. Que tenían en su poder a Itsván. Que habían atacado el yate de Itsván para secuestrarlo. Que había habido una corta lucha, una explosión, que Itsván había perdido una mano. Y que, ahora, ellos solicitan rescate.

—¿Rescate? Y... ¿cómo es que han dejado pasar tanto tiempo para pedirlo? ¿No hay ninguna ley que indique la caducidad de un pedido de rescate?

—Dijo que prefirieron dejar que se calmasen las aguas...

—¿Las aguas? ¿Se refería al hundimiento del yate?

—Lo dijo metafóricamente...

—¿No hablaba castellano?

—Digo... —se ofuscó Amapola—... que lo dijo en sentido figurado. Que optaron por esperar que disminuyera la atención sobre el caso. Que ellos son gente paciente y moderada. Que no los mueve la desesperación por el dinero. Entonces... me ofrecen dos posibilidades...

—¿Dos posibilidades?

—Sí. Yo puedo pagar para que me devuelvan a Itsván o para que lo maten definitivamente.

—¿Para que... lo maten?

—Ellos saben que, hoy por hoy, Itsván, vivo, es una molestia para mí —Amapola dio una veloz mirada de reojo hacia la mucama que, agachada, continuaba limpiando cada vez más cerca—. Que yo ahora estoy en otra cosa. Que ya he anunciado mi matrimonio contigo. Que estoy tratando de consolidar una carrera política pese a inconvenientes menores como el de anoche. Y que estoy aguardando cobrar el seguro por la muerte de mi marido. Si yo les pago lo que ellos me reclaman, terminan definitivamente con Itsván y todo estaba como entonces...

—¿Cuánto...? ¿Cuánto te piden? —carraspeó, acalorado, Esteban.

—Dos millones de dólares.

—¿¡Dos mill...?! ¡La cifra que necesita mi madre para su operación de la vista!

—Sí. Por un momento pensé si no estaría tu madre detrás de esta infamia.

—¡Amapola! ¿Cómo puedes pensar eso de una pobre vie...?

—Olvídalo. De inmediato recapacité que tu madre no es lo suficientemente inteligente como para una cosa así. Se trata de una casualidad.

—¿Y... para devolverlo con vida?

—No me lo dijo. Ese miserable me explicó que él no era más que un contacto y

que no quería mezclar el arte con los negocios.

—Amapola... ¿Y qué harás?

—Oh, Esteban... ¿Cómo puedes dudar?

—Amapola... ¡Eso sería un terrible crimen!

—Quiero que me lo devuelvan con vida, por supuesto.

Esteban tragó saliva dos veces.

—Lógico. Lógico. No podía pensar otra cosa de ti. Nunca has tenido palabras que no fuesen de elogio hacia Itsván.

—Nuestro matrimonio fue corto pero casi perfecto.

—Amapola —Esteban se puso de pie con expresión concentrada—, yo te dejo en libertad para que reconstruyas tu vida con ese hombre. Te quiero como no he querido nunca a una potentada en mi vida, pero no vacilaré en dar un paso al costado si tú lo pides. No me importará sumirme de nuevo en el rigor del trabajo ni en ver cómo mi madre, poco a poco, como una humilde vela de sebo, se va quedando sin luz. No guardaré rencor ninguno hacia ti.

—Esteban... —Amapola lo tomó de una mano, poniéndose también de pie. Esteban retrocedió un paso, cubriéndose la mejilla con una mano—. Itsván es sólo un recuerdo hermoso para mí. Es el pasado. Pagaré el rescate por volver a verlo con vida porque ésa es mi obligación de viuda, de esposa... Pero luego, ya frente a él, le expondré fríamente nuestro caso y le diré que hemos rehecho nuestras vidas.

—¿Le dirás de la operación de mi madre?

—Le diré.

—¿Volverán los secuestradores a contactarse contigo?

Amapola iba a contestar cuando advirtió, que, prácticamente a sus pies, la mucama se afanaba, en cuclillas, con el estropajo y el balde.

—Ven —indicó Amapola a Esteban que aún la miraba, arrobado—, vámonos de acá y te contaré.

Cuando salía, tomado de la mano de Amapola, Esteban tuvo un mecánico interés por la sirvienta que esforzadamente procuraba poner orden dentro del caos y su corazón sufrió un vuelco.

La mucama no era otra que María.

Capítulo XVIII

Esteban, María, Amapola y una escena muy tensa en el solarium

Los días siguientes fueron de angustiosa incertidumbre, tanto para Esteban como para Amapola. El inesperado descubrimiento de la presencia de María en la propia mansión de su prometida había puesto al joven al borde del desequilibrio.

—¿Por qué está ella aquí? —preguntó Esteban, en voz alta, en tanto calculaba la dirección del viento mediante el simple recurso de observar la copa de los árboles—. ¿Será que, acaso, Amapola conoce lo nuestro?

Jairo, el *caddie*, lo observaba en silencio mientras Esteban apretaba en su mano derecha la pelotita de golf como si quisiera ablandarla.

—¿O habrá sido, simplemente, una rotación que Amapola ha hecho en su personal, trasladando a María desde su puesto en los chiqueros a un nuevo trabajo de mucama?

A la memoria del muchacho acudió el ejemplo de Bernuncio Zenga, el letal jardinero que Amapola había ungido guardaespaldas en procura de darle un oficio más acorde con su capacidad destructiva.

Jairo, por otra parte, era el único ser viviente frente al cual, en el intrigante clima de «La Gansada», Esteban se animaba a hacer comentarios en voz alta. El adolescente era de un mutismo tranquilizador y, por momentos, también alarmante. En los largos meses de prácticas de golf que Esteban contabilizaba, jamás lo había escuchado emitir sonido alguno.

Había comenzado a sospechar, incluso, que el *caddie* era mudo o, lo que era peor, que había sido privado del habla a través del antiguo método de cortarle la lengua.

—¿Querrá... —continuó discurriendo Esteban, balanceando rítmicamente su fierro del nueve—... provocar una confesión de parte mía, poniendo frente a mis ojos a María? ¿Ese será el plan de Amapola? Nada puede sorprenderme proviniendo de ella.

El *caddie* no contestó. Esteban conocía casos similares al del muchacho, humildes niños que, a cambio de una vida de seguridad y relativa bonanza habían debido resignar su posibilidad de comunicación y sociabilidad.

—Por fortuna... —Esteban se había perfilado y oteaba el sitio adonde debería ir a parar la pelota—... Amapola está más que preocupada con la cuestión del secuestro y es posible que eso la tenga relativamente alejada de mi relación con María.

Con un movimiento enérgico pero grácil, Esteban hizo describir un arco perfecto a su palo de golf y estrelló su extremo contra la tierra levantando un surtidor de polvo y césped. Maldijo entre dientes. A sus espaldas, Jairo frunció los labios y se

estremeció.

—Pero... Estoy seguro... —continuó Esteban masajeándose el hombro derecho levemente dislocado—... que el imbécil de Berthold le ha contado todo lo que viera de mi encuentro con María en los corrales. Quizás no debí rechazar tan drásticamente a Berthold cuando se me insinuó en el auto.

Otra vez el cuerpo flexible y elegante de Esteban se arqueó como un mimbre tensando los músculos dorsales como tantas veces le habían enseñado. Y nuevamente el extremo de su palo no encontró la redondez ansiada, enterrándose en la grava.

—Estoy muy nervioso como para jugar con la precisión habitual —masculló el muchacho—. Dame otro palo, Jairo. Cualquiera. Alguno más efectivo. Debo hacer un tiro corto, que apenas supere aquella loma. Suave.

Jairo le alcanzó un nuevo palo con una mano, mientras con la otra se cubría la boca y parte de la cara. Su cuerpo delgado continuaba estremecido. Lo que Esteban atribuía a una imposibilidad física de hablar o de emitir sonidos no era más que una contención esforzada del adolescente, consciente de que cualquier intento suyo por abrir la boca podía degenerar indefectiblemente en risa.

Esteban volvió a efectuar los cálculos mentales de intensidad del viento y distancia geográfica, se concentró en la pequeña esfera blanca marca «Cadmium Spring» que descansaba junto a la punta de sus pies y pegó una última ojeada a la lomada que debía superar. Fue cuando sonó su radio-llamada.

—La señora Amapola lo requiere urgentemente en el solarium —dijo desde el aparato, una impersonal voz femenina. Esteban maldijo. Echó hacia atrás el palo de golf, con violencia. Se oyó un crujido que no provenía de sus articulaciones y descargó, esta vez sí, un impacto formidable sobre la pelota. Esta salió impulsada como un proyectil, superó la lomada, el bañado que brillaba cientos de metros más allá, las blancas vallas de madera, la caseta de los jardineros, las rojas tejas del techo de las caballerizas, las altas copas de los palmares que flanqueaban el camino principal y se perdió, como una estrella fugaz, rumbo a la ribera más cercana del río Aguarimambo.

—¡Carajo! —farfulló Esteban—. ¡Es imposible jugar decentemente cuando a uno lo interrumpen de continuo! —arrojó el palo hacia Jairo, sin mirarlo, lo que le impidió ver que el muchacho estaba tendido cuan largo era en el piso, perdiendo profusamente sangre por la nariz y la boca. El palo de Esteban, en el enérgico comienzo de su giro, lo había alcanzado en pleno rostro, destruyéndole los dientes delanteros. Esteban, sin advertir el estado lastimoso de su ayudante, se lanzó a campo traviesa hacia la casa.

Aun antes de entrar al solarium escuchó que el teléfono sonaba insistente. Dentro del vidriado ambiente, Amapola lucía un ajustado buzo deportivo que resaltaba sus formas todavía briosas. Estaba cubierta de transpiración, sentada en una amplia reposera de madera blanca, y su mano izquierda subía y bajaba una mancuerna de hierro de ocho kilos de peso.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó apenas Esteban hubo entrado.

—Vine lo más rápido que pude. Estaba en el hoyo dieciséis.

—Mientes. Jamás has llegado ni al hoyo número tres. Hace ya casi un año que has empezado a jugar al golf y jamás has llegado ni...

—Pregúntale a Jairo.

—Sabes bien que no habla. Ha recibido demasiados golpes en la boca como para hacerlo.

—Olvida eso, Amapola. Atiende ese teléfono.

—Justamente por eso te llamaba.

—¿Es para mí?

—¿Cómo puedo saberlo, Esteban? —estalló Amapola poniéndose de pie—. ¿Cómo puedo saberlo si aún no he levantado el tubo siquiera? ¿Me atribuyes propiedades extrasensoriales?

—¿Y... qué esperas para atenderlo?

—¡Qué tú llegaras de ese maldito hoyo dieciséis! —Esteban se quedó mirándola, desconcertado.

—Sin duda alguna... —Amapola bajó la voz como si pudiesen oírla—... quien ahora me llama es uno de los secuestradores de Itsván, y no estoy muy segura de cómo actuar frente a ellos...

Esteban la contempló, conmovido por esa muestra de fragilidad en su prometida, que no había cesado de subir y bajar la mancuerna. El reclamo del teléfono parecía hacerse cada vez más imperioso.

—Sin duda alguna no será éste el único llamado —continuó Amapola, en voz baja y jadeante por el esfuerzo—. Harán varios para mantenerme tensa y desesperada. Pero finalmente se decidirán a hablarme, a decirme cuáles serán las bases de nuestro acuerdo. Estoy segura de que si ahora levanto el tubo una voz apagada me dirá: «No haga demasiadas preguntas y escuche con atención lo que voy a decirle». Entonces le diré: «Tenga a bien ser claro y conciso con sus peticiones y eso redundará en la celeridad del trato». Ante ese enfoque de parte mía...

—Amapola, por favor, atiende ese teléfono...

—... el delincuente me puntualizará: «Sea inteligente y no intente grabar esta conversación ni dilatarla inútilmente con la tonta intención de que la policía localice el lugar de su emisión». Quizás lo mejor que podría contestarle yo, entonces, sería: «No sea cínico y...

—Amapola, por el amor de Dios, responde ese llamado...

—... deje de dictarme cómo debo actuar o conducirme. Me he educado en los mejores colegios privados y sé que alguien que se precie dentro de la vida política no debe nunca inmiscuir a la policía en sus asuntos...».

—Amapola, hemos esperado desesperadamente este llamado y no debes dejar que...

—... «¡Diga de una buena vez por todas lo que pretende, cerdo miserable, y

acabemos con esta situación!». O quizás sería mejor que no lo tratase así, sino adoptar una postura profesional y distante. «Dícteme usted los requisitos del rescate o tenga a bien hablar con mis abogados».

—¡Amapola! ¡El teléf...!

Como activada por un impulso eléctrico, Amapola atrapó con su mano libre el auricular, pero el aparato había cesado de sonar. Amapola lo miró con una mezcla de desesperación y extrañeza.

—Cortaron —musitó.

—Y... es lógico, querida... —se dejó caer abatido Esteban sobre otra de las amplias reposeras de madera blanca—. ¿Cuánto hace que...?

—¡Tardas una hora en venir desde ese bendito hoyo dieciséis y luego pretendes...!

El teléfono comenzó a sonar nuevamente. Amapola lo atrapó de un manotazo, apoyándolo sobre su pecho húmedo y cruzando su dedo índice sobre la boca en un reclamo imperioso de silencio hacia Esteban. Este también cruzó su dedo frente a la boca e indicó con ademanes a Amapola que se tranquilizara.

—¿Quién habla? —preguntó ansiosa la mujer, la voz ligeramente trémula por la tensión y por el esfuerzo repetido de subir y bajar la mancuerna.

—El padre McAvennie.

—Oh, padre... —pareció desilusionarse Amapola, dejándose caer sentada sobre la reposera— es usted...

—Soy yo, Amapola, deseo hablarte...

—¿Podría ser en otro momento, padre? Este asunto de las confesiones por teléfono no ha llegado a convencerme del todo...

—No es por eso...

—Soy profundamente creyente y considero que el trato más personal, más íntimo, me reditúa mayor paz interior, padre. Este método se me antoja frío. Especialmente cuando usted conecta el contestador automático.

—No es para eso que te hablo, Amapola...

La puerta del solarium se abrió en ese instante y Esteban percibió un pinchazo de desasosiego en la boca del estómago. María, enfundada en un impecable uniforme blanco, con guantes pese al calor, llegaba portando una bandeja con refrescos. Amapola le ordenó con un gesto que entrara.

—¿Qué desea usted, padre?

—Necesitaría unos minutos para hablar contigo y... —el tono del sacerdote se tornó dubitativo—. ¿Qué te ocurre, Amapola?

—¿Por qué? —Amapola, sin dejar su ejercicio de fortificación del brazo derecho, indicó con un movimiento de cabeza a María que sirviese los refrescos.

—Te noto agitada, hija. Como sobresaltada.

—No es nada, padre. No se inquiete —contestó Amapola, a quien cada impulso para elevar la pesa le insumía más y más esfuerzo.

—¿Con... con quién estás?

—Con Esteban, padre... —alcanzó a deletrear Amapola, entre jadeos y gemidos.

—Y... ¿Qué... qué están haciendo?

—Nada, padre, nada —había dicho Amapola apretando los dientes, la frente perlada de sudor, en una frase que había comenzado suave para terminar casi en un rugido.

María, tensa a su vez, se había acercado a Esteban y ahora depositaba el alto vaso de jugo de macaya con la delicadeza con que puede manipularse un recipiente de agua pesada.

—¿Desea más hielo el señor? —musitó, clavando los ojos en Esteban y dando la espalda a Amapola.

—Sí... —murmuró Esteban, observando de reojo a Amapola—. ¿Qué hace aquí?

—Préstame un poco de atención... —solicitaba en ese instante nervioso y desconcertado, el padre McAvennie... si puedes... Debo hablarte de algo muy pero muy importante... aunque no sé si será éste el momento...

—Me atraparon... —simuló sonreír María a Esteban, tomando con dedos enguantados y torpes un cubo de hielo del pequeño balde que llevaba en la bandeja— aquella vez de los perros. Su prometida decidió castigar mi falta incluyéndome entre sus servidoras personales...

—Pero... pero... Un cubo más, por favor —balbuceó Esteban—. ¡Usted es inocente! ¿Por qué lo aceptó?

—Tenía esos malditos guantes en mi poder...

—Pero... pero... podía demostrar que ellos mismos le habían dado esos guantes... ¡Eran parte de su equipo de trabajo!

—Es difícil explicarlo a una veintena de perros... ¿Más hielo?

—Venga usted nomás, padre... —alcanzó a articular Amapola con voz esforzada y desapareja... No es mucho más lo que tenemos que hablar con... —iba a decir «Esteban», pero un quejido casi obsceno escapó de su garganta surcada por venas que se hinchaban palpitantes.

—Sí, sí. Voy —dijo el padre McAvennie, cortando la comunicación.

—Un hielo más, por favor —decía a todo esto en alta voz Esteban, percibiendo sobre sus dedos el húmedo contacto del jugo de macaya al resbalarse—. Insisto en que le hubiese sido fácil demostrar... —prosiguió bajando la voz... su inocencia...

—Por otra parte... —musitó María, apresuradamente y en tanto sumergía el último trozo de hielo en el vaso... era una forma de estar más cerca de usted...

—No entiendo... —vaciló Esteban, advirtiendo esta vez que Amapola lo escuchaba. Su prometida lo miraba ahora, con expresión vacía. Había dejado caer la pesa sobre el suelo pero balanceaba, en cambio, en la otra mano y con movimiento similar, el tubo del teléfono.

—¿No entiendes? —exclamó, irónica, observando el charco de jugo de macaya—. Es el principio de Arquímedes. «Todo cuerpo sumergido en un líquido...».

María se dispuso a abandonar el recinto, pero Amapola, ya de pie, sorbiendo íntegro el contenido de su vaso, la contuvo con un gesto.

—¿Conoces a María, querido? —preguntó, apenas hubo devuelto el vaso vacío a la bandeja. Esteban tragó saliva. Debía actuar con sumo cuidado.

—No... Pienso que no...

—¿Seguro que no?

Esteban advirtió que dos gruesas gotas de transpiración corrían por su columna vertebral.

—Bueno... Sí... Tal vez la he visto antes...

—¿Dónde?

—Días atrás... ¿No estaba usted... —se dirigió a María—... limpiando el salón principal, la mañana siguiente a la fiesta?

El rostro de Amapola se endureció. Esteban se preguntó si habría descubierto su torpe artificio.

—No suelo darle esos trabajos... —dijo Amapola, con desprecio—. No es demasiado hábil con las manos y ha demostrado ser totalmente inepta para manejar elementos valiosos...

Esteban procuraba no mirar a María, pero no pudo menos que cruzar una mirada con ella. Los ojos de la muchacha estaban húmedos.

—... Es gente acostumbrada a vivir en el fango... —prosiguió Amapola—... que se deja tentar fácilmente por los valores ajenos. Tienen tendencia a meterse en el bolsillo, con suma frecuencia, cosas que no les corresponden. No es fácil convertirlos en seres útiles a la sociedad...

Esteban hizo silencio. Si aquello terminaba allí, no habría sido muy costoso.

—Pero yo apostaba a que la conocías de antes, mi querido —sonrió, estremecedoramente, Amapola.

—¿De antes?

—¿Recuerdas aquel valeroso gesto tuyo, en la fábrica, al rescatar una operaria de una segura y horrible muerte?

—Sí... Sí... Creo recordarlo... Ocurre que suelo confundir ese tipo de gestos míos... No han sido pocas las veces en que yo...

—¿Lo recuerdas o no? —tronó Amapola.

—Sí, por supuesto... Aquel ácido...

Amapola caminó hasta la reposera donde se hallaba su prometido, encorsetado por los nervios. Con movimiento grácil se dejó caer, sentada, sobre los muslos de él.

—Muy bien... Ella es la muchacha que salvaste en aquella oportunidad... —Amapola rodeó con sus brazos el cuello del muchacho—... en que, heroicamente no dudaste en arriesgar tu propia vida...

—Caramba... —tartamudeó Esteban—... Es ella... Sucede, que en ocasiones, cuando debo decidir en una fracción de segundo el destino de una vida, no me detengo a fijarme de quién se trata...

El rostro de María, parada junto a la puerta, estaba demudado.

—Me alegro de que esté usted bien, señorita... —le dijo Esteban, procurando sonreír tontamente. Percibía, turbadoramente cerca, el acre olor de la transpiración de Amapola y el roce de la carne firme de su brazo sobre la nuca, el peso de su cuerpo deseable sobre los muslos y la redondez rotunda de los senos frente a sus ojos.

—¡No se retire! —ordenó Amapola a María que, tras musitar un «gracias» a Esteban, había hecho ademán de marcharse—. No le he dado aún la orden de que se retire.

Amapola depositó un beso húmedo y caliente sobre la boca de Esteban, mordiéndolo, según su selvático estilo, hasta hacerlo sangrar.

—Fíjate que... —dijo, apenas desocupó sus labios—... esas historias como la de tu gesto heroico salvando a una doncella suelen terminar todas de una misma forma...

—¿Cómo? —farfulló Esteban, aún con el aliento entrecortado.

—Con el salvador y la muchacha enamorándose locamente...

Esteban se puso de pie como un resorte, lo que motivó que Amapola a punto estuviese de ir al suelo.

—¿Qué cosas se te ocurren, Amapola? —gritó Esteban, enrojeciendo de ira—. ¡Por Dios!

Amapola no pareció arredrarse ante su indignación. Por el contrario, volvió a prendérsele como una rémora, tomándolo del cuello con una mano y pugnando por introducir la otra bajo la resistencia de la hebilla del cinturón.

—Es humano, Esteban —sonrió, pérfida—, cualquiera podría comprenderlo.

—¿Cómo puedes suponer una cosa así, Amapola? —insistió Esteban, sin devolver las caricias—. ¡Eso equivale a conocerme muy poco! ¿Cómo se te puede cruzar siquiera por la cabeza que pueda yo enamorarme de una fregona, de una sucia y mugrienta operaria de aspecto tan mísero como desagradable?

María dio un respingo como si hubiese sufrido el impacto de un latigazo.

Esteban, aprovechando que Amapola hundía su cara para besar su velludo pecho, guiñó un ojo cómplice a María.

—¡Si me arrojé sin vacilación alguna al peligro mortal del ácido —continuó, entusiasta, Esteban— fue porque me movilizaron elementales normas de humanidad! ¡Lo mismo lo hubiese hecho por un perro, por un caballo, por cualquier sabandija despreciable que hubiese estado en trance de perder su vida!

Amapola había logrado abrir por completo la camisa de Esteban y succionaba ahora, frenética, la suave carnosidad de las tetillas. El muchacho, controlado pese a todo, volvió a guiñar un ojo a María. Pero ésta no pareció comprender su intención. Presa de un repentino acceso de llanto, abrió la puerta y huyó del solarium.

—¡María! —Esteban no pudo evitar el grito. Amapola se volvió hacia la puerta como tocada por un rayo—. ¡Ha escapado la muy...! —procuró subsanar Esteban, consciente de lo desgarrador de su llamado.

—Al principio son todas cerriles... —masculló Amapola, empujando a Esteban hacia la reposera— pero yo le haré bajar la cabeza... Tengo evidencias muy importantes en mis manos como para que persista en su rebeldía...

—¿Qué...? ¿Qué le harás? —dijo Esteban en tanto caía cuan largo era sobre la reposera y un instante antes de recibir el cálido peso del cuerpo de Amapola sobre el suyo.

—Será la persona que cuide a mi padre —se contuvo un instante Amapola, como quien recapacita sobre un proyecto placentero—. La encerraré con él como lo pidiera el capitán Lemonade. Y luego enviaré a ambos a un asilo de donde nunca jamás volverán a salir...

—¿A un asilo? —gimió Esteban—. ¡Pero ella es...!

No pudo continuar. Con un rugido, Amapola afirmó su rodilla en la entrepierna del muchacho y de inmediato le mordió bárbaramente uno de los hombros.

Comenzó entonces un forcejeo desesperado donde Esteban procuró zafarse de aquel enloquecido embate pese a que su cuerpo entero le pedía un resarcimiento sexual. Todo terminó cuando la puerta volvió a abrirse y una voz profunda detuvo el ataque de Amapola.

—¡Amapola! ¡Por Dios!

—¡Padre McAvennie! —saltó como un gato, Amapola, procurando recomponer su revuelta cabellera.

—Perdona... Traté de no venir demasiado aprisa... Pero, pensé que ya habrían saciado sus...

—¿Qué lo trae por aquí? —lo hizo pasar, acomodándose la vincha, Amapola.

—Es algo muy urgente, de allí mi premura... —el sacerdote rebuscó bajo su saco de clérigo y tornó a mostrar su mano derecha cerrada ocultando algo en su interior—. Días atrás, estaba dando misa...

—¿En «Génesis 51»?

—No, mi querida, en mi parroquia. Al finalizar el sermón, procedí a pasar el limosnero para recoger las dádivas. Luego, cuando hice el recuento, entre unos anillos de brillantes y otras fantasías de colores hallé esto... —el padre McAvennie mostró un papel prolijamente doblado en su mano—... Un mensaje —los ojos de Amapola y Esteban no se apartaban del mencionado papel—. Allí se me decía que Itsván, tu Itsván, querida... —ahuecó la voz el sacerdote—... ¡está vivo!

Amapola aprobó con la cabeza.

—¿Lo sabías? —preguntó el padre, tal vez algo desilusionado—. Lo sabías. Muy bien... Quienes firman el mensaje son los integrantes de un autodenominado grupo de secuestro. Y allí me dicen que desean contactarse contigo y que lo hacen a través mío dado que yo, de la misma forma en que soy representante de Dios sobre la Tierra, puedo tomar, asimismo, otro tipo de representaciones. Dicen además, que les resulta muy difícil comunicarse contigo por teléfono y aquí ponen... —blandió el papel en el aire—... el sitio y la hora donde desean mantener una entrevista contigo,

absolutamente secreta.

Quedaron en silencio, casi abatidos.

—No podían haber hecho mejor elección —finalizó McAvennie—. El secular secreto de confesión me condena a no revelar jamás nada de lo que puedo haber visto u oído.

Esteban aprobó con la cabeza.

—Permítame el papel —pidió Amapola—. Si tiene un membrete, tal vez podamos dilucidar de dónde proviene.

El sacerdote se lo alargó, con escepticismo. Amapola lo fue desplegando con infinito cuidado, hasta dejarlo extendido ante sus bellísimos ojos. Fue cuando un proyectil blanco, tras destrozar con estruendo el techo vidriado se lo arrancó de las manos. Con sobresalto infinito, Amapola, Esteban y el padre McAvennie miraron aquel objeto que, cual meteoro, había irrumpido en la escena. La pequeña esfera intrusa rebotó contra el piso, golpeó innumerables veces contra las paredes, castigó una reposera y, tras hacer añicos el rebalsado vaso de Esteban, rodó lentamente por el piso. Era una pelotita de golf «Cadmium Spring».

Capítulo XIX

Amapola Vanderhoeven es perseguida hasta en la iglesia

No había muchos fieles en la iglesia, pero cuantos allí estaban se volvieron a mirar hacia la entrada cuando los finos tacos de los zapatos de aquella mujer enfundada en un largo y ajustado vestido negro, resonaron sobre las lustrosas baldosas del piso. Amapola, ya que no era otra la recién llegada, bajó la cabeza como para ocultar aún más su identidad. Era, de cualquier forma, una precaución innecesaria, dado que el ala amplísima de su sombrero negro y el tul oscuro que pendía de ella diluían los rasgos de su bello rostro al punto de tornarlo irreconocible.

Con paso decidido, Amapola se dirigió hacia uno de los confesionarios y se arrodilló junto a él, no sin antes limpiar velozmente con un pañuelo el sitio donde iba a hincarse. Luego aplicó cinco golpes quedos, tres largos y dos cortos, sobre la madera de la ventanilla. Amapola advirtió que ésta se abría y, a través de la retícula formada por las perforaciones percibió el rostro de un hombre y la frívola vaharada del aroma a goma de mascar con sabor guanábana.

—Soy Amapola Vanderhoeven.

—¿La ha seguido alguien?

—No.

—¿Está segura?

—Sí... Bien... en realidad...

—¿No está segura? —acució la voz, advirtiendo la vacilación de la mujer.

—Es que... vine en taxi...

—¿La siguió el taxista?

—No. Vine en taxi ya que no quería despertar sospechas en mi chofer...

—¿Y?

—Dejé el taxi a unas diez cuadras de aquí, para que no supiera mi destino final.

—Muy bien...

—Fue en ese instante cuando comenzó a seguirme un sujeto...

—¿Pudo reconocerlo? ¿Pudo advertir si era un detective?

—No, no... No me di vuelta a mirarlo...

—¿La seguía a distancia, prudentemente?

—No. Todo lo contrario. Estaba como pegado a mi hombro. Y me susurraba una serie de barbaridades...

—¿Barbaridades?

—Sí... frases procaces, groserías, invitaciones perversas...

—¿No podía ser un truco, tal vez?

—Nadie ha podido llevarme a la cama con ese truco...

—Me refiero... ¿No podría haber sido un policía y ocultar así su identidad?

—Lo dudo, su vocabulario no era el que uno espera de un agente del orden.

—¿La siguió hasta acá?

—No lo sé. Apreté el paso para dejarlo atrás. Pensé, asimismo, que mi entrada en la iglesia lo desalentaría. Al menos por respeto a los símbolos de la liturgia.

—¿Podría reconocerlo entre las personas que se hallan en la iglesia? ¿Le sería más fácil si colocamos a todos los feligreses en fila, contra el altar?

—No... Aguarde.

Amapola giró su cabeza con lentitud y recorrió con la vista las figuras reclinadas que se hallaban orando. De pronto, sus ojos dieron con la mirada ensoñadora de un hombre maduro, de finos bigotes, vestido con un gastado traje marrón, quien, tras humedecerse lúbricamente los labios con la lengua le envió un beso frunciendo la boca.

—Es aquél, el de chaqueta marrón.

Amapola percibió movimientos dentro del confesionario. Sin duda su interlocutor se hallaba abocado a espiar al perseguidor anónimo.

—¿Lo conoce usted? —preguntó Amapola, siempre en voz baja, cuando advirtió que el aroma a goma de mascar había vuelto a su cercanía original—. ¿Lo ha seguido a usted alguna vez?

—No.

—Tal vez el error fue mío —se condolió Amapola—. Suelo ser una mujer que ante estas situaciones, actúa con energía y exige al atrevido que se aleje de su lado...

—Señora... la enumeración de sus pecados déjela para otro momento. Me siento en la obligación de recordarle que no soy un sacerdote. Simplemente, hemos aceptado la invitación que amablemente nos ha hecho el padre McAvennie de usar este sitio para conversar con usted, sin peligro de interrupciones molestas.

—¿Él los invitó?

—Los métodos del padre McAvennie para atraer fieles a su rebaño son infinitos, señora. Pero vamos a lo nuestro. No dilatemos demasiado la charla. Ya le hemos notificado que su marido está vivo y en nuestro poder. Si usted lo desea podemos eliminarlo definitivamente o bien devolverlo a su hogar sano y salvo. Intacto.

—Sin una mano.

—Fue un accidente. El precio por ambas posibilidades, muerte o supervivencia, es el mismo: dos millones de dólares.

Amapola percibió un movimiento, con el rabillo del ojo, sobre su izquierda. Miró y vio que su seguidor, el hombre maduro, se había sentado en la punta de uno de los largos bancos de la iglesia, la más próxima al confesionario. Al ver que ella lo miraba, el hombre elevó un par de veces sus cejas, en un gesto que alternaba entre lo insinuante y lo confuso. Amapola giró de inmediato su rostro hacia el ventanuco.

—¿Qué ocurre? —se percató su interlocutor oculto.

—Allí está de nuevo —musitó Amapola.

—¿El de marrón?

—Sí.

Amapola oyó el rechinar de unos dientes.

—¡Podría salir y molerlo a golpes!

—¡Oh, no lo eche todo a perder! —suplicó Amapola—. Debe usted guardar su lugar.

—Son gente que no puede ver una mujer sola sin echársele encima como lobos en celo.

—Sé defenderme —procuró tranquilizarlo Amapola, pero la perturbó un sonido metálico dentro del confesionario, como si alguien hubiese desenfundado un cuchillo.

—Escúcheme, señora Vanderhoeven, si está de acuerdo con la cifra, yo le daré el sitio y la hora en que deberá entregarnos el dinero.

—¿Deberá ser en efectivo?

—Lógicamente. Dólares no numerados correlativamente.

—¿No puede ser su valor en una orden de compra? ¿O el equivalente en objetos de arte?

—¿Joyas?

—Candelabros.

—Ni soñar. Dólares. Si quiere ver a su esposo con vida. O muerto.

—¡No diga eso! ¡Por supuesto que lo quiero con vida!

Un leve chistido atrajo la atención de Amapola.

—No hable tan fuerte —la reconvino el secuestrador.

—No... —se ofuscó ella—... El que me chista es el imbécil de marrón...

Nuevamente la mirada de Amapola había tropezado con la del hombre maduro, que reincidió en lubricarse los labios con la punta de una lengua violácea.

—¿Dónde está? —dentro del confesionario retumbó algo al ponerse de pie el secuestrador y el pequeño recinto de madera labrada se balanceó peligrosamente—. ¡No puedo verlo desde acá!

—Tranquilícese —imploró Amapola—. Sigue allí.

—¿Qué hace? ¿Qué hace?

Amapola aprovechó para estudiar a su admirador, ya que éste, sobresaltado por la oscilación del confesionario, había vuelto su mirada hacia los altares.

—Se toca —informó Amapola.

—¿Qué se toca?

—Se toca.

—Comprendo... ¿No tiene oculto ningún transmisor? ¿No le observa usted ningún audífono, algún grabador? ¿No le sobresale ninguna antena?

—No... No... Es que... —el hombre había vuelto a clavar su mirada de ensoñación en Amapola—. No quiero mirarlo demasiado...

—Olvídelo. Olvídelo. Vamos a lo nuestro...

—Será mejor.

—¿Conoce bien el río Aguarimambo?

—Por supuesto. Bordea uno de los flancos de mi mansión. Además, lo estudié en la escuela superior. No olvide que fui educada en una escuela privada.

—Deberá usted navegar por él, hasta la desembocadura del riacho Carnahúba, donde terminan los predios del Club de Navegantes Solitarios...

—De acuerdo...

—Cuando pasa el amarradero de yates del Club de Pesca, virará a la derecha. Antes de llegar al balneario privado «El Atún», encontrará el casco semihundido de un barco. Deberá esperar allí. Irá sola, pasado mañana a las cinco de la tarde.

—No puedo ir sola.

—¿La acompaño? —la voz, pastosa, sonó casi al lado del oído izquierdo de Amapola, quien no pudo evitar un sobresalto. Al mismo tiempo percibió cómo una mano caliente se le apoyaba en el hombro.

—¿Cómo se atreve? —replicó Amapola, en cuyos ojos destellaba el odio, escapando al contacto de aquel hombre maduro que había superado los límites de la prudencia—. ¡Quite sus sucias manos!

—No quise molestarla... —se disculpó, en tono neutro, el hombre, sin abandonar su postura inclinada, junto a ella—... sólo quiero preguntarle si tardará mucho...

—¡Váyase de aquí, baboso vergonzante! —estalló la voz del secuestrador desde adentro del confesionario, lo que impactó notoriamente al irrespetuoso.

—¡Me estoy confesando! —ardió Amapola—. ¡Y me quedaré aquí el tiempo que sea necesario!

—¿Cuántos pecados tiene para contar? —el hombre volvió a su entonación melosa.

—¡Fuera de acá! —insistió el delincuente oculto—. ¡O saldré y lo destrozaré a patadas!

El hombre retrocedió, alarmado ante la furia divina, pero lo hizo lentamente y sin recuperar por completo la vertical.

—No se apresure —dijo a Amapola, antes de irse—. Puedo esperar... Yo sé esperar...

Amapola se cubrió el rostro con las manos en tanto el intruso retornaba a su posición expectante, en la punta de la banqueta.

—Sigamos, sigamos... —dijo, por fin, Amapola, recompuesta—. ¿De qué estábamos hablando?

—Le dije adónde deberá ir usted con el dinero. ¿Se lo repito?

—No. No es necesario. Pero no podré ir sola.

—¿Por qué?

—No podría manejar un crucero como el mío sin ayuda.

—¿Cuánta gente necesitaría?

—Nunca somos menos de 30.

—No cuente los invitados. Me refiero a la tripulación.

—Con seis me arreglo.

—De acuerdo, pero ellos no deberán saber nada. Ocúpese de que así sea. Y otra cosa, importante...

Amapola, en ese momento, sintió dos golpecitos suaves en el hombro. Sin girar la cabeza, supo que el hombre de marrón volvía a la carga.

—¿Usted viene siempre a esta iglesia? —le escuchó decir. Aquello fue demasiado para el secuestrador. Se escucharon una serie de palabrotas y un golpe violentísimo estuvo a punto de quebrar la mampara de madera que separaba a Amapola y su ocasional admirador del furor del delincuente.

—¡Bastardo hijo de puta! ¡Voy a matarte! —se oyó en toda la nave del templo. Los restantes fieles, pese a estar alejados de la acción, volvieron sus cabezas, azorados, hacia el lugar. Amapola se había puesto de pie, como movilizada por una descarga eléctrica, al ver que las cosas podían pasar a mayores y el hombre maduro, ahora con expresión de espanto, comenzaba a retroceder hacia la puerta en el momento en que el peso de un cuerpo macizo y enfurecido se lanzaba desde adentro del confesionario hacia su puerta haciéndola combarse.

—¿Quién cerró la puerta? ¿Quién cerró la puerta? —pudieron escucharse los alaridos desde adentro del cubículo, mientras el confesionario se sacudía como endemoniado—. ¡Apenas logre abrirla, voy a matarte, sucio degenerado!

Pero ya Amapola no podía oírlo. Había ganado la calle y, a plena carrera, se alejaba del templo. Por su parte, el persistente perseguidor había desaparecido a escape por una puerta lateral. Sólo una viejecilla, con ojos de alarma, atinó a musitar algo al oído de su acompañante.

—Algunas penitencias, aquí... —le dijo— suelen ser duras...

—No creo que se trate de eso —murmuró la otra—. Es que los pecados de esa mujer pueden sacar de quicio al sacerdote más comprensivo, Carmenza.

Capítulo XX

Esteban se aventura en el inquietante Cuarto Amarillo

Si bien el descubrimiento de María en la misma residencia donde moraba su prometida había preocupado a Esteban, los tensos momentos vividos en el solarium lo habían sumido en el desasosiego. Con la percepción propia del hombre que ha transitado los afectos de buen número de mujeres, Esteban estaba persuadido de que su amada María se había sentido lastimada con sus palabras. La muchacha, en su elemental forma de sentir y de interpretar, cavilaba Esteban, no había captado en su real dimensión la escena montada por él.

—Quizás María supuso que aquello que le dije era en serio —tornaba obsesivamente a lo mismo—... y no sólo una maniobra para desviar definitivamente la atención de Amapola y convencerla de que nada ocurre entre ella y yo.

Pero ninguna de estas conclusiones tranquilizaba el hostigado raciocinio del joven. La imagen de los ojos arrasados por las lágrimas de la muchacha, la extemporánea actitud de ella al salir a escape del solarium sin pedir permiso, la torpeza, incluso, de golpearse contra el vano de la puerta, se habían instalado en su memoria y no le permitían alcanzar la paz. Debía ver a María de inmediato.

No obstante, su disimulada búsqueda por todos los confines de «La Gansada» no dio resultados en los días subsiguientes. Consciente de que no debía preguntar por ella para no despertar sospechas, llegó por fin a una conclusión que se le antojó lógica: María estaba ya confinada en el Cuarto Amarillo, junto al padre de Amapola. El problema residía en poder acceder hasta la buhardilla del tercer piso sin que nadie lo viera. Pero pronto, Esteban comprendió que tal precaución sería inútil. Al pie de la escalera que daba al sellado cuarto, se dio de bruces con una patrulla de los hombres de Lemonade.

—¿Qué ocurre, cabo? —preguntó Esteban, severo, advirtiendo que muchos otros bomberos se hallaban apostados en el segundo piso, apuntando sus poderosas mangueras hacía arriba.

—Sus documentos, señor —replicó el cabo, haciendo caso omiso a la pregunta.

—¡Soy uno de los dueños de casa, insolente! —estalló Esteban, percibiendo el extraño goce que brinda el poder—. ¡Quiero hablar con el capitán Lemonade!

Pero el capitán ya se hallaba junto a ellos, atraído por las voces destempladas.

—¿Qué es lo que ocurre, capitán? —insistió Esteban.

—Hemos vuelto a detectar humo proveniente de ese cuarto. Estamos aprestándonos a intervenir.

—¿Intervenir? Ustedes saben perfectamente bien que ese humo proviene de los

cigarros que fuma el padre de la señora Vanderhoeven.

—No nos consta.

—¿Acaso no sabe reconocer el humo de un cigarro? —desafió Esteban.

—Puedo diferenciar el humo que escapa de un plato de frijoles —mordisqueó las palabras Lemonade— del humo que escapa de un plato de arroz, señor De Montepío. Y no por el aroma sino por el comportamiento móvil y la textura del humo. ¡Y no puedo admitir la presencia de un foco de incendio latente en ningún sitio que se encuentre bajo mi mando! ¡Asaltaremos ese maldito cuarto y desalojaremos a quienes se encuentren dentro a sangre y...!

—¿«Fuego», capitán?

—No sea imbécil... Meteré allí el agua que sea necesaria hasta hacerlos salir...

—¿«Hacerlos»? ¿Es que hay allí dentro alguien más que el padre de la señora Vanderhoeven?

—Hay una muchacha que la señora Vanderhoeven asignó a ese viejo incendiario hace ya unos días...

—¿María?

—Amapola. Amapola es el nombre de su prometida, señor De Montepío. No pensaba que pudiera olvidarse usted tan rápido de las mujeres.

—Tengo la cabeza en otra parte... —se tocó la frente, sonrojado, Esteban—. ¡Pero no al punto de permitirle a usted y sus hombres que asalten una habitación que ha sido territorio sagrado por mucho tiempo! ¡Olvida usted que el padre de Amapola es una persona anciana y su salud no soportaría el embate feroz de los chorros de agua helada!

—¡No pretenderá que calentemos el agua antes del asalto!

—¿Han probado ustedes persuadirlos? —optó por variar su ángulo de discusión Esteban, contemplando las hachas que oscilaban, amenazantes, en las manos de los rudos servidores del orden. Lemonade lo miró, abriendo un paréntesis dramático.

—Nos ha hecho saber que resistirá, señor De Montepío —dijo, por fin.

—¿En qué forma?

El capitán Lemonade señaló, con gesto lerdo, hacia el techo. Esteban elevó la vista y observó un sector del cielo raso desprendido ante un impacto, a todas luces, de perdigones.

—Está armado —dijo Lemonade—. Y es un hombre que sabe tirar. Ha sido cazador.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo mis informantes.

Esteban observó hacia arriba, hacia el final de la escalera que conducía a la cerrada puerta amarilla. María estaba en peligro. Aquello podría derivar en una carnicería y había leído la determinación fanática en los ojos del capitán.

—Permítame hablar con él —pidió Esteban. Lemonade lo midió entrecerrando los ojos—. Trataré de convencerlo de que será mejor para todos que acepte ser

trasladado a un asilo. Que allí se sentirá mejor.

—Tendrá que convencer también a la mujer. Ella también debe ir al asilo. Son órdenes de la señora Vanderhoeven.

—¿Ella lo dijo? —se asombró Esteban. Lemonade aprobó con la cabeza.

—Le daré cinco minutos —agregó luego el capitán descubriendo su reloj pulsera debajo de la encerada manga de su capote—. Será la última oportunidad que le brindo a ese viejo miserable. No creo que consiga usted nada. ¿Lo conoce? —Esteban, aferrado ya al pasamanos de la escalera, apoyado su pie izquierdo en el primer escalón, lo miró sin contestar. Lemonade, a su vez, lo miró largamente, haciéndole sentir el peso de la sospecha.

Esteban no aguardó más; en un brinco ambicioso se lanzó escaleras arriba.

Cuando llegó frente a la puerta amarilla, escuchó cómo a sus espaldas, en el piso de abajo, se alistaban los carretes transportadores de las poderosas mangueras de los hombres del capitán. Golpeó levemente con los nudillos contra la puerta amarilla, dos o tres veces.

—María —llamó en voz baja—. María.

Oyó adentro un chistido y cuchicheos sofocados. Luego percibió el chasquido de un percutor, al amortillarse.

—María, soy yo, Esteban —se apresuró a informar. Escuchó entonces unos pasos livianos junto a la puerta, del lado de adentro y, de inmediato, María le franqueó el paso. Apenas la muchacha hubo cerrado de nuevo con llave, Esteban la rodeó entre sus brazos, observando con el rabillo del ojo cómo el anciano no cesaba de apuntarlo. En sus ojos se leía un atisbo de locura. Pero el abrazo no duró más que unos segundos. De un empujón impensable para su magra contextura física, María lo apartó, enérgica.

—¡No me toque! —gritó, precipitando la acción del anciano, quien asestó a Esteban un culatazo en un omóplato.

—¡Déjeme explicarle, María! —suplicó Esteban, cayendo al piso, encogido de dolor.

—¡No tiene usted nada que explicarme! ¡He sufrido la peor de las humillaciones en el solarium!

—¡Fue sólo una patraña, María! —gimió Esteban, desesperado—. ¡Necesitábamos engañar a Amapola!

—¡Mentira! —estalló la muchacha, con los ojos llenos de lágrimas, lo que motivó otro culatazo del viejo sobre Esteban, esta vez en la cabeza.

—¡No podía arruinar todo, María! —gritó desde el suelo, Esteban, palpándose el cuero cabelludo, abierto y sangrante—. ¡Tenía que dejarle bien claro que nada existía entre nosotros!

—¡Nadie me había dicho jamás nada tan atroz y deleznable! —lloraba ella.

Esteban, de rodillas, procuró aferrarse a su falda gris, pero un nuevo culatazo del viejo, esta vez casi en la nuca, volvió a derribarlo.

—¡Estamos muy cerca de conseguirlo, María! —logró, no obstante el dolor, argumentar Esteban, su frente pegada al piso de la buhardilla—. ¡Estamos a un paso de conseguir el dinero para curar, al menos, uno de los ojos de mi madre y con el resto escapar a vivir como reyes en algún lugar alejado del mundo! ¡No lo arruine ahora!

María, apoyada su espalda contra la puerta amarilla, lo observó en silencio. Esteban entendió como un voto de confianza su silencio y, trabajosamente, tornó a hincarse de rodillas.

—Debe creerme —repitió, suplicante—. Debe creerme que dije eso nada más que para salvar nuestra relación.

El anciano había alzado la escopeta para descargar un nuevo culatazo sobre Esteban pero se detuvo ante la actitud dubitativa de la muchacha. María pareció aflojarse, sus rodillas se doblaron y cayó también, hincada frente a Esteban. Tomó con sus manos el rostro transpirado del muchacho.

—Le creo —le dijo, mirándolo a los ojos—. ¡Oh Dios, le creo! —se abrazaron entonces, cruzando un beso corto y apasionado. Ella volvió a mirarlo.

—¿Quién lo ha golpeado así? —preguntó, alarmada, advirtiendo la sangre que se derramaba por detrás de la oreja derecha de Esteban.

—Él —señaló Esteban al anciano, que los miraba con expresión de extrañeza, sin dejar de apuntar—. ¡Cielos! Olvidé que se hallaba él en el cuarto y pienso que he hablado de más. Aunque... —pareció tranquilizarse—... no habla castellano.

—Sí... lo habla... —dijo María—... Pero no lo entiende. No se inquiete por lo que pueda haber dicho en su presencia. Él está más allá del bien y del mal. Es un hombre completamente jugado...

La muchacha, trémula, volvió a besar apasionadamente a Esteban.

—¡Esteban de Montepío! —se oyó, entonces, desde afuera.

—¿Qué es eso? —se alarmó María, poniéndose de pie.

—Es el capitán Lemonade —recordó, incorporándose también, Esteban—. ¡Está esperando una definición!

—Puede decirle que lo he perdonado.

—No... No se refiere a lo nuestro. Espera una respuesta del padre de Amapola. Espera que se avenga a abandonar esta altura sin resistencia y marchar al asilo...

—¡No pueden pedirle eso! Él está decidido a resistir hasta lo último.

Como corroborando lo dicho por María, el anciano había comenzado a acumular sillas y muebles contra la puerta.

—¡Es una locura, María! —suplicó Esteban, en tanto retiraba una de las sillas que el viejo pugnaba por usar de barricada—. ¡No podrán resistir ni cinco minutos! ¡Los bomberos están decididos a todo! ¡Usted debe convencerlo para que se entregue!

El viejo, ahora, en un intento conmovedor, procuraba empujar una enorme biblioteca hasta la entrada.

—¡Esteban de Montepío! —volvió a oírse la voz estentórea del capitán Lemonade

—. ¡Ha terminado su tiempo!

Esteban, apartando a puntapiés un colchón enrollado, apoyó su boca contra la puerta.

—¡Un minuto más! —solicitó a voz en cuello—. ¡Estoy a punto de convencerlos!

—¡Salga de allí o usted también caerá en el ataque!

—¡Le digo que estoy a punto...!

El impacto de la pesadísima biblioteca contra su espalda aplastó a Esteban contra la puerta. Se revolvió como una serpiente.

—¡María! —gritó—. ¡Deje solo a este viejo loco! ¡Venga conmigo! ¡Irá a parar usted también al asilo!

María lo miró largamente, pero no contestó nada.

—¡Esteban de Montepío! —tronó otra vez la voz de Lemonade—. ¡Tiene sesenta segundos para abandonar el objetivo antes de que pongamos en funcionamiento las mangueras!

—María —exclamó Esteban pateando, furioso, un par de almohadones que habían caído a sus pies arrojados por el anciano—. No sé muy bien por qué hace esto, pero, pese a todo, prometo que la sacaré del asilo cuando la hayan confinado allí... No hay nada que el dinero no consiga...

Una sirena, con un aullido estremecedor, pareció sacudir las paredes de la buhardilla. Esteban giró sobre sí mismo e hizo girar la llave en su cerradura. Fue cuando lo aturdió una explosión ensordecedora y, sobre su cabeza, gruesas astillas de la puerta volaron en diferentes direcciones dejando un generoso hueco por donde podía verse el pasillo contiguo. Paralizado, encogido de terror, Esteban pensó en un primer momento que la puerta había recibido un impacto desde el exterior. Cuando oyó, a sus espaldas, el imperativo parloteo ininteligible del viejo, tornó a darse vuelta. El anciano lo estaba apuntando con la escopeta que humeaba de uno de sus cañones y no cesaba de farfullar en su intrincado dialecto.

—¿Qué? ¿Qué dice? —preguntó, jadeante, Esteban a María.

—Dice que no le permitirá salir. ¡Que no es usted otra cosa que un informante de Lemonade y que, desde ahora, será un rehén! ¡También dice otras cosas que no tienen traducción literal!

—¡Convénzalo de que nada tengo yo que ver en esto! —imploró Esteban, sin dejar de mirar los profundos ojos oscuros de la escopeta—. ¡Que soy, tan sólo, un simple intermediario que ha venido a procurar una solución pacífica!

El viejo negaba lentamente con la cabeza, lo que hizo pensar a Esteban que entendía lo que él estaba argumentando. El desgarrador reclamo de la sirena se había silenciado y ahora llegaba desde afuera un silencio cargado de presagios.

—¡Le será imposible a usted mantener esta posición! —decidió Esteban hablar directamente con el anciano—. ¡Ellos destrozarán la puerta con sus hachas e inundarán la buhardilla de agua!

El viejo masculló unas frases apresuradas en su idioma.

—¡Dice que no es fácil conquistar una altura! —tradujo María—. ¡Que él estuvo en el combate de Caporetto, en la Primera Guerra y lo sabe bien!

—¡Piense en sus hijas!... —intentó Esteban—. ¡Usted tiene familia, una familia que lo quiere, que no le ha hecho faltar nunca nada! ¡Piense en Amapola, en Irene!

El anciano apretaba los dientes, negando lentamente con la cabeza.

—... En Irene que... —Esteban rebuscaba en su cerebro la palabra, la frase, el tema justo que disuadiese al viejo de su actitud amenazadora—... que no puede olvidar aquella noche en Lieja... Aquella terrible noche de Lieja...

La repentina dilatación de las pupilas del anciano, su, de pronto, convulsivo cambio en el ritmo de la respiración y el afanoso entreabrir de los ajados labios buscando aire, indicaron a Esteban que había dado con el tema anhelado.

—¿Qué ocurrió aquella noche en Lieja, señor mío? —casi subrayó, en tono acusatorio, Esteban—. ¿Qué ocurría aquella terrible noche de tormenta en Lieja?

El resurgir atronador del sonido de la sirena y el estampido de un chorro de agua sobre los cerrados vidrios del ventanuco que daba al exterior de la casa, no sólo indicaron a los jaqueados ocupantes de la buhardilla que el ataque había comenzado sino que las características de aquella malhadada noche de Lieja volvían a repetirse con certera fatalidad en ese momento.

—Escuche el ruido del agua al caer... —sugirió, dramático, Esteban—. ¿Qué pasó aquella noche como para que su pequeña hija Irene, cada vez que lo recuerda, sufra las alteraciones que sufre? ¿Qué pasó cuando ella, niña aún, entró sin avisar en el cuarto que compartían usted y su señora esposa?

El viejo bajó el cañón de la escopeta y tragó saliva un par de veces. Esteban se adelantó hacia él, victorioso.

—¿Qué pasó aquella...? —comenzó a decir, nuevamente, pero se contuvo. El anciano había comenzado a sufrir arcadas, propias del advenimiento de la regurgitación. Esteban no perdió más tiempo, girando sobre sus talones se arrojó sobre la puerta, la abrió en un santiamén y se arrojó fuera de la buhardilla aguardando siempre la descarga de perdigones que le arrancara la cabeza. Rebotó contra el piso de madera del pasillo y, en tres saltos más, se arrojó por las escaleras que accedían al segundo piso. Aquello no lo esperaban los hombres que componían el piquete de asalto que Lemonade había enviado escaleras arriba en procura del primer embate. El cuerpo de Esteban, como un proyectil disparado a velocidad de vértigo, cayó sobre ellos y todos, unos doce bomberos, se precipitaron hacia abajo, rodando por los escalones, enredados en las mangueras, entre gritos de espanto, furia y sorpresa.

Capítulo XXI

Amapola urde su fatídico plan en «Génesis 51»

La negra limousine corría por la carretera, atravesando la noche, a fantástica velocidad. En el interior, sus tres ocupantes guardaban un silencio meditabundo. Amapola, que se había servido del pequeño bar un largo trago de licor de mbé, sorbía la bebida con expresión ensimismada.

Esteban observaba por la ventanilla cómo se esfumaban en la noche las sombras esbeltas de las palmeras, masapé y nipas. Amapola le había dicho que debía hablar seriamente con él y aquel anuncio tensaba el carácter habitual del calmo muchacho. En el fondo de su ser, sin embargo, una voz diminuta le decía que aquella historia estaba a punto de llegar a su fin. La certeza, empero, no se definía aún como una sensación amarga o tranquilizante.

A la conducción de la poderosa máquina germana se hallaba, como siempre, Berthold, cuya relación con Esteban se había tornado distante. Se ponía de manifiesto, aquello, a simple vista, ya que conducía el coche con su pecho tocando, prácticamente, el volante.

—Me llamó Zina —dijo, de pronto, Esteban, con voz monocorde.

—¿Zina? —frunció el ceño, Amapola.

—Sí... Y... debes ser fuerte, Amapola...

—¿Qué? —la mujer dejó su copa sobre el pequeño bar, irguiéndose como una cobra en el asiento. Esteban la miró profundamente, por un largo instante.

—Debes aceptar esto con entereza...

—¿Qué pasa?

—Me dijo que tiene una enfermedad mortal... Que sus días están contados...

Amapola adquirió una palidez cadavérica, pareció quedarse sin respiración.

—Creo que me dijo «cirrosis»... Algo así. Algo terminado en «osis». No pude prestar demasiada atención —continuó Esteban, más laxo—. Fue tal el impacto de la noticia que quedé aturdido...

—No puede ser... —musitó Amapola—. No puedo creerlo...

—Parece que ella no sabía nada... Fue la última en enterarse... Algún comentario de alguien, inadvertidamente, un rumor que pudo captar en conversaciones ajenas...

—No puedo creerlo...

—Daría la impresión de que es un mal que manifiesta sus letales perjuicios sólo minutos antes de producirse la muerte...

—No puedo creerlo...

Esteban miró a Amapola, en respetuoso silencio.

—¡No puedo creer que ella te haya llamado a ti! —estalló, de repente, Amapola, estrellando su puño contra el bar y haciendo saltar el licor de mbé por los aires—. ¡No puedo creer que haya tenido que llamarte primero a ti y no a mí, que soy su amiga de siempre!

—Este... Amapola... —intentó Esteban, que había saltado en su asiento ante la explosión temperamental de su prometida sin evitar que el licor de mbé cayera sobre su pantalón.

—¿Por qué tuvo que llamarte a ti para decirte algo tan importante y no me llamó a mí, que la conozco desde hace mucho tiempo? —Amapola estaba púrpura de furia.

—Querida... Debes entender... —inclinado, Esteban procuraba enjugar el líquido derramado sobre su ropa con el revés de su corbata de seda.

—¡No entiendo nada! —un nuevo golpe sobre el bar y los vidrios de la copa rota hirieron la mano de Amapola—. ¿Qué me ocultas, gusano miserable? ¿Qué sigue habiendo entre tú y esa puta detestable?

—Pero Amapola... Fuimos novios... Ni siquiera eso... Amigos, tal vez... Es bastante lógico, entonces, que...

—¿Lógico? ¿Lógico que te llame a ti para contarte semejante cosa, antes de llamarme a mí que he sido su amiga de la infancia? ¿Lógico, dices? ¡Te llama para contarte que está por morirse, y no para decirte que se ha anotado en un curso de yoga!

—Amapola... Tal vez procuró llamarte y no...

—¡Si hubiese querido hablar conmigo lo hubiese hecho, Esteban! —agitó su cabellera Amapola, con los ojos enrojecidos, como a punto de llorar—. ¡No seamos tan ingenuos! ¡Sabe perfectamente cómo y adónde llamarme, como las miles de veces que me ha llamado para contarme cuando sus novios la dejaban o me suplicaba dinero para sus abortos, o simplemente me llamaba en medio de la noche para insultarme sin decir quién era o jactarse por el tubo como una perra en celo! ¡Pero si te llamó a ti es porque algo hay entre ustedes y tú insistes en ocultármelo, Esteban!

—¡Te juro que no, Amapola! ¡Querida...! —Esteban adelantó una mano hacia Amapola procurando calmarla.

—¡No me toques! ¡Me has cortado las venas con un vidrio! ¡Me estoy desangrando!

—¡No fui yo, Amapola! ¡Es apenas un...!

—¡Es un tajo que ya lo envidiaría Irene, Esteban! ¡Hazme un torniquete con tu corbata, inútil!

—¡Te juro que no hay nada entre Zina y yo! —Esteban comenzó a quitarse la corbata que ceñía su cuello—. ¡Lo hubo, lo sabes bien, pero ya no hay nada y no sé por qué cuernos decidió llamarme a mí para contarme lo de su próxima muerte en lugar de hablarte a ti!

—No lo sabe... —sonrió amargamente Amapola, como hablando consigo misma y estirando una mano salpicada de pequeñas gotas de sangre hacia Esteban—. ¡Tan

ingenuo que es él! ¡No sabe por qué lo ha llamado a él primero!

—Amapola... querida... —procuró ser conciliador, Esteban—. Supongamos que ella me haya llamado con el oculto fin de recuperarme... ¿De qué le valdría si ella misma me ha dicho que sus días están contados?

Amapola pareció deprimirse, sus hombros cayeron y su vista se perdió a lo lejos. Esteban, con dos tirones enérgicos, terminó de asegurar la corbata sobre el codo de ella.

—Yo sabía que iba a terminar así... —murmuró Amapola—. Pobre Zina. Bebía demasiado. Y... ahora... tiene los días contados... ¿Cuántos?

—Treinta. Treinta y uno, quizás. Según el mes —Esteban se había apoyado de nuevo contra el respaldo—. Ella ignoraba todo.

—La mujer es la última en enterarse.

La limousine se detuvo frente a un edificio solitario sobre la ruta, de líneas atrevidas. Bajo las palmeras que lo rodeaban, podían advertirse muchos coches costosos a la luz de lámparas rojizas. Berthold se bajó presuroso para abrir la puerta del lado de Amapola. Esteban también procuró descender por esa puerta pero estuvo a punto de perder una de sus piernas cuando el chofer cerró de un portazo tras haber bajado la señora Vanderhoeven. Esteban retornó a su lugar, aguardando su turno, ya que ahora Berthold rodeaba el auto. Pero fue vana su espera. Berthold abrió la puerta delantera y se sentó al volante, sin decir palabra. Esteban abrió su puerta y bajó tras Amapola. Sin duda, el chofer seguía aún herido desde el altercado sostenido camino a los corrales de los cerdos.

Cuando entraron al lugar, un torrente de música de *rock* pesado, a un volumen absolutamente insoportable, abofeteó el rostro del muchacho dejándolo inmóvil. Aquel era el famoso sitio bailable, «Génesis 51», propiedad del padre McAvennie, dedujo. Adentro reinaba la oscuridad, haces de luces centelleantes rasgaban las tinieblas y un humo denso escapaba desde abajo de la pista de baile despidiendo un insidioso olor a incienso. Esteban vio, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, que Amapola lo llamaba desde unos metros más adelante. No se explicaba el por qué de esa determinación de ella de llevarlo a aquel sitio. Quizás su prometida, envuelta en innumerables problemas, necesitaba aturdirse, olvidarse de esa maraña de tensiones mediante el primitivo recurso de la danza.

Diez minutos después que se hubieron sentado, a tientas, sobre unos bajos y mullidos sillones, frente a una mesita, Esteban advirtió, por la rítmica apertura de su boca, que Amapola le estaba hablando. Esteban se señaló el oído, advirtiéndole que no la escuchaba. Amapola se acercó y le gritó atronadoramente junto a la oreja.

—¡Tengo que contarte algo!

—¿Cómo?

—¡Que tengo que contarte algo!

Esteban puso cara de asombro.

—Y... ¿piensas que éste es el lugar adecuado para charlar?

—¿Cómo?

—¿Si piensas que éste es el lugar adecuado para charlar? —se desgañitó Esteban.

—¡Precisamente! ¡No quería hacerlo en «La Gansada»! ¡Me consta que el capitán Lemonade me vigila y ha llenado de micrófonos la casa! ¡En este lugar tengo la más absoluta seguridad de que nadie podrá grabar nuestra charla ni siquiera con un micrófono direccional!

—¿Un micrófono qué?

—¡Direccional! —Amapola había hecho bocina con sus dos manos conectando su boca con la oreja de Esteban—. ¡Oye! ¡Los secuestradores se pusieron en contacto conmigo!

—¿Quiénes?

—¡No prestas atención!

—¡Es que no oigo!

—¡Estoy muy débil! ¡He perdido muchísima sangre! —Amapola se arrodilló en el sillón ya que el esfuerzo la agotaba—. ¡Los secuestradores se pusieron en contacto conmigo!

Los ojos de Esteban se agrandaron, despavoridos. Miró en torno, vigilante, e hizo señas a Amapola de que hablase más bajo. Pero Amapola no se arredró. A viva voz le impuso de la conversación sostenida con el secuestrador, en el confesionario.

—¿Les darás ese dinero? —vociferó Esteban.

—¡Sí! ¡Se los daré! ¡No queda otro remedio!

—¿Para qué?

—¿Cómo... «para qué»?

Estebanapuró un trago de daikiri. Su voz comenzaba a flaquear.

—¿Les darás el dinero para que lo larguen o para que lo maten? Ellos te ofrecieron las dos opciones...

—Para que lo... —Amapola contuvo la frase. Había descubierto que allí mismo, a sus pies, casi bajo la mesa ratona, una pareja se manoseaba desvergonzadamente. Se puso de pie—. ¡Vamos a la pista! —ordenó a Esteban.

Ya en la pista, donde se sacudían sin método alguno unas cincuenta personas, comenzaron a bailar sueltos, gritando enloquecidos en círculos concéntricos.

—¡Para que lo larguen! —gritó Amapola junto al oído de Esteban en un momento en que sus cuerpos vibrantes se chocaron. Esteban no dijo nada. Osciló hacia atrás un par de veces como tocado por un rayo, en uno de sus pasos más celebrados, y luego recuperó la verticalidad en una ondulación que, no por violenta, carecía de gracia.

—¡Iremos a la cita con ellos en mi barco! —retornó a desgañitarse Amapola acercándose al muchacho y sacudiendo sus hombros eléctricamente—. ¡Pero lo conduciremos nosotros! ¡No quiero que nadie más sepa del asunto!

—¿Nosotros?

—¡Sí!

—¿Y esperas que yo te ayude en este trance, Amapola? —Esteban planeó junto a la oreja izquierda de ella en medio de una parábola amplia descripta con ambas manos elevadas al cielo.

—¡Eres mi prometido!

Esteban atrapó a Amapola violentamente por la cintura sin traicionar el ritmo endemoniado de la música. Tras sacudir espasmódicamente su pelvis un par de veces, Esteban arrojó a su compañera con violencia contra las otras parejas, pero evitó el choque inminente mediante un viril tirón de la muñeca de ella. La atrajo y quedaron cara a cara.

—¡Con el dinero que les vas a dar a esos delincuentes, se alejan por completo las posibilidades de que, algún día, me facilites esa suma para la operación de mi madre! ¿Te he dicho que mi madre se está quedando ciega?

—¡Me lo has dicho! ¿Cómo está ella?

—¡Se está quedando ciega! —Esteban, prácticamente sin voz, deslizó a su pareja bajo sus propias piernas, girando luego y dibujando ambos una figura de plasticidad y bravura notorias. Ya los restantes bailarines habían dejado de danzar, haciendo círculo en torno a ellos, para contemplarlos. Una monja de la orden de las Carmelitas Descalzas pasó oscilando como una brizna al viento.

—¡Eso... por una parte...! —el dedo índice de Esteban, que había señalado obcecadamente el techo al ritmo de la música, descendió ante los ojos de Amapola, como para iniciar una enumeración—. ¡Además, significaría el retorno de Itsván, tu esposo, y mi consiguiente desplazamiento!

Amapola sacudía ahora espasmódicamente su cabeza, en una actitud que no podía identificarse como de asentimiento o de lealtad hacia la música.

—¿Y pretendes que yo te ayude como un fiel y obediente amigo? —se desgañitó Esteban, ante las palmadas aprobatorias y rítmicas de aquellos que les hacían círculo admirativo—. ¿Acaso olvidas que soy un ser humano?

En los ojos de Amapola restalló de pronto el relampagueo del odio. Fue un relumbrón más entre los miles de destellos enceguedores que disparaban las líneas de láser y los focos estroboscópicos, pero resultó estremecedor para Esteban. Amapola se fue alejando un tanto del muchacho oscilando sus caderas y luego vociferó con toda la potencia de sus pulmones.

—¡Quiero a mi marido para matarlo! ¡Para eso lo quiero! —las palmadas de los circundantes se hicieron más sonoras y vibrantes—. ¡Quiero darle muerte con mis propias manos!

Esteban, animado, saltó hacia su pareja, la tomó del cuello y ambos iniciaron una voltereta acrobática. Al final de la misma, Esteban salió disparado sobre la pista resbalando sobre una de sus rodillas hasta dar contra un joven clérigo enrolado en la Orden de los Benedictinos que bailaba, al parecer, ajeno al mundo terrenal. Esto pareció ser un indicativo para el resto de los presentes que, cerrando el círculo, volvió

a cubrir la superficie de la pista. Esteban y Amapola lograron encontrarse luego de haber pasado unos largos minutos.

—¡Pensé que sentías afecto por tu ex marido! —dijo Esteban.

—¿Afecto? ¿Afecto, yo, por ese impotente? ¡Lo detesto! —respondió ella apenas hubo echado sus brazos al cuello del joven, que no pudo reprimir un gesto de asombro ante lo que oía—. ¡Si yo les entrego el dinero para que jamás me devuelvan a Itsván, esos delincuentes pueden volver a extorsionarme con el mismo tema en cualquier momento! Si yo les entrego el dinero para que sean ellos mismos los que lo eliminen, jamás sabré si han cumplido su palabra y yo no tendré paz pensando en que Itsván puede volver a reclamar lo suyo. Les daré el dinero contra la entrega de Itsván y luego, nosotros mismos, le daremos muerte.

—¿Nosotros?! —Esteban, alarmado, se desprendió de los brazos de su prometida.

—¡Nosotros! —Amapola se alejó, danzando—. ¿No está en juego, acaso, el dinero para la operación de tu madre, también? ¿No está en juego, acaso, nuestro futuro matrimonio?

Esteban apretó los dientes, en tanto practicaba un enérgico paso que marcaba nítidamente la protuberancia de su cadera izquierda.

—¡Piensa que estamos hablando de un crimen, Amapola! —gritó—. ¡No me gusta nada este asunto!

Pero Amapola no lo escuchó. Cerrados los ojos, revueltos los cabellos, su abstracción por la danza no le había permitido advertir que allí, muy cerca suyo, un hombre maduro, de gastado traje marrón, de finos bigotitos lubricándose de tanto en tanto sus impúdicos labios rosados, bailoteaba en la pista sin quitarle los ojos de encima.

—¡Saldremos mañana bien temprano, en mi yate! —informó Amapola, cuando se topó de nuevo con Esteban, tras haber danzado fugazmente con dos ocasionales parejas—. ¡En busca del lugar de la cita con los secuestradores!

Esteban no alcanzó a rebatirle. De inmediato, Amapola tornó a perderse entre los bailarines, elevados sus brazos, algo marcada, como si un hilo invisible los hubiese enlazado por las muñecas desde el techo. Describió un amplio giro siguiendo el perímetro de la pista chocando con algunas parejas.

—¡Recuerda! —alertó, Amapola, ya de vuelta—. ¡Mañana, a las seis, en mi crucero, en el muelle de «La Gansada»!

Tan aturdida estaba con la furia del sonido y los giros que había impreso a su propio cuerpo, que no advirtió que no había deslizado esas palabras junto al oído de Esteban, sino junto a una de las orejas del hombre de marrón, que no le quitaba la vista de encima ni cesaba de humedecer sus labios de particular impudicia.

Capítulo XXII

El «Circe» acomete un viaje desgraciado

Al día siguiente, cuando todavía no se habían despejado las tinieblas de la noche, Esteban se hallaba a bordo del «Circe». Muñido de una linterna; revisaba palmo a palmo los detalles del esbelto crucero, interiorizándose de sus secretos y procurando individualizar el timón entre aquel cúmulo de obenques, brandales, amantillos, burdas, acolladores, espigas, motones, cuadernales, guardacabos y cadenotes.

Desde el preciso instante en que Amapola lo había anoticiado sobre la proximidad de la operación, un sentimiento de alarma dilataba aún más los luminosos ojos del muchacho, ahora bajo la severa protección de la visera de su gorra de capitán. Alarma que se había acrecentado ante el conocimiento de que debería ser él quien condujese el «Circe» ya que, Amapola, preservando el viaje de cualquier tipo de testigos, había prescindido de otros tripulantes. No obstante Esteban había llegado a la conclusión, en tanto estudiaba con atención obsesiva un ojo de buey, de que se hallaba decidido a todo. Por recuperar el preciado don de la vista para su anciana madre, se sentía capacitado para quitar la vida a una persona y hasta a dos si la emergencia lo exigiera. Abrió de un tirón una cajonera y una tumultuosa catarata de rollos de papel cayó sobre su pecho. Tomó uno, sujetó la linterna cruzándola bajo su cinturón con el haz de luz hacia arriba y desenrolló con esfuerzo uno de los papeles. Debía estudiar con la mayor premura posible algún mapa sobre el curso del río, ya que el Aguarimambo se empecinaba en contorsionarse como una víbora en infinitos meandros.

—En la naturaleza no existe la línea recta —se consoló Esteban, repitiendo una frase que había escuchado en alguna parte. En eso, percibió un sonido apagado, como el golpear de algo acolchado contra una pared cercana. Se mantuvo inmóvil, conteniendo la respiración, mientras devolvía la carta náutica a la pila de rollos. Volvió a escuchar algo. El deslizarse de un cuerpo sobre una superficie plana. Los ruidos venían desde abajo, del nivel inferior, de alguno de los camarotes. Buscó con sus ojos un arma, un garfio quizás, un arpón, pero nada pudo hallar en medio de la oscuridad imperante. Oscuridad que le resultaba un tanto insólita ya que tenía el rostro bañado de luz debido a la linterna que, desde su cintura, lo iluminaba. Con cuidado extremo comenzó a bajar la estrecha escalera de madera, abandonando la timonera comando. Se encontró en un amplio ambiente que bien podía ser, dedujo, el estar-*dinette* de la embarcación. Unos metros más allá, se veía luz a través de las acanaladas tablas de una puerta cerrada. Hasta allí se deslizó, tropezando en más de una ocasión con objetos pesados. Llegó hasta la puerta y apoyó su oreja derecha sobre la madera. Escuchó, ahora sí, nítidos, nuevos sonidos: una respiración agitada,

un crujir ominoso.

—¿Quién está allí? —optó por abandonar la precaución e imponer su autoridad de capitán. Se hizo un corto silencio del otro lado y luego volvió a oírse la respiración agitada.

—¿Quién está allí? —volvió a urgir Esteban, aumentando el tono imperativo de la requisitoria. Un murmullo confuso fue toda la respuesta. Un murmullo como el que puede emitir una persona que no posee el total dominio de sus cuerdas vocales. Pero sonaba a un intento de respuesta. Esteban decidió no aguardar más. Allí atrás había alguien en apuros, quizás un ser humano atado y amordazado como un animal. Abrió la puerta de un tirón y lo recibió un alarido de espanto. Frente a él, con ojos desorbitados por el temor, estaba Irene. En su generosa boca, aún abierta, podían verse los restos reconocibles de un bocado de sándwich, partes de él pendiendo del labio inferior. Una brizna de jamón, incluso, se había adherido ahora a la mejilla derecha de Esteban, impelida hasta allí por la violencia del grito. Irene, de pie, lograba retener a duras penas entre sus voluminosos brazos un bolso «Mandarina Duck», negro, repleto de alimentos, pese al pavor que le infundía aquella fantasmal figura masculina que, desde la oscuridad del contiguo comedor del «Circe», la contemplaba con el rostro deformado por la luz que le llegaba desde abajo.

—¿Irene? —bramó Esteban—. ¿Qué haces aquí?

Irene no pudo contestar, continuó mascando su sándwich en tanto intentaba con balbuceos e interjecciones, aclarar algo.

—¡Te he hecho una pregunta, Irene! ¿Qué demonios haces aquí? —insistió Esteban entrando al camarote. Irene se sentó, sin prestarle demasiada atención mientras proseguía mascullando frases incomprensibles y sacaba del bolso un embutido de dimensiones pornográficas. De improviso, algo congeló la sangre de Esteban. Una mano se había depositado sobre su hombro izquierdo. Giró con la velocidad de un rayo. Frente a él, luciendo un voluminoso chaleco salvavidas, se hallaba Amapola, que había tenido el tino de encender la luz del comedor del crucero.

—¡Amapola! —rugió Esteban—. ¡Tengo que hablar seriamente contigo! —cerró la puerta que daba al camarote donde se hallaba Irene y tomó a Amapola de un brazo—. ¡Me habías dicho que no querías testigos en esto! ¡Que afrontáramos este sucio asunto los dos solos!

—No puedo abandonar a Irene, Esteban.

—¿Por qué?

—Está tratando de matarse.

—¿Cómo... «está tratando de...»?

—¿No lo has visto? Ha decidido matarse comiendo. Hace dos días que no para de hacerlo. Es el mismo problema de bulimia...

—¿Quién es ella? ¿Una amiga de Irene?

—No. Bulimia es una enfermedad que mi hermana ya tuvo.

—Y... ¿qué ganas con traerla?

—Al menos puedo controlar que no coma cosas que le hagan mal... —Amapola observó con atención el rostro del muchacho. Luego extendió la mano y tomó el trozo de jamón que permanecía pegado a su mejilla—. ¿Ves? ¡Esto! ¡Esto no debe comer Irene! ¡Le hace pésimo! ¡Ahora mismo se lo diré!

Esteban la contuvo tomándola de una muñeca.

—¡Pudiste no haberla traído! —insistió—. ¡Nuestro viaje será muy corto!

—Esteban... la muerte sobreviene en una centésima de segundo. Por otra parte, sería sospechoso que saliésemos a navegar nosotros dos solos.

Esteban se disponía a rebatir el argumento de su prometida cuando un sacudón los lanzó a ambos contra un costado. Un ronroneo enérgico comenzó a oírse.

—¿Qué es eso? —ladró Esteban—. ¡Alguien ha puesto en funcionamiento los motores!

A toda carrera cruzó el coqueto comedor y se lanzó escaleras arriba hasta alcanzar la cabina de mandos. Al llegar allí vio a Sergio, con expresión temerosa, junto al timón, tomándose las manos y enrojecido el rostro.

—¿Quién dio contacto al motor? —bramó Esteban. Sergio hizo ademán de cubrirse de un posible golpe en la cabeza. Amapola, que había llegado corriendo detrás de Esteban, alcanzó la consola de controles y volvió a su lugar una manivela. El zumbido del motor cesó.

—No lo vuelvas a hacer —amenazó entre dientes a su hermano. Sergio se encogió de hombros. Esteban bufaba de rabia.

—Vi un cangrejo —le dijo Sergio.

—¿Dónde? —se alarmó Esteban mirando frenético al piso en derredor.

—Cuando veníamos para acá. En el muelle. ¿No es cierto, Irene? —preguntó Sergio a su hermana, que había aparecido también, con un trozo de cordero frío entre los dientes. Irene aseveró con la cabeza emitiendo una serie de sonidos ahogados, al tiempo que despedía pedazos de comida por los labios entreabiertos.

—Amapola —reclamó Esteban—, quiero hablar contigo. Bajemos. —La gorra de capitán lo imbuía de un desconocido sentido de mando. Bajaron nuevamente al nivel inferior—. ¡No me dirás que tenemos que llevar a ese infradotado con nosotros!

—¡No te permito que hables así de Sergio! —se ofendió Amapola—. ¡No te permito que hables así de mi familia, que es lo más preciado que tengo en la vida! Por otra parte, te repito que debemos simular que se trata de una excursión de placer. He traído hasta cañas de pescar para Sergio.

—Quiere decir... —suspiró Esteban—... que además de tener que lidiar con esos delincuentes deberé ocuparme también de preservar la vida de tus hermanos.

—Tú ocúpate de conducir —lo señaló Amapola, enérgica. Había comenzado a quitarse el chaleco salvavidas inflable—. ¿Piensas que podrás hacerlo?

—Desde anoche, siento, vivo y actúo como un marino de ultramar. No creo que esto sea tan diferente a conducir un auto. He manejado tractores, inclusive.

—¿Confías en llevarnos hasta el Club de Navegantes Solitarios? —Amapola con

su chaleco en la mano, se había detenido ante la puerta de un guardarropas. Apenas la abrió, lanzó un grito que paralizó a Esteban. Cuando éste logró sobreponerse y correr junto a Amapola, ya se escuchaba por las escaleras el tropel de Sergio e Irene acudiendo al conjuro del alarido. Esteban pudo percibir, dentro del guardarropas, entre la oscuridad de los estantes y la estrechez de las prendas colgadas, un rostro cadavérico, surcado por arrugas, con los ojos cubiertos por unos desmesurados lentes negros.

—Sobre esto quería hablarte, Amapola —titubeó Esteban—, he traído a mamá con nosotros.

—¿Tu madre? —explotó Amapola—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a mezclar en esto a un miserable desconocido?

—¡No es un desconocido, Amapola! ¡Es mi propia madre y se está quedando ciega!

—Y... ¿Qué hace ahí adentro?

—Estaba buscando el baño... —se oyó la plañidera voz de la vieja.

—No puedo dejarla sola en casa, Amapola —argumentó Esteban—. Son ya innumerables las veces que se ha caído al sótano.

—¿Buscando el baño?

—No. Creyendo que es la escalera que va a la terraza. Ha perdido el sentido de la orientación.

—¡Lo que ha perdido es el sentido del ridículo!

—¡Después de todo tú también trajiste a tus hermanos!

—¡Oh, Dios mío! —se acongojó Amapola—. No había visto una tripulación así desde el Arca de Noé.

—Los cangrejos —preguntó Sergio, pensativo—, ¿son más rápidos que las arañas?

Una hora después, el «Circe», con infinita cautela, se alejaba lentamente de la pequeña cala. Al timón, Esteban, resaltando sus músculos bajo la remera de mangas cortas a rayas horizontales azules y blancas, transpiraba profusamente. Empezaba a hacer calor y un vapor lechoso se elevaba desde la superficie del río. La mañana apuntaba clara y la visibilidad era buena.

—¿Puedes hacerlo? —consultó, tensa, Amapola. Esteban se mordió los labios y asintió con la cabeza.

—Mira si viene alguna lancha —dijo—. ¿Has quitado las amarras?

—No —dijo Amapola.

—¿No has quitado las amarras?

—No. Digo que no viene nadie. Podemos salir. Llévalo hacia el centro de la cala.

—Lo tengo dominado —sonrió trabajosamente Esteban, limpiándose la transpiración de la palma de una mano sobre el pantalón blanco. Modificó un poco el

rumbo con un leve movimiento del timón. El motor respondía con un zumbido satisfactorio.

—¡Llévalo más hacia el centro de la cala, Esteban! —lo sacudió por el hombro, Amapola—. ¡Hay rocas a los costados! Rocas sumergidas. No puedes verlas.

El yate se movía con lentitud de mal sueño.

—¿Tienes el pronóstico meteorológico? —masculló Esteban—. ¿El ciclo de mareas? ¿El itinerario de los ciclones? ¿La influencia de la corriente del Niño?

—¡No vayas tan rápido, Esteban! ¿No puedes darle un poco más de potencia a esos motores? Parece que se van a detener.

—¿Quieres dejarme en paz? Fíjate si...

—Apunta al medio de la salida. No pierdas de vista la proa. No muevas tanto ese maldito timón.

—¡Cállate! ¿Qué es eso? —empinándose sobre los controles, Esteban señalaba algo en el agua, a través del parabrisas.

—¡Una roca! ¡Apártate!

—¡Es una tortuga! La reconozco por el carey de su caparazón. Una tortuga de agua.

La mancha oscura en el agua desapareció bajo el casco, a proa. Quedaron en silencio. De pronto, se escuchó un sonido áspero, profundo y prolongado que se fue magnificando hasta convertirse en un trueno.

—¿Qué fue eso? —gritó Amapola—. ¡El casco! ¡Una roca nos ha abierto el casco!

—Fue Irene que eructó —se oyó a Sergio. Esteban y Amapola miraron a Irene con expresión de odio.

—Perdón —pareció barbotar ésta, cubriéndose tardíamente la boca llena.

—¡Maldita imbécil! —rugió Amapola, empapada en sudor—. ¡No vuelvas a hacerlo!

—¡Silencio! —se impuso Esteban—. Estamos saliendo.

De pronto el yate tuvo un sobresalto, simuló frenarse, dio un corcovo y continuó su marcha al tiempo que un bramido agudo y afligente retumbaba en su casco Camper & Nicholson. Todos miraron a Irene, pero ella no había sido.

—¿Qué fue eso? —gimió Amapola.

—Nada. Nada. No ha pasado nada —la tranquilizó Esteban.

—¡Hemos embestido una roca sumergida! ¡La hemos embestido!

—¡Nada de eso! —perdió su apostura Esteban—. ¡Puede haber sido el embate de un alga, de un sargazo! Pero no hemos sufrido nada.

—¡Es que no sabes navegar! ¡Ojalá estuviese acá Analfas, en tu lugar! —clamó Amapola, recordando una antigua relación suya.

—¿Analfas, no? —sonrió cínicamente Esteban—. «El Rey del Acero». El mismo que desapareció con tu vajilla de acero inoxidable y la grifería del baño cuando...

—¡Hemos embestido un acantilado! —se empecinó Amapola pese al discurrir

sereno de la nave.

—Puede haber sido la tortuga —teorizó Esteban—. Son quelonios sumamente curiosos y esa misma curiosidad suele llevarlos a la muerte. El girar de las hélices los atrae como el azúcar a las moscas. Las confunden con el aleteo de las libélulas, su alimento preferido por antonomasia. Debemos haberla destrozado, de allí el bramido.

Sergio aspiró entre dientes, frunciendo el ceño, horrorizado.

—Deberás acostumbrarte, muchacho —recomendó Esteban—. No es la del marino una vida fácil.

Tres horas después el sol ya estaba alto y su calor apretaba bastante. El «Circe» navegaba a buen ritmo por los riachos y, desde la cabina, Amapola oteaba preocupada los flancos de la rivera.

—Hace rato que deberíamos haber pasado «La Cabaña de Pescadores» —dijo.

—¿Qué los habrá llevado a elegir el «Club de Navegantes Solitarios» como lugar de encuentro? —preguntó Esteban, atento siempre al timón—. Un club no parece ser el mejor sitio para una cita secreta.

—Está abandonado —replicó Amapola sin dejar de observar la costa—. Al principio ese club pareció una buena idea. Reunieron como a 300 socios. Pero pronto se dieron cuenta de que aquello era impracticable. Todos solicitaban mesas individuales en el comedor y se la pasaban jugando solitarios durante horas. Había quienes se encerraban en las cabinas telefónicas y hasta jugaban al tenis sin compañeros, practicando contra las paredes. El mismo cuidador se metía en la caseta de las herramientas de mantenimiento y era inútil pedirle que saliera. Poco a poco el club se fue viniendo abajo y hoy no es más que un predio fantasma.

Quedaron en silencio.

—Hace una hora que debería haber aparecido la rada del Club de Remo —apretó los puños Amapola—. Creo que estamos perdidos.

—No lo estamos. ¿No dijiste que debíamos ir siempre hacia el Norte? Hemos ido hacia el Norte.

—Estamos perdidos —se cubrió la boca con las manos, Amapola— y sólo hemos traído alimentos para una semana. A menos que nos incautemos de los de Irene, con lo que tendríamos para un mes. Pero ella dará pelea.

—Dijiste hacia el Norte y hemos ido hacia el Norte.

—Hay sectores del río que están llenos de troncos. Uno solo de esos troncos que nos acierte en el casco, nos hunde.

—¡No he visto ninguno de los troncos que tú dices! —se molestó Esteban.

—¿Y... quién me asegura que hemos ido hacia el Norte? —sorprendió Amapola, con enojo—. ¿Cómo puedo saber si has ido hacia el Norte? ¿Tienes una brújula, acaso?

—¡No necesito una brújula! ¡Reconozco el Norte por su atracción magnética! ¡Lo

siento en mi equilibrio, en mi cabello!

Pero Amapola ya había regresado con una pequeña brújula de bolsillo. La destapó frente a los ojos de Esteban. Este la miró largamente, como hipnotizado.

—¿La entiendes? —apuró Amapola—. ¿Sabes cómo usarla?

Esteban no contestó, tragó saliva, se puso blanco y llevó una de sus manos a su pecho.

—Oh... cielos... —alcanzó a musitar y, apartando a Amapola, salió tambaleante de la cabina. A través de los vidrios, Amapola lo vio inclinarse sobre la baranda, hacia el agua. Pero otra cosa reclamó su atención: un par de golpes sordos se oyeron llegando desde abajo.

—¿Qué es eso? —se asustó. Se oyó otro golpe, más fuerte. Esteban, pálido, había vuelto y se hallaba apoyado en la puerta de entrada a la cabina, escuchando también.

—¿Dónde está Sergio? —preguntó.

—Está pescando —descartó Amapola. De inmediato los golpes se hicieron ensordecedores y continuos. Hasta Irene, que se hallaba tomando sol afuera con un trozo de torta de guindas en la mano, llegó a la cabina con expresión de alarma.

—¡Es un tronco, Esteban! —gritó Amapola—. ¡Es un tronco que se ha enredado en la hélice y va a destrozarnos el casco!

—¡Toma el timón, Irene! —señaló Esteban y, sin esperar a que su orden fuese cumplida, se abalanzó escaleras abajo, hacia los camarotes.

—¡Tú tienes la culpa por haber abandonado el timón! —alcanzó a recriminarle Amapola antes de seguirlo.

—¡Tú! —replicó Esteban, bajando—. Que me muestras cosas que... —Sus palabras fueron ahogadas por el estruendo de los golpes, que de pronto cesaron. Amapola terminó de bajar los peldaños y vio a Esteban sosteniendo la abierta puerta del guardarropas.

—Habías dejado encerrada a mi madre —silabeó el muchacho mirando a Amapola con rencor.

—Ella no quiso salir, Esteban. Además, puede ser un lugar más que seguro, en un barco, para una persona que no ve...

Esteban ayudó a abandonar el estrecho guardarropas a la anciana, sosteniéndola por un brazo. Asunta se veía macilenta y respiraba agriadamente, oprimiendo su pecho magro con una mano surcada de venas azules. Los lentes negros parecían más oscuros sobre la cara blanca.

—Se estaba quedando sin respiración, Amapola —culpó Esteban.

—Primero se estaba quedando sin vista, ahora se está quedando sin respiración. Deberías llevarla a un especialista en problemas pulmonares, no a un oculista.

Esteban optó por no contestar. Con infinito cuidado ayudó a su madre a trepar las escaleras hasta la cabina. Allí la dejó sentada en una de las banquetas que flanqueaban el timón y luego, reemplazó en éste a Irene.

—¿Estás bien allí, madre? —preguntó Esteban.

—Sí, hijo. ¿Ya estamos en el barco?

—Sí.

—¿Y cuándo llegamos?

Los ojos de Esteban buscaron los de Amapola y los halló cargados de odio.

—Pronto, madre. Muy pronto.

Amapola se acercó a él, apoyándose en la consola de mandos.

—Sabes que no es así. Estamos perdidos, Esteban —susurró—. Este es un viaje que usualmente no lleva más de media hora. ¡Y hace ya seis que salimos de «La Gansada»! ¡Esto me pasa por confiar en ti! ¡Hace más de dos horas que no veo ni un solo ser humano en la costa!

—Amapola... —procuró contemporizar Esteban—. No olvides que yo sienta, vivo y actúo como un marino de ultramar. Quédate tranquila. Debemos estar a punto de llegar. ¿Has pensado cómo...? —Esteban miró en derredor—. ¿Dónde está Irene?

—Afuera.

—¿Has pensado cómo eliminar a Itsván, tu esposo?

—Será simple, Esteban. Itsván está judicialmente muerto. Para la compañía de seguros, por ejemplo, él no existe. Nosotros, a lo sumo, lo único que haremos será normalizar su condición. Apenas nos lo hayan devuelto con vida, lo traeremos al barco. Yo te presentaré como un navegante contratado para conducir el «Circe». Le suministraremos entonces un somnífero. Un par de pastillas que deslizaré en su copa de *champagne*, cuando brindemos por su liberación. Luego será fácil. Lo arrojaremos dormido al agua. Las pirañas harán el resto del trabajo.

—Eres maravillosa. —Esteban la miró embelesado. En ese instante, un chasquido violento contra el piso de la cabina sobresaltó a ambos. Cuando se volvieron, estremecidos, Sergio los miraba con expresión contenta. Un pez bigotudo, de unos cincuenta centímetros de longitud, se contorsionaba sobre el pulido suelo chapoteando en un charco.

—Lo pesqué —dijo el muchacho, ufano, con la caña aún en la mano. Amapola miraba el pescado con expresión de asco.

—¡Llévatelo! —ordenó a su hermano—. ¡Llévatelo antes de que lo vea Irene!

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó la madre de Esteban con una sonrisa indecisa.

—Un pescado, madre. Un pescado.

—¿Un pescado? ¿Ya estamos en el barco?

Nadie le contestó. Sergio se agachó a recoger su presa.

—Voy a pescar otro —anunció. Y bajó por las escaleras, rumbo a los camarotes. Esteban volvió la vista hacia el curso del río. La vegetación a los costados era cada vez más abigarrada y copiosa.

—Sígueme contando tu plan... —pidió Esteban—. ¿Ya se fue Sergio?

—Sí. Bajó a los camarotes.

—¿No dijo que iba a seguir pescando?

—Sí... Y bajó las escaleras.

—¿Y de dónde vino con el pescado? —preguntó, trémulo, Esteban. Los hermosos ojos de Amapola se agrandaron.

—De... de abajo...

—¡Vayamos a ver! —gritó Esteban. Amapola salió a escape hacia la escalerilla y Esteban procuró hacer lo mismo, pero sus manos quedaron adheridas firmemente al timón. El muchacho exhaló un quejido cuando sus hombros crujieron ante el tirón salvaje que lo retuvo.

—¡Esta es la imbécil de Irene! —gritó mientras procuraba desprender sus dedos de las agarraderas de madera—. ¡Dejó el timón cubierto del almíbar de su torta! ¡Voy a matarla!

Tras un corto y sobrehumano esfuerzo, Esteban pudo arrancar sus palmas de donde estaban pegadas. De un salto atrapó a su madre por los hombros, la puso de pie y la situó frente al timón.

—¡Manténgalo firme, madre! ¡No lo deje girar en vano!

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —parecía a punto de romper en llanto Asunta.

—¡El timón!

—¡¿El timón?! ¿Ya estamos en el barco?

Esteban no pudo contestarle. Estaba junto a Amapola, en el nivel inferior, en la sala de máquinas y ambos, con desesperación, observaban a Sergio, caña en ristre, los tres con el agua hasta los tobillos.

—¡Oh Dios! —se persignó Esteban.

—¡Te dije que habíamos chocado con un arrecife al salir de la cala! —le gritó Amapola, a punto de estallar las venas de su largo y elegante cuello—. ¡Te dije, pero no me creíste! ¡Escuchamos el ruido!

—Estamos en dificultades... —se permitió calcular Esteban contrito.

—¡Lo atribuiste a una tortuga! ¡Nos engañaste con el viejo y ridículo recurso de la tortuga!

—¡Silencio! —reclamó Esteban—. ¡Escucha!

—¿Qué quieres que escuche? —Amapola no podía contener su indignación.

—No se oye el ruido del motor... —Esteban miraba hacia arriba—. Mi madre... ha tocado algo...

Sin reparar en el golpe de puño que le arrojaba Amapola, chapaleando en el agua que crecía segundo a segundo, Esteban se lanzó de nuevo en procura de las escaleras. Al pasar por el comedor tropezó con Irene. Esta le señaló el interior sin luz de la heladera, procurando transmitirle algo a través de sus mofletes hinchados por la comida. Esteban comprendió que se habían quedado sin energía eléctrica. El agua, sin duda, había alcanzado los generadores, provocando un cortocircuito.

Cuando llegó a la cabina, jadeante, su madre estaba rígida, aferrada aún al timón pero en posición casi horizontal, los pies en el aire. La auxilió de inmediato, restituyéndola a su asiento. Pero comprendió de inmediato el problema. Miró a Amapola, que llegaba tras él, con expresión abatida.

—Estamos a la deriva —le dijo. Amapola observó el entorno. El silencio que llegaba desde la jungla circundante era agobiador. No tenían motores como para procurar alcanzar la ribera. El crucero comenzaba a cambiar su posición en el río como una hoja errática. Sólo restaba aguardar que el agua que entraba lentamente por el rumbo hendido en el casco los echase a pique. La noche comenzaba a cernirse y no contaban con luz eléctrica.

Capítulo XXIII

Irene revela toda la verdad sobre la noche de Lieja

Un recuerdo impiadoso volvía siempre a la memoria de la perversa Amapola Vanderhoeven la noche en que, bajo sus pies, el «Circe» se hundía lentamente.

El crucero había detenido prácticamente su divagar y estaba ahora inerte, en un río que parecía un lago. La embarcación había comenzado a inclinarse de popa pero el desnivel no era pronunciado. La oscuridad era densa, como así también el calor y un colchón fantasmal de niebla espesa flotaba sobre la superficie del agua. Tal era su consistencia que daba la impresión de que podría tomarse con una mano y desgajarlo en guedejas algodonosas con sólo proponérselo. Y era eso lo que intentaba, silencioso, desde hacía unas horas Sergio, en la proa del «Circe». El resto de los tripulantes del desventrado crucero se hallaba también en cubierta, a proa, en el amplio solarium, bajo la toldilla y sentados en sillas de caño y loneta en torno al único farol a querosén que habían hallado en el *cockpit*. Esa luz y la de la linterna que mantenía Esteban sujeta a su cintura, era lo único que alumbraba, no muy generosamente, los contornos. El silencio circundante no era interrumpido sino por inquietantes aullidos que llegaban desde ambas riberas revelando la presencia de los animales nocturnos; o bien por el escalofriante y desagradable sonido masticatorio que escapaba de las fauces de Irene, abocada ahora a un trozo de cochinillo frío.

—No bebas tanto, Amapola —reprochó Esteban.

—¡Oh, demonios! ¡Déjame de molestar con tus consejos! —dijo Amapola, sacudiendo la tercera botella vacía de *whisky*. Sus maravillosos ojos, a la móvil luz del farol, tenían un brillo vidrioso—. ¡No eres mi padre para darme consejos!

—Como si respetaras tanto a tu padre...

Amapola alzó la botella, lo que provocó un gesto de defensa en Esteban. Pero luego ella arrojó el envase vacío hacia las tinieblas y pronto se oyó el chasquido del agua.

—Todo está perdido... Arruinado... —farfulló Amapola, con cierta dificultad.

—Nada de eso —dijo Esteban—. He hecho un cálculo mental de cuántos hectolitros de agua son necesarios para hundir un barco de estas características y deduzco que el naufragio no se producirá hasta las primeras horas del alba. Deberás estar lúcida, entonces, para nadar hasta la costa.

—¡Sergio! ¡Sergio! —gritó, intempestivamente, Amapola—, ¡Trae otra botella de *whisky*!

—Se pondrán los salvavidas —continuó Esteban— y tratarán de alcanzar la costa lo antes posible.

—¿Y tú...?

—¿Yo? —Esteban se puso de pie y miró largamente hacia las aguas—. Yo me hundiré con la nave. Sin haber sido mi culpa, sin haber sido responsable de las causas del naufragio, asumiré mi...

—¡Cállate! ¡Me importa un cuerno lo que hagas contigo! —Amapola estaba congestionada por la furia—. ¡Lo que quería preguntarte es si tú piensas que podremos llegar hasta la costa en este río infestado de pirañas salvajes! ¡Eso es lo que quería preguntarte!

Esteban calló.

—¡A menos que tiremos primero a Irene —continuó Amapola— y se devore cuanta piraña se cruce en su camino! ¡Eso podemos hacer!

Esteban se volvió a sentar.

—No lo había pensado —dijo.

—Piénsalo.

—Digo... que no había pensado que no hay un salvavidas como para Irene.

—Podemos ponerle dos. Uno en cada pierna.

—Flotará cabeza abajo.

—Por eso mismo.

—Tal vez Irene pueda quedarse a bordo mientras nosotros vamos por auxilio. Tal vez el barco no se hunda hasta nuestro regreso.

—¿Ya estamos en el barco? —la tenue voz de la madre de Esteban les recordó su presencia.

—¡Madre! —gimió Esteban poniéndose de pie y tomándola por los brazos—. Usted no se inquiete. Yo la ayudaré a llegar hasta la costa. Recién cuando esté segura volveré a la nave, a hundirme con ella en mi puesto de...

—¡Oh... basta ya! —rugió Amapola—. ¡Me repugna tu devoción por esa vieja! ¡Échala al agua primero y, en tanto las pirañas dan cuenta de ella, nosotros llegamos a la playa!

Esteban se volvió hacia Amapola, lívido de espanto. Amapola no lo miraba, sacudía con movimientos enérgicos una nueva botella de *whisky*, procurando hacer más generosos los módicos chorritos del espirituoso líquido que lentamente coloreaban su vaso.

—¡Por Cristo! —se persignó Esteban—. ¿Cómo puedes decir una cosa así? ¡Cómo se ve que odias a tu familia!

—¡No odio a mi familia! ¡Sólo a mi padre y a mis hermanos!

Esteban paseó su mirada por Irene y Sergio, que observaban calladamente la escena. Irene, sentada en el suelo, dejó de masticar un instante, para continuar luego. Sergio abandonó su intento de atrapar la niebla.

—Los perros... —preguntó, al ver que le prestaban atención— ...¿son caballos?

—Y... ¿por qué? Dime... —reclamó Esteban—. ¿Por qué odias a tu padre?

Amapola, harta de sacudir vanamente la botella, estrelló su pico contra el borde

de la mesa, rompiéndolo. Luego sumió el astillado cuello en su vaso, repitiendo, no obstante, los rítmicos movimientos anteriores. El *whisky* se derramó por la mesa antes de llenar el vaso.

—¿Acaso no te legó una fortuna? —siguió Esteban, ofuscado—. ¿Acaso no trabajó como una bestia, doblado sobre la humilde sillita de su taller de zapatero remendón, para darte a ti y a tus hermanos cuanto tienen ahora? ¿Acaso no te inició en el negocio de la curtiembre, en los secretos del cuero?

—¡De cerdo, Esteban, de cerdo! —estalló Amapola poniéndose de pie como impelida por un resorte—. ¿Cómo piensas que puedo alcanzar el respeto, el cariño, la admiración de la gente, si mi fortuna está basada en la exportación de cueros de cerdo? ¡Soy una criadora de cerdos, Esteban! —la voz de Amapola se quebró—. ¡Soy una sucia y apestosa criadora de cerdos! ¡La poderosa dueña del chiquero más importante de Sudamérica! ¡Eso me legó mi padre! ¡No me legó un stud con caballos de pura sangre! ¡No me dejó una fortuna levantada sobre miles y miles de cabezas de ganado de raza! ¡Yo no trabajo el armiño, Esteban, ni el visón, ni la chinchilla! ¡Yo cuido chanchos, Esteban! ¡Chanchos, cuido yo! —se quedó un instante aferrada crispadamente a la barandilla, su mirada perdida en la niebla que los rodeaba—. ¡Hubiese preferido que ese viejo miserable me hubiese dejado un prostíbulo! —continuó gritando—. ¡Un prostíbulo tiene algo digno, cierta grandeza, un toque de distinción! ¡O que hubiese amasado su fortuna con el tráfico de armas, con el narcotráfico, con la trata de blancas, con el secuestro de niños para extirparles los órganos, con el mercado de recién nacidos! ¡Pero tuvieron que ser cerdos! ¡Asquerosos cerdos que lo único que hacen es comer! ¿Cómo pretendes que yo consiga algo en la política, Esteban? —Amapola se había detenido frente al muchacho y le gritaba en la cara—. ¿Cómo pretendes que adquiera un rango de señora importante cuando soy sólo una mercader de porcinos, una chanchera?

—El cerdo tiene también su nobleza, Amapola —musitó Esteban, condolido.

—¡Mientes! ¡Mientes, basura! ¡Por años intenté que nadie supiera de dónde provenía mi riqueza! ¡Disfracé la fábrica de tal manera que nadie descubriese su actividad! ¡Por años hice creer a los imbéciles de los grandes jefes, de los grandes potentados de los grandes y respetables señores, que lo nuestro era un complejo donde se ensamblaban relojes suizos!

—¿Y... cómo descubrieron la verdad?

—¡Por el olor, idiota! ¡Por el olor! ¡Por el inmundito olor que despiden esas bestias paquidérmicas! ¡Ese es el legado que me dejó el bueno de mi padre! ¡Ese es! ¡Hasta el nombre de este barco lo ensució él! ¡Más me hubiese valido que me dejase una enfermedad hereditaria! —Amapola estrelló su vaso contra la cubierta, rompiéndolo en mil pedazos—. ¡Ojalá se pudra en la soledad del asilo! —aparentemente desahogada bordeó la mesa hasta su silla y volvió a sentarse. Su paso era inseguro—. Cuando nuestros cuerpos hayan estado enterrados por años en el fondo de este río pestilente, él estará todavía preso en esa casa de salud, rodeado de locos y ancianos

andrajosos —concluyó. Y no podía apreciarse si aquella última frase era una manifestación de conmiseración o alegría.

Irene se puso de pie con dificultad, limpiándose las manos en la pollera. Era ágil pese a sus kilos y Esteban agradeció el hecho de que, con el movimiento de la obesa hermana de Amapola, se diluyese un tanto el clima opresivo del momento. Sin decir palabra, Amapola, ahora con cuidado, bebía del peligroso pico roto de la botella. Pero un estruendo y un sacudón la hicieron aferrarse desesperadamente al apoyabrazos de su sillón. Se escuchó un tumulto y gritos de dolor proviniendo de los camarotes.

—¡Irene! —se puso de pie Esteban—. ¡Se cayó por la escalera!

De pronto, el «Circe» se inclinó sensiblemente hacia popa. Esteban, Amapola, Sergio y la madre de Esteban, la mesa, las sillas, las botellas, los restos de comida, y los vidrios rotos se deslizaron con particular estruendo hasta dar contra la contención de la cabina de mando.

—¡Esa gorda imbécil! —gritó Amapola—. ¡Esa gorda imbécil ha rodado hasta el fondo del barco! ¡Su peso nos hará hundir en instantes!

Sin dilaciones, Esteban tomó su fiel linterna y se lanzó escaleras abajo llamando a gritos a Irene. Amapola, maldiciendo, fue tras él. No hallaron nada en el comedor, pero los muebles, bajo el haz de luz de la linterna, se veían tumbados y aplastados como si hubiesen sufrido el impacto de un alud. Llegaron a la puerta que daba al primer camarote y la hallaron despedazada por el impacto. Allí el agua ya les llegaba a las rodillas.

—¡Irene! —llamó Esteban. Se oyó un gemido.

—¡Irene! —repitió Amapola.

—¡El pollo! —se oyó, de pronto, en el fondo. Hacia allí dirigió Esteban el haz de luz y vieron a Irene, los ojos desencajados, señalando un lugar impreciso—. ¡El pollo! ¡Cayó por allí! —sólo emergían del agua su voluminoso abdomen y las rollizas rodillas, además de la cabeza. Con un empuje denodado, que los cubrió de transpiración, Esteban y Amapola lograron desencajarla de su difícil postura, trabada entre dos cuchetas. Cuando Irene se puso de pie, provocó un remolino de agua que les hizo temer por la seguridad, de por sí precaria, de la nave.

—¡Agradece a que estaba en juego la vida de todos nosotros! —casi escupió Amapola—. ¡De lo contrario no hubiese movido un dedo para sacarte de allí! ¡Hubieses encontrado, por fin, la muerte que tanto buscas!

Irene no dijo nada.

—Volvamos rápido a proa —acució Esteban— para restablecer el equilibrio.

—El pollo... —insistió tímidamente Irene, mirando en derredor.

Cuando subieron a cubierta, con un crujido impresionante, el «Circe» recobró su nivel anterior. Con rápidos movimientos, Esteban volvió a acomodar la mesa y las sillas, bajo el toldillo, deslizando incluso la silla de su madre hasta su antiguo lugar, ya que había resbalado hasta dar contra la barandilla. Irene se sentó en uno de los sillones, que crujió, quejoso, tomándose luego de los gruesos antebrazos con sus

manos regordetas tiritando, pese al calor.

—El pollo... —repetía cada tanto, como en una letanía.

—¡Termínala con el pollo! —la recriminó Amapola, parada frente a ella—. ¡Elige otra forma para matarte! ¡Algo más drástico, más inmediato!

—Hay que darle algo fuerte —señaló Esteban. Amapola no se hizo esperar. Aplicó un sonoro cachetazo sobre la mejilla de su hermana.

—¡Amapola! —recriminó Esteban.

—¡Es que me indigna! —gritó Amapola, atrapando, en tanto caminaba hacia su asiento, una nueva botella de *whisky*—. ¡Me indigna su falta de consideración hacia los demás! ¡Su estupidez! ¡Su nivel intelectual ha alcanzado el mismo nivel que el de Sergio!

—Si uno toma esta niebla... —preguntó Sergio, al sentirse aludido—. ¿Puede meterla en un frasquito?

—Aquello de Lieja debe haberla afectado —sopesó Esteban.

—¡No hables de aquello! —lo cortó Amapola, sentándose con otro generoso vaso de *whisky* en la mano—. Lo único que falta es que...

—Lieja... Lieja... —musitó entonces, Irene, siempre dándose calor con los brazos, la vista fija en un punto perdido... La tormenta, el viento...

Amapola y Esteban la miraron con atención.

—Esa noche... Esa noche... —continuó Irene, como en trance.

—No te esfuerces, Irene —recomendó comedido Esteban, pero un gesto imperativo de Amapola le impidió seguir hablando.

—¿Qué pasó esa noche, Irene? —preguntó Amapola.

—La puerta... la puerta estaba abierta... La puerta de la habitación de ellos estaba abierta...

—¿La puerta de la habitación de quiénes, Irene? —siguió Amapola, en voz baja. Irene cerró un instante los ojos y los volvió a abrir.

—La puerta de la habitación de mis padres... estaba abierta... Yo estaba allí, yo estaba allí, frente a la puerta abierta de la habitación de mis padres...

—¿Por qué? ¿Por qué estabas tú allí, Irene, y no durmiendo con tu hermana Amapola? —preguntó Amapola.

—Los truenos... Los truenos me despertaron... Los truenos y la tormenta me despertaron...

—¿Y... por qué...? —se animó Esteban, quien tenía la impresión de que se estaba asomando a un abismo profundo e insondable—. ¿Por qué fuiste a la habitación de tus padres?

—Porque... —prosiguió Irene, lentamente... tenía miedo... Quería estar con ellos. Yo estaba mucho tiempo con ellos, pero no junto a ellos... Yo estaba con ellos durante el día, la tarde y parte de la noche... Pero no estaba junto a ellos...

—¿Por qué?

—Porque ellos... ellos estaban trabajando... todo el tiempo trabajando... y yo los

miraba... Me llevaban con ellos porque yo era muy pequeña para quedarme en casa... Mi hermana ya iba al colegio pero yo era aún muy pequeña para hacerlo... y ellos no tenían plata para contratarme una institutriz... Eran inmigrantes... Vivíamos en uno de los barrios de emergencia que rodean Lieja, compuestos por palacios precarios... Yo iba con ellos... pero sólo podía mirarlos...

—¿Por qué? —quiso saber Esteban—. ¿En qué trabajaban?

Irene hizo un silencio profundo. Cerró los ojos y los volvió a abrir.

—En un espectáculo pornográfico... En un *pornoshop* de Lieja... Trabajaban todo el día allí... Hacían el amor todos los días, de diez de la mañana a diez de la noche... Entre ellos... todos los días...

Esteban tragó saliva. Irene, abstraída, había arrancado una hebra suelta de su vestido y la masticaba lentamente.

—¿Y... qué viste al entrar al cuarto de tus padres aquella noche? —la instó Amapola. Irene frunció su cara en un gesto de horror. Esteban y Amapola se pusieron de pie, acercándoseles, ansiosos.

—¿Qué viste allí? ¿Qué viste? —reclamaron al unísono.

—¿Qué viste? —se unió la madre de Esteban—. Tú, que puedes ver... ¿qué viste?

—¿Qué viste? —preguntó Sergio.

—Entré... —musitó Irene...—. Y ellos... ellos... —sus puños se crisparon, comenzó a temblar, enrojeció y tanto Amapola cuanto Esteban retrocedieron temiendo el desborde—. Ellos... ¡Ellos estaban conversando! —sollozó, histérica—. ¡Ellos dos estaban conversando! ¡Oh Dios, no puedo soportarlo! ¡Ellos estaban en la cama, conversando!

Amapola, en un raptó de cariño filial, se arrodilló junto a su hermana que lloraba desconsolada y la rodeó, hasta donde pudo, con sus brazos.

—Cielos —se persignó Esteban.

—Estaban conversando... —repetía quedamente Irene, entre convulsiones.

Amapola le acomodó, prolijamente, el cabello desarreglado.

—¿Cómo...? ¿Cómo pudiste recordarlo? —preguntó.

—Al ver esa espantosa escena, esa cruda escena... —Irene se cubrió los ojos con una mano como para borrar el recuerdo... salí huyendo de la habitación y caí, caí por las escaleras hasta el primer piso, de la misma forma en que lo hice ahora, en el «Circe», cuando se me escapó el pollo de la manos...

Esteban había vuelto a sentarse y se veía agotado. Amapola también regresó a su silla donde se desplomó, al parecer, sin fuerza de voluntad. Cada tanto, un nuevo crujido les hacía saber que el «Circe» se hundía lentamente. Estuvieron así, callados, agobiados aún por la confesión de Irene, unas dos horas. La obesa hermana de Amapola permanecía en el mismo sitio, masticando pedazos de tela que arrancaba de

su vestido, descuidadamente, con la vista extraviada, como quien masca goma.

—No sabía que tu padre había trabajado en eso —reflexionó, de pronto, Esteban.

—Él y mi madre eran muy jóvenes en esa época, en Bélgica —Amapola levantó una botella de *whisky*, observando que estaba vacía—. En aquella época, incluso, lo de los *pornoshops* era una industria muy incipiente. Mi padre fue una suerte de pionero. Él creó algunas posiciones, algunas figuras que todavía hoy se siguen usando. Pero... ¡por supuesto!..., El muy imbécil no tuvo el tino de patentarlas... Al morir mi madre nos vinimos para aquí. Lo único que sabía hacer mi padre era ese trabajo en el *pornoshop*, pero aquí no le revalidaron el título. Es más, ni siquiera se conocía el oficio. Comenzó entonces como zapatero. Lo demás es historia conocida.

Se puso de pie.

—No hay más *whisky* —dijo, con desaliento. Con una mano se oprimió la nuca mientras echaba hacia atrás la cabeza entumecida. Fue cuando reparó en el farol que colgaba de uno de los travesaños del toldo. Sin vacilar desenroscó la tapa por donde se lo aprovisionaba de combustible, e inclinándolo levemente, echó un chorro dentro de su vaso vacío.

—¿Qué... qué haces? —saltó hacia ella Esteban.

—Necesito un trago.

—¡No hagas eso! —el hombre la aferró por una muñeca—. ¡Te matarás!

—¡Todo está perdido, Esteban! —pugné por liberarse Amapola, sin quitar su mano derecha del farol—. ¡Sólo nos resta que este cascajo se hunda definitivamente con nosotros en el río!

—¡Suelta eso!

Hubo un forcejeo hasta que el farol se desprendió cayendo con estrépito sobre la mesa. Su cobertura de vidrio se rompió y la oscilante llama alcanzó el *whisky* derramado. Una formidable llamarada se elevó entonces iluminando la escena. Esteban y Amapola saltaron hacia atrás, Irene se puso de pie y hasta la madre del muchacho retiró su silla. Sergio también llegó corriendo ante el repentino resplandor.

—¡Agua! ¡Traigan agua! —ordenó Esteban, en tanto procuraba apagar el fuego golpeándolo con su gorra marinera. Las llamas se habían propagado al piso siguiendo los abundantes regueros de alcohol. Sergio se lanzó hacia la cabina de mandos seguido por Irene.

—¡Eres un inútil! —bramó Amapola—. ¡Esto no hubiese pasado de estar el capitán Lemonade!

Esteban no hizo caso. Corrió hasta su madre, le quitó de los hombros la manta que la abrigaba y procuró con ella extinguir las llamas. El toldillo de la nave también se había encendido y ardía como una tea. Pronto reapareció Sergio, sosteniendo en sus manos su gorro invertido conteniendo agua, que escapaba a chorros por los orificios de ventilación del sombrero. Detrás llegó Irene, con un delicuescente trozo de carne blancuzca en las manos.

—¡Lo encontré! ¡Encontré el pollo! —gritó, en apariencia ajena al problema.

Sergio arrojó el contenido de su sombrero sobre la mesa en llamas y volvió hacia el casco inundado del «Circe» por más agua. Esteban golpeaba frenético con el abrigo de su madre las amenazantes lenguas de fuego que parecían ceder y zapateaba también sobre el piso encendido, intentando apagarlo.

—¡Una manguera! —gritó, de repente, Amapola—. ¡Allí hay una manguera! —ella misma corrió hacia la proa, se agachó para atrapar el extremo de un largo cilindro y volvió a la carrera sosteniendo aquello. Mas no llegó al sector de las llamas. Lanzando un alarido pavoroso arrojó por los aires esa especie de cuerda.

—¡Una serpiente! —se aterrorizó Esteban. El ofidio, tras golpear contra la cubierta con oprobioso chasquido, resbaló hacia la barandilla y cayó al río. Amapola se había quedado blanca, sosteniéndose de uno de los travesaños del toldo con una mano y apretando la otra sobre su pecho. Se mantuvo así hasta que Esteban, con un par de postreros golpes de manta, dominó totalmente el incendio.

Superado el peligro, Esteban caminó hasta su madre y volvió a cubrirla con los restos del abrigo, que despedía humo y mostraba unos negros agujeros desflecados.

—Controla que no queden rastros de incendio —recomendó Esteban.

Amapola negó con la cabeza.

—¿Sabes qué tamaño puede tener una llamita? —preguntó Esteban.

Amapola extendió su mano derecha mostrando un pequeño espacio entre sus dedos índice y pulgar.

—Así —corroboró Esteban.

—Si hubiese estado el capitán Lemonade no hubiese pasado esto —dijo Amapola, a quien el peligro parecía haber despejado.

—Oye, Amapola... —amenazó Esteban extendiendo su dedo índice derecho hacia ella—. ¡Ahora vas a tener que oírme! ¡Ahora tendrás que...! —Algo estalló entonces sobre ellos. Un pandemónium de chillidos agudísimos cayó sobre la cubierta del «Circe», ensordeciéndolos. Una multitud de monos, saltando, brincando y chillando como pequeños diablos pasó entre ellos, sobre ellos, bajo ellos usando de trampolines los barrotes del toldillo, las barandas, la mesa, las sillas y cuantos brazos, cabezas y piernas encontraran por delante. Serían como doscientos simios, pero en tres segundos ya habían cruzado sobre el «Circe», volviendo a perderse en la oscuridad. Esteban, Amapola, Asunta, Irene y Sergio quedaron paralizados, estáticos, cada cual clavado en su sitio, mudos, durante más de diez minutos.

—Algo ocurre... —atinó a decir, por fin, Esteban, recuperando el movimiento—. No es posible que estas alimañas hayan alcanzado el barco, a menos que...

—A menos... ¿qué? —preguntó Irene.

—A menos que hayamos dado contra la costa.

Esteban corrió hacia la proa. Había comenzado a clarear y podían verse oscuros cúmulos de vegetación cubriendo parte de la cubierta. Por sobre la barandilla, Esteban miró hacia abajo.

—Los monos... —preguntó Sergio—, ¿son más rápidos que las bicicletas?

—Hemos encallado —anunció Esteban, jubiloso—. Ya no nos hundiremos.

—¡Nos hubiésemos podido morir de inanición esperando que el agua nos tapara! —dijo Amapola.

—Me temo que aquí la vegetación sea demasiada tupida —Esteban desestimó el reproche—. Puede haber animales sumamente peligrosos. Esperaremos que aclare para bajar del yate.

Nadie se opuso a la propuesta. Lentamente volvieron a sentarse en torno de la sufrida mesa, bajo la estructura de caños que sostuviera el ahora inexistente toldillo a franjas rojas y blancas. Permanecieron allí, mientras la claridad, poco a poco, anunciaba el alba. Pudieron apreciar entonces que el «Circe» se hallaba recostado contra las ramas bajas de un sinnúmero de árboles acuáticos, mangos, mangles, mucambos, masapés, brazaderas y carnahúbas que impedían ver más adentro de la jungla. Comenzaban a escucharse los misteriosos sonidos de la espesura y la niebla se había desgajado lentamente sobre el río hasta quedar flotando sólo algunas hilachas blanquecinas entre los juncos. Pese a que la luz del sol había disipado, en parte, la agobiante negrura de las amenazas nocturnas, los tripulantes del «Circe» no se pusieron de pie sino cuando una lanza, de unos tres metros de largo, surcando el aire, vibró por sobre sus cabezas, partió la mesa con la formidable punta de su extremo y se clavó en cubierta quedando trémula y vertical ante los ojos asombrados de todos.

Capítulo XXIV

El desenlace se precipita, inopinadamente, entre los salvajes

Mientras se deslizaban con dificultad por lo intrincado de la espesura, Esteban de Montepío pudo apreciar, con miradas de reojo, veloces y nerviosas, la catadura de los salvajes que los habían atrapado. Serían una veintena de indígenas los que se movilizaban en torno a ellos, con movimientos seguros entre el follaje, sin prestarles demasiada atención, como conscientes de la poca peligrosidad que representaban. Iban armados con arcos, flechas y cerbatanas. Sus cabellos estaban cortados de forma tal que simulaban un casquete casi sólido sobre los cráneos y no llegaban a cubrir las orejas ornadas por aros o atravesadas por espinas de pescado.

Eran de una estatura apenas menor que la normal de un hombre blanco y sólo podía arriesgar que fuesen pigmeos aquél que sustentara una idea equivocada sobre los pigmeos. Sus cuerpos, prácticamente desnudos, a no ser por una soga trenzada con fibras vegetales que les rodeaba la cintura, estaban completamente impregnados por una especie de talco blancuzco y desprolijo, serpenteado a su vez por trazos de colores vivos, donde predominaban el rojo y el amarillo. La sola sospecha de que aquellas salvajes criaturas pudiesen ser caníbales estremeció a Esteban. Sin embargo, la repetida actitud de los indios, que se detenían brevemente en la marcha para devorar saltamontes, crisálidas, gorgojos, avispas y hasta mariposas que hallaban a su paso, le devolvió cierta tranquilidad. Por otra parte, salvo algunas intensas y curiosas miradas que aquellos aborígenes dirigían a Irene, ellos no habían manifestado otra conducta que los emparentara con los tan temidos comedores de carne humana.

—No puedo creerlo —escuchó de pronto Esteban a Amapola, jadeante, a sus espaldas—. No puedo creer que nosotros, que podríamos estar ahora departiendo tranquilos con los secuestradores de Itsván, tomando un café pacíficamente y discutiendo sobre el rescate, estemos viviendo esta pesadilla.

—No parecen belicosos —dijo, sin volverse, Esteban—. No nos han atado. Ni siquiera nos han arrancado las uñas de los pies o cortado los párpados.

—Parecen ser de las tribus más primitivas del Amazonas —gimió Amapola, quien, lunáticamente, se había puesto el salvavidas al bajar del «Circe».

—Procura que no te escuchen.

—No hablan nuestro idioma.

—Tú no lo sabes.

Pero lo que decía Amapola era cierto. Hasta ese momento, tras dos horas de marcha por la selva, los captores apenas si habían parloteado entre ellos con monosílabos y vocablos musicales, pareciendo discutir a veces, golpeándose

rudamente el pecho, lo que provocaba desprendimientos de nubes de la alcalina pintura blanca.

—¿Ya no estamos en el barco? —se oyó, más atrás, la voz entrecortada de la madre de Esteban. Ella, dada su condición de inferioridad, tropezaba con frecuencia con lianas y raíces retorcidas, o bien se estrellaba contra los troncos de los árboles. Amapola giró para contestarle pero no alcanzó a hacerlo. Dio un grito y se tomó el tobillo derecho.

—¡Detente, Esteban, no me dejes! ¡Me he torcido el pie!

—¡Te dije que te quitaras los zapatos de taco alto! —Esteban se volvió para ayudarla, pero uno de los indígenas, el que parecía el jefe, llegó primero hasta Amapola. Sin dilaciones, se agachó junto a ella, tomándola con suavidad por el talón y el empeine del pie dolorido.

—¡No me toque! —trinó Amapola, desesperada—. ¡Esteban, no les permitas que me toquen!

Esteban procuró intervenir, pero la presencia amenazadora del resto de los indígenas, que se había acercado a curiosear, lo contuvo.

—No llega a ser una distensión —dictaminó el indígena, que masticaba algo—. La articulación tibiotarsiana puede estar algo resentida por la torsión, pero el astrágalo, el escafoides y el calcáneo no parecen presentar problemas mayores. Tal vez haga un derrame sobre el ligamento anular anterior del tarso, pero no le impedirá caminar.

Amapola lo escuchaba ahora, con asombro. El indígena se puso de pie, sosteniéndola por un codo y, por un momento, las cabezas de ambos quedaron muy juntas. El jefe indígena hizo un ademán ordenando que continuasen la marcha pero Amapola, con ojos desorbitados, lo señaló aparatadamente.

—¿Qué... —preguntó— qué mastica usted?

Esteban frunció la nariz. Había visto a esos salvajes introducirse en sus bocas arañas pilosas que asomaban agónicamente sus patas por entre sus abultados labios antes de ser masticadas morosamente. Temió que el salvaje le mostrara a su prometida una cavidad bucal con restos descuartizados de tarántula. Pero fue Amapola quien clarificó la situación.

—¡Ese aroma! —vociferó—. ¡Ese aroma a guanábano! ¡Es el mismo aroma que percibí en el confesionario de la iglesia donde conversé con el secuestrador!

El aborigen la miraba sin contestar. Tampoco dejaba de oscilar su mandíbula chasqueando la goma de mascar. Luego golpeó un par de veces con el extremo de su cerbatana sobre el piso y aprobó otras tantas veces con la cabeza.

—Así es —dijo—. Mi nombre es Pongo. Nos hemos vuelto a encontrar. Y no se trata de una casualidad.

—¿Cómo es que habla tan bien el castellano? —terció Irene—. ¿Y cómo es que acredita tantos conocimientos de traumatología? ¿No es, acaso, un indígena?

—Señorita —se encrespó un tanto el aborigen—. Cualquiera de nosotros —

señaló a sus hombres— podría hablar tan bien como yo, o alcanzar tales conocimientos de traumatología, obstetricia o medicina preventiva de haber tenido la oportunidad.

El resto de los indígenas aprobó con la cabeza, solemnes y contritos.

—Pero... —dijo Esteban—, ¿cómo es que usted ha alcanzado tal grado de conocimientos y por qué?

—Caballero... Le contesto por una elemental norma de cortesía. Por si usted no se ha dado cuenta, no se encuentra en situación de exigir respuestas. En todo caso, soy yo el que estoy en condiciones de hacer preguntas —Esteban entornó los ojos, en señal de aceptación—. Mi nombre es Pongo. Soy tan oayanna como el que más — prosiguió el salvaje—. Tanta es mi compenetración con mi pueblo que fui elegido como símbolo, como paradigma, por un grupo de arqueólogos provenientes de la Universidad de Malmö, para ser llevado a Suecia y exhibido en los claustros de aquella alta casa de estudios. Y allí fui, bajando primero por el padre Amazonas y cruzando luego el gran mar. Me estudiaron hombres de ciencia de todos los países, y compartí largas horas con cientos de eminencias en la materia y hasta fui tema central de la tesis que el sociólogo noruego Vidkun Mardalsfossen presentara en el Simposio Mundial de Reservas Aborígenes y Sociedades Primitivas en Ciudad del Cabo, en agosto de 1971. ¿Han oído hablar de Vidkun Mardalsfossen? —Amapola y los suyos negaron con la cabeza—. Bueno... es gran amigo mío. Y no se extrañen que sea el próximo Premio Nobel. Tras haber sido objeto de innumerables estudios y consideraciones por eminencias de distintos países, socialistas inclusive, trabé gran amistad con muchos de ellos y principalmente con los estudiantes. Habitado ya a los claustros, decidí quedarme en ellos. Cursé entonces los estudios, realicé materias de posgrado y obtuve mi Licenciatura en Derecho Marítimo Internacional y Leyes de Navegación de manos del profesor sueco Engelbvekt Motalaström, en el Aula Magna de la Universidad de Malmö, el 18 de noviembre de 1975... ¿Conocen ustedes al profesor Motalaström? —Esteban y los suyos negaron con la cabeza—. Es otra eminencia. Gran amigo mío. En un principio pensé quedarme en Suecia, trabajando allá, ya que habían solicitado mis servicios un par de grandes empresas navieras pero, pronto, comprendí que mi verdadero lugar estaba aquí, ayudando a los míos, volcando mis conocimientos en mi tribu que, de alguna manera, había sido la que me había permitido alcanzar mis logros, viajar, destacarme. Y fue así que me vine, pese a las numerosas ofertas que tuve de otras latitudes. Hubo hasta tribus africanas que me reclamaron. Los bantúes, los telela, los temibles teké y hasta los ngongo del abra del Sawanathanasi, que me remitieron una oferta, lo aseguro, difícil de rechazar. Pero me vine. —El jefe quedó en silencio, en actitud desafiante.

—Sí —aprovechó Amapola— pero bien podría haber aprovechado su ciencia para hacer el bien y no para unirse a una siniestra banda de secuestradores. Usted ha canalizado sus conocimientos hacia el delito y no hacia los propósitos dignos y elevados.

El salvaje la miró.

—Ya hablaremos de eso, señora —dijo—. En marcha.

Tras dos nuevas horas agotadoras de caminata, la vegetación comenzó a ralearse y se abrió un claro en la espesura. Allí, los atrapados, menos la madre de Esteban, pudieron ver una gran cantidad de chozas precarias, de las cuales comenzaron a salir una enorme cantidad de indígenas, parlotando excitadamente, batiendo palmas y rodeando la caravana que llegaba. Asunta arribaba a horcajadas de un corpulento salvaje, como así también Amapola, agotadas ambas por lo prolongado y trabajoso del camino. Irene, en cambio, que también daba señales de estar exhausta, había debido marchar sin ayuda alguna. Sergio, en tanto, se había apoderado de un palo e imitaba silenciosamente los movimientos de los captores.

Un par de gritos enérgicos de Pongo contuvieron a los tumultuosos integrantes de la tribu, quienes se mantuvieron haciendo un círculo amplio en torno de los cautivos. El egresado de Malmö habló velozmente con uno de sus hombres y éste corrió hacia la entrada de la mayor de las chozas, la única que mostraba, protegiéndola, un cerco de troncos clavados en la tierra.

—Querrá usted ver, señora, al señor Vanderhoeven —se dirigió Pongo a Amapola.

—Esto certifica —lo traspasó con la mirada la mujer— que son ustedes los secuestradores. Son ustedes los responsables de la desaparición por años de mi marido, perdido en uno de los traicioneros meandros de este río. Ahora se une perfectamente la historia y ya veo que no es casualidad que usted y el despreciable delincuente que hablara conmigo en el confesionario de la iglesia, sean la misma persona. Si es que se puede llamar persona a un sucio indio aborigen sin educación ni cultura pero que presume de intelectual frente a la ignorancia de sus pares. ¡Cualquiera puede comprar un título de nobleza en Europa, señores! —gritó Amapola dirigiéndose al círculo multitudinario que los rodeaba—. ¡No crean en todas las mentiras que pueda contarles este farsante! ¡Yo también he estado en Europa y no he vuelto para engañar a nadie con fantasías alocadas sobre otras costumbres y vestimentas!

—No se gaste en hablarles —le dijo Pongo—. No entienden su idioma. Sólo hablan sueco.

—¡Es usted un miserable explotador de su propia gente! —le espetó, entonces, Amapola—. ¡En cualquier otra tribu más desarrollada, entre los cheyennes, entre los navajos, por mencionar alguna, no sería más que un mísero aprendiz de alfarero!

El jefe hizo un ademán con el brazo derecho y uno de los guerreros elevó su cerbatana, depositando un extremo sobre sus labios. Eso no detuvo el odio de Amapola quien ya se había desatado de una catarata de groseros insultos. Esteban vio cómo el guerrero henchía su pecho de aire y pensó que todo había terminado para su prometida. Pero el guerrero exhaló el aire a través de su largo cilindro y sólo se escuchó una nota musical aguda y oscilante. Aquello era, apenas, un instrumento

musical de viento. Pronto, otros ejecutantes se unieron al primero y una melodía rítmica y elemental impregnó el húmedo ambiente del caserío. Amapola calló, opacada su voz por la música y por el asombro, dado que unos veinte salvajes, entre mujeres y hombres, habían comenzado a danzar acompasadamente en el espacio libre que se extendía frente a la choza principal. La expectativa y la excitación crecían con el aceleramiento progresivo de la música de los tamboriles. Algunas de las coreografías que desplegaban los indígenas mostraban, también, claras influencias de las más avanzadas concepciones de la danza nórdica. De repente, el corazón de Amapola pareció detenerse. En la puerta de la distante choza principal, había aparecido una figura. Pronto, alguien, desde adentro, la empujó con violencia y la figura corrió, tambaleante, casi hasta la cerca. Allí, dio dos pasos deteniéndose en el borde del círculo dibujado por los salvajes, que habían terminado abruptamente la música. Los bailarines, incluso, parecían haberse quedado congelados en las posiciones más absurdas y aparatosas. Uno de ellos, el brujo, sin duda, ya que tenía la cabeza cubierta por una máscara pavorosa, había quedado estático en un salto, suspendido unos dos metros sobre el nivel del suelo. Pero nadie le prestaba atención debido a que no sólo había hecho su aparición aquella figura endeble y encorvada, sino que, atrás, en la puerta de la choza, podía advertirse, ahora, la impresionante arrogancia del cacique. Sin embargo, el estupor, la congoja y la aflicción, habían dilatado los bellos ojos de Amapola, contemplando al primero de los aparecidos.

—¡Itsván! —gimió, llevándose un puño a la boca. No podía creer que aquel guiñapo humano fuese su ex marido, el famoso deportista desaparecido tiempo atrás. Aun sin caerse, el hombre que había sido llevado hasta allí a empujones por el cacique, parecía a punto de derrumbarse. Vestía unos arrugados y rotos pantalones marrones, sus pies estaban descalzos y la camisa blanca, amplia para su magro torso, caía en pingajos sobre la cintura. Sus brazos, delgados, se hallaban torcidos hacia atrás. Una vara maciza pasada entre los codos y la espalda, retenía sus manos amarradas sobre los glúteos.

—¡Itsván! —clamó, desgarradoramente, Amapola—. ¿Qué te han hecho?

Costaba reconocer al vencedor del rally París-Dakar del año 75 en aquel hombre avejentado, que parecía superar los sesenta años, casi calvo, surcado de arrugas y con las guías de sus bigotes pardos y desaparejos confundiendo con una barba crecida y cana.

El cacique, cubierta su cara y sus hombros por una inmensa máscara que aumentaba aún más su estatura, se fue acercando con paso lerdo, hasta quedar detrás del prisionero. Era más alto y corpulento que los restantes componentes de la tribu y transmitía cierto aire de distinción y poder bajo su aspecto inquietante. Sin una palabra, de pronto echó su hercúleo brazo izquierdo hacia sus espaldas y expuso, a la vista de todos, un machete de dimensiones gigantescas. También con movimientos lentos lo apoyó entre los omóplatos del prisionero.

—¡No! —gritó Amapola—. ¡Ese no había sido el trato! ¡Ese hombre es mío!

El cacique la miró un instante. Luego, con un tajo veloz y diestro cortó las ataduras. Después, con la planta de su pie derecho, apoyada en las nalgas de aquella piltrafa humana, lo empujó hacia Amapola y los suyos.

El hombre, abierta la boca, corriendo torpemente para no perder su precario equilibrio, fue hacia Amapola con los brazos abiertos. Pero no la abrazó, continuó su carrera hasta Esteban quien retrocedió un paso, precavido: primero se aferró a la cintura del muchacho y luego, de un manotazo, le arrebató la linterna que llevaba bajo su cinto y que ya no alumbraba.

—¡Mi linterna! —dijo el hombre, mirando el artefacto con expresión alocada. La reacción de Esteban fue instantánea.

—¡Deme eso! —bramó, recuperando de un manotazo la linterna—. ¡Sucio ladrón! ¡Descuidista! —de un empujón arrojó al suelo al prisionero y luego le aplicó un par de puntapiés que sonaron como palazos dados contra un saco de arena.

—¡No lo golpee! —ordenó Pongo, adelantándose, cuando ya Esteban buscaba con la mirada una piedra para aplastar el cráneo del caído—. ¡Es uno de ustedes!

—¡Es Itsván... y se ha vuelto loco! —musitó, acongojada, Amapola, apoyándose en Irene—. ¡Nunca lo había visto arrebatarse tanto por una linterna!

—¡No soy Itsván! —se escuchó entonces afirmar al prisionero, que había logrado ponerse de rodillas.

—Es uno de ustedes —reiteró Pongo—. Lo atrapamos anoche. Se arrojó de la embarcación cuando comenzó el incendio. ¿No lo conocen?

Amapola se acercó al sujeto y lo observó con curiosidad.

—¡Diablos! —murmuró—. De veras que su cara me resulta familiar...

—Yo soy quien la siguió hasta la iglesia... ¿recuerda? —la ayudó el hombre, paseando una lengua violácea por sus ajados labios—... Soy quien trató de abordarla en la iglesia...

—¡Oh sí! —se horrorizó Amapola, echándose hacia atrás como si se encontrara frente a una culebra mortal—. ¡Sí! ¡Es él! —y sin pensarlo dos veces le aplicó un furibundo puntapié en el estómago que dobló al desdichado sobre sí mismo.

—¡Déjeme explicarle! ¡Déjeme explicarle! —imploró el hombre, desde el suelo y cubierto de tierra, en tanto procuraba recuperar la respiración.

—¡Sucio fetichista!

—Déjelo explicarse —ordenó, cauto, Pongo.

—En realidad... —comenzó el hombre—... yo soy acomodador de un cine. Cine al que concurrió, tiempo atrás, el señor Esteban de Montepío...

Esteban tuvo un sobresalto. Recordó de inmediato su encuentro clandestino con María, el aroma acre de María, el ladrido de los perros, los perros, la fuga por la galería comercial, la escalera mecánica.

—¡Este hombre desvaría! —se apresuró a acusar.

—Y el señor De Montepío... —continuó el sujeto—... me pidió prestada la linterna con fines que desconozco pero que supongo que estaban ligados a los de la

iluminación de algo o de alguien... Aún lo recuerdo, el señor De Montepío estaba sentado en la butaca número 14 de la fila central. Me dijo, me prometió, me juró que me devolvería la linterna rápidamente, cosa que yo le había solicitado en forma encarecida, ya que se trata de mi instrumento de trabajo, la base de mi actividad. Pero... de repente, el señor De Montepío salió huyendo... ¡Huyó del cine! ¡Tal vez porque no le gustaba la película, tal vez porque le asustaba la oscuridad o tal vez por causas que escapan a mi comprensión y deducción! ¡Y conste que yo he visto más de 3000 películas de detectives, pero no pude comprender por qué salió a escape de la sala robándose mi linterna!

—Yo no le robé la linterna —dijo Esteban, algo más tranquilo al comprobar que el acomodador no mencionaba a María en su relato.

—Lo perseguí desesperado —prosiguió el prisionero, que se había puesto de pie y, con estilo un tanto sensiblero, se dirigía a la audiencia—. Abandonando mi puesto en la sala de proyección con los riesgos innegables que eso implica, dado que la oscuridad conduce a choques y caídas de inimaginables consecuencias... —el hombre hizo un paréntesis dramático—. He visto a un chocolatinero morir aplastado por un arquitecto que se precipitó desde el piso superior —algunos salvajes se cubrieron los ojos y otros inclinaron sus cabezas—. ¡Pero no pude alcanzar al señor De Montepío! Comencé a rastrearlo desde ese día, comencé a seguirlo, a estudiar sus horarios y sus costumbres... —ahora el acomodador señalaba al muchacho—... En el tiempo que me daba el hecho de haber sido despedido de mi trabajo. Y ese seguimiento, ese estudio... ¿a qué me llevó? —el hombre paseó su mirada por el círculo de indígenas—. ¿A qué me llevó, señor Pongo? —Pongo hizo un visaje de desconocimiento—. ¿A qué me llevó, señor cacique? —el rostro del cacique no se inmutó bajo su capa de pintura—. ¿A qué me llevó, mi estimado jovencito? —insistió el dueño de la linterna encarando a Sergio, quien, enrojecido, se ocultó detrás de Irene—. A conocerla a ella —la palma de la mano diestra del acomodador se extendió hacia Amapola y una sonrisa amplia bañó el rostro del desgreñado polizón del «Circe»—. ¡Y a enamorarme de ella! Locamente, apasionadamente, con un amor que no tiene nada que envidiar al de Fred Astaire y Ginger Rogers en «*Volando a Río*», o al que Clark Gable sentía y padecía por Claudette Colbert, allá por 1934, en «*Sucedió aquella noche*», o como fue el amor insensato de Cary Grant por Marlene Dietrich en «*La Venus rubia*» dirigida por ese no del todo reconocido genio del cine, Von Sternberg, en 1932... ¡O aquel sentimiento controvertido de Alan Ladd hacia Loretta Young en «*China*», 1943! ¡Esa pasión enfermiza es la que me ha hecho seguirla como un lobo en celo por donde fuera! ¡En la iglesia primero, en la discoteca después, en la oscuridad del puente de máquinas del «Circe», luego! Y ahora aquí, en este reducto de amenazadores salvajes que tan bien fuera reflejado en «*Las minas del Rey Salomón*» en su versión primera, aquella con Stewart Granger, o bien en «*Mogambo*», el delicioso filme con Clark Gable y Grace Kelly, una cabalgata de divertidos enredos protagonizada por un desopilante par de pícaros que...

—¡Llévenselo! —cortó enérgico el cacique, señalando hacia las chozas. Varios de los bailarines parecieron recobrar el movimiento, incluido el brujo que todavía se mantenía en el aire, congelado su grácil salto en una postura inverosímil. Unos diez oayannas tomaron al acomodador, rudamente, y se lo llevaron casi en andas. Se hizo un silencio incómodo. Esteban se adelantó, turbado, hacia el cacique.

—Yo quisiera explicarle —dijo—... lo de la linterna. Pues así contado, por este hombre, puede interpretarse que...

No pudo continuar hablando. Un grito profundo y asombrado de Amapola cortó su descargo. Esteban giró y vio a su prometida cubriéndose la boca con una mano y con la otra señalando hacia el cacique. Esteban volvió sus ojos hacia el jefe y mentor de los belicosos oayannas. Y entonces se dio cuenta: en el extremo del brazo derecho del cacique, que aún indicaba el rumbo por el cual había sido llevado el acomodador, no había nada. Faltaba su mano.

—¡Itsván! —articuló con dificultad Amapola, como temiendo pronunciar ese nombre.

—¡Itsván! —repitió Irene y también Esteban, como asimismo la madre de éste a pesar de que no tenía mayor idea de quién se trataba.

—¿Cómo...? —se adelantó Amapola hacia su ex marido—. ¿Cómo has podido llegar a esto?

El cacique, con movimiento mayestático, se quitó el ornato que ensombrecía, en parte, su rostro, dejando al descubierto el pelo rubio, no muy diferente en verdad, al rojizo que cubría los cráneos de los restantes indígenas.

—Con esfuerzo, Amapola —exclamó Itsván, algo cansado—. Con esfuerzo, con estudio, con dedicación. No es fácil para un extranjero, de otra raza para colmo, de otra cultura y otra religión, ganarse la confianza de esta gente. No es fácil, partiendo del simple rol de prisionero común, de náufrago rescatado de las aguas, alcanzar una posición de liderazgo como ésta.

—A veces me decías —contó Amapola, dolida— que en tus viajes, en tus periplos, te gustaba conocer las costumbres de la gente, de los nativos, de los naturales de cada lugar. Que no querías tener la superficial visión del simple turista. Pero... ¡Esto ya es demasiado, Itsván!

—Nunca lo comprenderás —meneó la cabeza, desinteresado, Itsván—. ¿Has traído el dinero?

—¿El dinero de tu rescate?

—Sí.

—Sí. Lo he traído —Amapola se quitó el chaleco salvavidas y se lo extendió—. Allí adentro está todo el dinero... Pero...

Con actitud de grandeza, Itsván, ni observó el chaleco. Con un gesto invocó a Pongo y le alargó la prenda para que la controlara.

—Pero... —repitió Amapola—. ¿Tú te vendrás con nosotros? ¿Vendrás vestido así a «La Gansada»? ¿Te presentarás así ante el senador Macaño Arrúa y su señora?

¿Aceptarás posar así para los fotógrafos de las revistas del corazón?

—No te inquietes, Amapola. No iré con ustedes —dijo Itsván, tranquilizando a Esteban—. Mi lugar está aquí, conduciendo a mi gente. Al menos hasta que termine mi mandato. Aquí he encontrado cosas que jamás pude hallar junto a ti, en la civilización.

—No lo dudo —aprobó Amapola— Pero... ¿Qué harás con el dinero?

—Es para la tribu. Necesitamos dinero fresco en buena cantidad para tener mayor capacidad de negociación. Haremos mejores arcos, mejores flechas, mejores emplastos para contener la disentería. Tenemos todo por hacer. El futuro es nuestro.

—No puedo creerlo, Itsván —negó con la cabeza, Amapola—. No puedo creer el hecho de estar viéndote así, sumido en esta vida primitiva, bestial, primaria... A ti, tan luego, que eras el principal animador de fiestas y reuniones, cócteles, sepelios, *parties*, agasajos, inauguraciones...

—Algo más me retiene aquí, Amapola —explicó Itsván—. He forjado vínculos más poderosos que todo aquello. Aquí tengo una familia, Amapola.

En ese instante, y como producto de una coreografía bien estudiada, por detrás del cerco de troncos, aparecieron una veintena de mujeres indígenas, sumisas y sonrientes. Sólo podían ser diferenciadas de los hombres por la amplitud y movilidad de sus senos, que se agitaban libres bajo la infinidad de vueltas de collares y pendientes.

—Itsván —se perturbó Amapola—, por lo que yo recuerdo, tú tenías problemas... ¿Cómo decirte?... No quisiera ser demasiado explícita frente a esta gente que apenas conozco...

—¿Te refieres a mi problema de impotencia? —replicó, aplomado, Itsván.

—Exacto. Ya veo que tu convivencia con estos primates te ha dado un trato directo y llano. Que ya eres un cacique que dice las cosas por su nombre. Que llama al pan, pan y al vino, vino.

—No lo oculto ni lo he ocultado. Pero fue allí donde comenzó a consolidarse mi relación con esta tribu. Ellos trataron mi caso. No encontrarás entre los oayannas, ni entre los caiapó, ni mucho menos entre los pigmeos kalapalos, casos de impotencia o esterilidad. Ellos consumen un hongo conocido por «Fungus vigorare», el *pisurmiyurane*, que brinda al hombre una potencia sexual y una virilidad formidables. Tengo veinte mujeres en este momento y estoy pensando en ampliar la familia.

—¿Quieres decirme, Itsván... —se maravilló, Amapola— que tú... ahora...?

—Sí, Amapola. A toda hora y momento. Es una suerte de excitación volcánica que no me deja.

Amapola se restregó febrilmente las manos.

—Itsván... Tú sabes... —dijo—... que nuestra relación inconclusa, no consumada, ha sido y es para mí, algo así como una expectativa frustrada, como una asignatura pendiente...

—¡«Asignatura pendiente»! ¡José Sacristán y Fiorella Faltoyano! —se escuchó,

desde lejos, la voz del acomodador, pero nadie le prestó atención.

—... una faltante en mi vida sentimental —prosiguió Amapola—... Un vacío que nadie... —miró, entonces, a Esteban—... ha sabido llenar.

—Amapola... —Itsván se acercó a su ex mujer y depositó una de sus manos, la que tenía, sobre el hombro de ella—. Pese a la incesante práctica matrimonial que ejerzo, pese a que en estos últimos años he frecuentado cuanto tipo de mujer y animal se me haya cruzado, yo también sufro la misma sensación de fracaso, de ansia no saciada, de impulso refrenado, cuando recuerdo lo nuestro. Quédate conmigo.

Amapola reposó su rostro contra el ancho y generoso pecho de Itsván y hubo un murmullo emocionado y complacido ante la tribu. Pero aquello no estaba resuelto. Esteban, de un salto felino, atrapó a Amapola por un brazo y la apartó de Itsván.

—¡No lo permitiré jamás! —tronó el muchacho—. ¡Has venido conmigo y te vuelves conmigo!

—¿Quién es él? —preguntó, severo, Itsván, amagando echar mano a su machete.

—Es un marinero —desestimó Amapola, con gesto despreciativo y su mejilla derecha cubierta con la pintura blanca que adornaba el pecho de su ex marido—. Personal contratado. Y ya sabes tú cómo se ponen los marineros cuando ven a una mujer tras varios días de navegación. Bestias desbocadas por la locura del deseo.

—¡Dile la verdad! —la acicateó Esteban—. ¡Cuéntale lo nuestro, nuestros planes, nuestro compromiso!

Amapola se deshizo de la mano de Esteban que la había aferrado de un brazo.

—¿Y tú pretendes alejarme de mi marido? —casi escupió, con odio—. ¿Justamente tú, que ni siquiera tuviste la hombría de aceptar mis reclamos de que fuéramos a la cama? ¿Tú, que con tus cuentos de religión y decoro no me pusiste durante meses ni un dedo encima, pretendes ahora separarme del hombre que me promete infinitos desbordes de pasión y lujuria? ¡No te atrevas a volver a tocarme, inmundo pederasta!

Aquello fue excesivo para Esteban. Su puño derecho golpeó sobre el pómulo de Amapola, justamente en aquél impregnado por las pinturas pectorales de Itsván. Sin una queja, Amapola cayó al piso. La reacción de los salvajes fue instantánea. Se lanzaron sobre Esteban y lo redujeron sin poder evitar los forcejeos ni acallar los insultos que, perdido su control, profería el muchacho.

—¡Dame el dinero, al menos! —vociferaba Esteban—. ¡Dame el dinero que necesito para rescatar a mi madre de la ceguera!

Pero Amapola no había perdido el conocimiento. Apenas logró reincorporarse buscó con ojos enfebrecidos algún objeto contundente. Allí no más, a un par de metros, dejada en el suelo por uno de los bailarines, había una maza, una suerte de hacha rudimentaria, de hueso con mango de madera. Con la velocidad y la decisión de un ocelote cuando ataca, Amapola se hizo de ella y la arrojó contra la cabeza de Esteban. Este hubiese sido decapitado por el golpe de no mediar el hecho fortuito de que los salvajes que lo apresaban lo empujaron al suelo en aquel preciso instante,

buscando silenciarlo. La maza prosiguió su vuelo, se perdió entre la multitud expectante y se escuchó un quejido sofocado. Los salvajes pusieron de nuevo de pie a Esteban y Pongo y sus hombres debieron esforzarse para detener a Amapola en su intento por devolver el impacto en la mejilla.

—¡Llévenselo! —ordenó Itsván, procurando terminar con el conflicto. Pero un griterío entre los indios llamó su atención. Todos se dieron vuelta hacia donde había caído el hacha arrojada por Amapola. Un guerrero se acercó corriendo a Itsván, parlotando alarmado en su idioma extraño. Pero lo que estremeció en verdad a Esteban fue ver llegar al galope a Irene, con la premura que le permitían sus kilos.

—¡La señora Asunta! ¡La señora Asunta! —lloriqueaba Irene.

—¡Madre! —ululó Esteban, soltándose de sus captores—. ¡Madre!

A los tropezones, hipando, Esteban cruzó el espacio que mediaba hasta su madre. Nadie intentó detenerlo, respetuosos de su aflicción. Más allá, la pobre anciana, reposaba en el suelo, en brazos de circunstanciales ayudantes, exangüe, cerrados los ojos, un hematoma pardusco y violáceo creciendo en su frente. Cerca de ella, en manos de un aborígen curioso, estaban sus lentes oscuros, milagrosamente intactos.

—¡Madre! ¡Madre! —se arrojó sobre ella Esteban desolado. Apartó a manotazos a los oayannas, se arrodilló y depositó la inerte cabeza de su madre sobre sus muslos, palmeándola repetidamente en las mejillas incoloras.

—Perdona —musitó Amapola, olvidada ya de la furia y llegando a su lado—, no fue mi intención hacerlo.

—¡Tú la mataste! —reprochó Esteban, lagrimeando—. ¡Siempre fue esa tu oculta intención! ¡Siempre la odiaste!

—Esteban —procuró explicarle Amapola—. Si yo fuese capaz de acertar con un hacha desde tamaña distancia, no estaría aquí. Estaría con el equipo olímpico entrenando para...

—¡En una cárcel deberías estar! ¡Asesina! ¡Ahora comprendo que era ésta la verdadera finalidad del viaje! ¡Todo estaba preparado, todo! ¡Me has estado engañando desde siempre!

—Esteban... Arrojé el hacha pensando en decapitarte a ti... De haber sabido que éste sería el resultado no...

—¡La mataste! ¡Tú la mataste!

—Bueno... ¡¡Sí!!... —se soliviantó, por fin, Amapola—. ¡La maté, si eso te conforma! ¡Si quieres creer que yo maté a esa vieja insoportable, está bien! ¡Yo le reventé el cráneo de un hachazo y volvería a hacerlo infinidad de veces si fuera necesario!

Esteban saltó como un resorte dispuesto a estrangular a Amapola de una buena vez. El ruido de la cabeza de Asunta al perder base de sustentación y dar contra el suelo fue acongojante. Pero, paradójicamente, ese golpe hizo que la anciana abriera los ojos. Y en el preciso instante en que Esteban se lanzaba sobre su prometida impelido por una furia homicida, una voz trémula y balbuceante lo contuvo en seco.

—¿Todavía estamos en el barco? —dijo Asunta. Esteban se olvidó de Amapola. Girando sobre sus talones volvió a abrazar a su madre caída.

—¡Madre! ¡Madre! —bramó, no sabiendo si reír o llorar—. ¡Está viva! ¡Está viva!

La anciana, sostenida su cabeza por el brazo fuerte de su hijo, comenzó a pasear la mirada de sus opacados ojos por los rostros de quienes la rodeaban, como si pudiese verlos.

—Pero... —tartamudeó—... pero... son indios. Estos son indios, hijo mío.

—¡Madre! ¡Madre! —no podía creerlo, Esteban—. ¡Usted ve! ¡Usted está viendo!

—¡Ella puede ver! —palmoteó Irene. La anciana elevó un brazo tembloroso señalando en derredor.

—Tú debes ser Irene —dijo— y tú Sergio... Aquel no puede ser otro que el brujo de la tribu... el de torso peludo, un mono... y el de plumas azules y amarillas, un guacamayo...

—¡Mi madre...! —lloriqueó Esteban contemplando a todos— ...¡Mi madre ve los colores!

Capítulo XXV

Amapola revela a Esteban detalles ignorados de la relación

Era media tarde y Esteban, su madre, Amapola y Sergio se hallaban a la orilla del río, junto al casco escorado aún del «Circe». Se mostraban cabizbajos, pero tranquilos.

—¿Crees de veras que lo han arreglado? —preguntó Esteban, contemplando la nave.

—Empezaron a hacerlo apenas nos atraparon —lo tranquilizó Amapola—. Me lo dijo Itsván. Pensaban quedárselo para ellos, pero Pongo les informó que la retención de embarcaciones ajenas podía acarrearles problemas según la ley internacional del tráfico marítimo; el apartado número 145/8 de los Tratados de La Haya.

Esteban asintió. Ya su madre estaba en cubierta, deslizando la mano por las barandas, redescubriendo texturas y tonalidades.

—¿Insistes en quedarte? —preguntó Esteban.

—Sí. Creo que mi relación con Itsván merece una nueva oportunidad. Al menos así, si fracasa, me quedará la tranquilidad de que lo intentamos todo, que agotamos las instancias. Por otra parte... ¿A qué volver? Lemonade se niega a abandonar «La Gansada». Se ha hecho fuerte allí y no hay forma de sacarlo. No olvido el problema de mi padre, también. Son muchas responsabilidades para una mujer joven como yo.

—¿No piensas en mí?

Amapola condescendió a poner su mano sobre el antebrazo del muchacho.

—Al menos ya no necesitas dinero para curar a tu madre.

Esteban giró para mirar a Asunta que, en cubierta, observaba obsesivamente el vuelo de un coleóptero.

—Eso es cierto —aceptó Esteban—. Sin duda el golpe del hacha le reacomodó algo en el cerebro. Algún nervio, alguna arteria, alguna circunvolución que había abandonado su natural recorrido.

Amapola miró seriamente a su hermano Sergio que se había adueñado de los abandonados lentes negros de la madre de Esteban y caminaba vacilante por entre la maleza cercana.

—Oye, Esteban... —Amapola se mordió los labios—. Quiero ser honesta contigo. La nuestra ha sido una hermosa relación y quisiera que no quedase nada oscuro entre nosotros.

Esteban la miró con extrañeza.

—Te mentimos con respecto a tu madre —dijo Amapola. En ese momento se escuchó como un estampido apagado. Sergio se había estrellado contra el tronco de un mandeche. Pero Esteban sólo tenía ojos y oídos para su antigua amada.

—Sí, Esteban —prosiguió Amapola—, yo me puse de acuerdo con el doctor Poenbioptal para que él te mintiera. Tu madre nunca tuvo nada en la vista. Sus ojos siempre estuvieron en excelente estado.

—¿Quieres decir...? —se abismó Esteban, señalando a Amapola— ¿...que tú y el doctor Poenbioptal...?

—Obramos de común acuerdo, Esteban. O, mejor dicho, él hizo exactamente lo que yo le pedí. Y yo le pedí que te hiciera creer que tu madre estaba perdiendo la vista.

—Pero... —se mesó los cabellos Esteban—, ¿para qué?

—Porque temía perderte, Esteban. Debes comprenderme. Debes comprender a una mujer enamorada de un hombre bastante más joven que ella. Temía perderte. Cientos de mis amigas se morían por arrebatarde de mis brazos y sabía que mi edad podía conspirar contra mi chance. Por eso pedí al doctor Poenbioptal que te engañara, para que tú necesitaras el dinero, de la operación y así, dependieras de mí. ¿De quién, si no de mí, habrías podido conseguir ese dinero?

—¿Y... hasta cuándo hubieras continuado con esa farsa? —se encrespó Esteban.

—Hasta nuestro casamiento. Algo parecido hiciste tú con tu preservación sexual, no lo niegues.

—Lo mío era una convicción religiosa.

—Debes comprender a una mujer enamorada.

—Pero... pero... —Esteban giraba sobre sus talones como buscando explicación—. ¡Mi madre no veía! ¡Yo mismo, con mis propios ojos, he visto cómo ella no veía con sus propios ojos!

—Esteban... —lo calmó Amapola—. Acabas de presenciar lo que le ocurrió a Sergio con los anteojos negros de tu madre. Esos anteojos negros eran de cristales opacos, Esteban. Nada podía ver tu madre a través de ellos. O apenas sombras, bultos que se movían. Y, con el paso del tiempo, el doctor Poenbioptal acentuaba más y más la opacidad del cristal, para hacerte pensar en un agravamiento.

Esteban se cubrió la cara con las manos permaneciendo así unos minutos.

—¿Y cómo pudo... —exhaló por fin—... un profesional prestigioso como el doctor Poenbioptal, un oculista de fama mundial, aceptar una petición tan infame como la tuya?

—Poenbioptal tenía una cuenta pendiente con nosotros, Esteban. Fue él quien dictaminó que el embarazo que trajo al mundo a Sergio era un embarazo psicológico. Que no había que darle importancia. Que se iría sólo cuando mi madre ocupara su mente en otras laborterapias.

—Pero... entonces...

—Mi madre murió al nacer Sergio, Esteban. El doctor Poenbioptal no es oculista, es obstetra.

Esteban daba largos pasos en redondo, tomándose las manos como si rezara.

—Noches y noches sin dormir —dijo— con la angustia de saber que mi pobre

madre iba perdiendo poco a poco la luz de sus ojos.

—También debes comprenderme a mí, Esteban. Debes comprender a una mujer enamorada.

Amapola se acercó al muchacho y depositó un beso breve en su mejilla.

—¿Todavía lo estás? —preguntó Esteban.

—Lo nuestro ya es pasado. Fue muy lindo mientras duró.

Amapola intentó retirarse pero el brazo de Esteban sobre su cintura la retuvo.

—Podemos subir al «Circe», Amapola. Supongo que los oayanna no habrán tocado las cuchetas.

—Ya es tarde —Amapola se alejó del muchacho, cordial pero firmemente—. No trates de resolver en unos minutos lo que no supiste satisfacer en varios meses.

Sin decir nada más, Amapola se marchó corriendo, perdiéndose de inmediato en la espesura. Sergio había desaparecido hacía ya mucho. Esteban rechinó los dientes y pensó en María. Sabía que lo estaría esperando y, ahora, por fin, sin ningún tipo de trabas. Y, por primera vez, en mucho tiempo, una gota de almíbar se le depositó sobre el corazón.

Capítulo XXVI

Esteban de Montepío vuelve, por última vez, a «La Gansada»

Vieron el humo desde lejos. Mucho antes de desembocar en el ensanchamiento del río que los llevaba a la rada de «La Gansada», tanto Esteban como su madre advirtieron una inmensa columna de humo elevándose al cielo.

Cuando amarraron y bajaron al espigón de madera, ya al muchacho no le quedaba duda alguna, aquel humo provenía de la fastuosa mansión de su ex prometida. Sentó a su madre a la sombra de una palma, la confortó con palabras cariñosas y le prometió volver lo antes posible. Hecho esto, comenzó a correr hacia la casa, oculta por las ondulaciones del terreno y los palmares. Una palpitación angustiosa le estrujaba el pecho mientras atravesaba los campos de golf, acercándole una premonición funesta: algo le había ocurrido a su amada María. De pronto, escuchó el ruido del motor de un coche, aproximándose. Corrió hasta el camino y allí se quedó esperando que aquel auto que llegaba, se hiciera ver, apareciendo por la curva oculta por lo abigarrado de las nipas. Una fina lluvia de cenizas caía sobre el muchacho, oscureciendo su gorra marinera y llenándolo, aún más, de consternación. Pronto advirtió que el auto que había aparecido en la curva era la limousine de Amapola. Su corazón latía fuertemente mientras se plantaba en medio del camino, impidiendo el paso del vehículo. Sólo pudo percatarse de que al volante, como siempre, venía Berthold y atrás otras dos personas, antes de arrojarse violentamente hacia el costado para evitar que el coche lo destrozara.

—¡Berthold! ¡Hijo de puta! —estalló Esteban, desde el suelo. Pero hubo una frenada enérgica y la limousine se detuvo metros más allá. Nadie bajó. Esteban se puso de pie y corrió hacia la poderosa máquina germana.

Cuando se asomó a la ventanilla delantera para increpar a Berthold, la identidad de los otros dos pasajeros lo contuvo en seco. Atrás, mirándolo con expresión sombría, estaban María y el padre de Amapola.

—¿Qué es esto? —urgió Esteban—. ¿Adónde los llevas, Berthold?

—Yo puedo explicarle —dijo María. De inmediato se bajó del auto y fue a enfrentarse con Esteban. Vestía su habitual mameluco, roto, sucio y chamuscado ahora. Su cabello también se mostraba áspero, seco y humeante, orlando la cara abotagada y llena de tizne.

—María —la tomó por las manos, Esteban—, está usted hermosa. Ella retiró las manos.

—Nos vamos, Esteban —dijo.

—¿Se van? ¿Adónde? ¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—El capitán Lemonade atacó más de diez veces la buhardilla —informó María velozmente—. Como no pudo quebrar la resistencia de Vittorio, optó por pegar fuego a la casa.

—¿A la mansión? ¿A toda la casa? ¿A «La Gansada» entera? —se desorbitó Esteban.

—Sí. Lo hizo para obligarnos a rendirnos. Para que abandonáramos nuestro reducto. Pero nosotros aprovechamos el humo y la confusión para escapar. Pudimos salir de allí cuando a Vittorio ya casi no le quedaban cartuchos para resistir.

—Está agotada, María —se condolió Esteban rozando levemente con sus dedos la frente de ella.

—Fue terrible —dijo la muchacha, con una fugaz sonrisa.

—Lo que yo no me explico, María —Esteban juntó frente a su pecho las puntas de sus diez dedos entre sí— es... ¿por qué aceptó esa prisión, esa situación de servidumbre, esa dependencia con respecto a Amapola? Cuando usted accedió a reconocer el robo de unos guantes que no había robado, que ellos mismos le habían dado como elementos de trabajo, comenzó a vivir esta tortura que ha terminado, al parecer, felizmente, por pura casualidad.

María quedó en silencio, mirando al vacío.

—Le hubiese sido sencillo demostrar que aquellos guantes eran los reglamentarios que la curtiembre suministra —insistió Esteban—. Y si no podía sacarlos de la curtiembre en su bolso por cuestiones reglamentarias, tal vez el castigo hubiese sido ínfimo, banal, irrelevante. ¡Pero usted aceptó todas las escalas de la ignominia en lugar de aclarar las cosas!

—Es que no sólo descubrieron los guantes dentro de mi bolso, Esteban —dijo María, monocorde.

—¿Qué... qué más había?

—Dos panes...

—¡A nadie pueden culpar por hambre, María! —se conmovió Esteban—. ¡Si usted hubiese llevado ante un juez esas pruebas palmarias de cómo Amapola y los suyos condenaban al raquitismo y la inanición a sus empleados y...!

—Dos panes de gelinita, Esteban...

Esteban se quedó en silencio, absorto.

—Pensábamos volar la curtiembre —continuó María—. Hacía tiempo que habíamos iniciado acciones de sabotaje contra los Vanderhoeven. Yo me ocupaba también de suplantar el ácido de las piletas purificadoras por otros líquidos inocuos, con lo que arruinábamos la producción. Con eso en el bolso me atraparon los perros.

—¿Por qué habla en plural?

—Eran muchos perros.

—No... ¿por qué dice «pensábamos»?

—Pertenezco a una organización.

—¿Y... —Esteban estaba desolado— por qué Amapola no la envió a la policía?

—Quería rebajarme, degradarme. Conocía mi aventura con usted.

Esteban puso sus manos en la cintura y chasqueó la lengua.

—Por suerte todo ha pasado —dijo luego. Se dirigió hacia el auto—. Venga. Llevaremos al padre de Amapola a un lugar seguro y luego podremos, por fin, seguir nuestro camino juntos.

María negó con la cabeza.

—No, Esteban —dijo, en tanto caminaba hacia la limousine—. Usted se queda —se detuvo junto a la puerta aún abierta del coche—. Con Vittorio hemos decidido irnos juntos. Él me estuvo hablando mucho del anarquismo en Italia, de Sacco, que era su amigo, de Vanzetti. Me contó de los carbonarios de Capobianco, incluso. De Bakunin, de Kropotkin. Creo que nunca he conocido a nadie como él, con esa vocación libertaria.

—Pero...

—Pienso que viviremos en Valle D'Aosta. O en Portofino. No es seguro todavía.

María cerró la puerta de la limousine. Se asomó a mirar a Esteban cuando el coche arrancaba.

—Le escribiremos cuando nos hayamos establecido —gritó, agitando la mano en señal de despedida.

Cuando se disipó el polvo producido por el auto al alejarse, Esteban aún no había atinado a moverse. Luego, muy lentamente y casi por inercia, continuó su marcha hacia «La Gansada».

Al llegar, halló un cuadro desolador. Sólo algunas paredes habían permanecido en pie, ennegrecidas por el humo. Sobre la explanada que antiguamente daba a la pileta de natación, cubierta ahora de charcos y cascotes, el capitán Lemonade caminaba cabizbajo, las manos entrelazadas a la espalda, sorteando el dédalo de mangueras que serpenteaban por el suelo. Esteban se acercó a él, lentamente, contemplando los restos de lo que fuera la orgullosa mansión.

Unos pocos bomberos, bastante lejos, acomodaban chapas calcinadas, apartaban vigas, removían maderas. Los dos hombres se miraron en silencio.

—¿Qué pasa, capitán? —preguntó Esteban. El capitán lo miró, desde la sombra de su casco reluciente.

—Nada —dijo—, estamos buscando los cuerpos de esos dos...

—No los busque más. Los crucé huyendo en la limousine, hace como tres horas —exageró Esteban—. Le habrán sacado ya buena ventaja.

El capitán paseó su vista por el entorno. Se lo veía agobiado bajo su capote oscuro.

—A enemigo que huye —recitó, sabio—, puente de plata...

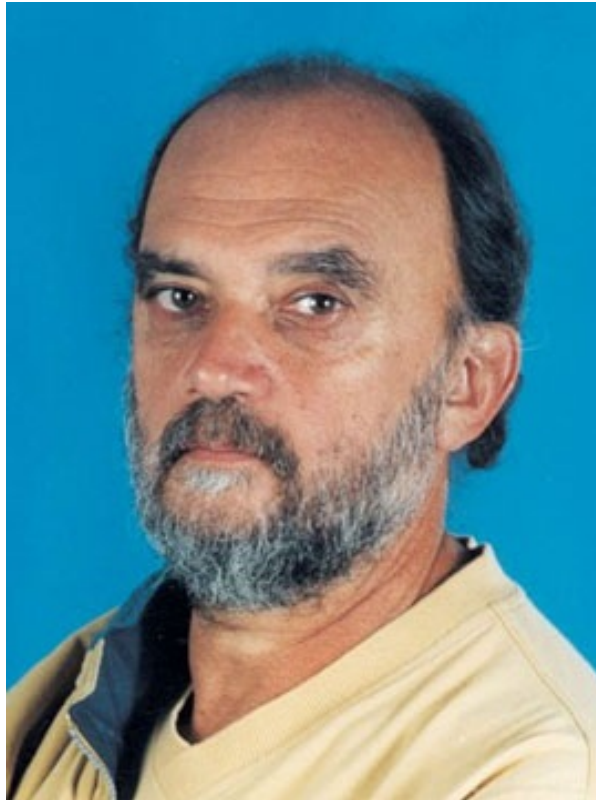
Luego continuó caminando, errático, sin alejarse demasiado, pateando pedazos de mampostería con sus botas.

—¿Vio? —dijo sin mirar a Esteban y señalando vagamente con el mentón los restos del incendio—. ¿No le dije? —y por toda explicación, extendió una de sus

manos y mostró sus dedos pulgar e índice dejando una escasa luz entre ambos.

—Así es —asintió Esteban. Y no agregó nada más. Dio media vuelta y se fue en busca de su madre.

El capitán Lemonade ni lo miró. Volvió a cruzar las manos a su espalda y apartó un cascote de un puntapié.



ROBERTO FONTANARROSA. Nació en Rosario en 1944. Humorista gráfico, escritor e hincha de Rosario Central. En 1963 comienza a trabajar en la agencia de publicidad de Roberto Reyna y en 1968 publica su primer chiste. En 1971 crea una parodia del agente secreto James Bond, *Boogie el aceitoso*, de la cual se publican algunos capítulos en la revista *Tinta*. En 1972 junto con Caloi, Ian y Lolo Amengual comienza a colaborar en la revista de humor cordobesa de Alberto Cognini, *Hortensia*, y en la revista *Satiricón*. En 1974 nace la revista *Mengano*, adonde emigran varios de los colaboradores de *Satiricón* y en 1976 *Inodoro Pereyra, el renegau* se instala en Clarín para pasar luego a la revista dominical *Viva*. En 1980 comienza a colaborar con el grupo Les Luthiers y en 1981 publica su primera novela, *Best Seller*. Al año siguiente publica su primer libro de cuentos, *El mundo ha vivido equivocado*, al que le seguirán varias compilaciones de relatos. En 1984 se suma a la revista de experimentación temática *Fierro*. En 1992 recibió el premio Konex y en 1994, el premio Konex de Platino. Fue expositor del III Congreso Internacional de Lengua Española (2004) donde dio la charla titulada «Sobre las malas palabras». En 2006 el Senado le otorgó la Mención de Honor Domingo Faustino Sarmiento por su aporte a la cultura argentina. El 19 de julio de 2007 fallece en la ciudad de Rosario. Su despedida fue acompañada por cientos de ciudadanos comunes, escritores, actores y autoridades de la política nacional.